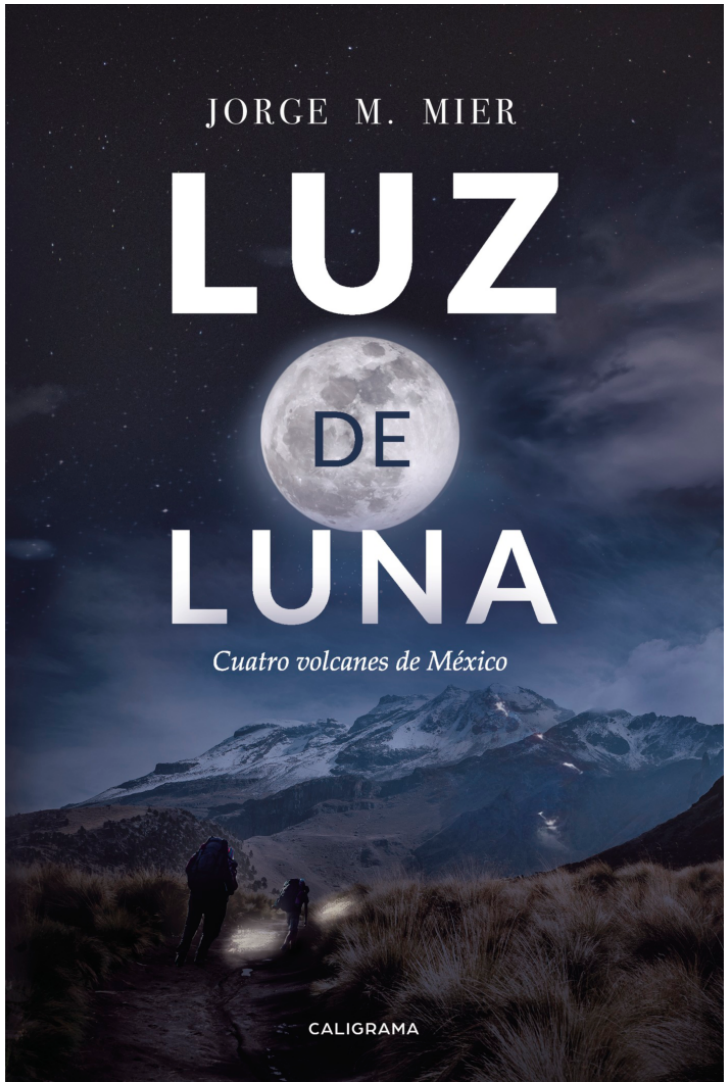
JORGE M. MIER
LUZ
DE
LUNA
Cuatro volcanes de México
CALIGRAMA

LUZ

DE

LUNA

LUZ DE LUNA

Cuatro volcanes de México

JORGE M. MIER

[image]

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

Luz de Luna
Cuatro volcanes de México

Primera edición: julio 2018

ISBN: 9788417483111
ISBN eBook: 9788417483661

© del texto:
Jorge M. Mier

© de esta edición:
[image], 2018
www.caligramaeditorial.com
info@caligramaeditorial.com

Impreso en España — Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prefacio, Ciudad Condal

13 msnm
25 de noviembre del 2015

AQUEL DÍA LLEGUÉ TARDE a clase como siempre. La luz blanca del aula me cegó un segundo cuando abrí y atravesé con prisa el umbral de la puerta. Mi entrada, pude notar, era lo que había generado el silencio. Profesor y compañeros me observaban impacientes, esperando que pasara a ocupar mi lugar. Por un instante olvidé las palabras y, sin pedir permiso o perdón, corrí a la parte trasera del aula, donde estaba mi sitio de siempre. La clase siguió adelante.

A mi lado estaba mi compañero peruano Wong que, en cuanto me senté, puso el euro que cada día ponía sobre la mesa para recibir a cambio las mandarinas que siempre le compraba de camino a la universidad. Saqué la fruta y se la dejé delante. Me dio una palmada en la espalda y me susurró:

—¿Cómo andas, mexicano?

Le regresé la palmada y tomé aire para aliviar el jadeo por llegar corriendo. Saqué el cuaderno en blanco que siempre sacaba para fingir que tomaba apuntes y que la clase no me importaba una mierda.

—¿Quién es el profesor de hoy? —le susurré a Wong, que escuchaba con atención a lo que el docente decía y que ya estaba pelando una de las mandarinas por debajo de la mesa.

—¿Profesor? —me contestó—. No, huevón, este no es profesor. Este es maestro. *El* maestro.

Alcé la cabeza para observarlo por primera vez. Se había levantado de su silla. Estaba ahí delante, de pie, con las manos en los bolsillos, con los hombros caídos y el rostro serio, como si hubiera ido a ganarse unos euros a cambio de hablarles un ratito a unos idiotas. Era alto y daba la impresión de ser fuerte, con espaldas anchas. Más bigote que pelo, ambos blancos, y una frente arrugada encima de unas cejas tupidas; la nariz tosca, debajo de un coco liso y brillante. Argentino, de voz gruesa y áspera pero melodiosa.

—¿Por? ¿Por qué es el maestro? —le pregunté a Wong—. ¿Quién es?

—¿Nunca has leído a este tipo? Es buenazo, el hijo de puta. Teníamos que leer su

libro para hoy —dijo, dándome el libro que estaba bocabajo a su lado.

Lacrónica era el título, así, con las dos palabras juntas. «Son décadas de recorrer el mundo y preguntarse cómo contarlo. Martín Caparrós va de la selva boliviana, donde se cuece la coca, a las playas de Sri Lanka, donde los niños se venden por monedas», decían las primeras dos líneas de la contraportada. Empecé a escuchar.

—Esto es un poco de lo que quiero hablarles hoy —decía Caparrós—. Como me parece que es difícil de definir, creo que lo mejor sería leerles algunos extractos del libro que he escrito justo con el fin de explicar qué es para mí esto que llamamos «crónica». La misma palabra es odiosa, me tiene cansadísimo. Cró ni ca. Se usa demasiado, no se sabe qué dice, se confunde, se enarbola, se babea. Para el partido de fútbol: crónica; la primicia del noticiero de la noche: crónica; Vargas Llosa e Isabel Preysler: crónica *rosa*. Hay hasta crónicas de colores. Pero creo, aun así, que hay que intentar definirla. Así que voy a leerles de la página 16, un poquito.

Wong abrió el libro y yo me asomé por encima de su mano para seguir con los ojos el texto al mismo tiempo que la voz del argentino nos contaba una historia. Una historia sobre cómo contar historias. «Después pasó el tiempo…», empezaba la primera frase. Era marzo del 91, contaba, Caparrós tenía 33 años, acababa de ser padre por primera vez y quería convertirse en «un hombre de bien», así que fue a pedirle trabajo como crítico gastronómico a un tal Jorge Lanata, que por aquel entonces era director de una revista que se llamaba *Página/12*. Lanata no le dio el trabajo que quería, pero le ofreció, en cambio, que escribiera algo a lo que él llamaba «territorios».

Ahí se detuvo el maestro y explicó:

—No quiero que crean con esto que estoy diciendo que inventamos algo que no existía. El periodismo narrativo no era algo nuevo en América. En Argentina se había hecho mucho y muy bien: Tomás Eloy Martínez, Enrique Raab, Paco Urondo, Esther Gilio, *Primera Plana*, *La Opinión*, la revista *Crisis*... Pero esto de escribir por «territorios» me intrigaba, era un poco diferente. Era abarcar, digamos, un lugar, un espacio, y narrar lo que se dice y lo que se hace. Sobre todo eso, narrar, detener por un rato el tiempo que se escapa y meter al lector en un punto geográfico. Por eso notarán que muchas de las crónicas en el libro tienen nombre de lugares: Bolivia, Lima, Sri Lanka, Hong Kong… Hay un periodista, que es el centro de la acción, y hay un suceder de los hechos en una línea temporal, pero hay un lugar. Y en ese sentido hay una investigación. Si hablásemos de Barcelona, por ejemplo, ¿a dónde iríamos? ¿Qué podríamos hacer para que, al narrarlo, el lector se transportara hasta allí? Esto me lleva al siguiente punto. Y es que para transportar al lector, y les tengo que insistir que esto no es algo nuevo, la crónica, que se podría catalogar como «no ficción», utiliza los mecanismos de la ficción. Si abrimos el libro en la página 43, hay un extracto que habla justo de esto:

Los alumnos pasaron las hojas y el argentino empezó a leer. Quité los ojos del libro de Wong y me dejé llevar por su voz:

—«Llamémosla lacrónica —leyó—. En Estados Unidos lo habían definido como

nuevo periodismo o periodismo narrativo; a mí me gusta pensarlo como buen periodismo, el que me sucedía. Pero la idea estaba más o menos clara: retomar ciertos procedimientos de otras formas de contar para contar sin ficcionar. Es la máquina que fueron afinando, desde fines de los cincuentas, en distintos lugares de América Latina, Rodolfo Walsh o Gabriel García Márquez o Tomás Eloy Martínez o Carlos Monsiváis o Elena Poniatowska; es lo que armaron, con mayor capacidad de etiquetarlo, en Estados Unidos Truman Capote o Norman Mailer o Tom Wolfe o Gay Talese. Usaron, sobre todo, las formas de ciertos subgéneros americanos: la novela negra, la novela social de los años 30: mucha acción, mucho diálogo, palabras corrientes, frases cortas, ambientes oscuros. Aunque, por supuesto, cada uno le agregará su toque personal.

»Pero entonces siempre aparecerá alguien que te preguntará cuál es, en tal caso, la diferencia entre literatura y periodismo.

»«Se suele decir escritor y periodista, o periodista más que escritor o escritor más que periodista. Yo nunca he creído que haya posibilidad de hacer un distingo entre ambas funciones, porque para mí, el periodista y el escritor se integran en una sola personalidad», dijo, 1975, Alejo Carpentier, sin ir más lejos».

El maestro dejó de leer y guardó silencio. Wong hizo un apunte en su cuaderno, levantó la cabeza, se llevó un gajo de mandarina a la boca y suspiró:

—¿Qué pasó, al final sí te vas a ir a la montaña? —me susurró.

—El viernes nos vamos y regresamos el domingo por la noche. Es increíble lo cerca que están los Pirineos de esta ciudad. Tres horitas en tren. Ya compramos equipo y todo.

Tres filas por delante, José Guarnizo, escritor colombiano, rompió el silencio que había dejado el maestro:

—Martín —dijo—, ¿me permites hablarte de tú?

—Claro —contestó Caparrós.

—A lo mejor me estoy adelantando, pero ya en esta clase habíamos hablado un poco de la crónica y hemos debatido mucho en cuanto a lo que es ficción y lo que no lo es. No va por ahí mi pregunta. Más bien, más que sobre lo que es ficción o no en el papel, sobre lo que es verdad o no. Leyendo tu libro veo que muchas veces hablas sobre ti mismo, sobre cómo te sientes o lo que piensas, que no es exactamente lo verdadero sino lo que tú pensabas o sentías en un determinado momento. ¿Qué tanto es válido en esto de la crónica reportar sobre uno mismo? Lo digo porque un periodista de crónica muy fácilmente podría tener una percepción equivocada y pensar que pasó algo que no pasó o que pasó de otra manera.

—Entiendo tu pregunta. No lo pondría yo en términos de lo que es válido o no. Creo, más bien, que para que la crónica funcione, es crucial que se narre lo que pasa por la cabeza del cronista. Una de las crónicas del libro, por ejemplo, la de Lima, no sé si la leyeron, empieza conmigo caminando con unos hombres por una selva en medio de la nada. Cuando me pasó estaba seguro de que me iban a matar y me iban a tirar al río. ¿Lo habrían hecho si no nos encontramos con aquellos chicos en el camino? No lo sé. Pero

sin duda hay una información que se transmite narrando estas cosas. Más allá de lo que yo haya sentido, puede que eso haya ayudado al lector a transportarse a la selva del Perú. Por eso digo que la crónica es periodismo del que te pasa.

»Hace un rato —continuó—, antes de entrar, me preguntó uno de ustedes cuáles eran los libros o los autores que más habían influido en mi forma de trabajar. Lo saco a colación de este tema porque, aunque no sé si sea la obra que más influyó en mi trabajo, sí es una de las que más. En *Música para camaleones* de Truman Capote hay un relato, pequeñito, que mucha gente cuando lee el libro pasa por alto. Se llama *Un día de trabajo*, creo. Capote sigue a Mary Sánchez, la mujer chicana que le limpia la casa, a través de un día de trabajo por distintos pisos neoyorquinos. Para empezar, se demuestra ahí que las supuestas fronteras entre periodismo y literatura son tan tenues… Pero además, con el relato del día de trabajo de Mary Sánchez nos enteramos de tantísimas cosas, del Nueva York de la época, de la vida de los chicanos allí, de tan diferentes hilos en el tejido de la realidad estadounidense. Y por supuesto, se aprende ahí que se puede narrar lo que sea. Se podría narrar incluso, por qué no, hasta el prefacio de un libro.

Le di un codazo a Wong para que me mirase.

—No te lo vas a creer —le susurré. Puse mi mochila sobre la mesa y de dentro saqué el libro, *Música para camaleones*—. Justo lo que estaba leyendo.

—De esas malditas coincidencias —me dijo, cogiendo el libro y ojeándolo—. Si me lo contaras no te creería.

—No sólo eso —dije.

Abrí el libro en la página del prefacio que había leído la noche anterior y le mostré las líneas que había subrayado:

> «Durante varios años me sentí cada vez más atraído hacia el periodismo como forma artística propiamente dicha. […] El periodismo como arte era un campo casi virgen, por la sencilla razón de que muy pocos literatos han escrito alguna vez periodismo narrativo, y cuando lo han hecho, ha cobrado la forma de ensayos de viaje o de autobiografías. *Se oyen las musas* me situó en una línea de pensamiento enteramente distinta: quería realizar una novela periodística, algo a gran escala que tuviera la credibilidad de los hechos, la inmediatez del cine, la hondura y la libertad de la prosa, y la precisión de la poesía.
>
> »[…] Ahora, sin embargo, (en *Música para camaleones*) me situé a mí mismo en el centro de la escena..»

—Claro, carajo —exclamó Wong—. Molt bé, molt bé. Como si los astros hubieran planeado la lección.

Habíamos dejado de escuchar a Caparrós. Cuando volví a poner mi atención en él, dijo las últimas palabras que le recuerdo:

—Quizá aquí en Barcelona haciendo el máster se está muy bien, muy cómodo. Pero no importa. Aquí o en dónde sea, la crónica hay que salir a buscarla.

Algún día lo voy a intentar, pensé. Voy a salir a buscar mi crónica. No sé con qué ni cómo, pero algún día lo voy a intentar.

Iztaccíhuatl, mujer dormida

5286 msnm
15 de enero del 2017

UNA CORDILLERA CON CINCO COLOSALES VOLCANES rompe México por la mitad. Se llama Eje Volcánico Transversal y atraviesa el país de este a oeste conectando la Sierra Madre Oriental con la Occidental. Con 4680 msnm, el Xinantécatl o Nevado de Toluca, ubicado en el corazón del Estado de México, encabeza una línea que trazan los colosos de occidente a oriente. En la frontera entre el Estado de México y el de Puebla, a unos kilómetros de la Ciudad de México, se encuentran el Iztaccíhuatl y el Popocatépetl. Más hacia el oeste, entre los estados de Puebla y Tlaxcala está el Matlalcueitl y, en el estado de Veracruz, cerca ya de las aguas del Golfo, está el Citlaltépetl, que con sus 5636 metros es el tercer pico más alto de Norteamérica. Los cinco son parte de una barrera que separa el clima árido y desértico del norte del país, del húmedo y tropical del sur; delimitan el inicio de Mesoamérica, donde florecieron las grandes civilizaciones prehispánicas.

En un país donde el alpinismo es la profesión de apenas un puñado de individuos, algunas empresas se han creado con la misión de subir turistas a la cumbre de cuatro de los cinco volcanes.

Raquel y yo llegamos en taxi alrededor de las seis y media de la mañana a aquella casa del Pedregal, el distrito residencial de algunas de las familias más poderosas y adineradas de México. Encontramos a unas siete u ocho personas colocando equipaje en tres vehículos diferentes. Nos lanzaron una mirada escrutadora en la oscuridad en cuanto nos presentamos. Con mucha amabilidad nos quitaron las mochilas y las guardaron en el maletero de una camioneta y, después de permitirnos utilizar el baño de la casa —en la que había un gimnasio y varias habitaciones llenas de equipo de montaña—, nos dieron una bolsita con un «lunch» y nos invitaron a sentarnos dentro de una furgoneta a esperar.

—Ya hay dos personas ahí adentro —nos dijo uno de ellos, escoltándonos hasta el vehículo.

El costado del auto estaba estampado con el logotipo de la empresa: *Deporte6am*.

Estaba oscuro. Saludamos a quienes ya estaban allí, nos sentamos y guardamos

silencio.

—¿Has visto cómo nos miraban los guías? —me susurró Raquel—. Seguro que ya están especulando sobre quiénes van a llegar hasta arriba y quiénes no.

—¿Cómo sabes que son los guías?

—Salvo por el de las gafas, todos van vestidos con botas y ropa de *The North Face*.

Conforme iban llegando el resto de los clientes, el hombre de las gafas se acercaba a la furgoneta y les cobraba «el faltante de su pago». A nosotros, igual que a todos los demás, nos buscó por nombre en una lista y vio cuánto habíamos pagado de los seis mil pesos que cuesta la expedición por persona. Habíamos depositado la mitad para reservar nuestro lugar y le dimos los segundos seis mil ahí mismo, en un pequeño sobre que saqué de mi cartera.

—Yo ya te lo pagué todo, ¿te acuerdas? —dijo un señor sentado en el fondo del vehículo—. Soy el de Veracruz. Te hice el ingreso completo.

El hombre de las gafas, Fernando Veytia, quien —según supimos después— es el dueño de la empresa, revisó en su lista e hizo una marca.

—Aquí te tengo —dijo—, perfecto.

—¿Usted también es de Veracruz? —le preguntó al de hasta atrás otro señor, uno que teníamos sentado justo detrás de nosotros.

—De Veracruz, Veracruz —respondió el otro—, a mucha honra.

—Yo también soy de ahí —dijo el que teníamos detrás—, soy Miguel.

—Víctor Alfredo Cabrera, para servirle —le respondió el de hasta atrás—. Mucho gusto, paisano.

—¿Es la primera vez que sube? —preguntó Miguel.

—Pues subí hace muchos años, cuando era chavo. Ahora me apunté pues nomás para ver qué tal. Vi a estos cuates en Facebook y se me hicieron buena onda.

—Igual que yo. Llegué a la ciudad ayer por la noche. A ver cómo nos va subiendo hasta allá arriba desde el nivel del mar.

—Y con el pinche frío —respondió Víctor Alfredo Cabrera frotándose las manos.

Fueron llegando y pagando poco a poco hasta que el reloj marcó las siete y diez.

—Esta ya está llena —dijo uno de los guías contándonos—. Quedan dos espacios en la otra.

—En cinco minutos nos vamos y el que no llegó ya no fue —dijo el de las gafas para que todos lo escucháramos. Luego miró dentro de la furgoneta y dijo —la montaña no espera a nadie.

Éramos siete pasajeros más el guía que se puso al volante. Además de los dos de Veracruz había un señor de Tijuana, un joven de San Luis Potosí y otro muchacho de la Ciudad de México. Raquel era la única mujer entre nosotros. Charlando un poco con nuestros compañeros de vehículo pudimos saber que los dos hombres de Veracruz tenían más de sesenta años y que el hombre de Tijuana estaba cerca de esa edad. De los demás, ninguno alcanzábamos las tres décadas de vida.

—¿Cuántos suelen llegar a la cima? —preguntó Raquel al que estaba al volante, una vez que el vehículo comenzó a moverse. Dijo que su nombre era Mauricio.

—Seis o siete, aproximadamente.

—¿Y cuántos somos?

—Si llegó el que faltaba, son dieciséis.

—Menos de la mitad, entonces —me dijo Raquel—. ¿Y a qué hora empezaremos a subir más o menos? —le preguntó a Mauricio.

—La salida es a las 00:30, a la una como máximo. Tendríamos que llegar arriba alrededor de las ocho de la mañana.

Lo dijo en voz alta, de tal manera que todos pudiéramos escucharlo. Se hizo un silencio total, consecuencia del golpe de realidad.

—Esto va a ser más difícil de lo que creía —le dije a Raquel.

El ruido del motor fue el único sonido que acompañó a nuestros pensamientos durante un buen rato.

PASO DE CORTÉS se encuentra a 3600 metros de altitud sobre el nivel del mar. La furgoneta se adentró en el bosque dejando atrás las congestionadas calles de Amecameca, municipio del Estado de México, y después de unos cuantos kilómetros de camino serpenteante y ascendente, pudimos ver un pico en la distancia. Los árboles se alzaban grandes y frondosos, tocándose en lo alto y dando sombra al camino. Los troncos brillaban por la humedad.

—¿Qué pico es ese? —me preguntó Raquel.

—El Popocatépetl.

—¿Qué pico es ese? —le preguntó el señor de Tijuana a Miguel, el de Veracruz.

—No lo sé —respondió éste.

—Yo creo que es el Popo —dijo Raquel, girándose para hablar con ellos.

—No puede ser el Popo —replicó Miguel—. Es demasiado pequeño.

—¿Estás seguro de que es el Popo? —me susurró Raquel cerca del oído.

—Sin ninguna duda —le dije—. Ese es el Popocatépetl. Ahora a la izquierda va a aparecer el Iztaccíhuatl.

—Sí es el Popo —le insistió Raquel a los de atrás.

—Es demasiado pequeño.

—Mauricio —pregunté al guía—, ¿qué pico es ese de ahí delante?

—El Popo —contestó este, matando el debate en un instante.

El Izta tardó varios minutos en aparecer. Para entonces, las curvas de la carretera y la conducción de Mauricio me habían provocado un intenso mareo, así que abrí la ventana con la esperanza de que el aire fresco me aliviara.

—Entra friito de afuera —dijo el señor de Tijuana, que luego se presentaría con el nombre de Juan Manuel.

En verdad entraba frío, bastante, aunque no lo suficiente para darme alivio. Me abrí la parte alta de la chamarra para respirar mejor.

Avanzamos un par de kilómetros más y enfrentamos otro número parecido de curvas hasta que, sin más, desaparecieron los árboles; salimos del bosque. El cielo se abrió inmenso delante de nosotros y el sol nos cegó de golpe. Rodeamos una pequeña glorieta en un terreno pedregoso y seguimos hasta un descampado de tierra que hacía de estacionamiento, donde Mauricio aparcó el vehículo. A cada lado del lugar se plantaban los dos volcanes, inmensos y lejanos.

—Unos minutitos aquí —dijo— y luego seguimos hacia el campamento. En el edificio de ahí hay baños.

Se llama Paso de Cortés porque se supone que fue la ruta que siguieron en 1519 el conquistador y sus hombres en su camino hacia México-Tenochtitlan, capital del imperio azteca. Se dice —aunque también se ha negado— que desde este punto envió Cortés una expedición a lo más alto del Popocatépetl, activo desde aquel entonces, a buscar azufre para poder fabricar pólvora para las armas. A unos metros de donde dejamos la van estaba un monumento con una imagen en bronce de los conquistadores a caballo y sus aliados los tlaxcaltecas cruzando el paso.

Tras unos minutos estirando las piernas y respirando, sirviéndome del aire fresco del lugar para librarme del mareo, caminamos hacia el edificio, que era una especie de oficina de información, con una maqueta de los dos volcanes en el centro y varios carteles con datos sobre el lugar. Contrastaban los dos picos de la maqueta, completamente nevados, con los dos que de hecho podíamos ver por las ventanas, absolutamente desprovistos de nieve. Unos numeritos en la maqueta indicaban el nombre de distintos puntos sobre ambas montañas.

—¿Hasta dónde vamos a subir nosotros? Bueno, ¿hasta dónde se supone que debemos subir?

—Allí —le contesté a Raquel—, hasta el número 14, el pecho.

Casi todos los nombres de los puntos sobre el Iztaccíhuatl son partes del cuerpo. Sabido es que la montaña, vista desde la Ciudad de México, tiene la forma de una mujer acostada bocarriba. Conocida es también la leyenda de la mitología Mexica que dice que Iztaccíhuatl, princesa enamorada del guerrero Popocatépetl, se suicidó después de haberse casado con otro hombre al pensar, equivocadamente, que su amado había muerto en batalla. Éste, como consecuencia de la muerte de la princesa, murió de tristeza arrodillado a sus pies. Así, los aztecas veían en las montañas a Iztaccíhuatl, recostada, y a su lado, alto e imponente, a Popocatépetl, en duelo por su muerte. Desde la ciudad pueden verse al amanecer, si la claridad del día es suficiente para poder observarlos a pesar de la contaminación.

Diría que ambos volcanes son la joya de la ciudad, aunque a veces pasen desapercibidos. Hasta la fecha conservan su misticismo. Desde varias comunidades en los alrededores suben habitualmente procesiones de la virgen católica y se acercan lo

más que pueden al Popocatépetl, que continúa activo y al que los mexicanos llamamos Don Goyo.

—¿Y por dónde subiremos?

—No tengo ni idea —dije—. Imagino que por los pies hasta las rodillas y de ahí por la arista hacia el pecho. La cabeza nos queda demasiado lejos. Ni siquiera se alcanza a ver desde aquí. Además parece demasiado prominente. Dudo mucho que dieciséis personas que no han escalado nunca pudieran subir por ahí.

Volvimos afuera e hicimos algunas fotografías de los picos. Todo el tiempo tuvimos la sensación de que el Izta era mucho más grande de lo que habíamos imaginado y que el Popo era mucho más pequeño. La información de la maqueta indicaba, no obstante, 5286 metros de altitud para la cima del Iztaccíhuatl y 5500 para la del Popocatépetl.

—Es curioso como la perspectiva altera la percepción de la altura de ambos. Puedo imaginarme a Cortés y sus hombres avanzando por aquí hacia Tenochtitlan —dije, justo al mismo tiempo que, uno de los guías, nos indicó que era hora de volver a los vehículos.

ALREDEDOR DE LAS DIEZ llegamos al campamento. Estacionaron en una fila que formaba un semicírculo los dos vehículos en los que viajábamos los clientes, la camioneta en la que se transportaban nuestras mochilas y un auto rojo en el que viajaban algunos guías. A los pocos minutos apareció otra furgoneta, enorme, que se estacionó delante, a unos metros de la fila de coches, delimitando el área en dónde habría de establecerse todo lo necesario para la acampada.

El Iztaccíhuatl se veía enorme a un costado, sobresaliendo por encima de las lomas con matas secas y amarillas que nos rodeaban. La tierra del suelo donde íbamos a pasar la noche, una mezcla de ceniza y tierra volcánica, era negra y se levantaba fácilmente por el aire.

—¿Pueden acercarse, por favor? —dijo una mujer, presumiblemente una de las guías.

Nos congregamos en círculo alrededor de ella y por primera vez nos vimos todos de frente y a la luz del sol.

—Antes que nada, voy a presentarme —continuó la mujer—. Yo soy Fabiola; junto con mis compañeros voy a ser una de las guías durante la expedición. Seguramente ya conocen a algunos de los demás; se los presento de todas formas. Ellos son Paco, Mauricio y Fernando y ella es Kenia. Nosotros vamos a subir con ustedes. El que está ahí es Johnny, que se va a encargar de todo lo que tiene que ver con el campamento. Él se va a quedar aquí abajo cuidando las cosas.

Tres hombres y dos mujeres, observé, todos ellos de distintas edades. Paco, de semblante serio, debía tener más de cincuenta años; permanecía quieto e impasible, con las manos cruzadas detrás de la cadera, con el rostro moreno y arrugado oculto detrás de sus gafas oscuras y su cabello gris relamido hacia atrás. Mauricio, considerablemente

más bajito que los demás, era un tipo inquieto, siempre moviendo las manos y los pies; su tez blanca y cabello oscuro rizado, sumados a su nariz gruesa, le daban un aire mediterráneo. Fernando, de piel morena oscura y de rasgos finos, era alto, joven y delgado; la fuerza de su quijada, siempre apretada, le daba un aspecto de tipo duro y correoso. Kenia, de gesto suave y sonriente, con una cara lechosa y cubierta de pecas, parecía una niña, aunque fuera más alta que yo. Fabiola, que aunque no era una fantástica oradora hablaba con seguridad, tenía unos ojos negros inexpresivos y la piel oscura; no era demasiado alta ni aparentaba gran fuerza. Continuó diciendo:

—Ahora vamos a montar las tiendas de campaña y a establecernos un poco. Pueden caminar y explorar los alrededores, pero no se vayan demasiado lejos porque en un rato los vamos a llamar para dar una caminata de reconocimiento y aclimatación y después vamos a comer. Nos veremos aquí en aproximadamente hora y media ¿de acuerdo?

Johnny, un muchacho apenas, pequeñito y de piel morena y con los pelos negros peinados furiosamente hacia arriba, ya empezaba a descargar las tiendas de campaña de la furgoneta.

Sin más, el círculo se rompió y cada quién empezó a caminar hacia donde le pareció conveniente.

—Somos quince —me dijo Raquel—. Se ve que al final nos fuimos sin el que tardaba en llegar.

—Dijo Mauricio que suben seis o siete. Me pregunto quiénes suben y quiénes no. Con ese que se quedó ya va uno que no sube —dije.

Empezamos a recorrer el lugar y a analizar a las personas. Dejamos el área de acampada y comenzamos a caminar entre las matas secas. Más allá de las lomas que protegían el campamento, se alzaban colinas bastante altas. El terreno era seco y casi estéril. Un camino de tierra, por el que pasaban coches levantando grandes polvaredas, lo atravesaba e iba hasta las faldas del Iztaccíhuatl. La vegetación de la zona, salvo por algún que otro árbol, no se componía más que por esos matorrales bajos y amarillos. El sol, tan esplendoroso como estaba, no calentaba lo suficiente para quitarse las chamarras o el gorro, aunque sí obligaba a llevar gafas oscuras.

—Hay algunos bastante robustos —dijo Raquel—. Me imagino que esos no suben.

—Quién sabe. Estar gordo no es necesariamente un sinónimo de estar fuera de forma.

Alcanzamos, tras unos minutos de caminata, un punto que terminaba en un precipicio, desde donde se podía ver parte de la cuenca de México, desde Amecameca hasta la capital, los cristales de los edificios brillando por el golpe del sol. A nuestra derecha las paredes del Iztaccíhuatl se veían imponentes. Matas y árboles subían por las laderas hasta desaparecer en favor de esa roca oscura. Era imposible determinar desde ese punto por dónde habríamos de subir.

Allí había una pareja —que incluía a la otra mujer que integraba la expedición además de Raquel— y uno de los «robustos». La pareja, que ya respiraba con dificultad, nos saludó con una sonrisa antes de marcharse; el robusto nos pidió que le tomásemos

una fotografía con dos muñecos de peluche que sacó de su mochila.

Hice la foto de él, Elmo, un osito marrón y la montaña en el fondo.

—Qué tío más raro —dijo Raquel en cuanto el muchacho se fue—. Míralo, va por ahí haciéndose fotos con sus peluches.

—Pues ese va a subir.

—No, está demasiado pesado.

—Te digo que va a subir. Seguro que es uno de esos que tiene un perfil de Instagram o algo así, donde posa con Elmo y el osito en sus aventuras. Ese no vino con Elmo hasta acá para hacerse la foto abajo. Es un incentivo muy fuerte.

—Pues yo digo que no sube.

—Y yo te digo que con ese ya cuento uno.

—¿A nosotros no nos cuentas?

—Tengo que pensarlo un poco más. Nos espera una nochecita interesante y la montaña es altísima.

Hicimos algunas fotos más y caminamos de vuelta al campamento.

LA PREPARACIÓN PARA LA CAMINATA de reconocimiento consistió en quitarse capas de ropa. De nuevo estábamos en círculo, mirándonos los unos a los otros, con el nerviosismo propio de quien no conoce a nadie pero está obligado a interactuar con un grupo. Por lo menos yo vengo con Raquel, pensé.

—El sol está muy fuerte —explicó Paco, siempre sereno y con voz tranquila— y aunque ahora sienten frío, en cuanto caminemos un rato les va a dar calor. Por ahora lo mejor es que vayan ligeros.

Kenia comenzó a repartir bastones.

—Uno solo —me dijo—. Es uno solo para que puedas llevarlo en una mano y utilizar la otra para apoyarte o por si te caes.

En relativo silencio nos quitábamos las chamarras, nos ajustábamos las botas…

—Vamos a ir a diferentes ritmos —continuó Paco—. Lo fundamental es que todos encuentren un paso que puedan llevar y que lo mantengan. No vamos a ir muy lejos, pero vamos a subir un poco por allá. No se preocupen si se empiezan a quedar atrás. Nosotros iremos repartidos de tal manera que siempre haya un guía cerca de ustedes. Yo voy a ir por delante y los otros se irán quedando con pequeños grupos según nos vayamos separando. Aquí cada quien debe ir a su ritmo.

—¿Todos listos? —preguntó Fabiola—. Va, pues vámonos.

Tomamos el camino de tierra que llevaba hacia el Iztaccíhuatl, aquel por el que avanzaban los coches, a buen paso pero sin ir demasiado deprisa. El terreno pronto se llenó de desniveles pronunciados a un lado y al otro. El terreno se deformaba hacia arriba en nuestra derecha y hacia abajo en nuestra izquierda. Avanzábamos en grupo, sin guardar ningún orden en particular, hasta que Paco salió del camino y señaló la ruta,

colina arriba, a través de las matas. Entonces se hizo una fila detrás de él.

—El camino al Izta no es por aquí. Vamos a subir a esta colina, desde donde se ven las dos montañas. Quédense en fila detrás de mí. Voy a marcar el ritmo. Si voy muy rápido o muy lento, me dicen.

La tierra era seca y se levantaba con las pisadas de las cuatro o cinco personas que llevábamos delante. Los matorrales secos hacían menos resbaladizo el terreno. Era una pendiente pronunciada que nos hizo ganar altura muy rápido.

—Joder —dijo Raquel, subiendo delante de mí—, se me está metiendo todo el polvo en la boca.

Giré la cabeza para ver si mis pisadas echaban tierra en la cara de quien traía detrás y vi que ya muchos se habían quedado demasiado lejos. Éramos un grupito de ocho o nueve que seguía los pasos de Paco. Raquel subía sin bajar el ritmo y sin descansar, por lo que pronto nos tuvo que dejar pasar el que estaba delante de ella.

—Seis delante de nosotros —le dije en voz baja—. Con esos, por lo menos tú ya entrarías dentro de los que van a llegar.

Aunque no era un cálculo exacto. A lo largo del camino, Paco paró para descansar tres veces, lo que dio tiempo a que algunos de los rezagados nos alcanzaran. De la misma manera, algunos de los que al principio mantuvieron el ritmo del guía, se fueron quedando atrás. Miguel, el sexagenario de Veracruz, y Juan Manuel, el señor de Tijuana, estuvieron en el primer grupo durante un largo rato, hasta que tuvieron que cedernos el paso por su necesidad de descanso. Cuando faltaban unos metros para llegar a lo más alto de la colina, Raquel iba pisándole los talones a Paco, con el resto del grupo de cabeza formado detrás de ella. Ocho clientes llegamos arriba en esa primera fila.

El campo de visión se abrió y en esa colina no había nada más que subir. Su punto más alto terminaba en un precipicio rocoso desde el que se podía ver nuestro campamento y un montón de coches estacionados unos cuantos metros más adelante. Ahora era el Izta a nuestra derecha el que no parecía gran cosa. El Popo, en el lado opuesto, visible desde la fumarola hasta la base, se revelaba como el gran coloso que en realidad es.

—Somos ocho —me dijo Raquel en voz baja—. De aquí sobra uno o dos y ya está.

—Así es, mi tosco guerrero —le dije jadeando—. Qué fuerte eres, cabrona, no pareces ni cansada. Pero, ¿ya ves? Elmo está aquí arriba, aunque esté gordo. Y también ese otro, que está bastante rellenito.

Me giré para ver el camino.

—Mira —dije—, Veracruz y Tijuana vienen hasta adelante del segundo grupo. Y esos vienen del nivel del mar.

—No creo que suban —dijo.

—Yo tampoco, pero acaban de subir del nivel del mar y tienen sesenta años. Son fuertes, ¿eh?

Se acercó a Paco uno de los que habían subido con nosotros y comenzó a hacerle

preguntas. Tanto Raquel como yo nos percatamos de su acento en el instante en el que abrió la boca para hablar.

—¿Eres español? —le preguntó Raquel, a lo que el otro asintió—. Yo también.

—No me digas. ¿De dónde eres?

—Soy de Valencia. Soy Raquel y éste es Jorge, mi marido.

—Raúl —dijo, dándonos la mano—. Yo soy de Sevilla. ¿Tú también eres español?

—No —dije—. Bueno, a medias, de aquí y de allá. Mexicano de madre española, aunque he estado varios años viviendo en España.

—¿Os habéis venido a vivir aquí o estáis de vacaciones?

—Aquí estamos viviendo por ahora —dijo Raquel.

Raúl debía estar entre los cuarenta y los cincuenta años de edad. Se quitó la gorra para liberarse del calor de la caminata y reveló su piel blanca y su cabeza con escasos cabellos oscuros.

—Y os habéis apuntado a la montaña —dijo—. A ver qué tal…

—Pues hemos estado ya en otros lados —dijo Raquel—. En el Teide, en los Pirineos, en Nepal…

Hay en esto de subir montañas un jueguito competitivo que no sólo nos lleva a especular sobre quién es más fuerte, sino que nos obliga a comparar y a hacer alarde de nuestras experiencias. Cuanto más difícil o exótica fue la aventura de tiempo atrás, tanto mejor es para restregársela al otro en la cara. Raúl, siendo conocedor de este juego, compartía experiencias y montañas vividas a cada una que contábamos Raquel o yo. No se hace con mal afán; es tan parte de esta culturilla el subir como el presumir. Se tiene la oportunidad de enseñar algo y de aprender mucho. No basta con decir qué montaña has subido o visitado, sino por dónde, hasta qué altura y las personas y culturas que conociste.

Raúl, aficionado más experimentado que nosotros, superó nuestras anécdotas de los Pirineos con las suyas de los Alpes, y lo que vimos en el Himalaya con todos los pueblos marroquíes que conoció visitando los Atlas en el norte de África. Perder en este juego te deja una larga lista de deseos con sitios por conocer y te acerca de alguna manera a aquel que te vence. Se identifica al otro como alguien cercano, pues se tiene en común el interés ocioso e inútil de subir cúmulos de piedra y nieve.

Nuestra conversación monopolizó los oídos de los demás en todo el camino de vuelta. Cuando llegamos al campamento, muchos de ellos estaban enterados de varios aspectos de nuestra vida.

—Así que usted es violinista —le dijo Miguel el de Veracruz a Raquel—. A mí me encanta el violín. Fíjese que…

—Han viajado mucho por el mundo —me dijo un muchacho a mí, mientras Raquel y el otro seguían con su conversación.

—Un poco —dije, dándole la mano y presentándome.

—Carlos —dijo—. Esta es la primera vez que voy a subir a una montaña. No me

imaginaba que tanta gente lo hiciera. Cuando me lo contó un amigo, pensé que era una tontería.

Otro se acercó mientras conversábamos, también joven, quizá de mi edad. Se presentó como Julio.

—Va a estar cabrón llegar hasta arriba —continuó Carlos—. Lo máximo que yo subo son las escaleras del metro.

—Yo vine el año pasado —dijo Julio.

—¿Llegaste hasta arriba? —le pregunté.

—No. Me quedé en las rodillas. A ver si esta vez sí llego. La verdad sí está bien cabrón.

Los dos estaban entre los ocho que llegamos primero a la parte más alta de la colina.

Fabiola nos indicó en qué tienda de campaña dormiría cada uno y, en la que dijo que dormiríamos Raquel y yo, estaba acostado Víctor Alfredo Cabrera, el otro señor de Veracruz.

—¿Compartiremos con él Jorge y yo? —le preguntó Raquel a Fabiola.

—Seguramente. Se sintió mal ahorita en la subida. Se mareó y vomitó. Ahorita que se despierte vemos cómo se encuentra. Si está bien, compartirá con ustedes. Si no, me parece que lo llevaremos de vuelta para que no le pase nada.

Cuando estuvimos más cerca el uno del otro, me dijo:

—Joder, no quiero compartir.

—Pues a ver qué pasa —le dije—. De cualquier manera, ese es otro que no va a llegar hasta arriba.

AMONTONAMOS NUESTRAS COSAS, las mochilas y las chamarras que nos habíamos quitado para la caminata de reconocimiento, y las metimos en nuestra tienda de campaña una vez que Víctor Alfredo Cabrera se hubo despertado.

—De verdad que no quiero compartir —me susurró Raquel.

—Nos han dado la tienda de campaña más grande de todas. Yo tampoco quiero compartir, pero si somos sólo los dos ahí dentro, nos vamos a congelar. Mira, las otras tiendas son más pequeñas y hay tres en cada una.

—Pues prefiero el frío.

En ese momento nos llamó a todos Fabiola:

—Acérquense, por favor —dijo a todos—. Acérquense. Ya están preparando la comida —dijo en cuanto estuvimos alrededor de ella—. En lo que está lista, les vamos a repartir el equipo. Vamos a hacer una lista. Conforme les vaya dando su equipo voy a anotar su nombre en la lista. Al final de la expedición me van a firmar junto a su nombre para que sepa que me lo han regresado. Es responsabilidad suya. Por favor, cuídenlo.

Nos llevó a la furgoneta negra donde, en efecto, empezaba a oler a comida. Comenzaron a sacar bolsas y maletas con el equipo.

—Si quieren siéntense más allá —dijo Kenia—, para que no estemos todos amontonados. Ahora les damos sus cosas.

Nos echamos unos pasos hacia atrás y esperamos.

—Vamos a empezar contigo, si quieres —me dijo, dándome un casco que dentro llevaba un arnés, una linterna con una banda para la frente y los crampones—. ¿Crees que te queda bien el casco, es muy grande?

—Es bastante cabezón —dijo Raquel.

—Me queda —dije poniéndomelo y quitándome de en medio—. Jorge —dije, para que apuntara mi nombre en la lista.

Me senté debajo de una pequeña carpa que habían montado, en la todavía más pequeña sombra que proyectaba. Raquel llegó un par de minutos después y se sentó a mi lado.

—Nos vamos a llenar de tierra —dijo.

—Imagínate cómo nos vamos a poner mañana.

—Claro, pero ahora hay que dormir.

—Pues te diré que yo pienso dormir con la ropa. Por una noche así, qué más da.

—Bueno, es verdad, así no tendremos que cambiarnos.

—Y pasar frío, porque me imagino que eso va a ser lo más cabrón.

—Oye —dijo—, ya sé que siempre dices eso de que en esto de las montañas uno nunca sabe qué tan fuerte es alguien hasta que lo ve subir, ¿pero no te parece que nuestros guías no son gran cosa? A ver… gran cosa… quiero decir que no parecen ni muy fuertes ni líderes súper confiables.

—Pues… no lo sé. Es verdad que Paco iba muy lento en cabeza, pero quizá era a propósito, para no cansarnos. Como los otros se quedaron con los de atrás no los pudimos ver. Seguro están en mejor forma que nosotros. Además ya sabes cómo es esto. La primera vez que subimos a La Tosa se nos hizo mucho más difícil que la segunda vez. Estos güeyes han subido mil veces al Izta. Conocerán cada piedra de la montaña, por lo que no les será muy difícil. Eso sí, quizá sí echo en falta un líder más definido, alguien de quien pueda decir «este cabrón me va a subir allá arriba».

Fue decirlo y como si de una película de Hollywood se tratara, apareció a lo lejos otro individuo. Caminaba despacio, pero no había duda de que avanzaba hacia nuestro campamento. Era un hombre joven, alto y sumamente delgado. Llevaba el cabello largo, castaño claro, amarrado en moño detrás de la cabeza. Su equipo de montaña era profesional, todo de marca. Usaba unas gafas de sol que cubrían toda la cuenca del ojo. No hacía falta más que mirarlo para saber que era bueno en este asunto de subir montañas.

—¡Güera, ya llegaste! —le gritó Fernando en cuanto lo vio acercarse.

—¿Güera? —dijo Raquel—. Pensé que me lo decían a mí.

—Se ve que le dicen güera —le dije a Raquel mirando al individuo que acababa de llegar.

Todos los guías se lanzaron a saludarlo con alegría.

—¿Qué tal arriba, güey? ¿Llegaron bien? —le preguntó Mauricio.

—Cabrón, güey —dijo la güera—, un chingo de frío, no mames. Hasta extrañé no llevar pluma.

—No mames, ¿tanto así? —le preguntó Fernando.

—Sí, güey, cabrón.

—¿Mañana vas a subir con pluma?

—Se me hace que no, güey. Le pregunté a los de rescate y dicen que mañana ya no va a estar tan cabrón.

Los clientes se sentaron junto a nosotros, todos ellos como hipnotizados, observando en silencio a la nueva presencia que acababa de llegar.

—¿Ese va a subir con nosotros? —me susurró Raquel.

—No lo sé —dije—. Por lo que se ve, hoy mismo estuvo en la cumbre.

—¡Fabi! —le gritó la güera a Fabiola—. ¡Cómo vamos!

—Les acabo de dar el equipo —dijo ésta—. Ya hicimos el reconocimiento y ahorita en un rato vamos a comer.

—Chido… chido… ¿Cómo se sintieron? —nos dijo a los clientes, observándonos por primera vez—. ¿Bien? Qué bueno. Chido… chido…

Fernando se le acercó y comenzó a susurrarle algo en el oído. Se hizo tal silencio que pude oír lo que la güera le susurró de vuelta.

—¿Quién? —dijo—. ¿El señor? —preguntó mirando a Víctor Alfredo Cabrera—. Ok. Al rato hablo con él. Ok.

Miró el campamento, nos inspeccionó un instante y habló:

—Entonces les fue bien en el reconocimiento. Bien, muy bien. ¿Ya tienen todos su equipo? Excelente. Pues voy a empezar por presentarme. Seguro ya conocen a los demás, Fabi, Kenia, Fer, Mau, Paco… Yo me llamo Fernando también, como aquí mi tocayo. Mañana todos nosotros los vamos a ayudar con el ascenso, ¿sale? —dijo mirando a su alrededor y gesticulando con las manos, juntando las palmas y llevándoselas a la boca.

»Lo que tenemos que hacer ahora —continuó— es repasar ciertas cosas que debemos tener listas, ¿sí? Como seguramente ya sepan, la salida es a las doce y media-una, por lo que a las doce los vamos a despertar. Lo primero que tienen que saber, muy importante, es que esto es como un juego, ¿sale? Vamos a jugar. Y para jugar bien, lo primero en lo que debemos pensar es en la ropa. Aquí todo es por capas. Todos debemos llevar tres capas, ¿de acuerdo? —dijo, abriéndose la chamarra. Sentí frío y me quité de debajo de la sombra de la carpa y me puse al sol—. La chamarra, la chamarra de debajo, un suéter deportivo y la camiseta hasta abajo. La camiseta, de preferencia que no sea de algodón, porque se suda más. Mejor algo de licra. El juego con las capas es el siguiente: empiezo a caminar y siento calor, lo primero que hago es quitarme el gorro. La mayor parte de la temperatura corporal se pierde por la cabeza. Entonces, primer signo de calor, me quito el casco, me quito el gorro, lo guardo y me vuelvo a poner el casco. El casco, eso sí, lo

vamos a llevar puesto desde que salgamos de aquí hasta que estemos de vuelta. Eso es política de la empresa y es muy, muy importante. Muchas veces ha pasado que uno se quita el casco, «ahora no pasa nada» y pum, piedrazo en la cabeza justo en ese momento. El casco siempre puesto, ¿sale? Bien, pues ya me quité el gorro y sigo, y me vuelve a dar calor. Lo siguiente que hacemos es abrir la primera capa. ¿Más calor? Abrimos la segunda. ¿Vuelve a dar calor? Me quito los guantes. Después me quito la última capa. Ese es el juego, ¿sale? Muy, muy importante. Llegar arriba depende mucho de cómo juguemos con el calor y el frío. Lo recomendable es siempre tener un poco de frío, pero hay que gestionarlo. En las piernas basta con una capa. Si quieren llevar ropa térmica adelante, pero por favor no se pongan doble calcetín. Muchos creen que eso ayuda con el frío y lo único que consiguen son unas ampollas bien cabronas.

»Siguiente punto. Todos traen mochila, ¿verdad? —dijo, buscando las mochilas a su alrededor—. Perfecto. En las mochilas vamos a llevar lo siguiente: los crampones, que son esos picos para las botas que ahora les vamos a enseñar a ponerse, dos litros de agua que ahora les van a dar, la bolsa con el lunch que les vamos a dar por la mañana, gafas de sol y protector solar.

—Híjole —dijo el de Tijuana—, yo no traigo crema solar.

—No trae crema solar. No le hace. El que no traiga crema no hay problema. Nosotros llevamos y les vamos a dar, todo con su justa cuota —dijo riendo—. No se crean. Al que no lleve, pues ahí arriba le prestamos. ¿Pero sí está claro esto? Los crampones, dos litros de agua, el lunch, gafas de sol y protector solar. Es muy, muy importante. El que no lleve gafas no va a poder subir. Y otra cosa, nada de compartir peso. Aquí cada quien lleva sus cosas. Nada de que le llevo los crampones a mi novia —dijo y Raquel me miró con cara de enfado—. No saben cuántas veces ha pasado que llegamos al glaciar y no lleva uno los crampones porque se los guardó no sé quién y no puede subir. Aquí cada quien sube por su cuenta, así que cada quién carga lo suyo. Si llevan cámara fotográfica y es muy grande, no les recomiendo que la lleven, pero ahí sí depende de ustedes. Ahí arriba cada kilo cuenta.

—La nuestra pesa como tres kilos con la funda —me susurró Raquel.

—Llevar la cámara muchas veces no trae tanto juego como creen. Vamos a subir de noche y de noche no salen las fotos. Eso me lleva al siguiente punto, que es el de la subida. Vamos a ir en fila. Por lo menos va a haber un guía cada tres de ustedes. Les pido por favor que no rebasen a su guía. Vieron una ruta mejor, les parece que vamos muy lentos, no importa. Se quedan en fila, por favor. Y en cuanto a subir, ustedes tienen que ser conscientes de sus propios límites. Y tienen que ser conscientes de cómo quieren subir, ¿sale? Si vamos subiendo y van mareados y vomitando, pues es obvio que no pueden seguir o que tienen que disminuir el ritmo. Si suben así y les pasa algo, se ponen en peligro ustedes mismos, ponen en peligro a los demás y nos ponen en peligro a nosotros. Así que eso es muy, muy importante, ¿sale?

Se hizo un silencio y nos observó durante un instante.

Su figura completa es un estereotipo pensé, observándolo con detenimiento. Me vino a la cabeza el alpinista Scott Fisher, que murió en el Everest en el desastre del 96. Krakauer lo describe como un individuo alto, delgado, de pelo rubio y largo amarrado con un moño detrás de la cabeza y muy afable. Los sherpas que viajaban con él en el Everest se dejaban crecer el pelo para hacerse moños de la misma manera. Identificados como individuos *cool*, que usan palabras como «chido» todo el tiempo, que cuentan chistes y que aparentan sencillez, y que disfrutan del ocasional cigarrillo de marihuana.

Tenía la sensación de que, desde ese momento, todos empezamos a confiar en Fernando, la güera, más que en nosotros mismos.

—A ver, a ver… —continuó—. ¿Se me olvida algo? ¿Chicos? Ah, sí… Aquí no hay forma de cargar nada. Si quieren tomar fotos ahí arriba, sáquenle las pilas a su cámara o a su teléfono. Las pilas hay que guardarlas en un bolsillo interior cerca del cuerpo. Como hace frío, se descargan muy rápido. Igual, no falta el que llega hasta arriba y luego no puede hacer fotos. Para hoy por la noche les recomiendo que se metan con sus pilas y sus teléfonos dentro del saco de dormir, ¿sale?

»¿Algo más? —dijo a los otros, tomándose un momento para pensar.

—La hidratación y la comida —dijo Paco—, muy importantes.

—Cierto. Cuando empecemos a subir, vamos a intentar ir a buen ritmo. Si no llevamos buen ritmo, no vamos a llegar. Entonces, la ruta se divide en *check points*, en puntos de quiebre. En cada punto de quiebre vamos a parar para rehidratarnos y para descansar. Es muy importante que sea en cada quiebre donde tomen agua o se quiten capas de ropa. Si lo hacen durante el camino y abren la mochila para sacar el agua o guardar la chamarra y se quedan atrás, va a ser muy difícil que alcancen a la cabeza del grupo. Va a haber mucha gente subiendo y todos van a ir en constante movimiento. No nos podemos parar ni podemos esperar a nadie. Si les urge y necesitan un descanso para ir al baño o tomar agua, díganlo. El guía que lleven delante puede buscar un lugar para parar.

—¿Cuántos puntos de quiebre son? —preguntó uno.

—Son cuatro, pero iremos haciendo paradas también entre quiebres para descansar e hidratarnos. Es muy importante administrar el agua y la comida. La comida da energía. ¿Me siento cansado? Como algo y recupero, ¿sale?

—Yo no traigo pantalones —dijo otro—. Es que nunca había hecho esto. Me regalaron el viaje y pues sólo tengo jeans.

—No tienes pantalones…. Mmm… ¿Tenemos pantalones? —le preguntó a Fabiola— ¿Sí tenemos? Excelente. Con jeans obviamente no puedes subir. Te podemos prestar pantalones. Aunque también, allí abajo en La Joya… No sé si lo han visto. En el camino que sube a la montaña hay un estacionamiento y un puesto de quesadillas. Esa es La Joya. Bien, pues ahí, al lado del puesto de quesadillas, hay un lugar donde venden equipo de montaña muy barato. Ahí te puedes comprar unos pantalones. ¿Alguien no lleva botas?

Varios alzaron la mano.

—¿Tenemos botas también? También les podemos prestar botas, aunque no creo que haya para todos. Lo mismo, ahí en La Joya se pueden comprar unas. Se los recomiendo porque ahí sí van a encontrar cosas mucho más baratas que en cualquier otro lado. Quien no tenga botas no podrá ponerse los crampones. ¿Me queda algo más que decir?

Todos guardaron silencio.

—Sí —dijo al fin—, última cosa. Medicación. Dolor de cabeza, dolor de estómago, mareo… lo que sea. Por favor, muy importante. No se auto mediquen. Eso sí se los pedimos. Si les pasa algo ahí arriba y ya se tomaron algo, se podrían poner peor. Por favor no se auto mediquen. Si tienen algo, dolor de cabeza o lo que sea, acudan a Fabiola o a alguno de los otros. Tenemos un botiquín enorme. Por favor no tomen nada ustedes sin hablarlo con nosotros. ¿Sale? ¿Todo bien? ¿Alguna pregunta? Bien. Si les surgen dudas nos pueden preguntar. Ahora les vamos a enseñar a ponerse el equipo, ¿sale? Empezamos por el arnés.

Los demás guías empezaron a explicarnos a pequeños grupos de tres cómo ponernos el equipo. Fernando, la güera, nos miraba y hacía alguna observación de vez en cuando.

—El arnés es probable que no lo necesitemos —dijo—, pero lo tienen que llevar puesto todo el tiempo, ¿sale?

Paco estaba con Raquel y conmigo. El arnés era como el contorno de un enorme calzón, con dos entradas para las piernas y una para la cadera. Ella y yo habíamos subido montañas antes, pero nunca habíamos usado arnés.

—Te tiene que quedar apretado, Jorge —dijo Paco—, pero sin que te moleste. Así, así está bien. ¿Raquel, cómo vas tú?

Después procedimos a ajustar los crampones, amarrándolos a las botas con un sistema de bandas de tela. Tampoco habíamos usado crampones en el pasado. Recuerdo que la primera vez que subimos una montaña de los Pirineos no nos hicieron falta porque había muchísima nieve, en la que se nos enterraban los pies y por lo que no teníamos problemas para mantenernos adheridos al suelo; la segunda vez, toda esa nieve se había derretido y se había convertido en hielo durante la noche. Si hubiéramos llevado los picos en las botas, no habríamos pasado los disgustos que pasamos.

—Te sobra espacio ahí atrás, Jorge —dijo Paco inspeccionando cómo me los había amarrado—. Te tienen que quedar bien ajustados. Si se te salen en medio del glaciar puede ser muy peligroso. Quítatelos y apriétalos más.

—¿Así están bien los míos? —preguntó Raquel y Paco fue a auxiliarla.

Todos se mantenían ocupados con el equipo.

Cuando hubimos acabado, lo llevamos todo a nuestra tienda de campaña.

—Pues parece que el tipo ese es el que nos va a subir —dijo Raquel—. Qué tontería esa de que «le cargan los crampones a sus novias». Ni creas que me vas a cargar nada.

—Pues claro que no, mi tosco guerrero —le dije—. De todas formas, no puedes negar que ese es el líder que necesitábamos.

—Ya veremos. A ver de qué es capaz.

—Este cabrón es el que nos va a subir allá arriba, ya verás.

LA COMIDA DE ESE DÍA, a la que después empezaron a referirse como «cena», consistía en un plato de espagueti con salsa boloñesa, un poco de ensaladilla rusa y un tamal. No gozaba de un sabor fantástico, pero era mucho más de lo que se podía esperar de algo calentado en la parte trasera de una furgoneta a casi cuatro mil metros de altitud.

—Estoy empezando a tener dolor de cabeza —le dije a Raquel.

—¿Migraña?

—No, no es migraña. O no estoy seguro. Creo que fue el sol. Me puse al sol cuando estaba hablando ese güey y creo que se me frieron los sesos. A esta altura el sol es muy cabrón.

Me pasó la mano por el pelo.

—A lo mejor ahora que comas algo se te quita. Mejor ponte a la sombra.

—No sé cómo chingados le vamos a hacer para dormirnos. Apenas son las tres. Se supone que acabando de comer tenemos que irnos a dormir.

—Sí, yo tampoco sé. Aunque imagino que con descansar algo…

Nos acercamos a la parte de atrás de la furgoneta para que nos dieran nuestra ración de comida.

—Si quieren repetir no hay ningún problema —dijo Kenia sirviéndome—. Allá tenemos agua o Gatorade. Pónganse lo que quieran.

Mientras comíamos, casi todos de pie, deambulando un poco por el campamento, escuchaba lo que Fernando, la güera, contaba a los demás, acaparando la atención de todos. Raúl, que se había acercado para jugar a comparar montañas con él, tuvo que aceptar su derrota cuando nuestro guía le contó que escalaba también paredes, con cuerda y pico. En estas comparaciones, da más puntos aquello que te acerca a ser un montañista profesional que cualquier experiencia en un país lejano. Este no es amateur como nosotros, pensé, observando a Raúl mientras escuchaba las anécdotas de la güera.

—Bueno, ¿y qué pasó tocayo, cómo les fue hoy? —le preguntó el otro Fernando. —Puta, chingón… —contestó la güera—. Llevábamos un grupito de amigos que iban en pareja. Ahí íbamos para arriba cabrón y de repente empezaron las chavas con que «gordo, no mames, a dónde me trajiste». Y ahí quejándose todas las viejas. Total, que partimos el grupo y las gordas se fueron para abajo y yo me llevé a los gordos para arriba, no mames. Nomás hubo uno que se regresó con ellas.

—El más listo —dijo Juan Manuel, el señor de Tijuana.

—A huevo —le contestó la güera riendo—. El único que va a dormir tranquilo esta noche. Seguro que las gordas se van a chingar a sus gordos hoy por la noche. Todos al sofá.

La charla de complicidad entre los hombres provocó una mirada de entre furia y

aturdimiento en Raquel, que me miraba esperando a que le dijera algo.

—¿En serio? —me dijo—. ¿Las gordas, de verdad?

Me alejé unos pasos de ella para escapar de su furia.

—Oye, güey, ¿y van a subir mañana esos cabrones otra vez? —preguntó el otro Fernando, el tocayo.

—¡Cañón, güey, no mames! ¿Sabes cuántos clientes llevan para mañana? ¡Cuarenta!

—¿Cuarenta? ¡No mames! ¿Cómo van a subir a cuarenta?

—Pues tú dime, güey. Seis guías para cuarenta cabrones. Todavía va y me dice ese güey: «güera, quédate mañana con nosotros». ¡Ni madres! Le dije. Ahí te la ves, tú con tus cuarenta cabrones.

—Pues entonces va a estar amontonadita la cosa.

—Sí, güey. Mejor hay que salir temprano. O vamos a encontrar multitud.

Me acerqué a Raquel, con mi plato de comida casi limpio del todo.

—¿Has oído? —le dije—. No son la única empresa que sube. ¿Ya viste a cuántos llevan los otros? Cuarenta.

—Ya lo he oído. Con los mismos guías, los bestias. Oye, ¿y si vamos a La Joya nosotros también ahora que acabemos para ver el puesto ese junto a las quesadillas? A lo mejor nos interesa algo.

—Sí. No tenemos efectivo de todas formas. Aunque, si te digo la verdad, más ilusión me hace que tengan baño. Me da corte ir por aquí entre las matas.

—Pues no creo que tengan baño y, si lo tienen, no creo que sea gran cosa.

—Después de la India ya nada me asusta.

LA JOYA ES JUSTO como la había descrito nuestro guía: un estacionamiento con un puesto de quesadillas. Para llegar hasta allí tuvimos que caminar más de un kilómetro desde el campamento, subiendo por la ligera inclinación del terreno y luego bajando un gran desnivel hasta la zona de tierra plana en la que se encontraban los autos. Desde allí, la montaña se veía colosal, encima de nuestras cabezas, con el contorno de la mujer dormida completamente desdibujado por la perspectiva. La cantidad de coches y de personas que encontramos me hizo ser consciente, por primera vez, del gran número de personas que intentarían subir a la mañana siguiente.

—Toda esta gente va a subir —dijo Raquel.

—A estos nos sumamos nosotros y a esos súmales los cuarenta clientes que trae la otra empresa.

—Va a ser una larga fila.

—Imagino que por eso saldremos tan temprano.

Había barullo en el puesto de quesadillas. Más que un puesto, era como un local, con sus paredes y techo de lámina y sus asientos de madera. Una pizarra informaba los alimentos en el menú: quesadillas, sincronizadas, tacos, sopa de hongos, café de olla.

—Tienen bastante —le dije a Raquel, a la vez que nuestra atención se desviaba al lugar, de techo improvisado con una lona, en el que vendían los artículos de montaña baratos que había mencionado la güera. Allí estaban Raúl y otro de los clientes, uno de los ocho que llegaron primero a lo más alto de la colina en el reconocimiento; después supimos que eran compañeros de trabajo y que se habían apuntado a la expedición juntos.

—Qué —dijo Raúl—, habéis venido a ver si encontráis algo bueno.

—Sí —dije—, a ver si es cierto que están tan baratas.

—Pues no están mal —dijo.

—Yo las voy a ver y ahora me voy a pedir un café —dijo Raquel.

—No sé si yo me pediría un café aquí —dijo él—. Quién sabe de dónde saquen el agua.

—Eso está hervido, güey —le dije—, no pasa nada. Eso sí, si se supone que nos vamos a dormir en una hora, no sé si sea bueno tomarse un café.

—A mí el café no me quita el sueño.

—¿No? —le preguntó Raúl.

—La he visto tomarse cinco o seis cafés en un día —dije— y luego caer fundida en la cama por la noche. Aunque ahora no habrá cama. Que cada quien se auto regule. Yo no tomo café, pero me encanta. No lo tomo porque sufro de migrañas y la cafeína es mi mejor remedio. Si tomara café a menudo, no me haría efecto para la migraña. Eso sí, si me tomo uno, ya no duermo en veinte horas. Raquel, tú tómatelo bajo tu propio riesgo.

—No me pasa nada, güey —dijo Raquel, dándome una palmada en el hombro y acercándose al lugar de las quesadillas.

—Tú pídelo —dije—. Voy a investigar qué tal está el baño.

Cuando ya caminábamos de vuelta al campamento le pregunté a Raquel:

—¿Qué tal está el café?

—Demasiado grumoso y dulce. ¿Qué tal está el baño de La Joya?

—Pues te diré que está a la altura de los de la India. Desafiante. Un agujero en el suelo que da a una fosa llena de excrementos sin ninguna tapa o algo que elimine el olor.

—¿Y has ido?

—Qué remedio.

El reloj marcaba apenas las cinco y el sol todavía golpeaba con fuerza sobre el campamento. Cuando llegamos nos dijeron que se habían tenido que llevar a Víctor Alfredo Cabrera porque presentaba síntomas de mal de altura y en Amecameca se encontraría mejor.

Entramos en la tienda de campaña sin decir gran cosa y cerramos la cremallera de la entrada. Dar las buenas noches en una situación así era demasiado ridículo. Dentro hacía bastante calor. Me quité las botas y las puse, junto con el casco, el arnés, la linterna y los crampones, al lado de la puerta. Alisé el saco de dormir y me metí dentro.

Doblé mi chamarra para convertirla en una almohada y me acosté. Solté un suspiro.

—¿Ya? ¿Te vas a dormir?

—¿Y qué alternativa tenemos? —dije—. Mientras más descansemos, mejor.

Saqué el teléfono e investigué un poco sobre nuestro guía. Fernando Tijerina Borges, cuya especialidad curiosamente no era el Iztaccíhuatl, sino el Pico de Orizaba. Había sido parte de la Comisión Nacional de Búsqueda y Salvamento y tenía fama por ser un excelente escalador de roca en los picos más altos de México: Izta, Nevado de Toluca, Malinche y Orizaba. Además, había estado en los Andes, en Perú y Ecuador, y había coronado Urus, Ishinca, Pisco, Ranrapalca, Artesonraju, Tocllaraju, Chinchey, Illiniza norte y sur y Chimborazo, entre otros. Impresionante currículum, pensé.

—¿Se te ha quitado el dolor de cabeza?

—No. Sigue ahí, pero no se ha intensificado. Ahora tengo mucho pinche calor, pero creo que en cuanto empiece a hacer frío me sentiré mejor. Hablando de frío… Pásame las pilas de la cámara. Los voy a meter aquí dentro junto con el teléfono para que no se descarguen.

Me las dio y luego se metió en su saco, sin ponerse nada de almohada, acostándose boca arriba e inspirando con fuerza.

—¿Te cuesta respirar? —le pregunté.

—No exactamente. Pero sí siento que me falta el aire. Es raro. El aire entra y sale, pero como que no me quedo satisfecha con cada bocanada.

—Me pasa igual. Acércate el saco del güey que se llevaron. Si al rato hace demasiado frío nos podemos tapar con él.

—Otra vez con el comentario, ¿viste? Que si las gordas y los gordos. Se van a enterar.

—Cariño, ese es su entorno. Ellos y sus circunstancias. No te lo tomes a mal.

Me puse de lado, acomodándome lo mejor que podía contra las irregularidades del terreno. Inspiré con fuerza y dejé escapar el aire por la boca. Sintiéndome cansado, pero pensando que pronto me encontraría mejor, cerré los ojos y no tardé demasiado en quedarme dormido.

CUANDO DESPRETÉ, la tienda estaba en completa oscuridad. La mano que se me había quedado fuera del saco estaba completamente entumecida por el frío. Al moverme un poco pude notar que, de la misma manera, tenía las piernas heladas. La cremallera, cerrada hasta la mitad, dejaba escapar la temperatura de mi cuerpo. Me acomodé lo mejor que pude y la cerré del todo, cubriéndome la cabeza. Entonces, siendo consciente de mi malestar, me erguí y me quedé sentado.

—Cariño, ¿qué te pasa? —me dijo Raquel, irguiéndose a mi lado.

—Me va a explotar la cabeza. Mierda, cómo me duele.

Me besó en la sien y me masajeó el cráneo.

—¿Tienes frío?

—Un chingo. Me dormí con la madre esta abierta porque hacía calor y me he congelado durante la noche.

Respiraba con dificultad.

—¿Te cuesta respirar?

—Me cuesta menos si estoy sentado —dije—. Carajo. ¿Has podido dormir algo?

—Nada. No puedo ni cerrar los ojos.

El cambio de luz me había engañado. Nos habíamos metido a dormir con el sol encima y me había despertado en la oscuridad total, pero en cuanto busqué con la mano y saqué mi teléfono del interior del saco, vi que apenas eran las siete y diez.

—Mierda —exclamé—. Mierda.

—¿Te duele mucho, cariño? ¿Te duele?

Me recosté otra vez sobre la chamarra doblada. El movimiento de la cabeza hacia atrás hizo que la tienda entera se me moviera de arriba abajo y me provocó nauseas. Enseguida me volví a erguir.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Estoy mareadísimo. Se me mueve toda la tienda de campaña, como si estuviera dando saltos.

—¿Traemos medicina? ¿Guardaste el ibuprofeno? Contéstame.

—Sí lo traemos, pero tiene cafeína. Estoy seguro que con eso se me quitaba el dolor de cabeza en un instante, pero ya no podría dormir más y necesitamos dormir.

—Jorge, ¿y por qué no guardaste sin cafeína?

—Por pendejo.

—Mira, voy a salir a preguntarle a Fabiola si tiene ibuprofeno. Quédate aquí sentado y vuelvo enseguida.

Se puso de pie y, en cuanto abrió el cierre de la tienda, pude sentir un frío mucho más intenso viniendo de fuera del que había en el interior. Me eché el saco que estaba libre encima de las piernas.

Me recosté de nuevo y sentí saltar la tienda de campaña otra vez. Podía escuchar a Raquel hablando con Fabiola, a la vez que veía luces de colores cada vez que cerraba los ojos. Me encontraba en ese punto intermedio entre estar despierto y estar dormido, sólo que con un dolor de cabeza insoportable. Me puse la mano sobre el pecho y pude sentir mi corazón, luchando por llevar la sangre a mis extremidades, latiendo rápido y con fuerza. El estado de semiinconsciencia y el delirio me hicieron hablarle en voz baja.

—Tienes que relajarte, corazón —le dije—. Ya sé que no hay suficiente oxígeno en la sangre. Ya sé que hay que trabajar más. Tienes que relajarte. No nos hace falta tanto oxígeno como crees. Lo que más necesitamos es dormir.

Volvió Raquel a la tienda y yo me erguí otra vez, apoyando la cabeza sobre mis manos.

—¿Cómo te encuentras? —me dijo.

—Creo que estoy delirando —dije—. Creo que me está afectando la altura.

—Tienes que tranquilizarte. Trata de respirar.

—Me va a explotar el corazón. Me va demasiado rápido.

—A mí también me pasa lo mismo. Respira hondo. Respira y suéltalo.

—¿Te dio medicina Fabiola?

—Me dio esto —dijo mostrándome la píldora en la palma de su mano—, ibuprofeno de cuatrocientos.

—De seiscientos estaría mejor.

—Me dijo que sólo tiene de este. Tómatelo.

Me acercó el agua y tragué.

—Joder —dije—, tengo la comida en la garganta. Los putos espaguetis no paran de recorrerme el esófago de arriba abajo.

—Estoy igual. Tengo ganas de vomitar.

—No lo vomites. El estómago no lo digiere por la falta de oxígeno, pero al final pasará. Lo necesitamos para subir.

—Acuéstate. Acuéstate y quédate tranquilo. A ver si con el ibuprofeno se te pasa.

Me recosté boca abajo, colocando la chamarra entre mi pecho y el suelo para no sentir los golpes de mi corazón contra la superficie dura y fría. Me dificultaba más la respiración, pero lo prefería al constante pum pum, pum pum, pum pum que intentaba escapar de mi tórax.

—Carajo.

—Trata de dormir —dijo Raquel, pasándome la mano por la cabeza, acariciándome el pelo.

—Estoy muy mareado. No paro de ver luces de colores cuando cierro los ojos.

—Shhhh… Duerme… Duerme…

Al final me quedé dormido.

ABRÍ LOS OJOS y lo primero que hice fue mirar la hora: las ocho. Raquel estaba a mi lado, mirándome. Había salido la luna y el interior de la tienda se había iluminado con un azul plateado. Podía ver sus ojos clavados en mí. Acerqué la mano a mí pecho y me sentí el pulso, igual de acelerado. Por fortuna, el dolor de cabeza se había ido. Aún tenía un mareo intenso y sentía el sabor de la salsa boloñesa en la boca.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó.

—Se me ha ido el dolor de cabeza. Pero sigo mareado. Siento que ha pasado una eternidad y apenas son las ocho.

—Imagínate cómo estoy yo que no he podido dormir ni un minuto. Oye, estás temblando mucho. Has temblado todo el tiempo mientras dormías, a pesar de que tienes el otro saco encima.

Es difícil recordar lo que dije. Por un momento tuve dudas de que lo que estaba

pasando fuera real. Sentí miedo. E imagino que lo que dije no tuvo demasiado sentido, pues sentí un ligero golpe de Raquel en el hombro, que me preguntaba algo con tono de que ya me lo había preguntado segundos atrás:

—Jorge… Jorge… ¿Cuáles son? ¿Cuáles son los síntomas del mal de altura?

—Mareo, dificultad para respirar, desubicación espacio temporal, pensamiento errático.

—¿Cómo podemos saber si tienes mal de altura?

—Hazme preguntas. Pregúntame cosas.

Nombre de mi madre, nombre de mis hermanos, la montaña en la que estábamos, el color de nuestra tienda de campaña, la tabla de multiplicar del seis. Preguntó y preguntó; todas las respuestas fueron acertadas.

—¿Cuánto es siete por nueve? ¿Eh? ¿Jorge?

—Espera. Me cuesta decírtelo ahora.

—No tienes mal de altura —dijo con seguridad—. Te cuesta decírmelo siempre. Eso es sólo que eres un poco burro.

Reímos juntos.

—Intenta dormir —dijo.

—Cariño, prométeme una cosa. Prométeme que si no me encuentro bien cuando sea hora de partir, te irás sin mí. Prométemelo.

—Está bien.

—Demuéstrale a esos cabrones que a ti no te detiene nada. Demuéstrales que no me necesitas para subir, que no somos como los gordos y las gordas. ¿Vale?

—Está bien, cariño. Duerme.

OTRA VEZ DESPERTÉ y mis manos fueron directo al teléfono: las nueve y media. La cabeza seguía sin dolerme, pero el frío, el mareo y la sensación de que el tiempo transcurría lentísimo hicieron que me invadiera un sentimiento de hartazgo. Raquel se giró hacia mí en cuanto me escuchó moviéndome.

—Menuda mierda de noche —le dije—. Esto es un puto infierno.

—Me está empezando a doler la cabeza —dijo—. No logro dormir por más que lo intento.

En ese momento se empezaron a oír ruidos en el exterior. Exclamaciones, gritos e incluso risas.

—¿Eso es aquí? —pregunté—. ¿Esa gente que habla es de nuestro campamento?

—Sí, creo que sí.

—¿Son los guías? Es demasiado pronto para que ya estén despiertos.

—Creo que no son los guías.

—¿Te duele mucho la cabeza?

—Un poco. Me empezó a doler hace como veinte minutos.

—Voy a salir a mear. ¿Quieres que le diga a Fabiola que me dé más ibuprofenos?

—No. No la molestes más.

—No seas tonta. Que nos dé más ibuprofenos y te tomas uno.

—Que no, que no. No le digas nada. Sal y vuelve.

En el exterior, la luz de la luna permitía ver absolutamente todo. Las matas amarillas brillaban en la noche. El viento soplaba con suavidad y había mucha paz. Me olvidé del pudor y no caminé demasiado lejos para aliviar mis necesidades. Observé a mi alrededor, buscando de dónde salían las voces. No eran los guías. Era una de las tiendas de campaña de los clientes. Se podía escuchar, también, el estridente ronquido de otro.

—No son los guías —dije en cuanto entré y cerré la cremallera.

—Maldita sea, cada vez me siento peor y esos cabrones no se callan.

Cuando estuve acostado, se levantó, abrió una pequeña rendija en la entrada y gritó:

—¡Oigan! ¡Pueden… ¡Pueden hablar más… más…

—Suave —le susurré.

—¡Más suave! Queremos dormir.

Estaba aturdida. Yo me encontraba mejor y ella estaba entrando al estado en el que me encontraba yo horas antes.

—Duérmete, cariño. Ven —dije—, acuéstate e intenta dormir.

—Me duele la puta cabeza —dijo.

—Voy a pedirle ibuprofeno a Fabiola.

—No. ¿Dónde están los que empacaste? ¿Dónde están?

—En el bolsillito de la mochila. En el de fuera.

Ofuscada, con gestos violentos, empezó a rebuscar en mi mochila. Se alumbró con la luz del teléfono, sacó dos pastillas y se las tomó.

—Tienen cafeína, cariño. No vas a poder dormir.

—Me importa una mierda. Lo que quiero es que se me quite este dolor de cabeza. Y esos hijos de puta no se callan. ¡Oigan! ¡Shhhhh!

En ese instante pudimos escuchar la voz de la güera, diciéndole a los tres que hablaban y reían que se callaran. Salvo por el ronquido, se hizo el silencio.

—Acuéstate, cariño. Intenta dormir.

Habrá pasado una hora, quizá dos. En todo ese tiempo no logré dormir y Raquel tampoco. Cuando por fin empecé a conciliar el sueño, cuando mi conciencia empezaba a desparramarse en amagos de sueños, comenzó a sonar música con estridencia.

—Puta madre —dijo Raquel—. Me cago en la madre que los parió.

No venía de nuestro campamento, pero sonaba con fuerza. Melodías de Queen, alguna canción pegadiza de pop. Justo cuando empezaba a quedarme dormido, me sorprendí a mí mismo tarareando las melodías que ponía aquel torturador lejano.

—Qué hijo de puta —exclamé.

Busqué el teléfono y vi que marcaba las once. Hora y media como mucho, pensé. Tengo que dormir. Tengo que dormir un poco más.

ESCUCHÉ LA VOZ DE LA GÜERA fuera de la tienda de campaña. Era la hora. Nos dijo que nos alistáramos poco a poco, pero que en media hora debíamos estar listos. He logrado dormir algo, pensé en cuanto vi que mi teléfono marcaba las cero cero con dos minutos. Me sentí aliviado. Me giré para buscar el cuerpo de Raquel y la encontré llorando.

—Cariño, ¿qué pasa? ¿Te encuentras mal? ¿Qué te pasa, por qué lloras?

—Porque no he logrado dormir un solo puto minuto, porque el dolor de cabeza no se me ha quitado y porque ya es hora de levantarse.

Mierda, pensé. Así no va a poder subir. Mierda.

—Raquel. Levántate. Levanta la cabeza, mira cómo te sientes.

Se irguió. Respiro intensamente un par de veces y se volvió a dejar caer.

—Creo que no podré ir.

Mierda. Mierda.

—Raquel. Levántate.

—Que no, que me dejes en paz. No puedo ir. Tengo la comida en la garganta todavía. Vete tú sin mí.

—Venga. No digas tonterías. Ahora te voy a recuperar. A mí también me está volviendo el dolor de cabeza, pero ahora sí puedo usar mi arma secreta.

—Déjame.

Fui a las mochilas y saqué los dos RedBull que había empacado y un par de ibuprofenos con cafeína para mí.

—Mira, necesito que te tomes esto de golpe. En cuanto te lo tomes comenzarás a eructar y te sentirás mejor. Como si tomaras tónica para quitarte el malestar.

—Si me lo tomo voy a vomitar.

—Que te lo tomes. Bébetelo.

Se puso de pie y le dio un sorbo. Yo cogí los dos ibuprofenos, me los metí a la boca y no paré de tragar el RedBull hasta que la lata estuvo vacía. Solté un eructo estridente y no sentí ningún pudor, aunque hubiese retumbado de ahí hasta La Joya. De hecho, sentí tal bienestar estomacal que intenté eructar de nuevo.

—¿Has oído eso? Cariño —insistí—, bébetelo de golpe y verás qué bien te vas a sentir. A nosotros que no tomamos azúcar ni mierdas de estas, esto nos va a dar un levantón.

Alentada por mi eructo, se levantó y bebió de golpe. Eructó también.

—Eso es, cariño. Eso es. ¿A qué estás mejor?

—Sí —dijo.

Me encontraba sentado delante de ella, acariciándole un brazo y tapándola con el saco de dormir extra. Entonces me observé a mí mismo. Tenía frío, sí; estaba descalzo y con apenas un jersey encima de la camiseta. No estaba temblando. No tenía más mareo, ni dolor de cabeza, ni dificultad para respirar. Di un salto y me puse de pie. La canción de Popeye el marino me vino a la cabeza, como si me acabara de comer sus espinacas y

se me hincharan los músculos, llenándome de vigor.

—Tómate esa mierda, cariño —dije—. Estoy como nuevo.

En cuestión de minutos encontré todas mis cosas, con una claridad mental que no había experimentado en mi vida. Localicé los dos litros de agua de cada uno y los guardé. Los crampones, el casco, la luz, el arnés. Cuando me vine a dar cuenta estaba totalmente equipado y listo. Raquel, en proceso de recuperación, ya se estaba levantando.

—Tu mochila está lista. Ahí está tu ropa también. Voy a salir fuera porque me estoy meando. Ahora vamos a tomar café y ya no habrá nada que nos frene. Y decías que el RedBull no iba a ayudar…

Afuera estaban casi todos ya listos. Subí una pequeña colina para orinar sin que me vieran y cuando estaba de vuelta en la tienda, Raquel estaba vestida y lista, sonriendo.

—Eso es, cariño. Eso es.

Ajusté la luz a mi casco y me lo puse. Paco ayudó a Raquel con el suyo. Revisé otra vez las mochilas y vi que estaba todo. Todo el grupo estaba despierto y activo. Se podían sentir las ansias de todos por comenzar. Me acerqué a la furgoneta para ver si había café.

—Se acaba de terminar la primera tanda —dijo Kenia—, pero ya está saliendo la segunda. En unos minutitos puedes venir por él.

Nos repartieron las bolsitas de lunch (barras energéticas, galletas, coca cola…); las guardé. Me até con fuerza las agujetas, me cerré la chamarra, me eché la mochila a la espalda y me puse los guantes.

—Cojan su bastón —me dijo Fabiola.

Me acerqué y cogí dos. Le di el suyo a Raquel. Después fui por dos vasos de café y le di uno a mi mujer y comencé a tomarme el otro.

—Con esto ya va a ser el acabose —le dije—. Por un momento pensé que no ibas a subir.

No dijo nada, sólo bebía.

—Bien, chicos —dijo la güera, que ahora llevaba los cabellos sueltos, pues el moño no le habría entrado debajo del casco—. ¿Estamos todos listos? ¿Estamos todos bien?

—Yo vomité anoche —dijo Julio.

—Sí, no mames —dijo Carlos—, se vomitó bien cabrón. Todo dentro de la tienda de campaña.

—No mames —dijo la güera riendo—, qué asco. ¿Pero estás bien, sientes mareo o dolor de cabeza?

—Me siento bien —dijo Julio.

—Excelente. Probamos radios —dijo a los guías, haciendo un sonido de prueba por el aparato—. ¿Bien? Pues vámonos.

Me acabé de golpe el café, que me quemó el esófago en su camino al estómago, calentando mi cuerpo entero de un plumazo. Comenzamos a andar, sin guardar la fila o un orden en particular. No había nada de viento. Podía ver la cara de Raquel iluminada

por la luz de su casco.

—Julio —le dije a Raquel—, ese que vomitó es el que sobraba de los ocho que llegamos arriba. Ese no va a subir.

—Pues no sé él —dijo, pronunciando sus primeras palabras desde que había salido de la tienda—, pero yo me siento tan bien que creo que es imposible que no suba.

Le di un beso.

LLEVÁBAMOS APENAS CINCO MINUTOS caminando cuando nos cruzamos con una fogata activa. Sobre la tierra del sendero había unos troncos encendidos de los que salían grandes llamas. Las líneas en el suelo invitaban a pensar que los creadores de aquel fuego habían salido corriendo en cuanto se percataron de nuestra presencia. La güera corrió hacia la fogata y empezó a echar tierra encima con el pie.

—Estos cabrones —exclamó—. Tantito aire que sople y con lo seco que está todo, se incendia todo el pinche lugar.

Los demás nos acercamos a ayudar, echando tierra hasta que las llamas habían amainado lo suficiente para que nuestro guía se pudiera poner encima y separar los troncos ardientes con las botas.

—La pinche gente no sabe venir a estos sitios —dijo—. Nadie respeta nada. Vamos a seguir.

A partir de ese punto aumentó el ritmo considerablemente, obligando a todo el grupo a formar una fila. Se puso hasta adelante, con Raúl y su compañero de trabajo siguiéndolo de cerca y hablando con él, con el señor de Tijuana justo detrás y Elmo, el robusto, detrás de él. Fabiola iba detrás de Elmo, otro individuo robusto detrás de ella y, detrás de éste, Raquel. Yo caminaba detrás de mi mujer y podía sentir detrás de mí, siempre tranquila y vigilante, la presencia de Paco.

—Tenemos que seguirles el ritmo, cariño —le dije a Raquel—. Pase lo que pase no te detengas ni bajes el ritmo. Tienes que aguantar hasta que Fernando diga que es momento de descansar. Si dejamos que se nos escapen ya no podremos alcanzarlos y se nos escapará la cima. No te despegues de ellos.

Así fue. Raquel no hacía ningún comentario, no decía palabra alguna. Podía escucharla respirar, inhalando profundamente por la nariz y dejando escapar el aire por la boca, concentrada en lo que estaba haciendo.

Era difícil determinar qué tanto avanzábamos y subíamos, a pesar de que la luz de la luna lo iluminaba todo. Era imposible tener una perspectiva acertada. Las luces de La Joya aun así, las luces de los automóviles y de la gente que se preparaba para iniciar su ascenso, empezaban a quedar atrás y abajo, muy abajo. Girando la cabeza podía ver la pared que quedaba a nuestra derecha, pintada de plata por la luz tan fría de Selene, el camino recorrido, negro y oscuro, las luces del resto de nuestro equipo, aún cercanas, como luciérnagas y las de La Joya en la distancia.

—Estamos ganando altitud —le dije a Raquel, que no contestaba—. No sé cuánto ni a qué ritmo. Es difícil saber qué tan vertical es el terreno. Lo que sé es que estamos ganando altitud. Los otros empiezan a quedarse atrás. No te detengas.

Respiraba y nada más, permaneciendo concentrada y exigiendo el máximo de su cuerpo. Se podía oír la voz de nuestro líder, a quien apenas alcanzaba a verle la espalda, hablando con quienes estaban con él en cabeza.

El camino tomó una desviación hacia la derecha y comenzó a bordear una colina por la izquierda. El terreno mantenía una pendiente muy ligera y sencilla. El valle a nuestra derecha permanecía en la oscuridad y el sendero se divisaba a lo lejos. Estábamos, al fin, sobre la montaña que intentábamos subir, o sobre promontorios que nacían de ella. Pasaban los minutos sin que fuéramos conscientes —ayudados por la oscuridad— de lo que estábamos avanzando. Se hacía más fácil.

Subimos una pendiente marcada para terminar de rodear la colina que había estado a nuestra izquierda y nuestro guía se detuvo.

—Descansamos aquí —dijo—. Tres minutos y seguimos. Ya saben, si empiezan a sudar, primero gorro y luego capas. Jueguen con ello. ¿Cómo van todos? —dijo apuntándonos con la luz de su casco para vernos la cara—. ¿Todo bien?

Asentimos. Me liberé del casco por un instante para quitarme el gorro; me lo guardé en un bolsillo. Me pasé la mano por la cabeza para comprobar mi nivel de sudoración antes de ponerme otra vez la protección de la cabeza.

—Date la vuelta —le dije a Raquel.

Saqué de su mochila una botella de agua que había dejado en un bolsillo accesible y tomé un trago antes de ofrecérsela a ella.

—¿Estás bien? —le pregunté mientras bebía. Asintió moviendo la cabeza.

—Llevamos un poco más de una hora —dijo la güera acercándose a cada uno de nosotros y chocándonos la mano—. Vamos muy bien. Llevamos muy buen ritmo. Ahora viene una partecita más difícil. Quédense conmigo.

Miré a nuestro alrededor. Salvo por nuestros jadeos, había mucha paz. Todos brillábamos con luz plateada. Las piedras también. Había algunas pintadas en las paredes, con cruces e inscripciones extrañas. Había silencio como no se podía sentir en nuestro día a día. A lo lejos, a cada lado, divididas por las montañas, brillaban las ciudades con luz amarilla. A nuestra derecha estaba Puebla y a la izquierda, monstruosa, la Ciudad de México.

Los demás apenas llegaban y, de los que íbamos en cabeza, sólo el señor de Tijuana no había estado entre los que alcanzaron la cima de la colina primero la tarde anterior. Es una sorpresa, pensé. Faltaban, de aquellos ocho que demostraban maneras, Julio, el que vomitó, y Carlos, su compañero de tienda de campaña. No me sorprendió.

—Vamos —dijo el líder, cuando hubieron pasado los tres minutos que prometió.

En ese punto el camino se tornó vertical, con enormes rocas sirviéndonos de escalones para subir.

—¿Recuerdas el ejercicio, cariño? —le dije a Raquel—. Tanto entrenamiento sirvió para algo. Ahora mismo la rutina de piernas nos está ayudando a subir. Tantas pinches sentadillas.

—Jorge —me dijo Paco—, utiliza las manos. Cuando la roca esté a tu derecha, agarra el bastón con la mano izquierda y utiliza la derecha para tirar hacia arriba. Así usas las piernas, el bastón y la mano y tienes cuatro apoyos. Raquel, lo mismo tú. Vamos jugando con el bastón, cambiando de mano y ayudándonos con la que está libre.

La pendiente tan inclinada, aquella subida tan exigente, empezó a detonar una sudoración más profusa. Me abrí la primera capa y la segunda de golpe. La sensación de que no había aire cambió en un instante, cuando la corriente me enfrío el pecho con un suave soplido. Sentí un gran alivio.

Giré la cabeza y una imagen asombrosa se reveló ante mis ojos. Desde ese punto podía ver casi todo lo que habíamos andado, con el camino serpenteando alrededor de la colina y siguiendo hasta abajo hacia La Joya. Sólo que esta vez, estaba invadido por lucecitas blancas, por los cascos de todas las personas que estaban subiendo. Era una serpiente que brillaba en la oscuridad, un dragón de fuego blanco.

—Raquel —dije—, mira hacia atrás. Mira eso.

Paró un instante, asintió fríamente y después continuó subiendo.

—Es como una religión —dije—, una especie de culto extraño. Todos aquí avanzando en fila con la misma misión. Qué locura.

—No te detengas, Jorge —me dijo Paco, quizá cansado de mis elucubraciones.

Cuando llegamos hasta la parte más alta de aquella primera pendiente pronunciada, nuestro guía se detuvo. A un lado del camino, sobre una pequeña superficie lisa, había cuatro tiendas de campaña. De ahí emergían algunos ronquidos. Salvo los guías, todos sudábamos y jadeábamos.

—Este es el segundo quiebre. Desde aquí es un poco más fácil hasta el tercero.

—Estamos ganando altura —dijo Raúl—. Unos cuatrocientos metros verticales habremos ganado.

—Segundo quiebre, muy bien —me dijo la güera, chocándome la mano—. Segundo quiebre —le dijo a Raquel repitiendo el gesto—. Segundo quiebre —le dijo al siguiente —. Segundo quiebre. Segundo quiebre...

Saqué el agua de la mochila de Raquel otra vez y le di un trago. Mi mujer estiró la mano para pedir que le pasara la botella. Viéndome tan sudoroso como estaba, me quité los guantes y los guardé en otro bolsillo de la chamarra. El reloj marcaba las 2:49.

OTROS TRES MINUTOS fue lo que duró nuestro segundo descanso. Desde ese instante la falta de oxígeno se convirtió en un factor determinante. El tiempo avanzaba a gran velocidad a ratos y con extrema lentitud en otros, lo mismo que el terreno que, en tramos cortos, tras un trayecto inicial largo en pendiente, se tornaba vertical y, en otros,

horizontal. Subíamos, de eso no teníamos duda.

Hubo un punto, en medio de tanto desconcierto espacio temporal, en el que el trayecto conservó al Popocatépetl a su izquierda. Por primera vez observé con atención al coloso, cuyos contornos parecían brillar en la noche. La luna producía en su relieve un brillo plateado hipnotizador, con su fumarola absorbiendo casi toda la tenue luz y tintándose con un suave dorado.

Mis pensamientos comenzaban a ser erráticos. Tenía la sensación de que ascendíamos hacia la luna, escapando del océano de plata que se inundaba con su luz. Mi mente viajaba como un barco a la deriva sobre ese océano, aunque siempre pendiente de Raquel, a la que llevaba delante y a la que perseguía con obstinación. De vez en cuando podía escuchar la voz de Paco, que se convirtió en un maestro, en un contacto con la realidad en medio de tanta locura.

—Pasos cortos, Jorge. Si damos pasos largos gastamos más energía. Pasos cortos pero rápidos. Así avanzamos más y nos cansamos menos.

»Busca el camino con la lámpara de tu frente.

»Primero los pies en firme, luego utiliza las manos.

»Abre camino con el bastón si no estás seguro de que lo que vas a pisar soporte tu peso.

»Vas muy bien, Jorge. Tú también, Raquel, vas muy bien. Sigan así, no paren. No se detengan…

Volábamos. La fuerza de Fernando tiraba, aunque a lo lejos, de nosotros, y la paciencia de Paco, su serenidad, su calma, nos daba seguridad. No había otra misión más que seguir.

Nos detuvimos de nuevo para nuestro tercer descanso. La güera nos chocó la mano uno por uno otra vez.

—Otro descansito —dijo—. Llevamos un ritmo impresionante. Les vamos a *miar* toda la cima a los demás. Vamos a ser los primeritos.

—¿Cómo… estás… cariño…? —le pregunté a Raquel, que simplemente asintió meneando la cabeza. Tomé de su agua otra vez antes de pasarle la botella y de quitarme la capa superior. El frescor me alivió; me remangué las mangas, incluso.

—¿Te… vas a… quitar la chamarra? —le pregunté.

Negó con la cabeza. Simplemente se la abrió del todo y se quitó los guantes.

—¿Tienes calor, Jorge? —me preguntó Paco.

—Ahora ya no.

—Bien. Vas muy bien.

—De aquí hasta el tercer quiebre, ¿de acuerdo? —dijo la güera—. Ahí haremos otro descansito y después hasta el cuarto quiebre sin problemas.

Cuando retomamos camino nos encontramos con fuerzas renovadas y avanzamos a gran velocidad. En mi mente no fue demasiado tiempo hasta el tercer quiebre, quizá porque a lo largo de todo el camino estuve más concentrado en el insoportable dolor de

mis manos por el frío que en cualquier otra cosa. Agradecí la parada, en la que me volví a echar encima la chamarra y me puse de nuevo los guantes. Mi reloj marcaba las 3:42.

—Ahora sí me dio pinche frío —dije, mientras la güera nos felicitaba por llegar hasta ese punto.

Tijuana sigue con nosotros, pensé. Este señor es impresionante. Este grupo es el que va a llegar.

EL CAMINO ENTRE el tercer quiebre y el cuarto me pareció el más sencillo que habíamos encontrado hasta el momento. No por ello careció de sorpresas. En un determinado momento miré hacia atrás y vi que había alguien entre Paco y yo. La falta de oxígeno y la lentitud con la que mi cerebro procesaba las ideas me hizo reaccionar sin filtros.

—¡Ay, güey! ¿Quién eres tú?

—Soy Julio —dijo sorprendido, con una voz suave. Sólo su lámpara iluminaba su figura en la oscuridad.

—¡Cabrón, nos alcanzaste! Yo pensé que ya no nos alcanzaba nadie. Bienvenido al grupo, cabrón.

Pude oír una ligera risa de Paco, caminando justo detrás de él. Julio no dijo nada más.

Al cabo de unos instantes noté que alguien le cedía el paso a Raquel. Después me lo cedió a mí. Era Tijuana. Aunque se frene, pensé, Paco no va a dejar que se quede atrás, no lo va a permitir. Este señor va a subir con nosotros sí o sí. Cuando paramos para hacer un descanso, la güera comenzó a buscarlo con la mirada y a preguntar:

—¿Dónde está el señor? ¿Dónde está el señor?

—El señor está en todas partes —le dije jadeando.

—Efectivamente —dijo Fabiola riendo.

—El señor que venía por detrás de mí… —dijo la güera insistiendo—. ¿Dónde está?

—Creo que se ha quedado atrás —dijo Raquel, soltando quizá sus primeras palabras en toda la subida. Después se giró y lo vio, llegando y parando para descansar, justo detrás de ella—. Ah, aquí está. Pensábamos que te habías quedado atrás —le dijo.

El señor de Tijuana, peleando por conseguir oxígeno, no dijo nada. Se llevaba las manos a la cadera y buscaba aire levantando la cabeza.

—Aquí está —dijo la güera, dándole una palmada en el hombro—. Ya falta poco para el cuarto quiebre. Ahí está el refugio. Ahí haremos una parada más larga, nos calentaremos un poco y comeremos algo. Después de eso viene la parte más difícil. De aquí al refugio es fácil. ¿Van todos bien? Excelente. Vamos a seguir.

Efectivamente era un tramo sencillo, con pocos desniveles y largas zonas en pendiente poco pronunciada, casi en horizontal. En algún punto del recorrido Raúl se quedó atrás, haciendo ajustes en su ropa. Sentí deseos de esperarlo. Justo lo que nos dijeron que no debíamos hacer, pensé. No tardó, para mi sorpresa, en adelantarnos y

volver a su lugar en la fila justo detrás del líder.

Llegamos al refugio. Era una chabola ridícula, enana, con cuatro paredes de aluminio y una lámpara encima de la entrada, alrededor de la cual había una gran cantidad de tiendas de campaña y de individuos orinando. Tijuana ya no estaba con nosotros. No lo volvimos a ver hasta que descendimos.

—Ahora sí se ha quedado atrás el señor —dijo la güera—. Ni modo. Aquí vamos a descansar más tiempo, unos quince o veinte minutos. Me parece que el refugio está lleno, pero si no les molesta quedarse ahí dentro de pie, está calentito.

Reportó por la radio a Mauricio, al otro Fernando y a Kenia nuestro estado y nuestra posición.

Raquel estaba temblando de frío. Fabiola estaba a su lado, completando el círculo que formaba nuestro grupo. Dejé mi mochila entre las dos y les di aviso de que me alejaría un poco para ir al baño. Así lo hice. Busqué un punto hasta el que la luz del refugio no llegara y, sólo bajo la luz natural, vacié mi vejiga.

El refugio estaba protegido del aire por un enorme muro de roca. Era un bolsillito en el regazo de Iztaccíhuatl en el que había mucha calma. Desde ahí el camino seguía y se perdía en una pendiente de roca como ninguna que nos hubiera tocado superar hasta ese momento. Llené mis pulmones. Me sentía tranquilo y lleno de confianza.

VOLVÍ CAMINANDO HACIA nuestro grupo con mucha lentitud, satisfecho, seguro de que íbamos a coronar el Iztaccíhuatl. Cuando me reuní con ellos, la güera y Fabiola estaban al lado de Raquel.

—No responde, güey —me dijo el líder—. Sólo dice que tiene mucho frío y no para de temblar. Está *out*. Métela en el refugio y recupérala.

—Vamos cariño, ven —le dije a Raquel, cogiéndola del brazo—. Ven, vamos adentro.

La acerqué a la puerta y volví por mi mochila.

—En quince minutos nos vamos —me dijo Fernando—. Ve que coma algo y que entre en calor para que pueda seguir.

Vi en sus ojos que pensaba que Raquel no seguiría. Quise quitar esa idea de su cabeza.

—Ahora le enchufo la Coca Cola y verás cómo vuelve a la vida —dije.

—¿Coca Cola? —preguntó Raúl—. Pero eso no es bueno, ¿no? Yo hasta estaba pensando sacar la mía de la bolsa que nos habéis dado.

—No, güey —dijo la güera—, eso aquí te salva la vida. Aquí las aguas negras del imperialismo yanqui son muy útiles.

—¿Sí?

—A huevo, un poco de esa madre es un putazo de energía —explicó el guía mientras yo volvía hacia Raquel que me esperaba, sin mostrar respuesta alguna, delante de la puerta del refugio.

Abrí la puerta y me metí dentro con ella, rodeándola con mi brazo.

—Aquí, en esta esquina. Siéntate aquí, cariño.

El lugar parecía mucho más pequeño por dentro que por fuera. Era un habitáculo diminuto, iluminado sólo con una vela, con enormes tablas de madera clavadas a diferentes alturas a cada lado, dejando un pequeño pasillo delante de la entrada para entrar y salir. Sobre las tablas de madera yacían los cuerpos dormidos de varios individuos que, imaginaba, pronto comenzarían a subir. Sobre la tabla más baja, en la esquina del lado izquierdo al entrar, al lado de los pies de uno que dormía profundamente, fue donde senté a Raquel.

—Aquí sé está bien, ¿has visto, cariño? Aquí hace calor.

Ella sólo temblaba y no respondía.

—Tu luz —dije—. Se ha apagado tu luz.

Me quité primero mi casco antes de quitarle el suyo. Le di el mío para que lo sujetara en lo que yo examinaba su linterna. La luz blanca ya no se encendía, sólo un punto intermedio con luz roja tenue.

—Mierda —dije—, creo que se ha quedado sin baterías.

Lo puse en el suelo junto al mío.

—Raquel, cariño, ¿dónde está tu gorro?

—Nnnnnn…. nnnnnn…. ooooooo… sssseeeeeé…

—Okey, no te preocupes —dije quitándome el mío—. Toma, ponte este. ¿Tu comida está en tu mochila?

Asintió con la cabeza. Salí a buscarla. Todo nuestro grupo estaba sentado, descansando. No lograba encontrar su mochila, así que volví dentro.

—No encuentro tu mochila, ¿vale? No pasa nada.

Abrí la mía y saqué mi bolsita de plástico con todo lo que nos habían dado. Empecé por la Coca Cola; le quité el tapón y se la acerqué directo a la boca.

—Bebe —le dije—. Bébetela toda. Hasta el fondo.

Tiene un rebote del RedBull, eso es todo, me dije a mí mismo. Le ha dado el bajón de tanta taurina y cafeína. Ahora estará bien. Ahora se pondrá mejor.

—Bebe. Tómatelo todo.

Poco a poco comenzó a mostrar respuesta, en su manera de mirarme, en la forma en la que empezaba a percatarse de su entorno. Comenzó a observar el interior del refugio con interés. Levanté la bolsa de plástico y le señalé las galletas. Asintió. En cuanto puse la primera en su boca, hizo cara de asco.

—Cómetela. Traga. Toma otra.

Una por una se las fue comiendo, muy a su disgusto. Lo mismo hice con las barritas energéticas.

Un individuo empezó a despertar a los otros que dormían.

—Chicos —les decía—, ya es hora. Ya tenemos que levantarnos, chicos.

No obtenía respuesta.

—Hay que ir a la escuela —dije en voz alta para hacerme el gracioso, buscando una reacción en Raquel.

—Tenemos examen de mate a primera hora —dijo el otro siguiéndome el juego.

No le hacía gracia el chiste a mi mujer, pero por lo menos era consciente de lo que ocurría. Mientras, continuaba metiéndole la comida en la boca. Mi bolsita quedó vacía.

—Dale el último trago a la Coca. Todo —dije, levantando la botella para que todo el líquido entrara en su boca—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí —dijo al fin.

—Bien. Vas muy bien. Lo vamos a lograr, cariño. Vamos afuera.

Se puso de pie y avanzó tan rápido hacia la salida que tuve que salir, cascos y mochila en mano, detrás de ella. Afuera, los demás ya estaban de pie y listos. Un poco más y se habrían ido sin nosotros. Al vernos, esperaron a que estuviéramos listos.

—Tengo que ir al baño —me dijo Raquel acercándose a mi oído.

—Vamos, vamos a que hagas pis. Eh —le dije a los otros—, no se vayan todavía. Va a hacer del baño Raquel. Salvo por eso, ya está lista para subir.

Caminamos hacia la misma zona oscura donde antes había ido yo. Encontramos a otro individuo buscando un lugar.

—Oye —le dije—, ¿te importaría dejarnos este lugar para que mi mujer pueda ir al baño? Va a ser muy rápido.

El hombre ni dijo nada ni me miró, simplemente retrocedió hacia el refugio. Viéndose sola, Raquel atendió a sus necesidades. Cuando hubo acabado volvió hacia mí y dijo:

—Qué suerte tenéis vosotros que no tenéis que quedaros con el culo al aire con este frío cada vez que vais al baño.

—Veo que ya estás mejor. Vamos a alistarnos y a seguir.

Le puse los guantes y le cerré la chamarra hasta arriba. Cogí su mochila y saqué la cámara de ahí y la metí en la mía. Raquel temblaba y sonreía.

—Trata de no temblar. Contrólate —dijo la güera—. Si te pones a temblar como loca te va a acabar el frío. Respira hondo y controla el tembleque.

Busqué a Paco a mi alrededor.

—Su lámpara —le dije cuando lo encontré, mostrándole el casco de Raquel—, su lámpara no funciona. No enciende. Sólo la luz roja.

Paco examinó la linterna e, igual que yo, no pudo hacer nada para que funcionara. Cuando me devolvió el casco; Raquel había ajustado el mío y se lo había puesto.

—Pues parece que ahora este es mi casco —dije—. Raquel, dime dónde está tu gorro, ya que llevas puesto el mío.

Empezó a buscar en sus bolsillos.

—No sé. No sé dónde está. Mira en la mochila.

Cuando se dio la vuelta, la güera gritó:

—Vámonos. Hay que seguir. Ahora sí es lo difícil. No se queden atrás.

Echó a andar antes de que yo pudiera dar con el gorro. Me puse el casco sin nada

debajo y empecé a ponerme los guantes mientras avanzábamos. Me va a dar frío, joder, pensé. Me va a dar frío. Me coloqué la capucha de la chamarra por encima del casco, acción que dificultaba que moviera la cabeza y que ponía demasiada presión sobre mi cuello, sin ser del todo efectivo en protegerme de la temperatura. Esto es una mierda, pensé, pero en algo ayudará.

Emprendimos el camino hacia arriba, en una pendiente muy pronunciada. Guardábamos el mismo orden; detrás de mí iban Julio y Paco; delante llevaba a mi mujer, que parecía haber recuperado todo su vigor. ¿Cuánto subimos, cuánto tiempo transcurrió? La lucha contra el terreno, una tierra fina y suelta, que se desparramaba hacia abajo con cada pisar de las botas y que hacía que cada paso contara como medio, me hizo perder la noción de todo. Luchaba por que no se me escapara Raquel, a la vez que el tirón del peso de la chamarra, con los dos litros de agua, los crampones y la cámara, ponía una presión insoportable en toda la parte superior de mi cuerpo.

Cuando el reloj marcaba las 5:13, e hicimos una parada de descanso, me encontraba completamente rendido. A pesar del frío insoportable, me quité la capucha de la chamarra para darle libertad a mi cabeza. Ya era demasiado tarde. No había nada que hacer.

No llevábamos ni dos minutos quietos cuando pude oír la voz de la güera que decía:

—Seguimos. Vamos.

TENGO QUE SEGUIR a Raquel. Tengo que quedarme con ella. El ritmo de mi respiración aumentaba, a la vez que el frío de la montaña me afectaba más y más. Todos los sistemas de mi cuerpo iban en declive. Por suerte, el terreno había cambiado y ya no había más tierra suelta bajo de mis pies; seguíamos subiendo por una vertical pronunciada, pero rocosa. En cuanto paraba unos segundos para descansar escuchaba la voz de Paco:

—Vamos, Jorge, no te detengas. Utiliza las manos, pasos cortos. Si te estás cansando mejor aminora el ritmo, pero no te pares.

Pero aminorar no era una opción, sobre todo porque cada vez había más metros de distancia entre mi mujer y yo. Ellos seguían volando y yo comenzaba a quedarme atrás. Paco era lo único que me mantenía con ellos.

Adelantamos, en un tramo muy corto, a varias expediciones pequeñas, todas ellas compuestas por personas muy mayores. Un señor que se parecía a Hemingway, con la barba blanca y con un cabello largo plateado que le asomaba por debajo del gorro, me dio los buenos días cuando lo pasé. En una mano llevaba su piolet e iba buscando, poco a poco, dónde apoyarse y cómo subir. Pensé que no lo vería más.

—Sube, Jorge. Sube —me dijo Paco, pero mis fuerzas empezaban a ceder.

Fue el primer punto en el que me detuve por completo. Julio se detuvo también, evitando quitarme mi lugar en la fila.

—Toma algo —me dijo—, recupera.

—No tengo nada. Le he dado toda mi comida a Raquel en el refugio.

—Entonces allá arriba. Pero tienes que seguir. Si te enfrías no podrás continuar. Vamos.

Lo seguí intentando. Todavía podía ver a Raquel, unos quince metros por delante. Levantando la cabeza, gracias a la luz de los dos que traía detrás, podía ver el camino que debíamos seguir. Cuando la agachaba para buscar dónde colocar los pies, sólo veía una mancha roja de la luz de mi linterna sin pilas. Sentía que Raquel se me escapaba. Me comenzaron a temblar los brazos. Me detuve.

—Pasa —le dije a Julio—, pasa tú.

—¿Seguro?

—Sí, nada más te estoy frenando, eso es lo único que estoy haciendo.

—Pasa, Julio —dijo Paco—, vete con ellos. Yo voy aquí detrás con Jorge.

Me dio una palmada en el hombro y en cuestión de segundos casi desapareció de mi vista.

—Tenemos que seguir, Jorge.

—Está bien. ¿Me puedes dar de tu Coca Cola?

Se quitó la mochila y buscó. Me dio la botella.

—Recupérate y seguimos. Ya casi estamos ahí. Ya casi llegamos, Jorge.

Di un par de tragos y me erguí. Continuamos un poco más. En una piedra plana, un escalón grande, me senté. Mis pulmones parecían no poder con el ritmo de mis jadeos, que a la vez no me daban demasiado oxígeno.

—Mierda —dije—, se me está escapando Raquel. Es capaz de pararse cuando se dé la vuelta y vea que no estoy. Es capaz de perderse la cima por mí. Dile que no se pare, Paco. Habla por la radio con Fabiola y dile que no se pare.

Sacó el aparato de su bolsillo e intentó contactarlos:

—Fabi, Fer… Fabi, Fer… Soy Paco… Fabi… No me contestan. O no hay señal o las llevan apagadas para ahorrar pila. No te preocupes. No se va a parar por ti. Tú tienes que seguir subiendo.

Di otro trago a la Coca Cola, me puse de pie y continué. A partir de ese punto mi mente empezó a colapsar, víctima de la hipoxia.

—Dile que no se pare —gritaba mientras subía a cuatro patas, casi arrastrándome—. Dile que no se pare. Tiene que seguir. Raquel tiene que seguir.

—No te preocupes, Jorge, tú sigue. No te preocupes.

Mi cabeza y mis ojos se movían en todas direcciones, a la vez que mis brazos y piernas erraban en la búsqueda de apoyo. Iba dándome rodillazos y codazos contra las piedras. En algún punto, incluso, le di un cabezazo a una roca. Sentía que estaba subiendo a gran velocidad, que tenía cerca a Raquel, sólo que en ese momento el hombre de los pelos plateados, Hemingway, apareció en mi espalda y me pidió permiso para pasar.

—Déjalo pasar, Jorge. Hazte a un lado, déjalo pasar y luego sigue subiendo.

—Buenos días —me dijo el hombre—, sin darse cuenta de que unos minutos atrás ya me había dado los buenos días, cuando yo lo adelanté.

—Sigue, Jorge. Sigue tú.

—Dile que no se pare. Dile a Raquel que no pare por mí.

Me volví a sentar. Me sobrevino un intenso mareo. Paco esperaba a que me volviera a poner en camino. Más y más equipos empezaron a adelantarnos. «Buenos días», «Buen día», «Buenos días»…

—¿Qué estamos haciendo, Paco? ¿Qué coño estamos haciendo? Esto es una locura. Es una estupidez. ¿Tú ves alguna cabra por aquí? ¿Algún animal? ¡Ves a alguna! ¿Verdad que no? Tanto decir que las cabras y el monte… Pues aquí sólo hay gente. Ningún animal es tan estúpido como para hacer esto.

Paco se reía. Era una de esas risas que sueltan los amigos de los borrachos cuando empieza a despotricar del mundo. Yo, como el borracho, no entendía la risa que provocaba mi digresión que, en ese instante, me parecía de lo más seria y filosófica.

—Estamos todos locos —dije, mientras grupos de gente pasaban y pasaban.

—Hay que seguir —dijo Paco.

—La serpiente de fuego blanco me ha devorado. Dile a Raquel que no pare.

Me ayudó a levantarme y continuamos subiendo. Durante un largo tramo no paré, siempre con mis extremidades moviéndose descontroladas y erráticas, siempre diciendo «que no pare, dile que no pare por mí». Entonces, así de la nada, la alcanzamos. Fabiola estaba a su lado, esperando. Ella estaba sentada sobre una roca bebiendo agua; sus mejillas estaban ardientes, con un color rojo intensísimo. Debía estar a unos tres metros. Levanté la cabeza y la observé.

—Raquel —dijo Paco, robándome las palabras—, no te pares. Tienes que seguir.

—No te detengas por mí, cariño —dije al fin.

—No me he detenido por ti —dijo ella—. Estoy descansando.

Entonces Fabiola dio un par de palmadas y dijo:

—Vamos, Raquel. Suficiente. Vamos a seguir. Venga, venga…

Echó su botella en la mochila y, sin más, siguió subiendo.

—¿Lo ves, Jorge? Raquel sigue. Tienes que seguir tú también. Vamos. Sigue.

Avanzamos unos veinte metros más. En ese punto el camino se tornó casi totalmente vertical. Era imperativo utilizar manos y pies. Cuando me aferré a la roca con la mano derecha, sentí que ésta se rompía en mil pedazos y que me quedaba con un trozo. La impresión me hizo echarme hacia atrás y casi perder el equilibrio. Observé a mí izquierda el precipicio tan abismal que había y sentí que la mochila tiraba de mí hacia atrás. ¡Me voy a ir de espaldas!, pensé. Di un grito, recuperé el equilibrio y eché el cuerpo hacia adelante; apoyé el bastón en un pequeño hueco que quedaba entre las rocas y dejé caer mi cabeza sobre mis manos. El suelo se empezó a mover en círculos. Como si estuviera muy lejos, pude escuchar la voz de Paco:

—Sigue, Jorge…

Di unos pasos más para superar el tramo en vertical y me senté a un lado del camino, encima de la roca que acababa de subir.

—Se terminó —le dije a Paco—. Se acabó. Hasta aquí llegué. Todo me da vueltas. Si sigo me voy a caer y me voy a matar.

—Inténtalo. Un poco más.

Tantos meses leyendo e investigando. Tantas anécdotas. Una distracción en la montaña, un empuje innecesario, un exceso de confianza… y se perdía una vida. Recordé a Benantxio Irureta que murió en el Aneto, un pico relativamente sencillo, después de haber estado en el Himalaya y de coronar un ochomil. Al parecer, el aire había golpeado sus esquís, haciéndole pisar mal y precipitándose por ello montaña abajo. Un error, un pequeño accidente, eso es lo único que hace falta para morir.

—No, Paco. No sigo más.

POR UN MOMENTO PARECIÓ que Paco no sabía qué hacer. Esperó unos minutos, quizá a que mostrara signos de recuperación. Miraba hacia arriba y hacia abajo, buscando qué tan lejos iban los de delante y qué tanto tardarían en llegar los que venían detrás. Intentó varias veces comunicarse por radio, pero no obtuvo respuesta.

—Jorge —dijo al fin—, necesito que te quedes aquí. No te vayas a mover. No bajes, no subas, simplemente no te muevas. Voy a subir a reportarle a los otros tu estado. Mauricio viene subiendo con los otros. Él te va a bajar. Necesito que esperes aquí y no te muevas.

Todo me daba vueltas. No pensaba dar un paso más. Asentí moviendo la cabeza. Paco siguió subiendo y, en cuestión de segundos, desapareció de mi vista. Saqué el teléfono del bolsillo interior de mi chamarra: las 5:44. Alcancé a mirar la altitud a la que me encontraba, a unos metros de los cinco mil. El teléfono murió justo en ese instante. Lo volví a guardar, me ajusté la ropa y me crucé de brazos.

Resígnate, me dije. Ni subir ni bajar. Te podrías matar y ni siquiera darían con tu cuerpo. Resígnate al frío. Recuerda lo que dijo la güera, controla el temblor y respira hondo.

Encogí las piernas hacia el pecho y recosté mi espalda sobre la roca. Por unos minutos me quedé completamente solo en la oscuridad. La luz roja de mi casco no iluminaba lo suficiente para poder ver. Nadie subía ni bajaba. Cuando el temblor atacaba mi cuerpo, respiraba hondo e intentaba conservar la calma.

Vamos, Mauricio. ¿Dónde coño estás? Sube. Me congelo.

Debieron haber pasado alrededor de diez minutos cuando una persona que subía me volteó a ver. No tenía ni idea de quién era.

—Güey… Hola… ¿Qué haces aquí? —dijo.

—¿Qqqqquuu… ieeeénnn eeerreess?

—Carlos, güey.

—Carlos… ¿Vvviiieeennneeesss cccc…cccooon Mauricio?

—¿Mauricio? No.

—¡Mau! —gritó Paco, que venía de arriba.

Mauricio estaba de pie dos metros delante de Carlos. O no entendió mi pregunta, o no sabía su nombre, o la falta de oxígeno le afectaba, de cualquier forma, yo mismo no me había percatado de que Mauricio había pasado antes por delante de mí. Se detuvo en cuanto escuchó la voz de Paco.

Exclamé:

—¡Claro que vienes con Mauricio!

—No, güey —dijo Carlos—, no vengo con Mauricio.

—¿Qué no vienes con Mauricio? —dijo éste girándose para ver a Carlos—. ¿Y quién soy yo?

—Ah, este Mauricio. Sí, sí vengo con Mauricio.

—¿Tú quién eres? —me preguntó Mauricio a mí.

—Jjjjorge.

—Mau —dijo Paco llegando hasta nosotros—, este es Jorge. Venía con nosotros y se sintió mal. Necesito que lo bajes.

—Okey. Yo vengo con Charlie —dijo, dándole una palmada a Carlos en el hombro— y con Moi, el de San Luis Potosí. Moi viene muy abajo y tampoco está bien, aunque diga que quiere seguir. Este cabrón sí está para seguir subiendo.

—De acuerdo —dijo Paco—, pues entonces yo me voy con Carlos y tú bajas a Jorge y al de San Luis.

—Está bien, pero si voy a bajarlos, primero hay que subirlos.

—Jorge —dijo Paco—, necesito que te levantes y que subas. Ya casi estamos en las rodillas. Desde las rodillas te va a bajar Mau, pero tienes que subir hasta allí. Si estás demasiado mareado, intenta subir usando las manos y los pies, echando la cabeza hacia adelante para conservar el equilibrio. Yo voy a estar aquí detrás cuidando que no te vayas para atrás. Tienes que levantarte y subir.

—Levántate, cabrón. Ya casi llegas —me dijo Mauricio.

Invertí todas las fuerzas que me quedaban en subir, con las promesas de Paco que subía detrás como aliciente: «ya casi llegas», «unos metros más», «ya estás ahí». Me pareció una eternidad. Mis manos y pies buscaban sin mucha eficiencia puntos de apoyo sobre una montaña que se mecía como una hamaca. Mis ganas de vomitar fueron desapareciendo una vez que llegué hasta arriba y me senté.

—Jorge —dijo Paco—, yo voy a seguir con Carlos y Mau va a bajar por el de San Luis que viene subiendo. Quédate aquí.

Asentí. Cuando se iba, le grité:

—¡Paco! Dale la… la cámara a… Raquel.

Abrió mi mochila, la sacó y se fue.

—Ahora vengo, Jorge —dijo Mauricio—. Ahí quédate.

Cerré los ojos y mientras la cabeza me daba vueltas perdí la noción de todo. No tengo frío, pensé. No tengo frío.

MAURICIO Y MOISÉS aparecieron no sé cuántos minutos después. Tardé unos instantes en recordar dónde estaba y qué estaba pasando, ni qué decir de la hora que era. Moisés estaba en muy mal estado. Mauricio casi tenía que servirle de soporte para que no se fuera de bruces al suelo.

—Puedo seguir —decía Moisés—. Quiero seguir.

—Moi, tranquilízate. Respira.

Moisés respiraba con extrema rapidez, buscando un oxígeno que simplemente no había.

—No, güey… Sigo… Sí subo…

—Moi, cabrón, que no subes. Siéntate ahí y descansa.

—¡Quiero subir!

—Güey, no estoy aquí para cumplir tus deseos, estoy aquí para ayudarte. Ahora mismo ayudarte es decirte que no vas a subir. ¿Qué quieres, matarte? Para eso estoy aquí, para que no te mates. Siéntate y descansa, Moi.

Conforme iban hablando fui recuperando el conocimiento. Abrí la mochila por algún motivo que desconozco. ¡La cámara!, pensé. He perdido la cámara. No tardé en recordar que Paco se la había llevado. Encontré, eso sí, la botella de Coca Cola de la que había estado bebiendo. Quedaba más de la mitad del líquido, que ingerí con un solo trago. ¡La cámara se la ha llevado Paco para dársela a Raquel! ¡Raquel!

Tal fue la conmoción que de un salto me puse de pie.

—Mau —dije—, güey… ¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

—Son las rodillas, güey.

—¿Y los otros? ¿A dónde han ido los otros?

—Los demás ya se fueron.

—¿Por dónde?

—Ahora siguen el camino hacia la panza. Ahí está el glaciar. Cuando lo crucen llegarán al pecho.

—Raquel… ¿Raquel va con ellos?

—Imagino que sí. ¿Estás bien? Mejor tranquilízate y siéntate.

—Güey… ¿Raquel va con ellos? ¿Está bien? ¿Puedes hablarles por la radio y preguntarles si está bien?

—Güey, tranquilo. Claro que está bien. Van con ellos Fabi, Fer y Paco. Mejor siéntate y descansa.

Se alejó de mí un poco, lo suficiente para dejarme solo con mis pensamientos y para permitirme observar el lugar. El cielo, que ya comenzaba a tintarse de un azul tenue y

rojo en la distancia, estaba completamente abierto sobre nosotros. En el suelo había alguna cruz hecha con hierros y varios pilares que evidenciaban que en el lugar había habido una construcción o que la habría pronto. No quedaba ninguna prominencia más que subir. La cima absoluta de la montaña estaba casi en horizontal, a unos doscientos metros verticales repartidos en una extensión con poco desnivel de varios kilómetros. El camino, aun así, que podía verse a lo lejos, subía y bajaba para esquivar las irregularidades del terreno. Desde donde lo veía, recorría el lateral de un enorme muro entre las rodillas y la panza, con una caída muy pronunciada a su derecha.

Mierda, pensé. Mierda. ¿Y si se cae Raquel? ¿Y si se cae y no estoy con ella?

Mi tren de pensamientos se desvió en cuanto, del camino que acababa de subir, apareció un perro, un husky blanco con unos ojos azules intensos. Su dueño, que subía tras él, se sentó en dónde pudo y se cubrió con una manta metálica térmica. La criatura lo miraba con extrañeza, girando la cabeza hacia los lados.

—Creo que el perro está mejor que cualquiera de nosotros.

—Sí —dijo—, pinche perro cabrón, fue subiendo y bajando y volviendo a subir, sin cansarse ni nada.

Me acerqué para verlo mejor. Al dar un paso, el mareo hizo temblar el suelo; di un traspié y quedé cerca de una caída larga en vertical.

Me voy a matar. Raquel…

Busqué a Mauricio entre la gente que poco a poco se fue acumulando sobre las rodillas de la princesa Iztaccíhuatl.

—Mau, güey, ¿te han dicho algo? ¿Está bien Raquel?

—Güey, ya te dije que está bien. Mejor siéntate y descansa. Tienes que tranquilizarte. No paras de moverte.

Me alejé y me apoyé sobre uno de los pilares. Moisés estaba tirado en el suelo a un lado, con los ojos cerrados y completamente ajeno a lo que sucedía. El perro lo olió un par de veces y lo dejó en paz en cuanto lo vio moverse. Mis ojos volvieron al camino y al precipicio junto a él. Mis ojos vieron, producto de mi imaginación, cómo caía Raquel al vacío mientras gritaba.

Mierda. Mierda. ¿Qué hago si cae? ¿Dónde estará?

Una y otra vez, en cuanto mis ojos volvían al camino, veía caer a Raquel al vacío.

Si se cae yo me tiro detrás. Me importa una mierda todo. La he dejado sola. La he dejado irse sola.

Se me aceleraron la respiración y el pulso. El mareo desapareció por la adrenalina, al tiempo que yo iba y venía por el estrecho camino que había sobre las rodillas. El horizonte se iluminaba cada vez más y más, dando luz al manto de nubes que cubría la tierra muy por debajo de donde estábamos. A lo lejos se podían ver otras montañas escapar de ese manto, la Malinche y el Pico de Orizaba.

¿Qué hago si Raquel se cae? ¿Qué hago si la pierdo? ¿Qué voy a decirle a sus padres, que la traje a la montaña y la dejé sola? ¿Qué voy a hacer sin ella?

¿Qué vas a hacer tú sin ella?, pude oír la voz de su madre que me preguntaba, con perfecta claridad, como si la tuviera a un lado. ¿Qué vas a hacer tú sin ella? Dirás ella sin ti. Ella que no tiene nada que hacer en una montaña. ¿Qué asunto tiene un músico sobre una montaña? ¿Eh? ¡Nada! Tú la llevaste ahí. Tú y tus idioteces y ni siquiera eres capaz de subir. Está muerta por tu culpa. Por tu maldita culpa.

—Mauricio —dije—, ¿cuánto tiempo falta para que podamos bajar? Necesito irme de aquí. Necesito bajarme ya. Me estoy volviendo loco.

—Unos minutos más. Espera a que salga el sol y bajamos. No podemos bajar sin luz. En unos minutitos ya sale el sol y nos vamos. Tienes que tranquilizarte.

—Güey, ¿no puedes ver cómo está Raquel?

—Güey, ya te dije que te tranquilices. Ahora no puedo hablar con ellos porque llevan las radios apagadas para ahorrar batería. Te juro por Dios que está bien. Te lo juro. En cuanto empecemos a bajar pregunto ahí abajo a ver si saben algo.

Me alejé otra vez.

Respira, me dije. Respira y concéntrate en otra cosa. Espera a la salida del sol. Piensa en otra cosa. Tranquilo.

Moisés empezaba a recuperarse. Se había erguido y comenzaba a cubrirse del frío.

—Moi, ya estás mejor —le dije—. Ahora que salga el sol podremos bajar.

Poco a poco se fue levantando. Cuando estuvo de pie me pidió que le tomara una fotografía con el escudo de su grupo de moteros. Mauricio lo vio de pie.

—Ya estás bien, güey.

—No sé qué me pasó —dijo Moi—. No sé qué me pasó.

A lo largo de quince minutos, hasta que salió el sol, eso fue lo único que dijo: «no sé qué me pasó».

TENÍA LA ESPERANZA de que el sol acabara de una vez por todas con el frío. Nada más alejado de la realidad. Conforme el cielo se iba iluminando, la temperatura disminuía más y más. Moisés, ya de pie y caminando, estaba temblando sin parar, negando con la cabeza y lamentándose por no haber podido continuar.

—En cuanto salga el sol nos calentaremos —le dije a Mauricio.

—Ni creas, cabrón. Por algún motivo que no entiendo, la primera media hora después de salir el sol hace un frío de la chingada. No me preguntes por qué, pero es el momento en el que más frío hace.

Se asomó al acantilado que bajaba desde las rodillas, un poco separado del camino por el que acabábamos de subir.

Se está echando un farol, pensé. No vamos a bajar por ahí. Ni de coña.

—Vamos a esperar a que ilumine un poco después de salir el sol y bajamos.

Así hicimos. México se vistió de colores en cuanto el astro rey apareció en el horizonte. El perro blanco y el manto de nubes que cubría todo, menos la cumbre de las

montañas, cogieron un color entre amarillo y naranja. La temperatura descendió, pero el ambiente se llenó de paz. Nadie sobre las rodillas decía nada; el amanecer nos había cautivado a todos. La gente que todavía subía se detuvo a observar, igual que los que continuaban hacia el pecho. Todos de pie, quietos, en silencio; los miembros del culto que más temprano habíamos formado la serpiente de fuego blanco, ahora le rendíamos tributo al sol. Cuando todo estuvo iluminado, nos miramos y nos descubrimos los unos a los otros, como si en medio del frenesí por subir hubiéramos olvidado que existían los demás, o que tuvieran un cuerpo completo más allá de lo que se podía ver.

Mauricio volvió a asomar la cabeza al acantilado.

—Muy bien —dijo—, vamos a bajar.

Moisés y yo asomamos la cabeza y nos quedamos atónitos.

—¿Por aquí? —dije.

—Sí. Por aquí.

—No mames.

—Está menos inclinado de lo que parece. La tierra va derrapando hacia abajo y te frena. Vamos a clavar las botas y vamos a bajar de lado, siempre poniendo el cuerpo de lado. Nos abrimos camino con el bastón y después así, de lado, pasito y de lado. No pasa nada.

Moisés no daba crédito. Volteé hacia el camino por el que habíamos subido, todavía ocupado por la fila de gente que subía.

—Güey, si bajamos por ahí va a estar más cabrón —me dijo el guía—. Ahí sí hay unas caídas más cabronas y si van mareados se pueden matar. Tendríamos que ir esquivando a todos. Vamos a recortar un chingo hasta el refugio si bajamos por aquí.

El acantilado terminaba en un precipicio, unos kilómetros más abajo. La tierra suelta, fina y gris con pequeñas piedras me hacía pensar que podíamos arrastrarnos hasta abajo y caer.

—De verdad, cabrones. La tierra nos frena. Si fuera nieve otra cosa sería, pero con esta tierra no hay pedo. Si sienten que se van a caer, se tiran al suelo de espaldas y clavan los codos. Vámonos.

Dio los primeros pasos y empezó a bajar, justo como había dicho, clavando las botas de lado y abriéndose camino con el bastón. Imité sus movimientos. El terreno tenía la misma consistencia que un líquido viscoso y, en cuanto lo pisaba, se desparramaba hacia abajo. Llevaba unos diez o quince metros cuando miré hacia arriba para buscar a Moisés; permanecía quieto todavía, atónito con la que era nuestra ruta de vuelta. Me vio verlo y debió sentir que no tenía más remedio que bajar. Comenzó a clavar los pies.

—Muy bien —dijo Mauricio, que ya sacaba una gran distancia—. Así vamos a bajar en chinga. Van muy bien.

Moisés y yo caíamos constantemente, llenándonos de tierra. A ratos, cuando nuestro guía no miraba hacia atrás, me sentaba sobre la tierra movediza y remaba con las manos como si estuviera sentado en una tabla de surf.

—No se arrastren —gritó desde delante Mauricio—. Si se arrastran se van a destrozar los pantalones.

En ese momento una enorme piedra, del tamaño de una sandía, comenzó a rodar ladera abajo. Por fortuna, no pasó cerca ni de mí ni de Mauricio. El guía nos ordenó que nos quedáramos quietos y él mismo no se movió hasta que todo el movimiento de la tierra hubo cesado.

—Lo siento —gritó Moisés—. Me apoyé y no sabía que estaba floja.

—Eso es lo que hay que evitar —dijo Mauricio—. Por las rocas no, por la tierra. Si ven que se desprende una roca, se echan al suelo y miran hacia arriba para poder esquivarla.

Fuimos bajando, aumentando el ritmo de nuestro descenso más y más conforme nos acostumbrábamos al terreno. De repente paraba nuestro guía para observar el suelo y cambiar el recorrido. Cuando el panorama se abrió un poco y tuvimos el precipicio a un lado, lejos de todo riesgo, Mauricio nos dijo que era momento y lugar para descansar un tiempo. Llevaríamos hora y media bajando. Sólo hasta entonces pudimos observar todo lo que habíamos subido. El camino que conduce a La Joya era un hilo negro en la lejanía.

—No se percata uno de lo que sube en la oscuridad —dije, observando todo bajo el brillo del sol.

—Es lo bueno de subir de noche —dijo Mauricio—. La mente es muy cabrona. Cuando vas viendo lo que subes, te engaña. «Ya llevo un chingo y ya no puedo más». De noche ni te das cuenta. Por eso está más cabrón bajar que subir. Cuando subes el objetivo es muy claro. Cuando bajas ya estás hasta la madre, ya no quieres estar aquí. Por eso se matan un montón de personas en la bajada.

—Puta, pues si Raquel baja por aquí va a ir mentando madres. Ella sube muy bien, pero baja muy mal. Le da miedo.

—Oye, pero sube bien, ¿eh? Y tú llegaste ahí arriba. No está mal.

—Bueno, ya hemos estado en otras montañas. En Tenerife, aunque subimos el Teide en teleférico, lo bajamos a pie. Nos tomó casi siete horas hasta la playa.

—No manches. ¿Entonces qué es lo que le da miedo?

—Es que Raquel es violinista. Si tropieza y se rompe un brazo tiene que dejar de tocar por semanas o meses. Se jode todo, su carrera, sus ingresos, todo.

—Pues sí, eso sí está cabrón. Pero es intrépida. No vienen muchos músicos a subir la montaña.

—Y eso que no durmió nada. La noche anterior llegó tarde del trabajo y como cuatro horas fue lo que durmió. Ayer, bueno, esta madrugada, como veinte minutos nada más.

—La mujer dormida coronada por la mujer que no durmió nada.

—Yo mismo no podría haberlo dicho mejor. Ahora que puedas, ¿podrías preguntar qué tal van?

Llamó por la radio, no a la cima, sino a los que estaban más abajo, con los clientes que no habían logrado subir más allá del refugio. Pude oír la voz de Kenia que dijo que

ya habían estado en la cumbre y que habían empezado a bajar.

—¿Ya ves, güey? Ya hizo cumbre y ya viene bajando. Pero estabas ahí arriba como loco.

—Creo que estaba mal por la altura. Con cada metro que bajamos me siento mejor.

—Sí, a todos nos ha pasado. Con el cansancio y la falta de oxígeno entra una paranoia bien cabrona. Pero con poquito que empieces a bajar se pasa. Como que el cuerpo agradece lo poco de oxígeno extra que le des.

—¿Cuánto hay en tiempo entre las rodillas y la cumbre?

—Pues como dos horas o más. Es que está el glaciar ahí en medio y hay que pasarlo bien. Pero güey, como ya te dije, está ahí con Fabi, Paco y Fer. Te juro que en esta montaña no hay nadie más chingón que ellos. Tienen un chingo de experiencia y son buenísimos.

—La verdad es que yo mismo subí hasta las rodillas gracias a Paco.

—Ese cabrón es impresionante. Míralo, o sea, no manches, ya está grande. Pero siempre, siempre que venimos hace cumbre. Siempre llega hasta arriba y se lleva a algún rescatado. En este caso fue Charlie. No mames, ese güey iba bien atrás y de repente dio un empujón y se lanzó a las rodillas con todo. Hasta me costaba frenarlo.

—Menos mal que me encontró ahí tirado.

—Sí, por lo menos sabía quién eras tú aunque no sabía quién era yo, ¡ja!

Moisés permanecía en silencio, recostado sobre el terreno, respirando,

—Moi, ¿cómo estás? Andabas emperrado en subir.

Asintió con la cabeza y siguió recostado.

—Vamos a seguir, ¿va? En unos minutos llegaremos al refugio y ahí descansaremos más tiempo, ¿órale? —dijo Mauricio.

Seguimos bajando.

EN EL REFUGIO había bastante actividad. Ahora brillaba el sol y, aunque la pequeña chabola se encontraba a la sombra del muro que tenía a un lado, todo estaba a la vista, incluidos los quince o veinte individuos que vaciaban sus vejigas alrededor de ella. Gente entraba y salía. La más clara diferencia entre el panorama que encontramos en la subida y el que ahora veíamos en la bajada, era que la fila de gente descendía de la montaña en lugar de subir.

—Me caga este lugar —dijo Mauricio—. Sólo sirve para acumular suciedad. Mira, basura por todas partes y gente meando. Siempre huele a meados la cosa esta.

—¿Vamos a parar? —pregunté.

—Sí. Vamos a ver si hay lugar porque hay mucha gente. Es una porquería, pero por lo menos estaremos calientitos y tendremos dónde sentarnos. Pueden hasta acostarse si quieren.

No supe muy bien por dónde, pero la luz de fuera entraba en el refugio y lo tenía

iluminado. Todo seguía igual. La vela que alumbraba el interior por la noche se había consumido del todo. Había una pila de mochilas en un suelo de madera forrado de basura. Latas de refresco y de atún, envases de sopa instantánea, envoltorios de galletas y hasta una bolsa con papel higiénico usado. Ratones iban y venían por debajo de las tablas más bajas, recolectando migajas y escapando de las pisadas de los que entrábamos.

Justo en el rincón en el que había sentado a Raquel para que se recuperase había un hueco. Ahí me senté. Justo a mi lado se levantó una persona, dejando un espacio aún más amplio. En cuanto Moisés lo vio se lanzó sobre de él. Puso su pequeña mochila debajo de su cabeza y en menos de diez segundos se quedó dormido. Mauricio se sentó en las tablas al otro lado del habitáculo. Se puso a revisar su teléfono.

Me quité el casco y, en cuanto lo dejé caer en el suelo, la lámpara de la frente se encendió.

—No me jodas. ¿Ahora vas a funcionar?

Más gente salía de la que entraba. Al cabo de unos instantes un hombre alto y fuerte, con un rostro moreno y fiero entró. Su chamarra, amarilla, llevaba inscrito con letras azules «Cuerpo de Seguridad de Alta Montaña». Observó a la gente que descansaba en el refugio.

—Buenos días, amigo —me dijo—. ¿Cómo te encuentras?

—Buenos días. Bien. Me encuentro bien.

—Acabamos de bajar de rodillas —le dijo Mauricio.

—Muy bien. Muy bien. Hidrátense, por favor. Descansen lo que necesiten y bajen con calma. ¿No había alguien durmiendo aquí al que le dolía el pecho?

Una chica se levantó en la tabla superior.

—Sí —dijo—, está aquí acostado.

El sujeto en cuestión se irguió.

—¿Cómo te encuentras, amigo? —dijo el de seguridad en cuanto lo vio.

—Mejor. Me sigue doliendo un poco, pero después de dormir estoy mejor.

—¿Vomitaste?

—Sí, hace unas horas. Allá afuera.

—Okey. Hidrátate bien, ¿sale? Hidrátate y ve bajando despacio. Si alguien necesita algo voy a estar aquí afuera.

—¡Gracias! —le gritó Mauricio mientras el hombre salía.

Moisés roncaba con fuerza. Sentado y apoyado contra la pared como me encontraba, incliné ligeramente la cabeza hacia adelante y me quedé dormido unos minutos. Cuando abrí los ojos y levanté la cabeza vi a Mauricio al otro lado de la habitación, observándome.

—¿Nos vamos ya? —me dijo—. ¿Está despierto Moi?

—Sigue dormido. ¿Quieres que lo despierte?

—Vamos a darle cinco minutos más.

Tardó menos de eso en despertarse y en levantar la cabeza.

—No mames —dijo—, soñé que estaba en mi casa y que estaba poniendo una película en Netflix. Puta madre, pero sigo aquí.

Su comentario me hizo reír.

—Ya estás mejor, Moi —le dijo Mauricio—. Ya hasta estás hablando y todo.

—Sí, la verdad que estaba bien cansado.

—Vámonos ya, señores. Vamos a seguir bajando para llegar temprano al campamento.

Nos alistamos y salimos, listos para seguir montaña abajo.

—No manches, sí está bien cabrón esto de la montaña —dijo Moi.

—Sí, cabrón —dijo Mauricio—, pero ahí estabas dale y dale. «Quiero subir, quiero subir, quiero subir».

—Sí, no ma. Se me fue el pedo bien cabrón. Estaba como soñando o algo.

—Hasta te encabronaste y todo porque no te dejé seguir.

—Sí me puse bien pendejo, ¿verdad?

—Lo mismo que le dije a Jorge te digo a ti, a todos nos ha pasado. A veces te afecta la altura y te vuelves loco. Este güey estaba ahí arriba gritando que llamara por radio a ver cómo estaba su mujer. ¿Pero ven? Ya se calmaron los dos. A ver si bajamos rápido. Después del segundo quiebre se acaban todos los riesgos. Ya ahí lo peor que les puede pasar es que se rompan un brazo. Vámonos.

El camino de vuelta, justo después del refugio, es una subida como de dos kilómetros de largo.

—Mierda —dije—, no recordaba que hubiéramos bajado hacia el refugio. Esta subida es horrible.

—Sí, ¿verdad? —dijo Mauricio—. Ya cuando uno va bajando no quiere subir nada más. Después de esta subidita ya toooodo es en bajada. Esto se acaba muy pronto.

MÁS DE UNA HORA estuvimos bajando hasta que nos encontramos con el resto del grupo. Los tres, Moisés, Mauricio y yo, nos habíamos quitado las chamarras. El sol empezaba a calentar con violencia. Es una sensación extraña la que se vive cuando su luz te pega a esa altitud, es un efecto tan agresivo que más que sentir que quema, parece que cocina. El aire frío no alivia de sus efectos en lo más mínimo. Cuando nos reunimos con los otros, estaban detenidos en el camino, quitándose ropa.

Fernando —el tocayo— y Kenia estaban con ellos. Tenía la sensación de que eran muchos menos de los que deberían ser pero, haciendo cálculos, sumándonos con los que estaban arriba, faltaba sólo uno. Estaban Miguel —el de Veracruz—, Juan Manuel —el de Tijuana— y la otra pareja que habíamos visto jadear el primer día. Todos parecían estar disfrutando de la experiencia a pesar de no haber subido; nos saludaron con gran alegría. Aproveché el momento para untarme el rostro y el cuello con el protector solar.

La montaña era muy diferente a esa hora. No era como la había imaginado durante la noche. La tierra era de color rojizo. Durante largos tramos del descenso el Popo permanece a la vista; en el ascenso le dábamos la espalda. Grandes promontorios emergían de la tierra como pilares. Probablemente eran el resultado de siglos y siglos de material volcánico acumulándose. Era un panorama hermoso, marciano, hostil y difícil de disfrutar.

—¿Alguien quiere crema para el sol? —pregunté.

Todos, salvo los guías, que llevaban su propio protector, dijeron que sí.

—Tijuana —dije—, fuiste con nosotros un buen tiempo. Casi no nos dimos cuenta cuando te quedaste atrás.

—Sí, caray… Ahí estaba, ahí estaba. Pero ese Fernando llevaba un ritmo endemoniado. Entre el tercer quiebre y el albergue ya no los pude seguir. Ya cuando llegué al albergue y vi el camino que sube, ahí si ya dije «no más». Ahí nos quedamos todos hasta que amaneció.

—Nosotros sí intentamos subir otro poco —dijo la mitad masculina de la pareja—. Cuando vimos que estaba tan inclinado pues nos quedamos ahí. Nos regresamos al refugio.

—¿Ustedes hasta dónde subieron? —preguntó el de Veracruz.

—Hasta las rodillas —dije.

—Oye, ¿y dónde dejaste a tu mujer? —preguntó el de Tijuana.

—Más bien dónde me dejó ella a mí. Ella sí hizo cumbre.

—Vino la española a reconquistarnos, se me hace.

—Siempre es igual. En todas las montañas a las que hemos ido siempre va ella por delante y yo detrás intentando aguantarle el paso. Hasta se llevó mi casco y mi gorro.

—No, pues eso sí que no. Se me hace que la vamos a denunciar por abandono de marido.

Los demás rieron.

—Creo que en el contrato que firmamos dice que, si no le sigo el ritmo, tiene todo el derecho de dejarme atrás. Eso pasa cuando te juntas con un vikingo.

—Bueno, ¿señores? —dijo Fernando—. ¿Seguimos? ¿Bajamos?

Mauricio echó a andar antes que nadie y yo me pegué a él. Parecía tener más deseos de llegar abajo que ninguno de nosotros. Siendo tan pocos clientes, no parecía sentirse en la necesidad de esperarnos. No le perdí el paso. No tardamos demasiado en llegar al segundo quiebre. Se podía ver a Moisés atrás, muy a lo lejos.

—Descansamos unos minutos y nos vamos —dijo el guía.

Antes de que Moi llegara hasta nosotros ya estábamos caminando otra vez.

A partir de ese quiebre el terreno se volvió más difícil. La tierra era un polvillo muy fino, una combinación —según supe después—, de arena y cenizas del Popocatépetl. Estaba tan seca que las botas no tenían ninguna adherencia al suelo; a poco que se inclinase el terreno, Mauricio y yo empezábamos a resbalar cada veinte pasos.

—Nunca me había tocado la tierra así, te lo juro. Este invierno ha llovido tan poco que todo está muy seco. En verano es al revés, aunque las botas se portan mejor en la nieve que en esta tierra. Me parece que ahora que lleguemos al primer quiebre me voy a poner los tenis.

A ratos el camino dejaba de estar compuesto por cenizas y pasaba a ser rocoso. En esos tramos aprovechábamos para bajar más deprisa.

—Bajas rápido, ¿eh? —me dijo.

—Me caigo demasiado. Con Raquel es bajar despacio, por aquello de las manos. Recuerdo que cuando bajábamos el Teide a pie hace unos años, había un pinche güero de Austria con unas patotas de payaso. Cómo bajaba ese cabrón. Volaba.

—Aquí pasa igual, güey. Hay mucha gente que viene a correr. Ahí los ves corriendo para arriba y piensas «estos van a bajar despacio». No, ahí van corriendo hacia abajo. ¿Cómo lo hacen sin matarse? Ni idea.

La charla aligeraba la ansiedad. Una estúpida idea nació en mi cabeza, no del todo consciente, que me hacía sentir que estaría menos nervioso esperándola en el campamento que sobre la montaña. Nada sabía yo en ese momento de lo equivocado que estaba.

Llegamos sin problema al primer quiebre. El camino seguía con una inclinación hacia abajo bastante pronunciada. La tierra en ese punto seguía siendo fina y resbaladiza, pero era de un rojo muy intenso.

—No recuerdo que subiéramos por aquí. No recuerdo un terreno tan inclinado.

—Pues por aquí subiste, güey, porque no hay otro camino. Nos vamos a quedar aquí unos veinte o treinta minutos, descansando. A ver si nos alcanzan estos güeyes. Tú siéntate ahí y descansa.

En este primer quiebre estaba la superficie plana en la que habíamos visto las tiendas de campaña en la subida; seguían ahí. No lo había notado en la oscuridad, pero pertenecían a los cuerpos de seguridad. Me senté junto a la plataforma, donde había una pequeña sombra. Sentía que debía protegerme del sol. Ahí me atrincheré.

—¿Qué tal? —preguntó Mauricio a uno de los del cuerpo de seguridad—. ¿Estuvo tranquilo hoy? ¿Hubo incidentes?

—Hoy no, gracias a Dios. Ayer fue un pinche desmadre. De veras, hoy todo tranquilo, por suerte.

—¿Pues qué pasó ayer o qué?

—Cuatro personas se pusieron malas arriba con hipotermia. Te juro que llevábamos varios años sin pasar un frío así. Esta madrugada estuvo leve, la verdad.

—No manches. ¿Hipotermia?

—Sí. Pero es que la gente no sabe. No traen la ropa que se necesita. Nada más vienen a ponerse en peligro. Ustedes por lo menos llevan casco.

Mi casco empezaba a proyectar sombra sobre el suelo por el sol, que cambiaba de ángulo a gran velocidad. Con el bastón en las manos, mi sombra parecía la de un

soldado, con el fusil preparado y el casco puesto para protegerse de las balas.

—Sí —dijo Mauricio—, nuestra empresa siempre con casco. Ya nos ha tocado ver gente que nos pide ayuda porque se llevaron un piedrazo en la cabeza.

—Pues es que la gente no sabe y se mete a estas cosas. Sin ir más lejos, la semana pasada. Dos personas subiendo con su hijo de ocho años. Por aquí los vimos pasar. El niño llore y llore. Les dijimos que se bajaran, que no le hacía bien al niño. «A mí nadie me dice cómo educar a mí hijo, ustedes quiénes se creen» y no sé qué más dijeron. Pues en el segundo quiebre, pum, infarto y ahí se quedó. Se les murió el niño.

—Pinche gente, de veras.

—Pues sí, pero qué les vamos a decir. ¿Qué autoridad tenemos nosotros, si ni el gobierno nos reconoce o nos ayuda? Le decimos a la gente que baje o que use casco, pero ni caso hacen. Nomás por eso se matan tantos.

»Otro señor ayer, subiendo con zapatos. Le digo que se puede caer y no me hace caso. No saben que aquí si se caen se pueden matar.

Unos minutos más les tomó a los otros llegar. Cuando estuvieron ahí, cuando el sol ya llevaba un tiempo golpeándome en la nuca, Mauricio me preguntó si quería seguir bajando con él. Descender el tramo vertical que baja desde el primer quiebre no fue tarea fácil.

—¿Oíste eso, güey? —me dijo mientras bajábamos—. Ocho años. ¡Un niño de ocho años! La gente no le da el respeto a la montaña que se merece. ¿Y viste a esos güeyes, los de rescate? Todos son voluntarios. Hacen esto porque quieren. Ni el gobierno ni nadie les da un solo peso. ¿Cómo podemos tener bien la montaña si nadie apoya? Y tuvimos suerte. Cuatro por hipotermia ayer. Menos mal que no nos tocó a nosotros.

Encontramos un largo tramo de sombra que me obligó a ponerme la chamarra interior, la segunda capa. Noté que había algo en el bolsillo que la hacía pesada. Me llevé una mano a la frente.

—Mau, no me vas a creer… ¿A qué no te imaginas qué llevo en el bolsillo? Las pilas de la cámara. ¡Le di la cámara a Paco para que se la diera a Raquel! Pesa como tres kilos y no pudo hacer ni una foto. Nada más se fue de paseo, la chingadera.

—No cabe duda de que la altura nos vuelve bien pendejos —dijo riendo.

ENCONTRAMOS NUESTRO CAMPAMENTO desierto. Dos tiendas de campaña le faltaban por quitar a Johnny, la de Raquel y mía era una de ellas. Todo el equipo, salvo eso y la pequeña carpa que seguía montada, estaba ya en la furgoneta negra.

—Al fin llegamos —le dije a Mauricio.

—Sí, güey, ahora sólo te queda descansar y esperar.

—¿Sabes por dónde vienen los que hicieron cumbre?

—Déjame preguntar, espera.

Habló por la radio y le respondieron. El sonido era muy malo y no pude distinguir

quién contestó ni qué fue lo que dijo.

—Vienen bajando —me dijo Mauricio—. Están en las rodillas.

—No mames. ¡En las rodillas! De ahí vinimos nosotros.

—Pues ya te digo, güey. Descansar y esperar. Es lo que te queda.

—Johnny —dije—, ¿te importaría quitar mi tienda de campaña al final? Me voy a cambiar y voy a ver si descanso un rato. Oye, ¿nuestras cosas? Las que estaban aquí dentro…

—En el coche. Las puse en la cajuela en una bolsa.

Me cambié, me limpié manos y cara con la botella de agua, me acosté e hice memoria de todo lo que había ocurrido. Me fue imposible dormir. No permanecí demasiado tiempo en horizontal. Al cabo de un rato, apareció el cliente misterioso que según mis cálculos faltaba. Era uno de los robustos que según Raquel no subiría. Tuvo razón.

—¿Llegaste? —me preguntó.

—Hasta las rodillas nada más. ¿Ves el pico de ahí? El segundo pico prominente de derecha a izquierda. Ahí me quedé. Bueno, yo y Moisés.

Me contó su historia. Salió por la noche con el grupo y cuando llevábamos poco más de una hora de camino comenzó a sentirse mal. Casi llegó al primer quiebre. Se sentó un rato y volvió al campamento. Dijo que era de Cancún, que tan sólo había pasado una noche en la Ciudad de México.

—Claro —dije—, es muy difícil subir aquí viniendo desde el nivel del mar. Si te sentiste mal, hiciste bien en volver.

—Pues me vine aquí a dormir otra vez y fue horrible. Ya con la tienda vacía pasé un frío espantoso. Primero se llenó de condensación la tela y después se congelaron las gotitas. Me tapé con mi saco, así vestido, y no se me quitaba el frío. Me eché otro encima, y tampoco. Luego el otro; igual. No pude dormir nada. Después me levanté y he estado horas y horas caminando por aquí. Tengo fotos desde todos los ángulos. Hasta me fui bien allá para que sí se viera la forma de mujer dormida.

—Debes estar aburridísimo.

—Un montón. Hasta me fui a desayunar quesadillas allá abajo.

Le conté lo que había ocurrido, lo cual mató el tiempo para los dos. Mauricio, que iba y venía como si alguna tarea lo tuviera muy ocupado, de repente participaba en la conversación.

—Pues se va a tardar un buen en llegar tu mujer, por lo que dices —me dijo el de Cancún.

Más de una hora después aparecieron Fernando, Kenia y Moisés.

—¿Y los otros? —preguntó Mauricio.

—Se fueron a comer quesadillas —contestó Fernando.

Kenia se cambió, sacó un libro y se encerró en una de las camionetas; dijo que tenía que leerlo para la universidad. Fernando se arregló un poco la ropa, se limpió manos y

cara con una botella de agua y sacó una silla plegable de la furgoneta. Se sentó a esperar.

Mauricio, uniéndose a su compañero, sacó otra silla y se sentó a su lado. Los dos comenzaron a hablar de alpinismo.

Mucho de lo que decían me era incomprensible, pues utilizaban terminología de montaña que no conocía y un argot lleno de mexicanismos. En un determinado momento, Fernando empezó a hablar de las experiencias que tuvo con su tocayo, la güera, en Ecuador.

—Nos lanzamos a Ecuador, así como así. De un día para otro. La güera me dijo «güey, vámonos». Y así le tomé la palabra. Órale. Y ahí que nos vamos con un cuate que conocía este güey. Y ese cuate nos manda con otro, uno más viejito, una eminencia del alpinismo ahí. Le dijimos que queríamos subir Iliniza Sur y Chimborazo. «A ver, cabrones», nos dice, «si van a subir Iliniza, primero Norte y luego Sur». Nos explicó que el Norte es más bajo que el sur, pero es más difícil. Órale, pues nos lo aventamos.

»Pues ahí vamos subiendo los dos y de repente la güera dice «por ahí». Así como se te quedaron Moi y Jorge ahí arriba, así me quedé yo. «¿Por ahí?» «Sí, güey, por ahí».

—Ese pinche güey esta reloco.

—Loquísimo, el cabrón. Pero me dice que por ahí y por ahí. Pues ahí vamos poniendo línea y subiendo. Varias veces, te lo juro, un chingo de veces que me dijo «tocayo, por aquí no se puede». Y ahí vamos para abajo para buscar por dónde. Al final le encontramos y llegamos hasta arriba. Había unos alemanes en la cima que se nos quedan mirando y nos dicen «¿y ustedes por dónde vienen?». «Por allá». Bueno, se nos quedan mirando… con una cara… Te lo juro, Mau, pálidos. Van y se asoman y nos dicen «nadie había subido por ahí». Nadie.

»Pues volvemos con el viejo y se lo decimos: Iliniza Norte. Y nos dice que nos aventemos ahí mismo Iliniza Sur. Pinche güera, no mames, me lo vuelve a hacer. «Por aquí». «No mames, ¿por aquí?». «Sí, güey, por aquí». Pero esta vez lo hizo a propósito el cabrón, porque sabía que iban subiendo los alemanes otra vez. Cuando llegamos se nos quedan mirando otra vez. Pinches locos.

—No mames, güey. Está bien loco ese cabrón.

—Pues sí güey, pero pregúntale lo que quieras. Sube por dónde se le da la gana. Ahora anda con que quiere la pinche pared esa de aquí.

—¿Qué pared?

—Pues esa, pasando el primer quiebre. Rodeas y esa que está ahí en vertical.

—No mames. ¿Y te la vas a aventar con él?

—Pues, güey, después de tantas que me he aventado con ese cabrón, me echo la que me diga.

Un rato después llegaron el señor de Tijuana, el de Veracruz y la pareja. Se asearon un poco y se sentaron en el suelo, resignados, conscientes de que lo único que nos quedaba era esperar. Hablar de lo que nos había ocurrido y bromear sobre ello nos ayudaba a olvidarnos del tiempo. Tijuana no paró de llamarme marido abandonado.

HORAS, MUCHÍSIMAS HORAS pasaron antes de que llegaran los primeros del grupo que había hecho cumbre. Aparecieron primero Fabiola, Raúl, su compañero de trabajo, Julio y uno de los robustos de cuyo nombre no logro acordarme. Desde la lejanía los pudimos ver acercándose. No tardé en darme cuenta de que Raquel no venía con ellos.

—Es un montañón —fue lo primero que dijo Raúl al plantar los pies en el campamento—. Qué pedazo de montaña tan enorme. Como está tumbada, hay que andar una barbaridad.

—Pero qué te pareció —le preguntó Fernando.

—Fantástico. Increíble.

Me acerqué y le di la mano.

—¿Qué? Nos ha dicho Raquel que se ha llevado todas tus cosas, tu casco, tu gorro, tu comida… Te has quedado ahí en las rodillas.

—Sí, carajo. Me mató esa subida. Se me fue escapando Raquel poco a poco hasta que la perdí.

—Después de ahí es mucha distancia pero ya no es un camino exigente. Sube bien, tu mujer. Ahora va bajando muy despacio, porque dice que no quiere hacerse daño en las manos por lo del violín.

—Ya lo suponía.

—Pero subió muy bien. Es muy fuerte.

—El que no subió bien —dijo su compañero de trabajo—, fue Diego. Llegó hasta arriba y pum, le dio el bajón. Como que se gastó todas sus fuerzas en la subida. Se puso pálido, el cabrón.

—Menuda se ha armado para bajarlo.

—Sí, cañón. Se lo tuvo que amarrar Fernando al arnés y así, a jalones. No hombre, para pasar el glaciar… Fernando jalando y el güey dejándose caer hacia atrás. Ahí lo iba yo sosteniendo como podía. Ahí viene bajando con el otro Fernando y con Paco. No sé qué tal estará.

—Toma —me dijo Fabiola, dándome la cámara—, la fui cargando yo para que no te dijera nada Raquel al bajar.

Le di las gracias.

—Ah, pero te has vengado bien, ¿eh, Jorge? —me dijo Raúl—. Se ha llevado tus cosas pero le has mandado la cámara sin pilas para que la cargase inútilmente.

—Ni me digas. No me la voy a acabar. Va a estar todo un mes diciéndome que soy un debilucho. Y además lo de la cámara. Como se me ocurra decir que estoy cansado ya verás lo que me va a decir.

—No, George —dijo Mauricio riendo—, cuando llegue, tú así tan fresco como «no, a mí no me pasa nada». Así hasta que te dé con la cámara en la cabeza.

—¿Había mucha gente arriba? —preguntó Kenia, todavía con su libro en la mano.

—Una barbaridad —dijo Raúl—, sobre todo por los de la empresa que llevaba a los cuarenta.

—Sí —dijo ella—, no saben qué desmadre subiendo, a ver quién pasaba y quién se quedaba atrás. Parecían una manifestación. Sólo les faltaban tres para ser una manifestación por los normalistas de Ayotzinapa.

Por un momento nos quedamos todos de pie ahí conversando, esperando, imaginando que los demás llegarían en cualquier momento. Nos tomó diez minutos darnos cuenta de que estábamos equivocados. Ahora que éramos un buen número de personas, Johnny aprovechó para, utilizando la lista que había hecho Fabiola, recolectar el equipo que nos había dado.

—Bueno, Raúl —dijo Fernando—, ¿en términos generales qué te pareció, la subida y todo?

—Muy bien. Muy larga y muy difícil. El refugio ese que tenéis ahí, un desastre. No entré en la subida, pero en la bajada sí. Cuánta basura.

—Sí, cabrón. La gente es muy puerca. Es cultura. Es cultura. ¿A poco ves eso en España? ¿Verdad que no? No hay cultura de montaña y la gente no respeta. Te voy a decir… ¿Viste los pilares que hay en las rodillas? Parece que están a medio construir otro refugio. Pues no, ya había un refugio ahí. No te lo vas a creer. Se lo llevó el aire. ¿Y sabes por qué? Porque un pendejo entró y dejó la puerta abierta. Sopló el viento, se llenó de aire la chingadera y salió volando, así como un paracaídas. No mames. Simplemente no mames.

—¿Pero eso lo pone el gobierno, el ayuntamiento o quién?

—No, güey. Al gobierno le vale madres. Eso lo pone la gente con su dinero. ¿Ves todos los de rescate y salvamento que van por ahí? Todos son voluntarios, güey. Nadie les paga nada. Pues igual pusieron los refugios. No, yo he ido a unos en España…. Otra cosa, hasta hay comida y cuestan muy poco. Limpiecitos. Lo de aquí son chingaderas. No deberían existir, la verdad.

Así pasó el tiempo, con un intercambio de anécdotas que poco a poco comenzó a cansarnos. La espera se hizo eterna.

Casi una hora y media pasé con los ojos clavados en el horizonte, esperando a ver la silueta de mi mujer en la distancia. Hasta que ocurrió. Apreció Raquel con dos bastones, alzándolos en alto en señal de victoria.

—Te está pidiendo que escojas, George —dijo Mauricio—, que con cuál quieres que te mate por mandarle la cámara sin baterías.

Caminé hacia ella. Nos encontramos a medio camino.

—¡Princesa! —me dijo abrazándome.

—Hola, mi tosco guerrero. ¿Qué tal ha ido?

—Ha sido difícil, todo el tiempo imaginando que te matabas.

—Exactamente lo mismo me ha pasado a mí. Difícil la bajada, ¿no?

—Pufff… Terrible. He venido todo el tiempo sentada. Paco me ha cuidado todo el camino. Tan lindo. Sólo por eso no me he puesto a gritar palabrotas. Me decía: «tú tranquila, Raquel. No hay prisa. Tenemos todo el día. Tú pisa bien y hasta que estés

segura no des el paso». Me debe estar odiando.

—¿Dónde están, por cierto?

—Joder… Van atrás con Carlos y Elmo. Elmo se ha puesto… Bueno, le ha dado un chungo ahí arriba. Se lo ha tenido que amarrar Fernando y lo ha bajado a tirones. Una locura.

—Sí, ya nos lo contaron.

—¿Llevas mucho tiempo aquí abajo esperando?

—Unas cinco horas.

—Ay, pobre. De verdad que pensaba que te había pasado algo. Llegamos a las rodillas y yo empecé a decir: «¿Alguien ve a Jorge? Trae la luz roja en la frente». Y Fernando va y me dice: «Raquel, olvídate de Jorge. Jorge no va a subir». Cuando llegamos al glaciar estaba ya hasta la madre. Ya no quería seguir. Y me dijo: «No, Raquel. Ya llegaste hasta aquí, ya llegaste hasta arriba». Amaneció mientras cruzábamos el glaciar. Precioso. Era blanco y se volvió naranja con el sol.

—¿Bajaron por la pendiente con la tierra que se desliza?

—Lo vimos, pero Fernando dijo que había mucha gente y que era peligroso. Bajamos por donde subimos. Estuve todo el tiempo pensando en ti, porque el camino está todo pintado con cruces por toda la gente que se ha matado en ese tramo. De noche no se veía nada de eso.

—Justo ahí fue donde paré. Sabía que si no paraba me podía matar por el mareo.

—Todo el tiempo fui escuchando tu voz. Fui escuchando eso que siempre dices, sobre que la bajada es lo más peligroso y donde más personas se mueren. Vimos a un hombre que llevaba una cajita. Llegó a la cima y siguió. Le dijo a Fabiola que eran las cenizas de su mujer, que había muerto en el Mont Blanc. Las fue a enterrar a la cabeza de Iztaccíhuatl porque esta era su montaña favorita. Me he puesto a llorar.

La besé y me abracé a ella.

—Y decías que no ibas a subir, que no querías salir de la tienda de campaña porque te dolía la cabeza y no habías dormido. ¿Ya ves? A todo esto, ¿en dónde están los demás? Tardan mucho, ¿no?

—Se quedaron atrás. Le dije que me adelantaba para ir al baño. Vamos al campamento porque de verdad que necesito ir.

La recibieron todos con júbilo, para el que no tuvo oídos. Cogió el papel de baño, salió corriendo y se perdió a lo lejos entre los matorrales. Al cabo de un rato llegó Carlos, que también fue recibido con efusividad. Se abrazó a Raquel en cuanto ésta volvió del baño.

—Lo logramos —dijo. Luego me abrazó a mí.

—Tú sí te llevas las palmas —le dije—. Montañista del día. Ibas muy atrás. A Julio lo daban por perdido por vomitón, pero nos alcanzó pronto. Tú ibas muy, muy atrás y llegaste hasta arriba. Te aferraste.

—¿Dónde están los otros? —le preguntaron.

—Ah, sí. Te están esperando y te están buscando —le dijo a Raquel—. Creo que entendieron que ibas a ir al baño por ahí.

—Ahora los llamo y vienen —dijo Fabiola.

A los pocos minutos aparecieron, Paco, la güera y Elmo.

—Te quedaste atrás —me dijo la güera, dándome la mano y pasando de largo para darle un beso a Kenia en los labios.

—Muy bien, Jorge. Subiste muy bien —me dijo Paco—. Cinco mil metros están muy bien y auxiliaste perfectamente a Raquel. La próxima vez llegarás hasta arriba.

El respeto que sentí por él era indescriptible. No encontraba las palabras para decirle que su voz y su aliento fueron los que me llevaron hasta allí. Me cuidó tanto y luego, con la misma paciencia y dedicación, cuidó de Raquel. No había expresión en mí que pudiera agradecerle el gesto. Su rostro serio, paciente, me observaba tranquilo y me lanzaba una ligerísima sonrisa.

Concluimos la aventura tomándonos una foto. En dos minutos estábamos de vuelta en los automóviles, volviendo por el mismo camino por el que habíamos llegado.

LA CIUDAD DE MÉXICO nos devoró de repente. El cansancio mental y físico, aunque no nos permitía dormir, nos hizo perder toda noción del tiempo. Llegamos en lo que pareció un instante. Desde nuestra salida del campamento, eso sí, tuvimos que hacer una parada para esperar a Kenia y a Fabiola, que viajaban en la camioneta con las mochilas y que habían acercado a Fernando la güera a otro campamento, pues el día siguiente volvería a subir a la cima con otros clientes.

Hubo conversaciones y risas en los primeros minutos de viaje. Salimos del bosque, deshaciendo el mismo camino que nos había llevado hasta Paso de Cortés. A nuestra derecha Iztaccíhuatl se mostraba en todo su esplendor, con el sol golpeándola desde el oeste y pintándola de rojo claro. Su figura de mujer dormida se veía con una claridad que jamás había visto. Me pareció que se despedía de nosotros. En cuanto la dejamos atrás, toda conversación o recuerdo fue insuficiente para llenar el silencio entre unas personas que no teníamos nada en común más allá de la montaña.

Llegamos al Pedregal y nos despedimos de todos como si dentro de muy poco nos fuéramos a ver otra vez. Nos subimos al taxi y volvimos a casa. Tuvimos una de las mejores noches en mucho tiempo.

Xinantécatl, hombre desnudo

4680 msnm
19 de febrero del 2017

NO EXISTEN LAS MONTAÑAS FÁCILES. Al menos eso fue lo que me dije a mí mismo cuando, la mañana del jueves, Raquel me gritó a través de la puerta del baño mientras yo estaba en la ducha.

—Eh, cariño… —me dijo— ¿Qué haces el domingo?

—¡Qué! ¡No te oigo!

—Que qué planes tienes para el domingo —dijo abriendo la puerta.

—No lo sé. ¿Qué quieres decir? No te entiendo —dije, intentando no perder la concentración, controlando la respiración para soportar el agua fría que salía de la ducha. Cerré la llave.

—Nevado de Toluca, el domingo.

—¿Este domingo? —pregunté quitándome el agua de los ojos con las manos.

—Pues claro que este domingo. Acabo de hablar con Deporte6am. Les quedan dos plazas este domingo para el Nevado de Toluca.

—¿Y el tobillo?

—El tobillo está bien. Está bien. Ya me duele menos. Con que me lo vendes y con el soporte de la bota bastará. De verdad que casi no me duele.

—Todavía lo tienes hinchado y morado. Te he visto cojear cuando bajas las escaleras.

—Que no, que no. De verdad, ya casi ni lo noto. Les quedan dos plazas, tío. O les confirmo ahora o nos las van a quitar. ¿Qué les digo?

—Venga, va, confirma —dije sonriendo.

—¿Ves? ¿A que no sabías cuando te levantaste que el domingo estarías en la montaña?

—Mierda. El domingo. Eso es en tres días.

—Así de chingona soy y te llevo a sitios. Ponte una toalla o te vas a helar —dijo saliendo del baño.

—Ya lo llevo mejor —grité—. Sigo teniendo dudas de que sea verdad, pero parece que funciona.

Unos días atrás, recostado en la cama, divagando por internet en el teléfono, descubrí a un hombre a quien llaman *Iceman*, «el hombre de hielo». Wim Hof, de nacionalidad holandesa, es conocido por su capacidad para soportar bajas temperaturas. Tiene el récord Guinness por ser la persona que más tiempo ha aguantado sumergida en hielo: una hora, cincuenta y dos minutos y cuarenta y dos segundos. Ha escalado el Kilimanjaro y ha subido por encima de los seis mil quinientos metros en el Everest sin llevar puesto más que un pantalón corto. Su método para resistir condiciones extremas, según explica, se basa en una exposición progresiva al frío, en la meditación y en unos ejercicios de respiración tomados de una antigua técnica tibetana llamada *Tummo*. Hof asegura que lo que él hace está al alcance de cualquiera y que sus habilidades se pueden enseñar y aprender.

Menos de lo que tardé en pensar que el tipo es un charlatán me tomó leer que la comunidad científica llevaba años pensando lo mismo. El holandés, molesto por ello, acudió a diversas universidades, en las que se dejó estudiar por equipos de médicos y fisiólogos. «El señor Hof —concluían éstos en el artículo— es capaz de elevar su ritmo cardiaco, sus niveles de adrenalina y la alcalinidad de su sangre a voluntad, utilizando técnicas de hiperventilación». Al saber los científicos que llevaba varios años sin contraer ninguna enfermedad, lo sometieron incluso a un experimento en el que le inyectaron endotoxinas bacterianas; Iceman no mostró ningún síntoma.

Ante el escepticismo generalizado de que su resistencia se basara en un método que se pudieran aprender —la sospecha de muchos era que aquel hombre era un milagro de la naturaleza—, Hof reunió a un grupo de gente en una especie de academia y les enseñó sus técnicas. En cuestión de semanas sus alumnos caminaban por los bosques de Polonia sin camiseta, a quince grados bajo cero; cuando fueron inyectados con las endotoxinas, tampoco enfermaron. «Absolutamente nada —concluían los científicos— hace pensar que haya algo especial en Wim Hof. Su piel se daña con el frío como cualquier otra y su pérdida de concentración provoca el desplome de su temperatura corporal. Pero ha logrado ser capaz de controlar las respuestas de sus sistemas inmunitario y metabólico y ha demostrado que cualquiera puede aprender a hacerlo».

El caso es que yo, siempre interesado en cosas extrañas y esencialmente inútiles, llevaba algún tiempo duchándome con agua fría y haciendo algunos de los ejercicios respiratorios que Wim Hof muestra en vídeos en Internet.

—Pues yo no sé si funcione —me gritó Raquel desde la habitación—, pero se te va la pinza, ahí sufriendo todos los días en la ducha.

—Ya no sufro, de verdad que ya no me afecta gran cosa.

—Puedes subir el Nevado sin camiseta, a ver qué tal te va.

—Me parece que no llego a tanto —dije entrando en la habitación—. Aunque si este güey dice que mejora tanto la condición física con las técnicas respiratorias, supongo que algo se debería notar.

—Voy a llegar antes que tú a la cima. No importa lo que le copies al polaco ese.

—Es holandés. Y eso está por verse. Desde el Izta no has hecho nada de ejercicio y te torciste el tobillo. No me sorprendería mucho si no llegas hasta arriba.

—Mira güey, así tenga que llegar arrastrándome, voy a subir. La duda es más bien si vas a subir tú. Me sentaré a esperarte en la cumbre.

En la cocina continuaba Raquel intercambiando mensajes con la empresa. Acordaron el precio —1800 pesos por cabeza—, el lugar de la cita —el Auditorio Nacional— y la hora —las cinco de la mañana.

—Pues habrá que levantarse a las cuatro —dije.

—Estoy mirando su página. Me han mandado un link. La excursión que ofrecen se llama «experiencia para principiantes, Nevado de Toluca». Y tú dices que no voy a subir.

—Yo digo que lo más probable es que no sea tan sencillo como tú crees.

—Es en un mismo día, ida y vuelta. Es quinientos metros más bajo que el Izta.

—Muy sobrada te oigo. No hay montañas fáciles, güey. ¿Cuántas anécdotas hemos oído?

Cuántas. Muertes absurdas y montañas que se dificultan inesperadamente. Aquel hombre que subió la cara norte del Eiger, el muro más difícil del mundo, y que se mató en la bajada porque se resbaló y se golpeó en la cabeza. Muertes a menos de dos mil metros por gente que ha coronado ochomiles. Excesos de confianza ridículos.

No existen las montañas fáciles, pensé.

CASI ERAN LAS DOS de la mañana cuando nos fuimos a dormir la noche del sábado. Los planes de descansar y tener suficientes horas de sueño no siempre pueden cumplirse, no cuando un viejo amigo te llama por primera vez en meses y te dice que quiere verte. Quedamos para comer en casa y terminó yéndose después de la una de la mañana. La alarma del teléfono tiene la despiadada función de decirte en cuánto tiempo sonará una vez que la programas: «2 horas y 16 minutos». Cuando sonó, a las cuatro, me levanté de un salto.

—Ya es hora, cariño —dije—. Arriba.

—No jodas —dijo apenas, con voz muy suave—. Esta vez parecía que sí íbamos a dormir y estoy hecha mierda.

—Me voy a duchar. ¿Tú te vas a duchar?

—No le veo el sentido. Hoy por la noche, cuando volvamos.

Me quité la ropa y me metí debajo del agua fría. A esa hora me sentó como cubrirme con una manta hecha de alfileres. Wim Hof dice que no hay que perder la calma, que no hay que entrar en pánico; si la respiración se acelera o se empieza a cortar, hay que volver a un estado de control. Inhalé hondo y exhalé; inhalé hondo y exhalé; inhalé y exhalé. El sonido del oleaje en la playa se creaba en mi cabeza con cada inhalación y exhalación. Era un mar que me hablaba. Cada ola decía Wiiiiimmm Hooooofffff, Wiiiiimmm Hooooffff. El frío desapareció; cerré el agua.

En la habitación estaban las mochilas, preparadas con todo lo que pedía la empresa que lleváramos y con los extras que siempre llevamos basados en nuestras propias experiencias. Raquel estaba casi vestida y revisaba que el equipo estuviera en orden. No llevaba puestas las botas y ni siquiera tenía puesto el calcetín en el pie que tenía morado.

—¿Me vas a vendar?

Asentí. En cuanto tuve algo de ropa puesta, la senté en la cama y comencé a vendarle el tobillo, asegurando la venda en el dedo gordo y envolviendo con fuerza la planta y el empeine, subiendo hasta el tobillo y dejando al descubierto el talón. Encima le coloqué una tobillera.

—¿Está demasiado apretado? Ya casi no está morado —dije—. La inflamación ha bajado un montón.

—Casi no me duele.

—Claro. Eso es ahora. Espera a que estemos subiendo. Verás lo que te va a doler entonces. Vas a tener que suplir. Vas a tener que usar más la otra pierna y usar músculos que no usarías.

—No será para tanto.

Ya con todo el equipo puesto, en la cocina, intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a nadie, comimos un poco de fruta; Raquel se preparó un café. Nuestro taxi llegó enseguida y a las cuatro y media exactas estábamos de camino hacia el Auditorio Nacional.

La ciudad estaba desierta, como en una catástrofe apocalíptica.

—Ojalá que todo el tiempo estuviera así —dijo Raquel.

—Últimamente hemos ido mucho al auditorio, para tus conciertos, para la quedada aquella… Es una coincidencia que nos citen allí.

—Sí, normalmente nos toma casi una hora llegar y ahora no creo que tardemos más de quince minutos.

Justo quince minutos, ni más ni menos, fue lo que tardamos en llegar. El taxi nos dejó en un costado del edificio, solos en mitad de la calle. Hacía frío. Las luces de la entrada del auditorio daban un color amarillo a ese pedazo de acera del Paseo de la Reforma.

—¿Dónde es? —dije—. ¿En dónde te dijeron que nos iban a esperar?

—Imagino que en la parte de enfrente.

Caminamos un par de minutos hasta que vimos una furgoneta blanca a lo lejos. No tenía el logotipo de la empresa.

—Esa no es —dijo Raquel.

—Mira, más allá hay otra.

Caminamos hacia la que estaba más lejos, casi hasta el otro lado del auditorio. Estaba fuera del alcance de las luces amarillas, en la oscuridad, pero la identificamos en cuanto la tuvimos a unos metros.

—Esa es —dije—, exactamente la misma en la que fuimos al Izta. Mira ahí está Mauricio.

—¿Nevado de Toluca? —nos preguntó en cuanto nos acercamos.

—Hola —dije dándole la mano—, sí. Nevado.

En la penumbra nos miró detenidamente, intentando descifrar nuestras caras.

—Ya habían estado con nosotros, ¿verdad?

—Claro. Hace un mes. En el Iztaccíhuatl.

—Muy bien. Pues pasen y siéntense. Vamos a esperar a los que faltan. Siéntense donde quieran.

Kenia bajó del asiento del copiloto y se puso junto a la puerta de la furgoneta.

—Hola, muchachos —dijo—. Siéntense donde quieran. Les voy a dar su…

—Lunch —dije, cogiendo la bolsa de comida que nos estaba dando y sentándome justo en el mismo lugar en el que me había sentado cuando fuimos a la mujer dormida.

—Faltan tres personas por llegar. En cuanto lleguen nos vamos —dijo.

Dimos los buenos días a quienes estaban dentro y nos sentamos en silencio. —¿Sólo van dos guías? —me susurró Raquel.

—No —dije—. Fernando está sentado hasta atrás.

—¿Cómo lo sabes?

—No pude verle la cara porque no hay luz, pero recuerdo su chamarra naranja.

—¿Qué Fernando es, la güera?

—No. El otro.

Nos quedamos unos minutos callados. Podía imaginar que todos tendrían sueño y estaban intentando dormir. Yo mismo apoyé la cabeza contra el cristal y cerré los ojos. La voz de Mauricio, hablando con Kenia fuera del vehículo, llamó mi atención.

—¿Ya viste a los de allá? También van al Nevado. Me lo acaba de decir el chavo que está ahí con ellos. Lo vi con botas y mochila y pensé que era uno de los nuestros. Me dijo que va al Nevado pero no con nuestra empresa.

—Ya nos copian todo, hasta el lugar de salida —dijo Kenia.

En ese momento dos mujeres se acercaron a nuestra van tímidamente.

—¿Deporte6am? —preguntó una.

—Sí, chicas, Nevado de Toluca.

—Ay, qué bueno. Ya llevábamos un rato hablando con esos de allá, hasta que nos dimos cuenta de que con ellos no era. Pensábamos que ya nos habían dejado.

Les dieron su lunch. Entraron y saludaron a todos con gran efusividad. Sus deseos de entablar conversación con el resto de los pasajeros no fueron correspondidos. Después de un par de comentarios sobre el clima y la hora, todo volvió al más absoluto de los silencios. Tres minutos después llegó otro hombre, de complexión robusta, al que le dieron su lunch e invitaron a sentarse. Mauricio cerró la puerta corrediza de la van y se puso al volante. El ruido del motor era lo único que se escuchaba en todo el Paseo de la Reforma.

NO PUDE PERCATARME del brillo de la luna hasta que salimos de la ciudad. Dejamos atrás la zona de Santa Fe, con sus edificios altos y sus centros comerciales gigantes y avanzamos por una zona oscura y boscosa de la carretera, presumiblemente entre El Desierto de los Leones y La Marquesa. Sin la luz artificial de la ciudad haciéndole competencia, el cuarto menguante lunar era suficiente para iluminar la copa de los árboles.

Mauricio aceleraba todo lo que podía; el motor de la van se quejaba cada vez que la carretera se empinaba hacia arriba. Kenia, que iba a su lado, se había quedado dormida. Miré a Raquel: cerraba los ojos a ratos y daba alguna que otra cabezada. Al final, recostó su cabeza sobre mi hombro y no volvió a dar señales de vida durante un largo tiempo. Detrás de nosotros, pude oír que dos hombres hablaban en voz baja:

—Hacía tiempo que no iba al Nevado. ¡No, hombre, años! Quién sabe cómo esté la cosa ahora. No sé cómo me vaya a sentir porque ya llovió desde entonces. Ya estoy viejo. Llevaba tiempo queriendo traer a mis hijos. Uno siempre les cuenta y les cuenta, pero qué les puede decir si no lo han visto con sus propios ojos. Los quería llevar al Izta y al Pico, pero ahí sí nunca he subido. Nomás he caminado, porque hay caminos para que camine la gente. Pero imagínate hace cuánto. En ese entonces todavía dejaban escalar el Popo.

—¿Al Nevado sí ha subido?

—Al Nevado sí, pero igual… Hace tanto tiempo que ni sé cómo esté ahora la cosa. No sé siquiera si habrá nieve.

—Ahora mismo no hay nieve —dijo otro; pude identificar que era Fernando—. En estas fechas ya suele haber, pero este año no hay nada. Con el cambio climático hay cada vez menos meses del año y menos cantidad. Lo mismo en el Izta, cada vez son más pequeños los glaciares. En verano sí hay nieve, en todos, porque pues el clima en alta montaña siempre es frío y con todas las lluvias que hay, pues ni modo que no hubiera.

—Entonces tú vienes a menudo.

—Bueno, soy uno de los guías.

—Ah —dijo riendo—, no me había dado cuenta. Entonces ahora no hay nieve.

—No, cada vez menos.

—Entonces será menos peligroso.

—Pues depende. La nieve también ayuda un poco. Siempre es diferente.

—¿Y llevas mucho con esto de las montañas?

—Toda mi vida. Bueno, realmente, las montañas *son* mi vida. Esto es lo que hago. A esto me dedico.

—Pero es difícil aquí en México, ¿no?

—Es difícil porque no hay cultura de montañismo, pero tiene su encanto. El hecho de que todo lo que es alta montaña en México sean volcanes le da mucho encanto. Todo lo que es alta montaña. Tienes aquí el Nevado, que es volcán. La Malinche, volcán. El Popo y el Pico de Orizaba pues todos saben que son volcanes. El Izta es en realidad un

conjunto de siete volcanes. Tiene su encanto porque los que hacemos esto aquí más que montañistas somos «volcanistas».

—Pero sí hay montañas que no son volcanes, ¿no?

—Pues sí, pero todos son cerros. No es que no sean bonitos. Mucha gente va al Tepozteco, que es precioso, o aquí cerca al de Jocotitlán. Pero son cerros.

—Oye, pero eso de subir volcanes está peligroso, ¿no? Luego de un día para otro vuelven a estar activos.

—Todos se consideran activos. Todos. Hasta el Nevado. Luego hay quienes dicen que el Izta no está activo y no sé qué, pero te juro que si subes puedes oler el azufre. Todos nuestros clientes que llegan hasta arriba huelen el azufre. No es broma.

—¿Y no hay un organismo que lo regule o algo así? Digo, si es tan peligroso…

—No… Nada. Llevamos años luchando y luchando porque alguien regule esto. No hay manera. La gente no me entiende a veces cuando digo esto, pero los mexicanos somos como somos. Podemos pasarnos más tiempo peleándonos que arreglando las cosas. Mira, al final, la montaña no es de nadie. O mejor dicho, es de todos. ¿Qué menos que alguien que ponga unas reglas sobre lo que se puede y lo que no? Lo único, eso sí, que ahora no permiten el acceso hasta ciertas áreas, pero eso sólo porque la gente es muy sucia y en todos lados dejan un basurero. Pero eso ha sido para que no haya basura. De ahí en fuera les ha valido madres. No sabes la cantidad de gente que se mata ahí arriba. Aquí cualquiera monta su empresita y empieza a subir gente. Te vas a Perú o a Argentina o a donde sea, todos tienen algún organismo que regule eso. Aquí ha sido imposible.

No fui consciente del paso del tiempo. Quizá me quedé dormido. De vez en cuando abría los ojos y veía la luna, como amarrada a la furgoneta, siguiéndonos. Entonces, a lo lejos, pude ver el contorno del volcán. Un borde plateado muy tenue, perdido en la inmensidad de la noche. ¿Es esa nuestra montaña? ¿Es ese nuestro volcán?

—Raquel —dije—. Cariño…

Despertó. Levantó la cabeza y me miró con molestia.

—Mira —dije—. Ahí al fondo, en la oscuridad. ¿La ves?

Asintió con la cabeza y se volvió a dormir. No pasaron ni cinco minutos antes de que parasemos en un minisúper.

—Vamos a parar aquí unos minutos —dijo Mauricio—. Si quieren ir al baño aprovechen, porque ya ahí sólo hay un baño y suele estar asqueroso. Cinco minutos y seguimos.

Bajamos del vehículo. Hacía mucho frío. Cuando me encontré con Raquel después de ir al baño, estaba temblando.

—Wim Hof, cariño, Wim Hof. Controla tu respiración y no tiembles.

No importaba lo que dijera, ella temblaba. Saqué algunas cosas de lo que nos habían dado de lunch y comí: un yogurt y una barrita proteínica con chocolate.

—¿Qué hora es? —me preguntó Raquel.

—Casi las seis. Pronto va a amanecer.

—¿Estamos cerca?

—Muy cerca. ¿Lo ves ahí? Gracias a la luz de la luna se ve un poco, ahí en el fondo oscuro. Ese es el Nevado.

—Se ve muy pequeño, ¿no?

—La cima estará del otro lado. La perspectiva engaña.

—Pues entonces sí que estamos cerca.

—A media hora.

Tan pronto como nos subimos al coche apareció una franja de colores en el horizonte, una tira cromática que cubría el cielo en la lejanía con todos los tonos entre el rojo intenso y un azul claro. El pico se pudo apreciar perfectamente por primera vez. Se dice que su relieve tiene la forma de un hombre desnudo; la traducción de su nombre significa justamente eso. Por más que observé, jamás logré ver tal figura. En la carretera apareció un cartel con una flecha hacia la izquierda que indicaba el camino. «Volcán Xinantécatl», decía. Mauricio viró y nos adentró en un bosque.

—Ahí vamos otra vez —le dije a Raquel—. Pinche mareo que me va a dar.

DOS LEYENDAS POPULARES hablan sobre el origen del volcán, ambas de la cultura matlazinca. La primera cuenta la historia de dos hermanos que se disputaban el poder. El mayor deseaba gobernar a través la guerra y el menor mediante la religión. Hartos de la ira y del derramamiento de sangre del mayor, los dioses decidieron matarlo, pero el menor se interpuso y murió en su lugar. Para recordarlo, lo enterraron en medio del bosque y así se formó el cerro de Jocotitlán. El mayor, libre del contrapeso que hacía su hermano, continuó con su desenfreno bélico y se convirtió en un tirano. Los dioses lo llevaron al centro del valle, donde le abrieron el pecho e incendiaron su corazón, creando un volcán. Arrepentido, el hombre pidió perdón y deseó morir; compartiría el reino con su hermano muerto. Los dioses taparon su corazón y el volcán se extinguió.

Cuando salimos del bosque, la van avanzó durante quince minutos por un camino estrecho de tierra blanca. El sol ya estaba entero en el cielo. A la derecha teníamos una ladera inclinada hacia arriba, la pared exterior del cráter; a la izquierda había un precipicio de gran profundidad. Las irregularidades del terreno provocaban que nuestras cabezas se movieran erráticas, de un lado para otro.

Llegamos al final del camino y Kenia dijo:

—Estaciónate ahí. Ahí es donde siempre lo dejamos. Si te pones en otro lado, en cuanto llegue la gente no vamos a poder salir. Allá lo dejamos un día y nos tuvimos que esperar horas a que llegaran los dueños del coche que nos tapaba.

—¿Así, en este sentido la pongo? —preguntó Mauricio.

—Mauricia, échate de reversa y ponte apuntando para el otro lado —gritó Fernando desde atrás.

—Como dice el tocayo —dijo Kenia—. Así ya quedamos apuntando hacia la salida.

Las ruedas, por las maniobras que hizo Mauricio obedeciendo a sus compañeros, levantaron una nube de polvo blanco que nos envolvió. En cuanto abrieron la puerta corrediza para que pudiéramos bajar, sopló una corriente de aire que nos llenó los ojos de tierra. En cuanto el polvo de disipó, pude ver que había sólo otros dos vehículos estacionados en el lugar además del nuestro.

El espacio de aquel descampado era bastante reducido. A pesar de todo, era un lugar abierto, con un par de colinas a un lado y una ciudad, no sé cuál, gris, a la vista más allá de los límites del bosque. Desde ahí se podía ver también un camino que entre algunas matujas subía por una loma hacia el interior del volcán, en ese momento fuera de nuestra vista.

—Bien, chicos y chicas —dijo Kenia—. Ahora abríguense, coman algo. Ahí al fondo hay un baño. Si quieren pueden ir. Nosotros vamos a preparar el equipo que les vamos a dar. Pueden caminar por aquí si quieren, pero en quince minutos tenemos que estar todos juntos para ponernos el equipo y salir. ¿De acuerdo?

El aire soplaba con fuerza; nos obligó a cerrarnos las chamarras hasta arriba y a ponernos los gorros. El lugar era totalmente estéril, yermo. Había un par de construcciones: la más grande tenía el aspecto de un restaurante deshabitado y la pequeña, a lo lejos, eran los baños. Un medio muro se extendía desde donde estaban éstos hasta donde estábamos nosotros. No había nada de vegetación, nada que impidiera que el polvo blanco se levantara y cubriera todo el lugar.

—Vamos al baño —me dijo Raquel.

—Adelántate. Voy enseguida. Voy a sacar algo de mi mochila para comer.

Caminé hacia el lugar y encontré a Raquel en el interior, esperando.

—¿Qué pasa? —dije, intentando abrir la puerta de cristal de la entrada.

—No entres —pude oír que me decía—. No entres porque están limpiando.

Abrí la puerta de todos modos. La cerré detrás de mí al entrar.

—Joder, que no entres, que están limpiando.

—Oh, pues es que puto aire. Tengo los ojos y la boca llenos de tierra.

Del baño de hombres salió una mujer indígena.

—Ahorita no, joven. Ahorita no puede pasar porque no está limpio. Espérese ahí unos diez minutitos en lo que lo termino de limpiar y ya puede pasar.

Le di las gracias.

—¿Tienes alguna urgencia que no puedas aliviar en la naturaleza? —le pregunté a Raquel.

—No hay urgencias que yo no pueda aliviar en la naturaleza —me dijo riendo—. No soy como tú.

—Pues entonces vamos fuera.

—Pero no podré aliviarla ahora —dijo—. Joder, aquí no hay ni una mata.

—Al lado de las lagunas sí que hay algo de vegetación. Y parece que somos los

primeros, así que no habrá gente. ¿Puedes aguantar? Ve hacia la camioneta, ahora voy yo.

Corrí detrás del edificio, donde tenía privacidad para orinar. El panorama era desolador. Enormes cantidades de basura cubrían el suelo a lo largo de casi un kilómetro. Una tubería salía del baño, goteando sobre esa área y llenando todo con olor a excremento.

—Claro, qué suerte. Tú sí pudiste ir —me dijo Raquel en cuanto la alcancé corriendo.

—No te imaginas cómo está todo detrás de los baños. Las tuberías terminan ahí a cielo abierto. El olor es insoportable. Está todo lleno de basura. Se ve que la quitan de aquí y la echan ahí atrás como sea.

El maletero de la furgoneta estaba abierto. En el suelo estaban los bastones apilados y un contenedor de plástico enorme con los arneses. Los cascos estaban acomodados en el interior por tamaños.

—Bien —empezó Kenia—. Les vamos a dar el equipo. Por favor cuídenlo. Nosotros no podemos hacernos responsables. Si lo pierden se lo tendrán que pagar a la empresa. Les vamos a dar un bastón, un casco y un arnés. Lo tienen que llevar puesto todo el tiempo. Para llegar a la cima, hay que pasar asegurados con cuerda. No podemos empezar a quitarnos y ponernos arneses cuando estemos en la arista. Nada de que «me molestaba y me lo quité». El que llegue ahí arriba y no lleve el arnés puesto no puede subir. Así que fíjense bien en que les esté cómodo y que se puedan mover bien.

Presentó a sus compañeros y habló sobre la subida. Era un discurso que ya se sabían de memoria. Igual que en el Iztaccíhuatl, explicó que habría un guía para cada tres de nosotros y que no debíamos preocuparnos si nos quedábamos atrás, que cada quien debía encontrar su ritmo. Empezó a repartir el equipo y dijo que nos enseñaría a ponérnoslo.

—Bueno —nos dijo a Raquel y a mí en cuanto nos dio el nuestro—, ustedes ya saben cómo va.

Mi arnés era demasiado grande. En cuanto pedí que me lo cambiara, me dio otro junto con un casco mediano que apenas me entró cuando me lo puse. Ajusté las correas y moví la cabeza; supuse que no me daría problemas. El nuevo arnés me quedó a la perfección.

—Creo que llevo el mismo arnés y el mismo bastón que la vez pasada —le dije a Raquel—. Hasta creo que llevo el casco que me adjudicaste, porque apenas me entra.

—Cabezón, siempre con problemas para que te queden las cosas en la cabeza.

Kenia habló de nuevo. Su voz era suave y aguda, alegre. Me costaba calcular la edad que tenía; la tersura de su piel y sus rasgos, como infantiles, me hacían pensar que no tendría más de veinte años. Explicó que no debíamos quitarnos el casco y que debíamos jugar con las capas de ropa, pasando siempre un poco de frío. Después dijo que no era una subida fácil, pero que no debíamos desesperarnos.

—La clave está en no parar —dijo—. Si sienten que les falta el aire o que es muy

difícil, bajen el ritmo, pero no se paren. El cerebro les va a decir que no sigan, ustedes no dejen de mover las piernas. Obviamente no se esfuercen al grado de vomitar, pero les aseguro que son capaces de más de lo que creen.

»Mau, Fer… ¿Algo que quieran decir?

—No tomen medicinas. Nada —dijo Fernando.

—Eso —dijo Kenia—. Si se toman algo no podremos saber si se encuentran mal por la altura. No usen esos geles para deportistas que están de moda ni se tomen nada si les duele algo. Si tienen algún problema, háblenlo con nosotros. ¿De acuerdo? ¿Todo claro? Vámonos.

En cuanto dijo la última palabra y comenzó a andar, Raquel ya avanzaba pegada a ella.

EL MÉTODO WIM HOF, como se le conoce desde que su creador se hizo famoso, se compone de tres elementos básicos: el yoga, la exposición progresiva al frío y la respiración. El procedimiento es, de hecho, bastante sencillo. Al despertar por la mañana, se coloca uno en una posición cómoda, ya sea sentado o acostado boca arriba, y comienza a tomar enormes bocanadas de aire en repeticiones rítmicas y constantes. Estas inhalaciones profundas, que se deben repetir entre treinta y cuarenta veces, provocarán hiperventilación, que se manifestará con un ligero mareo o aturdimiento, además de hormigueo en la punta de los dedos y alrededor de los labios. Cuando se alcanza ese estado, se debe expulsar todo el aire y aguantar la respiración con los pulmones vacíos tanto como sea posible. En el momento en el que ya no se pueda resistir más, se toma otra bocanada de aire y se vuelve a contener la respiración, esta vez con los pulmones llenos. Se deja salir el aire una vez que se llega al límite y el proceso se repite, empezando por las treinta o cuarenta respiraciones profundas. La rutina entera se tiene que repetir tres o cuatro veces.

Varios procesos se activan cuando se hace esto. Para empezar, se expulsa el dióxido de carbono del organismo y el cuerpo se llena de oxígeno, lo que significa que las células tienen una enorme cantidad de este elemento con el que abastecerse. Esto, a la vez, altera el pH de la sangre, que pasa del 7.4 promedio hasta casi el 8, volviéndose más alcalina. Así ocurre porque la producción de ácido láctico en las células, que aumenta cuando la demanda de energía sobrepasa la disponibilidad de oxígeno, es menor. Lo más asombroso de esta alcalinización de la sangre es que provoca que los receptores neuronales que perciben dolor fallen. Prácticamente incapacitan al cuerpo para sentir dolor. Contener la respiración detona una descarga de adrenalina y un aumento en la producción de cortisol, hormona esteroidea que habilita al cuerpo para enfrentar situaciones de estrés. Todo esto porque el sistema nervioso autónomo está siendo directamente influenciado por la rutina de respiración.

El siguiente paso del método es físico. Una vez que se han hecho los ejercicios de

hiperventilación, lo siguiente es hacer tantas flexiones como se pueda sin respirar. Alguien que normalmente no es capaz de hacer más de diez flexiones seguidas, estará haciendo entre treinta y cuarenta en menos de una semana de seguir el método. Esto ocurre porque la oxigenación muscular es óptima y la producción y aprovechamiento de la energía son mucho mayores. Después viene el yoga. De la misma manera, se tendrán menos molestias y más flexibilidad gracias al oxígeno y a la alcalinidad de la sangre. La práctica habitual de esta disciplina en dichas condiciones propiciará un aumento considerable en la fortaleza, resistencia y flexibilidad del cuerpo.

Para terminar, hay que someterse a la parte menos atractiva del proceso, la ducha fría. Sus beneficios son indiscutibles. Por supuesto, hacerlo puede resultar incluso doloroso, pero con la respiración y todas las reacciones bioquímicas que ocurren dentro del organismo, se vuelve uno mucho más resistente, desapareciendo el malestar tras un par de minutos. Varios estudios, además, han demostrado que las duchas frías, a mediano plazo, podrían mejorar y fortalecer el sistema inmunológico.

Mientras más mañanas se repitan los pasos del método Wim Hof, los sistemas fisiológicos se volverán más eficientes, el cuerpo será más resistente al frío y al dolor y se experimentará una sensación de bienestar general constante. Los aparatos circulatorio y respiratorio funcionarán como nunca antes.

No llevábamos ni cinco minutos caminando cuando empecé a sentir que el cuerpo me pesaba demasiado, como si la gravedad aumentara. Mi respiración se aceleró y comencé a sentir mis latidos en el cuello, golpeando con fuerza contra la correa del casco. Me sobrevino una sensación de ahogo. Subíamos por una pendiente poco pronunciada, aunque a buena velocidad. Kenia y Raquel encabezaban la fila que ya se había formado y la mitad del grupo comenzaba a quedarse atrás.

Si el método Wim Hof, pensé, acostumbra al cuerpo a funcionar con grandes dosis de oxígeno, ¿no provocará que sea más difícil adaptarse a un ambiente en el que ese elemento escasea? En contra de todas las recomendaciones de los guías, me solté el broche del casco, aliviando la presión de las correas sobre las arterias y venas de mi cuello. Abrí ligeramente el cierre de mi chamarra y comencé a inhalar con profundidad.

Tengo que llenarme de oxígeno. Tengo que conservar la calma y llenarme de oxígeno. Sincronicé mis respiraciones con mis pisadas, dando cuatro pasos por cada inhalación y dos por cada exhalación. El océano volvió a hablar en mi cabeza con cada bocanada de aire. Wiiiiiiimmm Hooooofff, Wiiiiiimmm Hooooofff, Wiiiiiimmm Hooooofffff. Pronto encontré la tranquilidad y mi ritmo cardiaco se normalizo. Raquel seguía un par de metros por delante de mí.

Observé a mi alrededor y pude ver que el panorama había cambiado. La tierra ya no era blanca, sino de un marrón claro. El sendero por el que caminábamos estaba dibujado entre matorrales secos, que vibraban y sonaban con cada corriente de aire. Estábamos casi en lo más alto que se podía observar que alcanzaba el camino. El cielo estaba totalmente abierto. No había una sola nube. En el suelo y en el viento se percibía una

humedad que no habíamos visto en el Iztaccíhuatl.

—Ahora vamos a subir hasta ahí y luego todo es muy fácil —dijo Kenia—. Desde ahí es bajar para entrar al cráter del volcán. Ahí están las lagunas. Vamos a bajar hasta las lagunas, las vamos a rodear y ya después de ese punto viene lo más difícil. ¿Habían estado ya aquí?

—Yo muchas veces —dije desde detrás de Raquel, intentando no perder el ritmo de mis respiraciones—, pero nunca he subido.

—Yo nunca. Esta es la primera vez —dijo Raquel.

—Es la primera vez que va a ver las lagunas —dije.

—¿Sí? Qué bueno. A todo el mundo que viene le encantan. Cuando lleguemos ahí arriba vamos a descansar un poco y a esperar a los demás. Si quieren tomar fotos ese es el momento, porque no habrá nadie y saldrá el volcán entero y sin gente. A la vuelta esto se pone llenísimo. Ni se imaginan la cantidad de gente que va a haber.

Tan solo unos instantes más nos tomó llegar a lo más alto del camino. El cráter se mostró inmenso ante nuestros ojos. Era una cuenca elíptica casi perfecta, con su laguna en el fondo, tan grande que teníamos que mirar hacia los lados para observarla completa. Estábamos entrando por la parte más baja de sus paredes, que parecían una larga cortina o, mejor dicho, una continua melena gris, teñida con mechas de tonos amarrillo y rojo. Como si una bomba acabara de explotar en su centro, desde el azul oscuro de la laguna se levantaban los muros del cráter como huyendo del agua y tenía la sensación de que al tocarlos estarían calientes. En el centro, una pequeña colina, un montículo de tierra más oscura que el resto; y detrás, solitaria y lejana, una segunda laguna, mucho más pequeña que la que teníamos delante a unos kilómetros de distancia.

Raquel no decía nada. Observaba a un lado y a otro.

—Mierda —dije—, se me había olvidado cómo era esto. Es impresionante, espectacular.

Kenia rio.

—Me encanta este volcán —dijo—. Lo tiene todo. Las lagunas hasta dan la sensación de playa allá abajo. Cuando estén llenas de gente lo verán.

Hay algo que vuelve indescriptible al Xinantécatl. Mi madre nos llevó a mis hermanos y a mí a visitar sus lagunas muchas veces cuando éramos niños. Me sorprende la cantidad de gente en México que nunca lo ha visitado. Trato de describírselo a aquellos que me han dicho que no han tenido el honor y no logro dar con las palabras. Esa combinación de colores, de tonos de grises que cubren las paredes del cráter, y esas líneas de colores, amarillo o naranja, que se pueden ver; el contraste con el azul profundo de sus lagunas. Caminar en el interior de un volcán, con esas paredes tan altas y esa calma, como en un valle de otro planeta. Soy incapaz de describir uno de los panoramas más hermosos que mis ojos, que tantos lugares han visitado, han visto.

—Son dos lagunas, ¿verdad? —preguntó Raquel.

—Dos, sí —dijo la guía—. La del sol y la de la luna. La del sol es esta que tenemos

delante y la de la luna es la pequeñita de allá. Ahora vamos a bajar hasta la laguna y la vamos a rodear hasta el otro lado del cráter. ¿Ven todas esas líneas verticales que suben por las paredes? ¿Ven la de ahí al fondo? Esa amarilla que zigzaguea. Por esa vamos a subir. Es fácil de ver porque todas las líneas que se ven son rectas pero esa va en zigzag. Por ahí subiremos hasta la arista y desde ahí vamos a cruzar a la cima, un poco más a la izquierda. ¿La ven? Es esa punta de roca negra. Es un poco raro llamarle cima, pero es el punto más alto del cráter. Se llama Pico del Fraile. ¿Ven la punta que está aquí a nuestra derecha? Ese es Pico del Águila y es apenas veinte metros más bajo que el otro.

—¿A ese no suben?

—Si lo pide algún cliente especialmente pues podríamos subir. Aunque lo que le gusta a todo el mundo es llegar a lo más alto. Además, a este que vamos se sube por dentro. Es más bonito. Para subir al del Águila hay que subir por fuera, por el otro lado. Sólo se ve el cráter hasta que ya estás arriba.

Las paredes lucían imponentes desde ahí. La ruta de ascenso que había mencionado Kenia parecía bastante complicada. En la cima sobresalían rocas oscuras y filosas. Todo el labio del volcán, que tenía que girar sobre mí mismo para poder observarlo al completo, tenía esas mismas formaciones rocosas.

Ver el agua, tan azul, me llenó de nostalgia. Me trajo recuerdos de la infancia.

Hasta hace pocos años estaba permitido bucear en las lagunas del Nevado, siendo por ello, a más de 4200 metros de altitud, los lagos más altos del mundo en los que se haya practicado el buceo. Fruto de las expediciones de buceo en ambas lagunas fue el hallazgo de numerosos restos arqueológicos que demuestran que el lugar fue un importante centro ceremonial de las culturas prehispánicas que poblaban la zona, básicamente la cultura mexica y la matlazinca. También se sabe que la profundidad máxima en estos lagos es de 14 metros y que la temperatura promedio del agua es de 8 grados.

Otras dos mujeres aparecieron junto a nosotros, ambas de nuestro grupo. Los demás aún seguían muy lejos. De las dos, una iba preparada, con la ropa adecuada para subir; la otra usaba pantalones vaqueros ajustados, una chamarra que imitaba piel de zorro y unas de esas botas que están de moda, de piel clara y suelas de goma que no se adhieren a nada. La que iba equipada, de aproximadamente unos treinta años, estaba tranquila y nos miró como queriendo integrarse con nosotros; la otra, que probablemente no tendría más de veinte años, jadeaba con fuerza y levantaba la cabeza buscando aire.

—Bueno —dijo Kenia—, vamos a seguir. Si ustedes quieren seguir con nosotros, bienvenidas. De aquí hasta el otro lado de la laguna todo es en bajada o en plano, muy fácil. Si sienten que necesitan descansar, esperen a los que vienen atrás.

Hicimos una fila. La mujer de treinta se puso detrás de mí. A cada paso que dábamos se percibía más y más la inmensidad del cráter, pues caminábamos hacia abajo sintiendo que apenas ganábamos avance. Casi una hora nos tomó llegar hasta las orillas del lago, que desde ese punto se extendía más allá de nuestra vista. El lugar estaba en completo

silencio. Había que levantar la cabeza para ver lo alto del cráter, el punto al que debíamos llegar.

—¿Cómo van? —preguntó Kenia deteniéndose—. Vamos muy bien de tiempo y los otros van muy atrás. Vamos a esperar un ratito. Dudo mucho que nos alcancen, pero por lo menos para que no quede tanta distancia entre nuestro grupo y el de ellos.

—No hay nada de nieve —dijo Raquel.

—Nada. Y ya debería de haber. Todas las líneas que están pintadas en la pared del cráter son de eso, de la nieve que se derrite. O sea que sí está cayendo, pero se está derritiendo por el calor. De unos años para acá ya es muy difícil ver nieve, se ve muy pocos meses.

—Voy a tomar fotos, si te parece —dije.

—Claro, adelante. Tenemos tiempo.

—Voy a aprovechar para sacar desiertas las playas del Nevado. Bueno, y voy a aprovechar que ahora la cámara sí tiene pilas.

—¡Claro, las pilas! —exclamó Kenia—. Ahora recuerdo lo de las pilas en el Izta. Es que vemos a tanta gente y llevamos a tantos grupos que se me olvida. Claro.

—Esta vez no nos va a pasar —dijo Raquel estirando la mano para que le diera la cámara. Había visto un buen ángulo y no podía resistirse a tomar la foto.

Tras unos minutos de espera, volvimos a avanzar. Fuimos recorriendo la orilla de la laguna, cuyas aguas, empujadas por una suave brisa, se rizaban en pequeñas crestas y se asemejaban a un pequeño oleaje. En medio de aquel silencio de alta montaña se escuchaban tanto como las olas de una playa en mar abierto. Wiiiiimmm Hooooffff, dije para mí mismo.

—¿Subís a menudo aquí en el Nevado? —preguntó Raquel.

—Subimos mucho. Yo creo que más aquí que en los otros. Es más accesible, digamos.

—Pero viene mucha gente.

—Mucha. Eso es lo que no me gusta. Ahora sí, ahora me encanta. No hay nadie. Pero al ratito van a ver qué horrible es. Muchos vienen sólo a los lagos, pero en la bajada nos vamos a encontrar a cientos y cientos que suben.

—¿Y vienen con empresas o solos? —pregunté.

—Pues casi que vienen más con empresas. Yo creo que es a dónde más gente viene con expediciones y guías. También hay otros que vienen solos, pero se nota. Los que vienen solos se ve que tienen experiencia y que saben por dónde subir y cómo. Luego hay otros que suben sin saber nada, pero esos creo que suelen venir como en grupitos de amigos. Parece que creen que si son más es menos peligroso.

—¿Y si es peligroso?

—Pues mira, no nos gusta decirlo porque no queremos que los clientes se asusten. Nosotros venimos muy preparados y estamos muy convencidos de que lo más importante es la seguridad. Nuestra misión no es que lleguen arriba, sino que no les pase nada. Aun así, ¿saben cuántos murieron subiendo el año pasado? Así, 2016, ¿cuántos creen que se

mataron subiendo?

—Tres —dijo Raquel.

—¿Cinco? —dije yo.

—Diecinueve. Diecinueve y parece que a nadie le importa. A nosotros no nos tocó ver más que a uno. Ya estábamos bajando cuando nos cruzamos con unos chavos que subían en grupo. Resulta que llegaron y uno de ellos se quedó atrás. Ya estaban los otros en la cumbre y le empezaron a gritar al otro para que se diera prisa y fuera con ellos. El otro corrió, se resbaló y abajo, muerto. Vinieron los helicópteros y todo. No traían casco ni bastones ni nada. Se imaginan que esto es fácil y vienen como sea.

—Diecinueve es un enorme número —dije.

—Supe de otro que subió y quiso bajar por el otro lado y rodear para llegar a donde están los coches. Se perdió en el bosque y nunca lo encontraron. Y así hay casos y casos.

—Diecinueve es un enorme número —repetí y se hizo el silencio. Raquel se limitaba a escuchar, meditabunda. Las pequeñas olas de la laguna fue lo único que escuchamos durante un largo rato.

LA SEGUNDA LEYENDA que habla sobre el origen del volcán cuenta la historia de un sacerdote llamado Xinan. Había oído este religioso que una diosa vivía en el antiguo lago de Metepec, así que fue hasta sus orillas para buscarla. Se quitó la ropa y se metió a nadar desnudo en sus aguas. En cuanto lo vio, indignada, la diosa le mandó salir y cubrirse inmediatamente, pero Xinan, enamorado de ella desde ese momento, desobedeció. Día a día caminaba hasta el lago para verla y para nadar. Harta de él, la diosa lo castigó lanzándolo lejos del lago. El sacerdote, herido de amor, caminó al centro de un llano, se abrió el pecho y dejó que su corazón ardiera. Su cuerpo comenzó a crecer y a formar parte de la tierra, y lo que de su corazón manaba empezó a quemar y a cubrir todo lo que lo rodeaba, convirtiéndose en un volcán. Cuando la diosa intentó acercarse a él para pedirle perdón, le fue imposible; la tierra había sido devastada y tuvo que huir de ahí. Al fin, cuando parecía que Xinan se calmaba, la diosa subió al volcán y le tapó el corazón para que no hubiera más problemas. Algunas historias dicen haber visto a la diosa en las aguas del río Verdiguel, cerca de Xinantécatl, aunque otras aseguran que se fue de Toluca, pues no soportaba ver más al hombre desnudo.

Llegamos casi hasta el lugar en el que iniciaría el ascenso y Kenia se detuvo. El terreno se deformaba en ese punto y las paredes del cráter no subían uniformes hacia arriba desde las aguas como en casi todo el derredor de la laguna. El suelo se rompía en ese sitio por dunas, grietas y pequeños montículos. Todavía ahí, de pie en el centro de la boca del volcán, quizá por el espacio tan abierto y tan uniforme, me seguía pareciendo que era una subida pequeña.

—Chicos, vamos a parar un ratito. Si quieren ir al baño, este es un lugar perfecto porque hay algunas plantas y varias colinitas en las que se pueden esconder. Les

recomiendo que vayan porque ahora sí viene la parte larga y ahí ya es muy difícil parar.

—Menos mal —me susurró Raquel—, ya no aguantaba más.

—Corre —dije—. Yo también necesito ir. Yo me voy por acá y tú para allá.

Junté las mochilas y las dejé a la vista de nuestra líder, antes de salir corriendo para encontrar un lugar en el cual pudiera aliviar mi vejiga. El efecto óptico me seguía engañando, pues me movía sin sentir que avanzaba gran cosa. Cuando me di la vuelta para cerciorarme de no estar a la vista del grupo, Kenia y los otros eran pequeñas hormigas a lo lejos, pero las paredes del cráter, al otro lado, no estaban mucho más cerca que antes.

Unos minutos más tarde me reuní con la expedición, que ya estaba completa. Los de atrás nos habían alcanzado y ahora buscaban un lugar para ir al baño igual que los que habíamos llegado primero. Raquel apareció tras unos instantes.

—No se ve tan mal —me dijo, observando hacia arriba, analizando el camino por el que íbamos a subir—. Cuando nos ha dicho la primera vez que por aquí íbamos a subir me he cagado. Desde el otro lado parecía una pared totalmente vertical. Desde aquí no se ve tan inclinada.

—Aun así —dije—, yo no la veo fácil. Mira ese tramo de ahí en medio, estará llegando a los sesenta grados de inclinación o más. ¿Escuchaste lo que dijo? Diecinueve muertos.

—Una barbaridad. Imagino que se matan por imprudentes. Aun así son muchos.

—A ver, chicos —dijo Kenia—. ¿Estamos todos? Bien. Aquí empieza la parte difícil. Como pueden ver, el camino esta dibujado en la pendiente, en zigzag. Así es como vamos a subir porque en diagonal es más fácil. Mucho cuidado con las piedras. La tierra está floja porque no ha llovido y no hay nieve. Si al pisar se desprende una piedra, hay que avisar. Grítenlo: «¡roca!». Y si están abajo y oyen el aviso, lo primero que deben hacer es detenerse y mirar para poder esquivar.

»Dos tips les vamos a dar: el primero, que pisen las huellas del que llevan delante. La tierra se desparrama hacia abajo cuando está seca. Si pisan la huella, ya estará más firme. El segundo, que no se paren. No se desesperen, tampoco. Cada quien a su ritmo. Pero si se paran les va a ser más difícil llegar. Por lo demás no se preocupen. Siempre va a haber uno de nosotros cerca de ustedes. Por favor, guarden la fila y no adelanten a nadie a menos que los dejen pasar. ¿Entendido?

Raquel y yo nos quitamos los gorros de debajo del casco, los guardamos y nos echamos las mochilas a la espalda. Nos acercamos a Kenia, listos para partir detrás de ella justo en cuando diera la indicación de salida. Nos miramos con complicidad. Los dos sabíamos que, para alcanzar la cumbre, no hay mejor método en una expedición como esta que pegarse al guía que va en cabeza y aferrarse a seguirlo cueste lo que cueste.

—Revisamos radios —le dijo a Mauricio y a Fernando.

Los tres se hablaron y comprobaron que todo estuviera en orden. Se engancharon los

aparatos a las solapas de las mochilas.

—De acuerdo. Vámonos.

El paso de Kenia cambió súbitamente y a partir de ese momento se volvió vertiginoso. Era una carrera. Primero encontramos una pequeña colina que nos llevó hasta la base de la pendiente y desde ahí empezamos a subir. Siempre en zigzag, derecha izquierda, derecha izquierda, nos llevaba nuestra guía. La tierra suelta hacía que cada paso fuera como medio y que los muslos empezaran a arder. Me abrí la chamarra del todo mientras notaba las gotas de sudor que me brotaban de la frente y me recorrían toda la cara.

—Despacio —decía Kenia—, despacio.

Detrás de mí seguía la mujer que iba equipada y, sorprendentemente, la muchacha de los vaqueros ajustados. Sus botas estaban destruidas, rasgadas por la tierra y las rocas. La laguna empezaba a hacerse pequeña. Raquel, delante de mí, jadeaba con intensidad, lo que me hizo pensar en mi propia respiración. Sentía que mi cuello se hacía más grande y que a cada paso la correa del casco me apretaba más y más.

Me estoy ahogando, pensé. Vi a Kenia que miraba el suelo, buscando el mejor punto para poner el pie. No me verá. Si me suelto el broche de las correas no me verá. Si sigo ahogándome así no podré subir. Me molesta demasiado. Solté el broche y escondí las correas en el interior del cuello de la chamarra. Ahora debo controlar mi respiración, debo ganar oxígeno. Wiiiiiiiiimmmm Hooooooofffff, Wiiiiiimmmmm Hooooooffffff.

A la izquierda, a lo lejos, imponente, por encima de las paredes del cráter, apareció el Popocatépetl. Un manto de nubes le cubría la base. Iztaccíhuatl no estaba a la vista.

—Raquel —dije—, en cuanto puedas mira a la izquierda, atrás, ahí al fondo.

Siempre concentrada, apenas giró la cabeza para ver y volvió a lo suyo. Su respiración estaba tan agitada que era lo único que se oía. A cada paso, además, la pendiente se tornaba más y más pronunciada. Kenia, supongo que escuchando su respiración tan agitada como yo la escuchaba, se giró y dijo:

—¿Quieren parar a descansar? ¡Eh, ese casco! —me dijo en cuanto me vio—. Tiene que ir abrochado.

Tenía razón en gritarme. Era mi culpa. Lo abroché pero, en lugar de tirar de la correa hacia abajo para aliviar la sensación de ahogo, la empujé hacia adelante, hacia el mentón. Ayudó.

—¿Quieren que paremos a descansar? —insistió.

Callé, dando la palabra a Raquel que, en cuanto encontró un poco de aire en medio de sus jadeos dijo:

—No. Seguimos.

Algunos suben porque son fuertes y otros suben por pura terquedad y orgullo, pensé.

A la muchacha de las botas destrozadas le pesó demasiado la decisión de Raquel y, a partir de entonces, se fue quedando atrás poco a poco hasta perderse en la inmensidad de la pared del cráter. A lo lejos, muy abajo, los demás no eran más que puntos de colores en un lienzo gris. Mi respiración se aceleraba con cada paso. Wiiiimmm

Hooooffff, Wiiimm Hofff, Wim Hof, WimHof, Wimof Wimof Wimof… Raquel jadeaba también. Pude verla escudriñando el suelo con los ojos, buscando las huellas que dejaba Kenia; hice lo mismo y dejé de pisar en cualquier otro sitio que no tuviera marcas de botas. Encontramos nuestro ritmo y progresamos, dejando a la mujer que venía detrás de mí unos metros por debajo. Al fin, Kenia decidió parar.

—Ahí, detrás de esa roca —dijo—. Ahí vamos a parar.

Lo agradecí y le saqué provecho. Tan rápido como pude abrí la mochila y saqué la cámara y la bolsa del lunch. Me quité la chamarra y desabroché las correas del casco. Abrí la botella de Coca Cola y le di varios tragos pequeños. Me comí una barrita energética. Cuando sentí que era suficiente, lo guardé todo y procedí a tranquilizar mi respiración. Wiimm Hooooooooooofff… Abrí los ojos y observé.

Raquel había cogido la cámara del suelo y no hacía más que tomar fotos; no se había quitado la chamarra siquiera. Sin duda, el panorama llamaba a ignorar todo lo demás. Desde donde estábamos se podían ver las irregularidades de los labios del cráter, que subían y bajaban en desniveles que desde la laguna no se lograban apreciar. El azul del agua contrastaba con lo gris de la tierra que, a su vez, emergía de un manto de nubes blancas que cubría el Valle de México. Al fondo, Iztaccíhuatl y Popocatépetl también emergían por encima de las nubes. No había nada de viento; no se escuchaba un solo ruido. La figura cónica del volcán se apreciaba perfectamente desde ahí. Estábamos mejor plantados en el suelo porque la tierra había desaparecido casi al completo, siendo reemplazada por rocas volcánicas de diversos tamaños.

—Cómo me duele el maldito tobillo —masculló Raquel.

—¿Te duele el tobillo? —preguntó Kenia—. ¿Desde hace cuánto?

—No es de ahora. Me caí en el estacionamiento de la universidad. Soy profesora y siempre me confunden con una alumna. Se me ocurrió que si me ponía tacones me confundirían menos. Y eso… se me torció tanto el tobillo que pude sentir como tocaba el suelo.

—Ay, yo odio los tacones —dijo la guía—. Sí tengo, pero casi nunca los uso. Hasta a las bodas voy con zapatos planos.

Tres minutos tardó en llegar hasta donde estábamos la mujer que venía detrás de mí. Se detuvo, jadeante, y comenzó a beber de su botella de agua. Poco tiempo tuvo para descansar pues, antes de que pudiera recuperar una respiración tranquila, Kenia dio la indicación de seguir.

A partir de ese instante decayó el ritmo de Raquel. Aunque seguía a Kenia con obstinación, le fue imposible conservar su velocidad. No obstante, la guía no se separó de ella más que uno o dos metros, siempre mirando hacia atrás y vigilando que estuviéramos juntos. Mi bastón empezó a golpear en las botas de Raquel que, a pesar de ello, no se hacía a un lado para dejarme pasar. La mujer de detrás de mí, que también había recuperado el brío, adoptó mi ritmo y no se alejó de mí en ningún punto. Los dos la habríamos dejado atrás si nos hubiera dado paso.

—Vamos a movernos hacia ese lado —dijo Kenia señalando a la izquierda— y desde ahí vamos a subir en línea recta durante un rato.

Así lo indicó porque había encontrado una línea de tierra húmeda, un pequeño canal de tierra oscura creado por la nieve que se había derretido y había viajado montaña abajo. Ahí, la adherencia de las botas fue mucho mejor y pudimos ganar metros con menos esfuerzo. La respiración de Raquel se normalizó.

—Ya casi estamos, chicos. Ya casi llegamos. Ahí arriba. ¿Ven esa roca gigante, esa bola? Pasando eso ya llegamos. Ya se acabó lo difícil.

La roca en cuestión, de casi dos metros de alto, sobresalía en la pared y nos daba un objetivo claro. Salió del camino húmedo y cruzó la pendiente en diagonal, lo que nos puso justo debajo de ella. Dimos unos veinte pasos más sobre las rocas movedizas y llegamos al final de la cuesta. Estábamos sobre una arista de tres metros de grosor; del otro lado, fuera del cráter, había otra pendiente marcada hacia abajo que se perdía en un bosque frondoso unos kilómetros más abajo. Al fondo, la ciudad de Toluca estaba cubierta por nubes grises y marrones.

—Ya llegamos —dijo Kenia—. Ahora descansamos un poco y después nos vamos a la cumbre.

Raquel, la otra mujer y yo permanecíamos absortos, observando el contraste del bosque y la ciudad, mientras las nubes blancas viajaban por un cielo que estaba a nuestros pies y chocaban con las nubes grises que viajaban desde la urbe.

—Eso es lo que respiramos ahí abajo —dijo Kenia.

—Es muy bonito a pesar de todo. Me ha dejado de doler el tobillo —dijo Raquel.

Después de un tiempo me miró y me dijo:

—¿Has visto? Eres el único hombre aquí arriba.

TUVIMOS TIEMPO para sentarnos y para hacer fotos. Ya no estábamos al resguardo del cráter y ahora el aire soplaba con mucha fuerza. El golpe de éste contra el sudor de mi espalda me obligó a ponerme la chamarra y a cerrarla del todo; tras unos minutos de inactividad ahí arriba, los cuatro teníamos toda nuestra ropa encima, guantes y gorros incluidos.

—¿Me hacen una foto? —dijo la otra mujer, que de un bolsillo interior sacó una cámara diminuta y liviana.

Raquel le dijo amigablemente que sí y se la hizo.

—Una de estas tendríamos que comprar —me dijo—, para no ir cargando ese monstruo.

—¿Quieren que les haga una con la mía? —dijo la mujer—. Se las puedo mandar por mail.

—Con la tuya y con la nuestra —contestó Raquel sonriendo.

Posamos de un lado y el otro, con el cráter, las lagunas y los volcanes y con la ciudad

de Toluca. Cuando nos devolvió nuestra cámara le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Ligia —dijo.

Su cabello era castaño oscuro y su piel de un moreno claro. Su mirada era serena y reflejaba fuerza. Tuve que repetir su nombre un par de veces para no olvidarlo.

—¿Es tu primera vez aquí, Ligia?

—Aquí arriba sí. Ya había estado en las lagunas, pero nunca había subido. Encontré a estos cuates en internet y dije pues órale, me apunto.

—¿Y qué tal? ¿Qué te parece?

—Padrísimo. Sí está difícil la subidita. Está bien floja la tierra. Ya vi que ustedes ya han venido. Iban bien rápido, me estaba costando alcanzarlos. Ya al final como que me hice de fuerzas y los seguí. La otra chava se quedó bien atrás, ya ni la veo.

—Pues tampoco habíamos venido aquí nosotros. Pero ya estuvimos en el Izta, también con ellos —dijo Raquel.

—Me encanta el Izta. Ahí he ido yo a correr. No hasta arriba. Más bien por los caminos que lo rodean. Ahí hice yo el medio maratón.

—Órale, no imaginaba que hicieran maratones —dije.

—Sí, subimos desde La Joya y luego vamos dando toda la vuelta. La ruta llega hasta el refugio y luego de vuelta. Para subir sí llego corriendo, pero la bajada me la echo caminando.

—Entonces sí que tienes condición. Me canso tan solo de pensar en subir corriendo hasta el refugio —dije.

—Lo que en realidad hago es triatlón. La verdad es que correr es lo que menos me gusta. Me lo recomendaron y me apunté, pero no es lo mío. Si vieran a los que van a correr ahí. Hay hasta gente de tribus indígenas a la que le pagan por ir y es impresionante. ¡Corren descalzos! Pues por aquí tengo un video —dijo sacando su teléfono del interior de su chamarra— donde salgo. Me grabó un amigo. Se ve cómo voy bajando caminando y de repente, de entre la niebla, sale un hombre, desnudo, sin camiseta ni zapatos y con un calzoncito chiquito y me pasa así fuuummm corriendo como si nada.

Nos enseñó el vídeo. Justo como lo contó, el hombre desnudo la dejó atrás en unos segundos.

—Hay mucha niebla —dijo Raquel.

—Pues es que dura tanto la carrera que se nos hace tarde ahí arriba y las nubes envuelven a la montaña. No se ve nada. ¿Ustedes subieron al Izta?

—Yo —dijo Raquel riendo—. Mi princesa no llegó.

—Cada quien tiene su cima —dije.

Ligia rio.

—Chicos —dijo Kenia, que estaba alistándose a unos metros—, vamos a seguir. Vamos a subir por toda la arista hasta la cima. Aquí ya es muy fácil, pero hay que tener

cuidado, ¿de acuerdo? Vamos a subir y unos metros antes de la cima me van a esperar porque voy a poner cuerda para que podamos pasar. Ahí arriba les voy a dar más indicaciones, ¿sale? Abríguense bien, pónganse bien guantes y todo y vámonos.

Le di un último trago a la Coca Cola; guardé la botella vacía. Kenia comenzó a caminar y Raquel siguió tras ella con su obstinación de siempre. En efecto, era un tramo sencillo. A medida que avanzábamos, la arista se iba haciendo más angosta y más empinada. La roca volcánica del lugar, oscura y lisa me hacía pensar que caminábamos por el espinazo de un dinosaurio. Al fondo, la cima, como una cresta en el lomo de aquel animal imaginario, se levantaba en una punta filosa. El contraste de la roca negra con el azul y blanco del cielo hacían parecer que estaba sumergido en el agua enseñando sólo el saliente de su espalda.

Al fin llegamos a un tramo en el que las piedras volcánicas eran grandes pedazos finos y aplanados, como tablas negras, que hacían de escalón hacia la cima. De repente aparecían enormes rocas a un lado y a otro. Debía haber entre un metro y un metro y medio desde un lado de la arista al otro; ambos precipicios imponían y obligaban a avanzar con cautela. Eran dos caídas de varios cientos de metros, mortales ambas, una hacia las lagunas y la otra hacia lo verde del bosque.

Miré hacia arriba y vi que el camino se hacía más angosto aún y se llenaba de piedras gigantes. Justo en cuanto lo pensé, Raquel lo dijo:

—Se parece… Se parece muchísimo al Paso de Mahoma.

—En eso mismo estaba pensando —dije—. Se nota que esta piedra es volcánica, porque es más oscura, pero es verdad que se parece mucho.

Se ve que se sintió en la necesidad de explicar:

—En los Pirineos —le dijo a Kenia—, ahí en España, el pico más alto es el Aneto. Y para llegar a la cumbre hay que pasar un tramo así. Se llama Paso de Mahoma.

—¿Y lo subieron? —preguntó Kenia.

—Íbamos a ir, pero Jorge tuvo un mal presentimiento y fuimos a otro pico.

Esta vez no presentí nada malo. Raquel subía las rocas con seguridad, utilizando las manos. Había confianza en sus movimientos y me sentí contagiado por ello. A pesar de todo, evitaba mirar hacia la enorme caída que había a mi izquierda. Llegamos a un punto en el que Kenia se detuvo.

—De acuerdo, esto es más o menos peligroso. Ustedes se van a quedar aquí y yo voy a poner la cuerda. Antes vamos a ir preparando sus arneses.

Me tomé el tiempo para hacer algo que no había hecho en la otra expedición y observé mi arnés. En la parte delantera, justo en el centro, tenía una hebilla a la que estaba enganchada una cinta de color morado con agujeros. En uno de los agujeros había un mosquetón, morado también, que estaba enganchado a otra hebilla, en el costado derecho del arnés, a la altura de mi cadera.

—Primero suelten el mosquetón de la hebilla que tiene a su derecha, en la cintura —continuó explicando Kenia—. Bien, ya vieron que va enganchado a esa cinta de color

que les sale del punto de encordamiento, de la hebilla del frente. A esa cinta le decimos *daisy chain*. Hay que enganchar el mosquetón a la punta de la daisy, al último agujero. ¿Ven que tiene varios agujeros? Enganchen el mosquetón al último. Cuando yo haya terminado de colocar la cuerda y venga por ustedes, enganchan la daisy con el mosquetón a la cuerda y le ponen el seguro, enroscando. De ahí empiezan a avanzar. Van a llegar a un punto donde la cuerda está fijada a la roca. Desenroscan el seguro del mosquetón, lo sueltan y lo vuelven a enganchar del otro lado de donde está la cuerda fijada y siguen. Es muy fácil.

Seguimos sus instrucciones. Enganché el mosquetón al último agujero de la cinta y verifiqué que el seguro, que se enroscaba hacia arriba y evitaba que se abriera, funcionara. No había problema. Cuando levanté la cabeza para ver si Kenia supervisaba nuestros movimientos, vi que ya se había marchado, dejando enganchado un extremo de una cuerda con varios amarres a una de las rocas y arrastrando el otro extremo hacia la cumbre. Desapareció de nuestra vista.

La cinta y el mosquetón de Raquel eran verdes. Era la primera vez que hacíamos ese ejercicio para escalar una montaña.

—Ya hay alguien ahí en la cumbre —dijo Ligia mirando hacia la cima—. Esos dos. Subieron por otra ruta. Y parece que viene alguien más de nuestro grupo —dijo mirando a lo lejos hacia la arista.

—Sí —dije siguiendo su mirada—, son de nuestro grupo. El guía de la chamarra amarilla es Mauricio. Él es la escoba de los guías.

—¿La escoba?

—Así le digo yo, porque va barriendo clientes para arriba y para abajo. ¿Que se quedó uno abajo? Va por él y lo sube. ¿Que uno de arriba quiere bajar? Va por él y lo baja. Él fue quien me encontró ahí arriba en el Izta en estado cadavérico. Ahora está barriendo para arriba y está subiendo a uno. Si alguno estuviera mal, barrería para abajo. Es la escoba.

No tardó demasiado en llegar hasta nosotros con otro de los clientes, con un muchacho de no más de veinte años.

—Hola —le dijo Ligia a Mauricio—. Tú eres la escoba, ¿no?

Le explicó lo que quería decir.

—Güey —dijo Mauricio—, te juro que nunca se me va a olvidar tu cara de «¿por ahí vamos a bajar?». Hoy por la madrugada no te reconocí y ya cuando te vi a la luz dije «pues si es George».

El muchacho, muy afable, entró en la conversación y se presentó con el nombre de Miguel. Era hermano, contó, de la muchacha de los vaqueros; su padre venía con ellos. Los había traído porque subía de joven y quería que conocieran la montaña.

—Como que ya estaba desesperada tu sister, ¿verdad? —le dijo Mauricio—. Ya se veía hasta la madre. Tu papá sí quería subir pero se quedó ahí con ella.

—Pues no sé qué pasó —dijo el muchacho—, iba muy bien. Por un ratote ni supimos

dónde estaba. La perdimos de lo adelantada que iba. Estaba con ellos. Luego la encontramos ahí sentada.

—Igual que tú George. Ya no quería subir, pero al final la subimos hasta la arista.

—¿Ves? —le dije a Ligia—, la escoba barriendo para arriba y para abajo.

—A huevo —dijo Mauricio—, ahorita los voy a bajar también.

Raquel se puso de pie.

—Ya viene —dijo—. Ahí está Kenia.

—Asegúrense todos —nos dijo la guía—. Yo voy a ir adelante y Mau va a ir atrás. Mau, me los voy a ir llevando. Tú explícale a él lo del arnés y vayan juntos. Mientras me voy adelantando con ellos.

Cuando todo estaba en posición, comenzamos a caminar detrás de la guía. La roca, sólida, daba firmeza a mis pisadas. Saberme libre de riesgo por la cuerda no evitó que sintiera vértigo al ver que pasábamos por un camino muy estrecho, desde el que empezaba un precipicio abismal a mi izquierda. En lo más profundo se veía la laguna, una pequeña mancha azul a lo lejos.

—Miren hacia allá —dijo Kenia señalando al vacío—, miren qué bonito.

—No me chingues —dije—, no me hagas mirar hacia allá.

Pude oír a Raquel riendo.

Tal era mi estado de nerviosismo que llegué al final de la cuerda sin darme cuenta. Raquel ya había soltado su seguro y escalaba con manos y pies las últimas rocas hacia la cumbre. En cuanto me solté, Kenia me dejó pasar.

—Sube detrás de ella —me dijo—. Pasas esas tres rocas y estás hasta arriba.

Con piernas y manos subí hasta la cumbre, donde mi mujer ya estaba sentada oteando el horizonte.

—La primera en llegar, cabrona —le dije.

—Te dije que te iba a esperar aquí sentada.

Me puse de pie sobre otra piedra y me incliné hacia ella, apoyándome en sus piernas y estirando la mano para tocar el punto más alto del Xinantécatl.

MENOS DE DIEZ MINUTOS estuvimos en la cumbre. Hicimos varias fotos de todos juntos y de las vistas que ofrecía el lugar. Ligia incluso se puso de pie sobre la roca más alta y estiró los brazos hacia el cielo. Me pidió que le tomase una foto, pero fui incapaz de apuntar con el aparato hacia el cielo sin sentir que el suelo se movía. Raquel tomó aquella fotografía.

—Todos subimos a 4680 metros —le dijo, devolviéndole la cámara—. Tú subiste a cuatro mil seiscientos ochenta y… uno… setenta. La montaña más lo que mides tú.

Era imposible capturar toda la elíptica del cráter con el lente de la cámara. Las dos lagunas se podían ver en su totalidad desde ahí. Pequeños puntos de colores, la gente que había ido ese domingo a visitar el volcán, comenzaban a entrar al cráter. Fuera,

lejanos pero imponentes, el Popo y el Izta vigilaban una Ciudad de México cubierta por una espesa niebla gris.

El regreso por la cuerda pareció mucho más corto que la ida, y de la bajada por el espinazo del dinosaurio hasta lo más alto de la cuesta casi ni fuimos conscientes. La chica y su padre nos esperaban ahí, visiblemente afectados por el frío. Era el punto de mayor exposición al aire en toda la ruta y ambos se habían quedado allí quietos mientras los demás coronábamos. Mauricio nos adelantó y comenzó a bajar con ellos. Uno tras otro nos fueron adelantando. Raquel miraba hacia ambos lados de la cresta, intentando guardar las vistas en su memoria, prolongando el momento. Al final apareció Kenia.

—Vamos bajando. Miren toda la fila de personas que viene subiendo por ahí. Van a llegar a la cima y se les va a nublar todo. Lo mejor es que bajemos rápido y nos quitemos de en medio.

Se puso delante de nosotros y comenzó a bajar.

—Ya lo saben —agregó—, bajen de lado. Claven los pies de lado para no caerse.

Todos iban muy lentos. Raquel, quizá con el orgullo herido por haber sido la última en bajar del Iztaccíhuatl, empezó a descender a toda velocidad. Pronto adelantamos a todos y nos pusimos delante de la fila. Las personas que subían nos daban los buenos días y nos deseaban feliz regreso; nosotros les deseábamos un ascenso sin complicaciones.

Algo muy curioso ocurre en cuanto se empieza a perder altura. El cuerpo recupera algo del oxígeno que tanto añoraba y el cerebro se estimula a tal grado que entra en un estado de felicidad plena. Un rápido descenso genera incluso una euforia poco habitual. Raquel, que casi no había dicho palabra durante el ascenso comenzó a hablar sin parar.

—Qué bonito es esto —dijo deteniéndose—. Es tan bonito. Cuando venga mi hermana hay que traerla. Esto es tan increíble.

Habló y habló, de la montaña, del ascenso, de México y sus parajes naturales. Bajaba con lentitud. Contaba algún chiste, me daba algún beso, reía. Cuando nos dimos cuenta, todos los de nuestro grupo nos habían adelantado otra vez. Mauricio, que iba revisando que nadie se quedara atrás sobre la pendiente, bajó hasta nosotros.

—¿Qué pasó, chavos? ¿Ya estamos?

—Vamos bajando despacio —dije.

—Órale. Pero a su ritmo. Ahí estamos abajo.

La fila de gente subiendo era infinita, una sucesión interminable de chamarras de colores.

Llegamos hasta la laguna, en dónde estaba congregada nuestra expedición.

—Chicos —dijo Kenia—, les voy a pedir que vayan al baño ahora que pueden. Ahorita que lleguemos a los autos va a haber mucha gente. Los baños siempre están atascados y muy sucios y luego por estar esperando turno tardamos mucho en irnos y nos agarra el tráfico en la bajada. Lo mejor es que llegando al coche montemos todas nuestras cosas y nos vayamos y ya no paremos hasta el Oxxo. Desde que salgamos hasta

el Oxxo ya no vamos a encontrar otro baño.

—Está cañón, señores —dijo Fernando—. La vez pasada tardamos dos horas en llegar a la salida del parque. Casi cinco horas en llegar a la ciudad.

Todos salieron a buscar un lugar. Yo me acerqué a la laguna y sumergí la mano en el agua, mojándome también las botas. Raquel vino detrás de mí.

—Está helada —le dije—. Aquí le costaría hasta al mismísimo Wim Hof.

Se agachó y metió la mano también. Hicimos un par de fotos antes de que Kenia nos gritara y nos dijera que era la hora de irse. Comenzaron a andar y nosotros nos quedamos atrás con la guía. Esperó a que estuviésemos listos y después emprendimos el camino.

—Kenia —le dije—, ¿puedo hacerte una pregunta? Ya sé que aquí algunos lo consideran de mala educación, pero tengo mucha curiosidad. ¿Cuántos años tienes?

—¿Cuántos creen que tengo?

—Veinticuatro —dijo Raquel.

—Correcto.

—¿Acertó? —pregunté—. ¿Al primer intento?

—¿Cuántos creías tú que tengo?

—Pues yo la verdad te echaba unos veinte o hasta diecinueve.

—Sí, eso me han dicho muchos que tengo. Un señor hasta dijo una vez que tenía trece. Eso ya es pasarse, ¿verdad? Pero sí, todos dicen que me veo muy joven.

—¿Y cuánto tiempo llevas haciendo esto? ¿Hace cuánto que subes montañas?

—Pues unos cuatro años.

—Y ahora estás trabajando en esto.

—Sí. Bueno, es que no sé si saben, pero Fer… Tijerina. ¿Se acuerdan del otro Fernando?

—La güera.

Rio.

—No le gusta que le digan así. Bueno, es que somos todos muy amigos y nos llevamos pesado. Así le puso el Fernando que viene con nosotros; ya ven que hasta a Mauricio le dice Mauricia. De hecho a él casi todos le dicen tocayo justo porque el otro Fer le dice así. Se le quedó. Bueno, pues el otro Fer, «la güera», es mi novio. No sé si se dieron cuenta.

—Nos dimos cuenta —dijo Raquel.

—Con él empecé yo. Primero por nuestra cuenta, pero luego me iba yo con las excursiones cuando él estaba trabajando. Más bien él me agregaba, pero era así como en la sombra. Me decía «en cuanto empecemos a subir, tú ya no existes, no te puedo ni mirar. Te quedas atrás y subes, pero como si no te conociéramos y como si no vinieras con nosotros». Y ahí iba yo detrás. Me las tenía que arreglar yo sola. Si me pasaba algo, yo tenía que solucionarlo. Él no se podía ocupar de mí. Ese fue el mejor entrenamiento. Luego, en las expediciones, ya me ponía yo a ayudar y me pedían que ayudara. Así

terminé trabajando aquí.

—Y se nota que en algunas cosas diriges como él —dije—. Algo le has aprendido. ¿Y cuántos años tiene?

—Uy, él tiene treintaicuatro. Sí me saca unos años, je je… Él lleva en esto más de quince años. Y él sí ha estado en muchos lugares, en Sudamérica y así. A mí me gusta esto y me da algo de soporte económico en lo que acabo la carrera, pero él sí es un apasionado. No piensa en otra cosa. Cuando tiene tiempo libre si le preguntas qué es lo que quiere hacer, contesta siempre lo mismo: «ir a escalar». La suerte es que a mí también me gusta, porque ya hemos conocido a varios que desaparecen porque empiezan a tener pareja y no les gusta este rollo. Entonces ya dejamos de verlos porque ya no vienen.

—Y si no es demasiado preguntar, ¿qué tal les va con esto? ¿Qué tanto le sacan?

—Pues me consta que la empresa sí gana bien. Para nosotros pues no es tan productivo. Sí es un ingreso complementario, pero no deja para vivir. Si quieres vivir de esto, tienes que estar subiendo casi todos los días. Los que venimos hoy tenemos otros trabajos. Yo doy clases de inglés durante la semana. Fer sí se dedica a esto de lleno y todo el tiempo está subiendo.

—Debe haber subido mil veces al Izta o al Pico —dijo Raquel.

—Mil o más. Pero pues la verdad que sí es mucho sacrificio. Es un trabajo de mucho riesgo y muy físico.

—¿Y el tercer Fernando? ¿Veytia, se llama? —pregunté.

—Él es el dueño de la empresa.

—¿Y es montañista?

—Lo fue. O eso dicen. Yo nunca lo he visto, así que no puedo decir si sí o no. Dicen que sí subía y que todavía sube a veces. A mí no me ha tocado verlo.

—¿Y es buen jefe?

—Yo creo que sí. Sobre todo porque nos escucha. Hace caso de lo que le decimos. Es que aquí en México todo es un desmadre. Nosotros sabemos que lo más importante es que todos estén a salvo. Hay otros, sabemos quiénes son y cómo se llaman, pero no lo decimos. Esos luego hacen las cosas muy mal.

—¿Son malos montañistas? —preguntó Raquel.

—No es que sean malos. La verdad es que hay gente muy buena en México, pero como no tenemos ni registros ni constancias de nada, es muy difícil que alguien además de nosotros sepa quiénes son o qué hacen. Al mismo Fer lo conocen más en otros sitios que aquí. Pero es que ahí está el tema. Es como en cualquier clase de la universidad. Te pueden llevar a alguien súper chingón que ha hecho mucho y que tiene mucha experiencia pero que no sabe enseñar. Con nosotros pasa igual. Un buen montañista no es necesariamente un buen guía. Para guiar hay que entender muchas más cosas. Como aquí en México no hay ningún control de nada, es muy difícil que la gente distinga entre los guías que les convienen y los que no. Miren ahora la cantidad de gente que está

yendo hacia la cima. Y si se dan cuenta muchos van sin casco.

Raquel se sorprendió por un hombre que, en ese momento, apareció bajando por la pared del cráter con una enorme canasta de comida al hombro.

—Ningún control —dijo Kenia riendo, viendo al hombre bajar—. Con Veytia por lo menos eso funciona bien. No es que sea perfecta la empresa. Aquí nada es perfecto. Pero por lo menos nos escucha. Hacemos las cosas bien porque llegamos temprano y tenemos muchas medidas de seguridad. Al mismo tiempo, pues nos hemos hecho muy amigos. Eso también hace que funcione. El tocayo hasta nos puso un nombre. Dice que somos los tlacuaches.

—¿Fabiola no viene al Nevado? —pregunté.

—Es la que menos viene. Casi siempre que está con nosotros es en el Pico o en el Izta. Es que ella tiene mucha experiencia y a veces se lleva a sus propios clientes. Tenía su propia empresa, de hecho. La había montado con su novio y cuando cortaron él se la quedó. Entonces la vemos menos, pero también es una de los tlacuaches.

Delante de nosotros estaba Miguel, el muchacho que había llegado a la cumbre, pidiendo la ayuda de Kenia. Raquel y yo nos quedamos solos.

—Me cae bien esta chica —dijo.

—Esconde cierta sabiduría —dije.

LLEGAMOS HASTA LA FURGONETA y Fernando, el tocayo, estaba charlando y riendo con los clientes, eufórico quizá por la abundancia de oxígeno. Estaba mostrando el estampado de su camiseta y su casco, que él mismo había diseñado. Era el dibujo de un tlacuache con casco, crampones y piolet.

—Este es el tlacuache power —decía riendo—. Otros podrán subir, pero nunca serán tlacuaches. ¿Verdad que sí, tlacuacha? —le preguntó a Kenia—. ¿Verdad que sí, tlacuache? Este sí que es mi tlacuache —dijo abrazando a Mauricio.

Kenia guardaba el equipo en el maletero. Nos quitamos los arneses y los cascos y se los dimos.

—¿Qué tal? —me preguntó Fernando—. ¿Qué te pareció?

—Precioso —dije—. En el Izta era un poco frustrante porque era largo, no sabía si subíamos y no se veía nada.

—¡No! —exclamó—. Nada que ver, aquí es hermoso. ¿Viste las paredes del cráter? Todos esos colores. Se puede ver toda la piedra, todos los minerales que forman la montaña. Hermoso, un bombón —dijo besándose la punta de los dedos—. ¿Viste las piedras de ahí arriba? Son así como láminas de roca volcánica. Eso pasa porque el volcán fue dejando el magma ahí y ahora, con el paso de miles de años, por el frío y el calor, se han ido rompiendo, así como si fuera el glaseado de un pastel. ¿Y ese montículo de tierra negra entre los dos lagos, esa como colinita? Eso es el tapón. Ahí debajo es por donde salía el magma, si bajaras por ahí encontrarías la caldera. El volcán sigue activo. Muchas

veces tenemos temblores por eso. No, este volcán es una chingonería.

—Bueno —dijo Mauricio—, ya vámonos. Acuérdense que no paramos en un rato.

—Vámonos ya porque ya voy teniendo urgencia de baño —dije.

En la furgoneta, una mujer, eufórica también, contando un chiste tras otro, entabló conversación con Raquel.

—Vine con Ligia —dijo—, no, pero esta chava sí está en forma. A mí esa pared ya me tenía hasta la madre. Tanto subir y la tierra te bajaba.

—Pero superaste tus límites, así es esto —dijo Fernando desde atrás—. Todos superaron algo hoy y subieron hasta donde pudieron. Hicieron más de lo que creían.

Íbamos de vuelta por el camino de tierra para los coches. Éramos los únicos que bajaban. Hacia el cráter del volcán subía una larga fila de autos y varios grupos de hombres a caballo.

—¿Saben cuántas personas se murieron en el Nevado el año pasado? —continuó Fernando.

Diecinueve, pensé para mí mismo.

—Noventa y tres —dijo.

Raquel y yo nos miramos extrañados. Después, en casa, haríamos una lista, buscando artículos en internet con los nombres de todos los fallecidos. No hay en México registros ni de hazañas ni de decesos en alta montaña. Lo único que encontramos fueron algunas notas cortas en diarios locales. Paramos cuando llevábamos más de una hora buscando y anotando. La lista superó los treintaicinco nombres y, aunque vimos que había más, no seguimos buscando. Si Fernando estaba en lo correcto no lo sé, pero el número de Kenia era erróneo.

—¿Noventa y tres? —dijo la mujer sentada al lado de Raquel—. No manches, son un chorro.

—Pues miren cuánto desmadre. O sea, hasta los pobres caballos tienen que sufrir por la estupidez del ser humano.

Uno de los coches que venía en sentido contrario al nuestro obligó a Mauricio a maniobrar y puso las ruedas de la furgoneta al borde del precipicio.

—¡Inclínense todos hacia la izquierda!

—No es broma —dijo Fernando—, ¡todos para allá! ¿Ven lo que les digo? Pinche gente loca nos va a matar.

El pueblo que está en el camino de regreso parecía otro bajo la luz del sol. Los árboles de aquel bosque eran menos frondosos y más escasos que los del Iztaccíhuatl. El lugar estaba infestado de gente y de basura. Casuchas de madera se anunciaban con carteles de cartón mal pintados que decían «quesadillas», «elotes», «rica comida». Todo lucía muy precario.

Paramos porque Kenia quería algo de comer.

—Oigan, no aguanto más —dije—, no llego al Oxxo. Necesito ir corriendo a un baño.

Me dejaron salir y me explicaron que debía ir a un restaurante que se veía a lo lejos entre las casuchas y los árboles. Un perro flaco y sarnoso me siguió mientras corría. Más que un restaurante era una terraza a medio construir con unas mesas de plástico que unas señoras indígenas limpiaban echando jarras de agua. Pregunté por el baño y una de ellas me guio hasta un edificio apartado que seguramente era su casa, de ladrillo y sin pintar, y me mostró dónde estaba el retrete; me cobró cinco pesos. Las paredes eran dos cortinas de plástico. Recordé el Nepal y cómo funcionaba todo en los pueblos del Himalaya y me entristeció pensar en México, tan abandonado y tan pobre. Esta mujer no logra vivir mejor porque nadie la ayuda, pensé, ni los que subimos, ni el gobierno, ni nadie. Somos todos una mierda.

La euforia del oxígeno me abandonó y, en el camino de vuelta, mientras todos hablaban y reían y Fernando le mostraba fotografías de colibríes y montañas que había hecho con su cámara profesional, me quedé dormido. Cuando abrí los ojos, con un horroroso dolor de cabeza, vi que era el ruido de la Ciudad de México lo que me había despertado. Estábamos de vuelta en nuestro mundo de locos.

CUANDO LLEGAMOS A CASA nos quitamos la ropa y la metimos en una bolsa de basura para no llenarlo todo de tierra. Pedimos una pizza por internet y nos metimos en la ducha. Abrimos el agua caliente. En cuanto nos pusimos debajo del chorro, ríos de mugre empezaron a bajar por nuestras piernas. Mugre que no está sucia, pensé.

—¿Estás cansado? —me preguntó Raquel.

—Estoy mejor. En la camioneta me sentía mal. Ya se me pasó. Tengo hambre. —Yo también —dijo—, no paro de pensar en la pizza.

—¿Qué tal el tobillo?

—Ahora mejor.

—Es bonito el lugar, ¿eh?

—Precioso. México tiene unas cosas increíbles. Una hora en coche y estamos en la montaña. Cuatro horas y estamos en una playa con clima tropical. Ríos, sierra, jungla, montaña… lo que sea. Está todo aquí cerca.

—Lástima que los mexicanos no apreciemos lo que tenemos. Oye, voy a cerrar el agua caliente para ducharme un momento con agua fría.

—Entonces yo me voy de aquí —dijo.

Salió y asomó la cabeza al interior de la ducha.

—No me canso de verte desnudo —dijo y me hizo reír.

—Calla. Calla, que me haces reír y pierdo la concentración.

El agua me golpeó y un millón de agujas comenzaron a clavarse en mi piel. Tengo que guardar la calma, pensé. Tengo que respirar. Wiiiimmmm Hooooffffff, Wiiiimmmm Hooooooffff, Wiiiimmmm…

Matlalcueitl, falda azul

4420 msnm
14 de marzo del 2017

NO SUPIMOS CON QUIÉN íbamos a subir hasta que los tuvimos delante; ni siquiera sabíamos, realmente, que serían más de uno. Fue unas noches antes, cuando la idea de coronar los cuatro volcanes más emblemáticos de México ya la había seducido, que Raquel envió un mensaje a Deporte6am para preguntar si hacían expediciones a la Malinche. Le contestaron que no, pero que «aun así con gusto los podemos llevar si quieren».

El precio nos parecía demasiado alto para un volcán que se sube y se baja en una expedición de un día —3500 pesos por persona— aunque, al mirar otras opciones más económicas, ninguna nos pareció convincente. Una página de ecoturismo decía en su itinerario: «a las 12:30 llegaremos al límite del bosque, donde se puede observar una vista indescriptible del volcán con sus grandes paredes rocosas. En este punto, si las condiciones meteorológicas lo permiten, las personas que tengan la condición física adecuada y botas de montaña, podrán intentar el ascenso hacia la cima».

—No jodas —me dijo Raquel con recelo, mientras revisaba la información en su teléfono—, aunque cueste la mitad, suena a que pocos llegan arriba. Los que tengan «la condición física *adecuada*»… «*podrán* intentar el ascenso».

—Pregúntales a los de Deporte6am a qué hora estaríamos en la cima si fuéramos con ellos —dije.

—Dicen que lo ideal sería estar arriba entre las nueve y media y las diez. Y los otros dicen en su página que a las 12:30 llegamos «al límite del bosque». Son casi las once de la noche y estos me están contestando los mensajes. Los otros dicen en su página que sólo contestan de lunes a viernes y entre las nueve y las cinco. Creo que es evidente con quién tenemos que ir.

—Pregúntales a qué hora nos veríamos.

—Que depende del día. Que alrededor de las cinco.

—Pregúntales si les molestaría ir entre semana.

—Que entre semana puede ser cuando nosotros queramos.

—Diles que si el próximo martes les parece bien y que si creen que es mejor que nos veamos a las cuatro de la mañana. ¿Tienes algo para ese martes?

Los dedos de Raquel se movían a toda velocidad sobre la pantalla del teléfono.

—No tengo nada ese día. Dicen que perfecto, que el martes no hay problema y que las cuatro de la mañana les parece una hora excelente porque llegaríamos temprano. Han mandado esta cuenta —dijo mostrándome la pantalla—, que se los ingresemos todo ahí y que nos vemos el martes.

«Por favor manden fotografía del comprobante antes de la fecha acordada, gracias», era lo último que decían.

—Nos va a costar reunir el dinero para este —dijo Raquel cerrando los ojos, como haciendo cuentas.

No fue sino hasta un día antes del acordado que logramos reunir los siete mil pesos; temprano por la mañana fui a hacer el ingreso y Raquel les envió la foto del comprobante. Le contestaron con el emoticono del pulgar hacia arriba y le pidieron que nos fuéramos a dormir temprano aquella noche.

—Me pregunto con quién vamos a subir —me dijo mi mujer esa noche.

—Tengo la misma duda —dije—. No creo que vaya ninguno de los del Nevado. Kenia dijo que todos tienen trabajos además de la montaña. Por ser en martes tiene que ser alguien que se dedique a esto de tiempo completo.

—Pues eso reduce las opciones. Fernando Tijerina, Paco o Fabiola. No hay más.

—Me gustaría que fuera Tijerina. Seguro que tiene muchas cosas que contar. Aunque la verdad dudo mucho que ese güey tenga coche o sepa conducir siquiera. Y eso a la vez me genera la duda de si será sólo un guía o dos. Si es sólo uno se complica la cosa, porque si uno de nosotros no puede subir, el otro no podrá tampoco. No va a dejar el guía que suba uno de nosotros solo o que el otro se quede solo abajo. O subimos todos o no sube nadie.

—¿Y si son dos? Con eso cambia todo, porque daría igual si Tijerina no sabe conducir.

—No creo que sea él, incluso si son dos. Tijerina siempre está en el Izta o en el Pico. No va a venir a la ciudad sólo para recogernos. Y tampoco creo que se cambie de pico.

—Entonces Paco o Fabiola.

—O Paco *y* Fabiola.

—Fabiola sí que sabe conducir. Cuando fuimos al Izta ella llevaba una de las camionetas. Y Paco me dijo mientras bajábamos que él vive en la ciudad con su esposa.

—Pues por ahí puede ir la cosa.

—Yo también quisiera que fuera Tijerina —dijo Raquel, mientras yo apagaba la lámpara de mi mesita de noche, que era lo único que iluminaba la habitación.

Una vez más fuimos de madrugada al Auditorio Nacional.

—Me han mandado un mensaje —me dijo Raquel—, que están en una camioneta gris con los faros encendidos. Eso quiere decir que sí son dos.

—Ahí a lo lejos —dije—. Es la camioneta en la que llevaron todas las mochilas al Izta, la BMW.

La oscuridad de la noche nos hizo rodear la camioneta y plantarnos justo delante, donde la luz de los faros nos iluminaba por completo y les permitía vernos. Cegados por el resplandor, tardaron nuestros ojos en acostumbrarse y en identificar a los dos ocupantes del vehículo.

—¡Hostia! —exclamó Raquel—. Es Fernando Veytia. Ese seguro que también tiene cosas que contar.

—El dueño se va a ensuciar las botas —dije—. Vamos a ver qué tal sube. La que va al lado es Fabiola.

Veytia se bajó del coche y nos saludó con efusividad. Su cabello gris y rizado brillaba con la luz de los faros. Unas de esas gafas caras que no tienen armazón, de cristales pequeños e invisibles, apenas se percibían en un rostro que, a pesar de su nariz tosca, me pareció que era de rasgos suaves, casi delicados.

—¿Qué tal, desmañanados? —preguntó dándonos la mano—. Súbanse si quieren, les vamos dando su lunch y nos podemos ir. Pueden dormirse toooodo el camino.

Fabiola bajó del coche unos segundos después.

—¡Ya me acordé de ustedes! —exclamó. Abrazó a Raquel—. ¿Cómo están?

Abrieron las puertas para que pudiéramos entrar y nos dieron a cada uno la consabida bolsa con alimentos que siempre preparan. Sin más, Veytia se puso al volante y puso en marcha la camioneta, que apenas hizo ruido.

—Vámonos —dijo en voz baja.

Dejamos la Ciudad de México en silencio, cómodamente sentados sobre los asientos de piel.

TLAXCALA ES EL ESTADO menos extenso de la República Mexicana y a esas horas de la madrugada parecía que estaba del otro lado del mundo. Raquel, tan pronto como se acomodó en el asiento y se puso el cinturón, se quedó completamente dormida. Las últimas luces de la ciudad iban quedando atrás y yo recostaba la cabeza, cerrando los ojos de vez en cuando, diciéndome a mí mismo que no debía empeñarme en dormir, que el cansancio se encargaría de todo.

Qué envidia te tengo, pensé, mirando a Raquel al mismo tiempo que los carteles de la carretera decían «Puebla cuota».

—Jamás había ido a la Malinche por donde dice el navegador —le dijo Veytia a Fabiola—. O sea, sí por la salida a Puebla, pero nunca por esa desviación que marca más adelante.

—Yo tampoco. Como que nos va a llevar por varios pueblitos.

—¿Cuánto dice que vamos a tardar?

—Que supuestamente dos horas y media.

—Eso no me lo creo. Ni de chiste vamos a llegar tan rápido. Y eso que no hay tráfico. Mira, están todos los camiones ahí parados. Se ve que los agarramos durmiendo.

Hablaban en voz baja, aunque no lo suficiente para que no pudiéramos escuchar toda su conversación. Él empezaba siempre, introduciendo algún tema nuevo; ella, mujer de pocas palabras, le daba respuestas cortas y lo dejaba hablar. En el tono de él había cierta deferencia hacia ella. No son amigos, pensé. En las respuestas de ella había cautela. Él es el jefe y ella es una gran alpinista, me dije mientras cerraba los ojos e intentaba dormir, y ambos saben que se necesitan el uno al otro. Miden sus palabras.

—Tengo que contarte una idea que se me ocurrió el otro día —dijo él—. Quiero saber qué opinas.

Silencio.

—¿Te acuerdas de Ignacio? —continuó.

—Nacho. ¿Ese que a veces está en el Izta? También sube clientes, ¿no?

—Ese mero. A veces le paso clientes o él nos los pasa a nosotros. Me presentó a un cuate que me dijo que su hija anda muy metida en esto de la montaña. A lo mejor la conoces. Dijo el hombre ese que su hija siempre está en los volcanes. Yo no tenía ni idea de quién era. No me sonaba ni su cara cuando me enseñó la foto. El caso es que me dijo que ha ido al Aconcagua y que ha coronado también varios picos, ahí en Ecuador, Bolivia, Perú. Total, que al final me dijo que si le echaba una mano, que si podíamos contratar a su hija. Estuve leyendo y sí es buena la chava. Se me hace que lo haría bien.

—Creo que sé de quién me estás hablando. He visto a esa chava varias veces. Güerita. Lleva buen equipo.

—Esa es. Pues se me ocurrió que podríamos darle trabajo como de pasante. Decirle algo así como «tú vienes, ayudas y estás a prueba, y si después de un mes o así has aguantado bien, entonces empezamos a contar contigo para más cosas». O sea, primero tendríamos que ver si aguanta y después le iríamos dando más confianza. Yo sé que si a Tijerina le dijera que se lo pusiera cabrón, ese güey le pondría una chinga. El chiste es que subiera incluso sin clientes. Le diría a Tijerina que la llevara a escalar piedra, que la pusiera a hacer vivac, que durmiera ahí arriba. ¿Sabes? Hacer el Pico a mucha velocidad, bajar y al día siguiente hacerla subir otra vez. Y si aguanta, pues bienvenida.

Silencio otra vez.

—¿Qué te parece? —insistió él.

—¿Te puedo decir algo? No sé si me entiendas, pero a esa chava ya la hemos visto varias veces ahí arriba y yo no creo que tenga la actitud, la verdad…

—¿Sí? ¿Por qué?

—A lo mejor así es ella, pero se me hace que es medio prepotente. Hay cosas en las que se nota. No sé si me entiendas.

—Claro. Claro. Por eso te lo pregunto a ti, porque sé que me vas a decir lo que piensas. Si tú no crees que sea una buena idea, entonces no.

—La verdad que no está mal eso que dices de ser pasante —dijo ella—. Pero no creo

que la chava que dices sea la indicada.

—Entonces no se diga más. No me habían dicho nada sobre esto que me cuentas. Ya lo había hablado con otros. El mismo Ignacio dijo que era buena, pero claro, él es amigo de su papá.

—Mira, para que te hagas una idea de lo que digo. Yo ya he visto que, cuando me la he cruzado y yo voy bajando y ella subiendo, nunca le da los buenos días a nadie. Es una cosa pequeña, pero habla mucho de la actitud.

—Sin lugar a dudas. Tienes razón —dijo él, dando el tema por zanjado.

Empezábamos a ganar altitud. Durante un largo tramo, la carretera estuvo llena de curvas. A pesar de ir subiendo, la camioneta ganaba velocidad. De vez en cuando aparecía algún camión que, a ritmo lento, luchaba contra la inclinación del camino y la gravedad. Por la oscuridad de la noche sólo se lograba apreciar que en la zona había mucha vegetación. ¿Pinos?

Veytia miraba a Fabiola a veces y planteaba algún tema nuevo. La montañista se limitaba a escuchar y a dar respuestas cortas. Hablaron sobre lo que más le convenía a la empresa y al alpinismo en general que ocurriese en las elecciones de los estados de México y de Puebla: «a ese lo conozco», «con ese hablé una vez», «tal partido nos echaría la mano más que tal otro»…

No cabe duda de que conoce su negocio, pensé. No puede ser fácil sobrevivir con una empresa así en este país. Es triste, pero la realidad es que la desigualdad en México genera que los que tenemos dinero lo tengamos en abundancia y podamos darnos el lujo de gastarlo en este tipo de actividades; clientes no le faltan. Aun así, me asombra lo poco conocidos que son los volcanes de México para los mexicanos. Sabemos de sus leyendas, con algo de suerte los hemos visto desde la ciudad o viajando por las carreteras, pero a menudo me encuentro con el comentario «no sabía que se pudieran escalar». Los Alpes, los Andes, los Himalaya, los Pirineos, el Teide, el Kilimanjaro, el McKinley… Todas esas cordilleras y volcanes son famosos porque sus gobiernos los publicitan y los cuidan. De los picos de México nadie sabe nada porque parece que el gobierno no cree que pueda sacarles redito. Probablemente el impacto económico del ecoturismo de alta montaña sería mayor de lo que nuestros gobernantes piensan. ¿Dónde puede uno, a fin de cuentas, acercarse tanto a un volcán activo y verlo tan bien como desde Paso de Cortés? Han sido muy importantes, además. Visitarlos es toda una actividad cultural. Llevar a más gente ciertamente trae más riesgos para el medio ambiente, aunque al mismo tiempo genera conciencia y acerca a la gente al patrimonio natural del país.

Como el gobierno no ayuda, no puede ser fácil para Veytia hacerse publicidad y hacerlo de manera responsable. Por lo menos ahora tiene Facebook, que fue como nosotros dimos con ellos.

En eso pensaba cuando pasamos por una caseta de cobro y de pronto la carretera se volvió totalmente recta y plana. Cuatro o cinco carriles iban en una dirección y cuatro o

cinco carriles iban en la otra. A lo lejos se veían las luces de algunas poblaciones del estado de Puebla. Raquel no daba señales de vida y yo, aunque sentía que los párpados me pesaban una tonelada, no lograba conciliar el sueño. Abría los ojos a ratos, más ansioso quizá por poder salir del auto que por llegar a los pies de la montaña.

—¿Esta? ¿Esta es la desviación? ¿Por aquí dice el navegador?

—Es esta, sí. Esta chiquita aquí a la derecha.

—Ahora sí no sé dónde estamos. Nos perdemos aquí y ya valimos.

Era un camino que salía de la carretera y por un puente se adentraba en un poblado. En total oscuridad, pude ver las torres de varias iglesias coloniales que íbamos pasando, de esas que se encuentran por millares en el estado de Puebla. No lograba verlas en la noche, pero las imaginaba de colores. Amarillo, azul, rosa, como miles que he visto.

—Nunca sé si confiar en el navegador del teléfono y al final siempre sale bien. A ver si sale bien ahora.

—Yo creo que sí —dijo Fabiola—. La ruta dice que vamos a llegar donde siempre.

A cada pueblo le sucedía otro. Podía ver farolas, iglesias, plazas, algunas casitas. Aunque el asfalto estaba bien, se percibía precariedad en las construcciones que pasábamos, la mayoría sin pintar y muchas de ellas a medio construir o medio en ruinas. Durante más de una hora no salimos de esas pequeñas calles, hasta que Fabiola le indicó a Veytia que debíamos tomar una avenida a la derecha que después de varios kilómetros empalmó con un camino que atravesaba lo que me parecía un maizal. Unos cuantos kilómetros más y las plantaciones desaparecieron, dejándonos en medio de una pradera de escasa vegetación.

—Ahora sí —dijo Veytia—. Aquí ya sé dónde estamos. Ahí está el bosque.

Noté por primera vez el golpe de la luz de la luna. Los cristales ahumados de la camioneta me habían impedido percatarme de su presencia, grande en el cielo. Nos acercábamos al bosque y a través del parabrisas podía verse cómo se pintaban con su luz las copas de los árboles. Suavemente toqué el hombro de Raquel para despertarla.

—Ya estamos llegando —le dije—. Mira.

Veytia y Fabiola conversaban y yo aproveché para acercarme a Raquel, que apenas entornaba los ojos, y susurrarle algo al oído:

—Matlalcueitl significa falda azul, ¿te acuerdas? Falda azul pero las faldas de la montaña son verdes, por el bosque. Por eso los aztecas le decían Chalchiutlicue, que significa falda de jade, porque el jade es verde. Pero mira —dije señalando hacia adelante.

Raquel asomó la cabeza e hizo lo que parecía un gran esfuerzo por abrir del todo los ojos. Observó unos segundos y después habló:

—¿Qué? ¿Qué quieres que mire?

—Azul. El bosque se ve azul por la luz de la luna.

—Dudo mucho que sea por eso que le decían así, cariño —dijo volviendo la cabeza a su lugar.

Se quedó dormida otra vez.

HERNÁN CORTÉS Y SUS HOMBRES lograron su primera victoria en el sureste de lo que hoy es México en la batalla de Centla, el 14 de marzo de 1519. Y la lograron gracias a la superioridad de sus armas y al miedo que los nativos tenían a los caballos. Los mayas chontales —los vencidos— entregaron a los vencedores, en señal de paz, a veinte mujeres, entre las que se encontraba una esclava de origen nahua llamada Malinalli Tenépatl. Fue bautizada por los españoles como Doña Marina, aunque entre los indígenas de América siempre se la conoció como Malintzin o Malinche.

En un principio no hubo gran interés de Cortés por la mujer; se la entregó a Alonso Hernández Portocarrero, uno de los capitanes más reconocidos de la expedición y a quién, poco después, envió de vuelta a España como emisario para la corona.

Había entre los conquistadores un hombre llamado Jerónimo de Aguilar, que hacía de traductor del maya al castellano pues, habiendo naufragado su nave tiempo atrás, había estado cautivo por los mayas durante ocho años. Cuando los españoles progresaron en su avance por tierras mexicanas hacia el norte, no obstante, los conocimientos del maya de Jerónimo de Aguilar fueron insuficientes, pues en aquellas tierras ya no se utilizaba el maya, sino el náhuatl. Es por eso que Cortés, tras la partida de Portocarrero, y sabiendo del dominio de ambas lenguas por Doña Marina, la utilizó como intérprete. Malinche traducía del náhuatl al maya y De Aguilar del maya al castellano.

Pero Malinalli era una mujer de gran inteligencia. No tardó en aprender la lengua de los españoles y en ganarse la confianza del líder de la expedición. Su segundo nombre, Tenépatl, significa «el que habla con vivacidad» y, según cuenta Bernal Díaz del Castillo, soldado y cronista de la conquista española, hacía honor a ello no sólo interpretando las lenguas de México, sino asesorando a Cortés con gran acierto y elocuencia. Supuestamente, Rodríguez de Ocaña, otro del grupo de conquistadores, dijo que, después de Dios, la mayor razón para el éxito de la conquista fue Marina.

La percepción de la Malinche se ha ido transformando conforme han variado los criterios historiográficos con los que se la ha estudiado. Para muchos mexicanos es imposible ver en ella otra cosa más que un símbolo de traición; la palabra *malinchista*, sin ir más lejos, es utilizada peyorativamente en México para referirse a quienes dan preferencia a las personas, costumbres o cosas extranjeras en detrimento de las nacionales. Otros, sin embargo, la consideran una víctima del choque cultural que se produjo durante la conquista. Malinalli es considerada, bajo este ángulo, como la madre simbólica de la nueva cultura mestiza que surgió como resultado de la unión forzada de dos razas. Así se la ve, en particular, por haber dado a luz al primer hijo varón de Hernán Cortés.

Podría decirse por eso que el 14 de marzo de 1519 cambió la historia de la conquista. Y un martes 14 de marzo a las 6:22 de la mañana, sin haberlo planeado, exactamente

cuatrocientos noventaiocho años después, llegamos Raquel y yo a las faldas del volcán al que llaman Malinche.

Veytia apagó la camioneta, que desde el momento en que llegamos al bosque estuvo rodeada por una jauría de perros salvajes. Raquel, adormilada, se sacudía el sueño poco a poco. Nos quitamos los cinturones.

—No se bajen todavía —dijo Fabiola girándose, viendo que estábamos despiertos—. No se bajen porque estos perros pueden ser peligrosos.

Raquel, despertándose del todo en una fracción de segundo, me estrujó la mano y se levantó del asiento para poder verlos sin tener que abrir la ventana. Iban y venían, rodeando el vehículo, ladrando y gruñendo. Eran al menos veinte perros. Me miró y negó con la cabeza.

—Voy a salir —dijo Veytia—. Voy a salir y a caminar para allá un poquito, a ver si son peligrosos.

—Ten cuidado, Fer —dijo Fabiola—. Primero abre la puerta y no te bajes. Deja que te huelan antes.

—Tranquila. Están ladrando mucho y ya sabes lo que dicen… perro que ladra no muerde. Ay, güey —exclamó cuando abrió la puerta—, son un montón.

—Ten cuidado.

—Ustedes no se bajen. Camino unos pasitos y si veo que no hacen nada, empiezo a sacar el equipo. Si veo que son peligrosos, nos esperamos a que llegue más gente.

Bajó y dio cuatro pasos intentando no perderlos de vista. La jauría lo rodeaba y le inspeccionaba las manos. Estábamos en medio del bosque, en un pedazo de terreno libre de vegetación que hacía de estacionamiento. A lo lejos había una pancarta que decía en letras rojas «Parque la Malinche No tire basura». Un poco más lejos había una chabola, seguramente el local de quesadillas que acompaña a cada montaña. Si lo atacan no podremos hacer nada, pensé. Raquel, que en todo ese tiempo no me había soltado la mano, volvió a estrujar con fuerza y negó con la cabeza otra vez. Con tranquilidad, Veytia caminó hacia la parte trasera dela camioneta y abrió el maletero.

—No hay problema —dijo—. Sólo tienen hambre. Están escuálidos. Están buscando comida. Ya pueden bajar, pero no vayan a hacer gestos bruscos.

Quizá había esperado sólo para concederle la autoridad a su jefe. O quizá, viendo que a Veytia ya no le preocupaba la presencia de los canes, se sintió en la necesidad de demostrar valentía. El hecho es que Fabiola bajó de la camioneta de un salto y caminó a la parte trasera con prisa e indiferencia. Bajé detrás de ella y rodeé el vehículo hasta posicionarme delante de la puerta de Raquel. Abrí y ella la cerró desde dentro.

—¿Qué pasa? —me preguntó Fabiola.

—Pasa que mi mujer es atrevida e intrépida y casi no le tiene miedo a nada. A nada salvo a una cosa…

—A los perros —concluyó Fabiola.

—Así es, a los perros. En general, nunca está demasiado cómoda con cualquier cosa

que tenga o parezca tener vida, pero los perros son un caso especial.

—Ahora los asustamos para que se vayan —dijo Veytia.

Abrí la puerta otra vez, al mismo tiempo que los dos guías empezaron a gritar para que los animales se alejaran. El cielo se empezaba a iluminar y los canes hambrientos se podían ver con claridad. Tras inspeccionar detenidamente el lugar, Raquel bajó del auto.

—No pasa nada —dijo mirando a los guías—. No pasa nada. En casa tenemos dos perros y ya les he perdido bastante el miedo. Si hubiéramos venido hace dos años, ni me habría bajado del coche. Ahora ya estoy mejor.

—Pues ahora necesito que me acompañes allá. Necesito ir al baño y no podemos movernos solas —dijo Fabiola.

—Te acompaño —dijo sin dudarlo; se rehusaba a quedar como una cobarde.

—Vayan ustedes y ahora vamos nosotros —dijo Veytia, reacomodando las cosas del maletero y sacando algunas bolsas con equipo.

Las mujeres se fueron. El cielo se volvía azul claro y la parte alta de los árboles se agitaba ruidosamente por la fuerza del aire. Hacía frío y olía muy bien. Había humedad en el ambiente. Alisté las cosas en mi mochila, acomodándolas en orden de prioridades. Hasta abajo metí la cámara y encima la comida y el agua. Me puse la chamarra y guardé el gorro y los guantes en los bolsillos. En un compartimento exterior de la mochila metí cinco barritas energéticas para tenerlas a la mano.

—¿Durmieron algo? —me preguntó Veytia.

—Yo muy poco o casi nada. Raquel todo el camino.

—Qué suertuda. A ver —dijo dándome un casco—, pruébatelo. A ver qué tal te queda.

Me lo puse.

—Creo que bien —dije—, aunque me lo voy a probar otra vez con el gorro puesto. En el Nevado no le di mucha importancia y luego fui todo el camino ahogándome.

Reaparecieron Raquel y Fabiola. A lo lejos había un grupo de cinco hombres que emprendía camino montaña arriba. Nos saludaron alzando la mano desde la distancia.

—Bueno, menos mal que no estamos solos —dijo Fabiola regresándoles el saludo.

—Sí, menos mal. Les voy a dar sus arneses —dijo Veytia rebuscando entre las bolsas —. Fabi, tú ayúdala a ella y yo le pongo el suyo a… ¿Jorge?

—Jorge —asentí.

—Perfecto. Yo le pongo el suyo a Jorge.

—Ya sabemos ponérnoslo —dije.

—Claro, me dices que ya fueron al Nevado.

—Al Nevado y al Izta —dijo Fabiola.

—¿Sí? ¿Y cómo les fue?

—Pues ella hizo cumbre —dijo Fabiola poniendo su mano sobre el hombro de Raquel.

—Yo me quedé en las rodillas.

—Entonces esto se les va a hacer muy fácil. Pónganse sus arneses y ahora les doy los microspikes por si hay hielo.

—¿Qué son los microspikes? —pregunté.

—Son unas cadenas con picos que se ponen en las botas con una goma. Son como unos mini crampones, digamos. Aquí no hay glaciar, pero puede haber algo de hielo. Mira, como estos. Tomen. Pruébenselos. Si no les quedan les doy otros y si les vienen bien, guárdenlos en la mochila.

Nos tomó unos minutos tenerlo todo listo.

—Les doy los bastones —dijo Veytia—. ¿Uno o dos?

—Uno —dijo Raquel—. Ya nos hemos acostumbrado a llevar sólo uno.

—Uno, entonces. Jorge, necesito ir al baño. Me escoltas para que no me devoren los perros y ya, listos, empezamos a subir.

Me había olvidado por completo de su presencia, a pesar de que corrían de un lado a otro entre nuestros pies. En el momento en que los mencionó, como si la atención hubiera detonado un ataque de envidia, cinco de ellos se abalanzaron sobre otro, negro y pequeño que, en cuanto se vio rodeado, soltó un chillido lastimoso.

Fabiola lanzó un grito al aire y el barullo cesó.

EL NOMBRE DE ESTE PICO es un enigma. Matlalcueitl es, en el panteón mesoamericano, diosa del agua viva y segunda esposa de Tlaloc, dios de la lluvia. Existen discrepancias sobre si la traducción literal de su nombre significa falda azul o falda verde, aunque parece haber consenso en que los antiguos tlaxcaltecas llamaban así al volcán por los ríos que brotaban de sus laderas. Los aztecas le decían Chalchiutlicue, que es el equivalente de la misma diosa en su cultura y que significa falda de jade. Ninguno de los dos nombres, sin embargo, aparece con esa grafía en los registros o crónicas de los españoles de la colonización; se cree que la dificultad que tenían para pronunciar las lenguas indígenas fue la causa de ello. En numerosas fuentes aparece el volcán con la denominación Matlalcueye o Matlalcuéyetl, que se podría traducir del náhuatl como rana azul. Este último es el que se utiliza para referirse a él en el himno del estado de Tlaxcala, en el que se encuentra: «Como el sol que corona al Matlalcuéyetl…». Todo indica que los registros equivocados de los españoles fueron los culpables de que se incluyera a las ranas azules en la canción del estado.

¿Por qué entonces le dicen Malinche? Los colonizadores dejaron de llamarle Matlalcueitl (o Matlalcueye) por ser éste un nombre pagano. Le buscaron, como alternativa, uno sin mucha gracia y lo llamaron Sierra de Tlaxcala —no fueron ellos quienes lo bautizaron como se le conoce popularmente. No hay fuente alguna capaz de dar una explicación. Malinche es un símbolo de traición y no veo motivos por los que el volcán merezca ese nombre. Quizá tenga que ver con que los tlaxcaltecas se aliaron a los españoles para luchar contra los aztecas durante la conquista. Quizá. Al fin y al cabo,

se dice que la montaña puede verse desde cualquier punto de Tlaxcala y que, por ello, es lo más emblemático del estado. Malinche como nombre para lo más emblemático de un pueblo traidor. No lo sé.

El caso es que Matlalcueitl es su nombre original. La diosa del agua viva se manifiesta en ríos y lagos. Pero esta, también, ha dejado de ser una denominación precisa. El clima ha experimentado grandes cambios en el último milenio y, aunque hay marcas de antiguos cauces, salvo por la nieve que se derrite en temporadas de calor, ya no hay ríos en las laderas del volcán.

Subíamos por un camino asfaltado en medio del bosque frondoso, inclinado a unos treinta grados y, salvo por el sonido de los árboles y el ladrido esporádico de los perros, todo era silencio. Cuando nos cruzamos con un cartel a un lado del camino, el nombre resonó en mi cabeza: «Volcán Matlalcueye».

—Parece que estos tres perros quieren venir con nosotros —dijo Veytia.

—Eran estos a los que estaban mordiendo en el estacionamiento —dijo Fabiola.

—A lo mejor vienen porque les echaste una mano.

El camino asfaltado continuaba hacia nuestra izquierda, pero no lo seguimos. Nos adentramos en el bosque por un pequeño sendero.

—Vamos a recortar —dijo Veytia—. La carreterita esa va subiendo la montaña en zigzag y nosotros vamos a subir en línea recta. En unos metros nos la vamos a cruzar otra vez. Antes se podía subir en coche, pero ahora es área protegida y ya no se puede. Ahí donde dejamos la camioneta es lo más alto que se puede subir. Hace más larga la subida, pero también es padre caminar por el bosque.

—Y este es un bosque muy bonito —dije jadeando.

—Se ve cómo van cambiando los tipos de árboles conforme vas subiendo —dijo Fabiola—. Se ve hasta cómo cambian de color y cómo cada vez hay menos y menos hasta que ya no hay y sólo se ve la montaña.

—Huele muy bien. Es muy fuerte el olor —dijo Raquel, jadeando también.

—Es por el aire —dijo Veytia—. Aquí hay mucho viento y eso hace que se agiten las hojas y que suelten más olor. ¿Ven? Ahí está la carretera otra vez. Pero la vamos a cruzar y seguimos por el bosque. Nos la vamos a encontrar unas cuantas veces.

—Eso es lo único que se me hace odioso de este volcán —dijo Fabiola—. En la bajada, cuando ya quieres llegar, bajas y bajas y bajas y te cruzas con el camino y parece que te lo cruzas mil veces. Se hace eterna. De subida no cansa tanto.

Los dos guías caminaban sin dificultad, sin siquiera apoyar sus bastones en el suelo.

—Sí, me acuerdo de eso —dijo Veytia—. Ya tenía mucho tiempo de no venir. Antes venía mucho con la bici, pero ya lo cambié por el Nevado.

—Creo que vamos demasiado rápido —dijo Fabiola—. Mejor vamos a parar un ratito porque los veo muy agitados.

—Sí, es verdad que vamos rápido.

—Respiren. Recuperen. Beban agua.

—Siempre… empezamos así… —dije—. Bueno… por lo menos yo… Me toma unos minutos adaptarme… Luego ya dejo de jadear.

—Así se empieza siempre —dijo Fabiola—. Mientras más veces subas, más rápido te adaptarás. Raquel, tú estás roja. Bebe agua.

—No sé… si me afecta… no haberme tomado… mi café… Siempre tomo café… y hoy no tomé… Joder… es que… además… antes hacía ejercicio… Ahora no hago nada… No me da tiempo…

—Por el trabajo.

Raquel asintió con la cabeza mientras bebía.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Veytia.

—Soy músico. Soy violinista.

—¡Claro! —exclamó Fabiola—. Tú eres la que bajaba despacito para no lastimarse las manos. Es que tenía miedo a romperse algo —le explicó a Veytia.

—Oye, pero qué interesante. Entonces tú eres músico de los de verdad. No de los que está en banditas de rock y eso.

—Bueno, sí, de los de verdad.

Viendo que nuestra respiración se tranquilizaba, Fabiola nos instó a seguir. El camino seguía hacia arriba. La tierra estaba húmeda y facilitaba el avance. Troncos y ramas se cruzaban y nos obligaban a saltarlos. Veytia siguió preguntando:

—¿Pero entonces das conciertos de música clásica y así?

—De todo… También de lo de los músicos que no son de verdad —dijo riendo—. Lo que pasa es que lo otro paga más… He tocado en los conciertos de Rock Sinfónico en el Auditorio Nacional… no sé si lo hayas oído.

—¡Sí, sí! Lo he visto.

—Eso paga más… Luego con eso… pagamos para organizar… los otros conciertos.

—Le estás preguntando y ya la estás haciendo jadear otra vez —dijo Fabiola.

—Ahora… se me pasa…

Avanzábamos rápido en verdad. Pronto le dimos alcance al grupo de hombres que habíamos visto partir desde el estacionamiento. Eran cuatro, dos guías mexicanos y dos turistas rusos. Los turistas nos saludaron como mejor pudieron; los guías se acercaron a Fabiola para saludarla. Veytia se quedó al margen.

—Hola, Fabi —dijo uno de ellos—. Qué milagro que andes por aquí.

—Ya ves. Se dio.

No la besó ni le dio la mano. Era un hombre mayor, de unos sesenta años, de pelos largos y coleta, un montañista estereotípico. Sus ojos reflejaban admiración por nuestra guía.

—¿Tú qué haces aquí? También es raro verte.

—Pues aquí con estos muchachos. Vienen de Rusia y quieren subir al Pico de Orizaba. Como vienen del nivel del mar pues los traje aquí para que aclimaten. Ahí van, despacito. ¿Vas a hacer Pico esta semana?

—No, no. Seguro me voy al Izta, pero Pico no. Ya tengo tiempo sin hacer Pico.

—Se me hace que nos va a nevar.

—Se me hace que sí —dijo Veytia—. Anda muy nublado el cielo. Va a soltar una buena.

Apenas lo miró el otro hombre. Le soltó una sonrisa y luego continuó hablando con Fabiola:

—Pues ustedes llevan buen ritmo. Se me hace que con esto ya nos pasan. Nos vamos a encontrar cuando ustedes ya vayan bajando y nosotros sigamos subiendo. Ahí nos cuentan qué tal el clima.

Seguimos adelante sin más. Cuando estaban lejos, Veytia preguntó:

—¿Carlos, se llama?

—Charlie, sí. Es raro verlo por aquí.

—¿Qué tal es como guía?

—Pues no lo sé. Sabe otro tipo de cosas. Guía en otras cosas. Supe que se llevó a unos al desierto y a otros a la jungla. Como que le gusta la naturaleza más que la montaña.

—No me conoce. Creo que cuando nos crucemos en la bajada voy a hablar con él. A lo mejor podemos hacer algo.

—Es buena onda.

—Eso parece. Eran tres perros y dos se quedaron con ellos. Ahora ya sólo nos sigue uno.

—No es un chucho cualquiera como los otros —dije sintiendo que recuperaba el aire —. Este parece de raza. Es todo negro y parece un lobito.

—Está como para que me lo lleve a mi casa —dijo Fabiola—. Así era con los perros en Nepal. Nos seguían durante kilómetros.

—¿Estuviste en Nepal? —dijo Raquel—. Nosotros también. ¿A dónde fuiste?

—Subí desde Lukla hasta el Campo Base del Everest.

—Casi lo mismo que nosotros. Nos tocó monzón y no vimos nada, así que en lugar de subir hacia el Campo Base, después de Namche fuimos a Khumjung Kunde, un pueblito donde casi no había turistas.

—Yo fui en primavera. Me tocó todo despejado.

—Ay, pero los perros de ahí sí que me daban miedo. Nos dijeron que después de las nueve no podíamos salir de los hostales por los perros.

—¿Sí? A mí no me dijeron eso.

—De hecho, en Lukla contaban la historia de cómo los perros habían cazado un lobo y se lo habían llevado al centro del pueblo como si fuera un trofeo.

—Decían que de noche se apoderaban del lugar —intervine.

—Bueno, creo que este perro no nos va a hacer nada —dijo Fabiola—. Se le ven las costillas y nos tiene bastante miedo.

—A lo mejor es porque es de día. No me gustaría encontrarlo de noche.

SE SUBE DURANTE HORAS A TRAVÉS DEL BOSQUE. Se sube sin saber muy bien a dónde. Hay un sendero entre la vegetación que va hacia arriba, hacia los pies de un volcán que los árboles nunca dejan ver. Los colores de la vegetación cada vez se van haciendo más claros. Aunque el panorama es agradable, se hace tedioso. Lo mejor que se puede hacer es recurrir a la conversación. No habíamos tenido el tiempo o la disposición para conocer a nuestros guías con la profundidad con la que estábamos conociendo a Fabiola y Fernando en las faldas de jade del Matlalcueitl.

—Bueno, ¿y quién es tu compositor favorito? —le preguntó Veytia a Raquel—. Me tienes que decir sólo uno, el que más te guste tocar.

—Supongo que Bach.

—¿Por qué?

—Mi especialidad es violín barroco. Es de lo que doy clases en la universidad. Y en barroco el nombre más importante es Bach. Supongo que es lo que aspiramos a tocar.

—¿Y qué es lo que más te gusta de Bach? Tararéanos una cosa, la que sea.

—Uy, no lo vas a conocer —dije—. No creas que tocan al Bach que conocemos tú y yo. Buscan lo menos conocido de Bach y eso es lo que tocan.

—Es verdad que no te sonará de nada —dijo Raquel riendo.

—No importa. Tararéanos algo.

—Fer —dijo Fabiola—, no manches, no la hagas tararear aquí en medio. De por sí les vas preguntando cosas y ya están jadeando otra vez por andarte contestando.

Hay una diferencia entre los guías y su jefe, pensé. Veytia es el primero que demuestra interés genuino por nosotros, el primero que se entera de lo que hacemos porque lo pregunta y no porque se lo contamos. Los otros tienen clara su misión, subir y bajar a salvo. Fernando indaga y busca acercarse a la gente con una visión de la que los otros carecen. Por primera vez nos encontramos respondiendo preguntas en lugar de hacerlas.

—No le hace. Paremos un ratito. Pero tararéanos algo.

Nos detuvimos junto a un árbol enorme que crujía, a un lado del sendero. En lo alto viajaban muchas nubes, manteniendo el día oscuro y con tonos verdes por el bosque. La humedad nos tenía con las mejillas rojas y las narices moquientas.

—Bebe agua, Raquel. Te sigo viendo agitada —dijo Fabiola.

—Sí, bebe porque ahora nos vas a tararear algo.

—¡Fer! Es violinista, no cantante.

—Es más, si me tarareas algo, yo te tarareo algo de mi compositor favorito, que es Mozart. Bueno, realmente no conozco a muchos más que Beethoven, Mozart o Tchaikovski. Quizá si los escuchara los conocería, pero no por nombre. Si nos tarareas algo yo tarareo la que me sé de Mozart.

—Venga, vale —dijo Raquel—, te lo tarareo. Aunque no lo vas a reconocer.

Empezó a tararear algo ininteligible. Aplaudimos cuando terminó.

—Pues la verdad que no sé qué es. Luego me dices cómo se llama para que la busque

en internet.

—Va a sonar muy diferente —dijo riendo—. Como dijo Fabiola, soy violinista, no cantante.

—Me toca —dijo—. Lo prometido es deuda.

Empezó a tararear.

—La marcha turca —dijo Raquel.

—¿Me la sé o no me la sé? —dijo y continuó tarareando—. Luego hace así… Y luego así…

—Te la sabes —dijo Raquel—. Te la sabes.

Le regresó el aplauso en cuanto terminó.

—¿Ya ves? Y además te di tiempo para descansar y tomar agua.

Fabiola, a la que parecía cansarle tanto recreo, dijo:

—Bueno, vamos a seguir, ¿no? Vamos muy bien. Perderemos el avance por estar cantando.

—Hay que aprovechar. No se ven músicos en las montañas.

No se ven músicos en las montañas, es verdad. Raquel no es la clase de persona que se explaye demasiado sobre sí misma. Aunque no lo diga, yo sé que ser una violinista que escala montañas la llena de orgullo. Es poco habitual en su círculo y, cuando sale el tema, la hace diferente a los demás; tiene muchas anécdotas que contar que no involucran a su instrumento o a sus alumnos o sus conciertos. El montañismo no le hace falta a nadie, y menos a un músico de tan buena posición y talento como ella. No obstante, pisar la tierra que pocos pies han pisado, ver vistas que casi nadie ha visto, vivir y sufrir experiencias que poca gente ha tenido, aunque irrelevante al fin, le dan una chispa especial a vivir. Imagino que esa chispa la ayuda en su labor como artista. Imagino que es por eso por lo que lo sigue haciendo a pesar de los riesgos.

—Y ya le pregunté a Raquel —continuó Veytia—, ahora le voy a preguntar a Jorge. Escritores hay más, pero aun así le pregunto. ¿Quién es tu escritor favorito? Dices que eres escritor, entonces me tienes que decir quién es tu escritor favorito. Igual que Raquel, me tienes que decir sólo uno. Bueno, un escritor y un libro.

—Mmm… es difícil. Me cuesta pensar en uno sólo.

—Piénsale, piénsale. Te doy chance de que me digas tres.

—Vale, te digo tres. Uno clásico, uno importante pero que todavía no es clásico del todo y uno famoso que ni es clásico, ni es importante, ni lo va a ser.

—Órale. A ver, el clásico.

—Hemingway. Su libro, *Por quién doblan las campanas*.

—El importante.

—Capote, *Música para camaleones*.

—El famoso.

—Jon Krakauer, *Sueños del Eiger*.

—A ese autor sí lo he leído. A ver, ¿y por qué esos tres?

—Más o menos por lo mismo; es más o menos la misma forma de narrar cosas diferentes, creo. Siempre he pensado que hay una conexión entre los tres. A Hemingway y a Krakauer les interesa lo que nos pone entre la vida y la muerte. A Hemingway le interesaban los toros y la guerra; a Krakauer las montañas y el montañismo. Quizá si a Hemingway le hubiera tocado la cultura alpinista que tenemos ahora habría escrito sobre el tema. Messner es como un personaje de Hemingway de la vida real. Y me parece que ya le interesaban las montañas en su día; escribió un cuento, quizá mi favorito… *Las nieves del Kilimanjaro*.

—¡Lo conozco! Con Gregory Peck.

—Claro, esa es la película. Pero hay una diferencia muy obvia entre Krakauer y Hemingway. Krakauer es periodista y escribe sobre cosas reales. Lo de Hemingway es ficción. También hay película de *Por quién doblan las campanas*.

—¿Y esa de qué trata?

—La Guerra Civil Española. Tienen que volar un puente y llevan a un gringo que es especialista en explosivos. Se llama Robert pero los españoles le dicen *Roberto*.

—El libro de Krakauer que dices no lo conozco. Conozco el de *Into thin air*, el del Everest. Ese y el de *Into the wild*. Los dos los leí en inglés. El de *Into the wild* me gustó tanto que hasta estuve pensando en irme a vivir a Alaska. Pero conocí a mi mujer y ya no me fui. ¿Cómo se llama el que dices?

—*Sueños del Eiger*. *Eiger dreams* en inglés. Los otros dos los he leído también. Reconozco que es mejor el de *Into the wild*, pero me gusta más *Into thin air*. Lo disfruté más. Pero el que te digo me parece una joya y casi nadie lo conoce. Son crónicas sobre sus encuentros con las montañas. La primera es sobre el Eiger, la cara norte, de ahí el título. Krakauer es como un periodista que se formó leyendo a Hemingway.

—¿Y Capote? —preguntó, diciendo su nombre sin pronunciar la letra e: «Capot».

—Capote es algo intermedio entre los dos. Le gusta la muerte, pero no como a Hemingway, más como a un escritor de novela negra. Pero le gusta esa forma de contar a lo Hemingway. Si el cielo es azul es azul. Si hacía frío, hacía frío. Son algo parcos.

Lo dije y en ese momento lo que noté es que tenía calor. El perro negro subía junto a mí.

—Pero a Capote —continué— le gustaba narrar lo que no era ficción como si lo fuera. Era un Krakauer más refinado, más listo. Krakauer siente que tiene que salir a comerse el mundo, a buscar aventuras para contarlas. Capote es capaz de narrar una conversación en una pinche cafetería y hacerla interesante. ¿Cómo puedes hacer interesante una conversación con la señora de la limpieza o con un viejo amigo que te encontraste en una cafetería? Ese güey lo logra. Y prueba que se puede narrar lo que sea.

—O sea que tú quieres ser como Capot…

—Todos queremos ser como Capote. Bueno, escribir como él. Quisiera ser un Capote a lo Hemingway. Pero creo que me conformo con ser Krakauer. Ja, creo que Krakauer se conforma con ser Krakauer.

—Pero tú crees que es mejor ese libro de crónicas que dices que *Into thin air*. ¿Por qué?

—Creo que es una cuestión de sinceridad. En *Into thin air* hay un punto en el que Krakauer deja de pensar como escritor y empieza a pensar como figura pública. Eso me sacó un poco de la lectura. Dejé de creerle. Si recuerdas la historia, él y Anatoli Bukreev son los primeros en coronar el Everest. Krakauer baja porque tiene miedo de que se le acabe el oxígeno. Cuando llega a donde hay una reserva de oxígeno se pone a discutir con otro cuate que dice que no queda O2 en los tanques, con Andy Harris. Descubre que no es verdad, que sí queda oxígeno. Coge uno de los tanques, baja y se salva. No sólo eso, sino que además cree que el otro güey ha bajado con él. Pues hay ahí unas páginas en las que pide perdón por no recordarlo y dónde dice que dañó a su familia y no sé qué más. Harris se quedó arriba para ayudar a los clientes durante la tormenta y pensó que no había oxígeno en los tanques probablemente porque ya estaba experimentando mal de altura. Así de repente, cuando estaba leyendo el libro, dejé de pensar en Krakauer como personaje y empecé a pensar en él como autor. Es como asesinar el libro. A eso súmale toda su discusión con Bukreev, que dijo que cuando empezó la tormenta fue a buscar a Krakauer a su tienda y que éste se negó a ayudarlo. Cuando has matado el libro hablando de ti mismo como escritor y no como personaje, toda tu historia deja de ser creíble. Al fin que muchos de sus lectores ya sabemos cómo es esto de las montañas. Si querías bajar y el otro güey te valió madres y lo dejaste ahí arriba, ¿quién te va a juzgar? Probablemente todos habríamos hecho lo mismo.

—Igual que si alguien va a tu tienda y fuera hay un pinche tormentón y tú no quieres salir porque tienes miedo.

—Exacto. Exactamente así. Si tienes miedo, tienes miedo. Y no hay pedo por narrarlo, se hayan muerto los que se hayan muerto. Pero creo que quiso quedar bien antes que ser fiel al libro.

—Creo que a todos nos daría miedo.

—¡Por supuesto! Eres un personaje y los personajes tienen miedo y son cobardes y en la montaña eso tiene consecuencias. Por eso me gusta *Eiger dreams*. Cuando escribió esas crónicas no era famoso, además de que en ninguna muere nadie por su culpa. En la primera intenta el ascenso a la cara norte del Eiger y no lo logra. No sube mucho y por eso logra bajar por la misma pared. Y cuando llega abajo se toca los brazos y las piernas para ver si está entero; se siente feliz porque está vivo. Es un cobarde y es débil y no le importa aceptarlo. Su debilidad y su cobardía son lo que mejor nos hace entender que esa pinche cara norte del Eiger es peligrosa.

En ese momento me acordé de Caparrós. Existen básicamente dos formas de crear ficción, pensé, salir a vivir algo o inventárselo todo. Lo que hacía especial a Capote era su habilidad para escribir en esa línea entre lo vivido y lo inventado, esa capacidad para ver el mundo con los ojos de un novelista. Imagino que lo que destaca a algunos escritores mediocres, a todos los que no somos Capote, es no conformarse con lo que

escriben hasta lograr ese efecto. No quiere decir que lo logren, sino que no dejan de intentarlo.

—Lo voy a leer —dijo Veytia—. Igual que con Raquel, cuando lleguemos abajo me das los títulos que me acabas de decir para que los apunte. Los voy a leer los tres.

—¡Eh! Se está acabando el bosque —dijo Fabiola—. Pronto vamos a poder ver la montaña.

A MEDIDA QUE LA VEGETACIÓN DESAPARECÍA el terreno se volvía más difícil, como si las raíces de los árboles le diesen consistencia la suelo bajo nuestras botas. Seguía habiendo cierta humedad pero, ahora, a cada paso que dábamos, nuestros pies retrocedían unos centímetros por el deslizamiento de la tierra. Quedaban pocos árboles a nuestro alrededor y pudimos, al fin, ver el pico.

—Ahí lo tienen —dijo Fabiola—. Es como un Iztaccíhuatl en pequeño. ¿Cómo se encuentran? Esto que hemos hecho es apenas la mitad, pero llevamos buen tiempo. Vamos a parar un ratito para descansar y seguimos, ¿sale?

La tierra era diferente a la de las otras montañas, era gris. La roca no parecía volcánica, aunque lo fuera. No tardé en darme cuenta de que por ahí solía fluir el agua con asiduidad. Las piedras eran grises y lisas porque la corriente se había llevado los minerales. Desde donde estábamos se veía todo el camino de ascenso hasta la cumbre. En verdad era un Iztaccíhuatl en miniatura pues, aunque no era un pico muy alto, estaba acostado y hacía que su ruta fuera larga. A partir del bosque había muy poca vegetación y el panorama se antojaba algo feo. Al no guardar ese color rojizo ni siquiera permitía imaginar una montaña marciana como en el Izta.

—Les tocó un poco de mala suerte —dijo Veytia—. Se me hace que en pocos días va a caer una súper tormenta y se van a llenar de nieve los picos. Les tocó pelona.

—Todas —dijo Raquel—. Todas han estado así. No nos ha tocado ninguna con nieve.

—Claro. En verano es cuando más se nievan, por la temporada de lluvias. Se me hace que van a tener que seguir subiendo con nosotros. Para que vean más nieve.

—Primero vamos a subir esta y después ya veremos —dijo Fabiola.

—Oye, pues muy interesante eso que me dices sobre Krakauer y el Eiger —me dijo Veytia—. No sabía que había escrito sobre el Eiger. El otro día vi un video de YouTube. Creo que te lo compartí, Fabi. Un güey que subía la cara norte en dos horas y pico. El récord del mundo.

—Dos horas y veintidós minutos —dije—. Ueli Steck. También he visto el vídeo.

—Me suena —dijo Fabiola—. Menos de tres horas para esa pared está cañón.

—Oye, y a todo esto, hay algo que te quería preguntar —me dijo Veytia—. ¿Tú eres español? Raquel obviamente sí, se le nota en el acento. Ya me dijo hace rato que es de Valencia. Pero tú dices cosas así como ahora, que en lugar de decir video dijiste «vídeo». ¿Eres español o se te pegó hablar así por Raquel y porque viviste en España?

—Micha y micha —dije—. Nacido y criado en México, pero de familia española. Bueno, mi madre es española. Mi padre es mexicano. De pequeños nos mandaban todos los veranos a mis hermanos y a mí a pasarlos en Murcia, que es donde viven mis abuelos.

—Ya veo. Mi familia también es española. Bueno, mi abuelo se vino a vivir a México, del País Vasco. Por la Guerra Civil. De hecho mi apellido original no es Veytia, sino Beitia, con b y con i latina. Mi abuela dice que lo cambiaron porque alguien lo escribió mal en el registro y así se quedó.

El golpe del aire se hizo más evidente por la ausencia de árboles. El sudor de mi pecho se enfrío y me obligó a cubrirme.

—Chicos —dijo Fabiola—, no hace mucho frío, pero hay viento y está nublado. No se confíen. Coman algo ahora para recuperar fuerzas y mantener el calor. A partir de aquí va a ser un poquito más difícil la subida.

Abrimos las mochilas para sacar el alimento.

—Mira cómo sabe el perro —dijo Veytia—. Se acerca porque sabe que vamos a sacar comida.

—Me parece que este va a ir con nosotros hasta la cumbre —dijo Raquel mordiendo su bocadillo.

—Me lo llevaría a mi casa —dijo Fabiola—. Es muy bonito para ser un perro salvaje.

—Pero tenemos que ponerle un nombre. Un nombre que le quede bien.

Nos quedamos observando al can, que no hacía más que mirar con deseo el bocadillo de Raquel, esperando a que se le cayera algún pedazo.

—Mmm… ¿Qué tal Uly? —dije—. Como Ueli Steck, pero escrito como se pronuncia, Uly, con i griega. Así como a ustedes les cambiaron Beitia por Veytia, nosotros le ponemos al perro Uly en lugar de Ueli.

—Es buen nombre para perro —dijo Fabiola sonriendo.

—Y le queda bien —dijo Veytia—. Cuando estemos arriba ya con pocas energías el perro seguirá y seguirá, igual que Ueli Steck.

Le lancé al perro un pedazo de comida.

—Los que tenemos que seguir somos nosotros —dijo Fabiola—. Mira cómo está nublado ahí arriba, Fer. Se me hace que en la tarde va a estar feo. Ahora viene la partecita más difícil, chicos. Mejor vámonos.

Guardamos todo y comenzamos a subir. A pesar del aire frío no me puse ni los guantes ni el gorro, anticipándome al calor que iba a pasar. No habíamos dado ni veinte pasos cuando apareció el cauce de un río seco. Se podían ver pequeñas líneas de color oscuro dentro del cauce, probablemente de la nieve que se desliza montaña abajo. Aun así era evidente que Matlalcueitl se había marchado de aquel volcán cientos de años atrás. Troncos secos aparecían aquí y allá, árboles que habían muerto de sed tras la marcha de la diosa del agua viva.

Hacia arriba se veía una pendiente constante, de poco más de treinta grados todo el

camino hasta casi lo más alto de la montaña. El lugar era pura desolación. Las ramas de los troncos y lo estéril de la tierra seca llenaban el lugar de muerte. De repente sentí que el bosque quedaba kilómetros atrás por el contraste tan abrupto. Di la vuelta y vi que estaba unos metros más abajo. Pensé en la Malinche, la madre simbólica de la raza mestiza, y pensé que el volcán no merecía su nombre.

—A ver —dijo Veytia—, ¿y tú te sientes español o mexicano?

—Las dos cosas, supongo.

—¿Pero cuál más? A ver… por ejemplo… ¿Gritas más fuerte los goles de la selección española o los de la selección de México?

—Eso no es una medida —dije—. Al fin y al cabo España ha jugado la final de un Mundial. Y el fútbol es otra cosa.

—¡Ja! También dices fútbol y no futbol.

—Creo que no es cuestión de lo que me siento, sino de lo que soy. Soy español y soy ibérico y mediterráneo. Pero también soy mestizo. La gente lo oculta, pero para mí da mucha honra. Mi tatarabuelo llegó de Santander a las costas de Tabasco y se casó con una india chontal. Tengo sangre indígena que, mezclada con la sangre de los españoles me hace mestizo. Eso es lo que me hace mexicano. Casi diría que sentirme español y sentirme mexicano tienen el mismo origen.

Malinche es la madre de México, pensé.

—Pues a mí casi no me importa mi sangre. Me siento mexicano a morir —dijo.

—Para mí es algo raro. No creo en eso, mejor dicho. México tiene cosas que enamoran, pero todos los países las tienen. Mira nada más estos volcanes. Esto es una locura. Y bueno, los ríos. Fuimos a nadar al río. Increíble. Las playas. El Caribe, el Golfo, el Pacífico… Pero digo que todo país tiene lo suyo. En España las islas, las Baleares y las Canarias, todo el Mediterráneo, el Cantábrico. Y las montañas. Los Pirineos, los Picos de Europa, el Mulhacén. Y si hablamos de gente es lo mismo. Los mexicanos y los españoles son diferentes, pero tienen su encanto. Lo mismo aplica para todos los pueblos del mundo. De la misma manera todos tienen sus miserias. Me cuesta enorgullecerme o lamentarme sólo porque haya nacido aquí. No sé muy bien si me siento algo, mexicano o español o lo que sea. Soy las dos cosas, no obstante.

—Español y mexicano. Pero lo que quisieras ser es Capot.

Reí.

—Capote forever.

LO MÁS DIFÍCIL DE LOS VOLCANES DE MÉXICO es la tierra. Tras media hora subiendo llegamos a un tramo en el que terreno era movedizo. La inclinación seguía siendo la misma, pero a cada paso que dábamos perdíamos medio, como ya nos había ocurrido en el Iztaccíhuatl y en el Xinantécatl. Fabiola avanzaba a ritmo lento mirando constantemente hacia atrás, verificando que estuviésemos bien. Raquel la seguía con su

obstinación de siempre, aunque sus pisadas eran más torpes que en los otros dos volcanes. Sus zancadas erráticas me llenaban la boca de tierra seca.

Al fin salimos de ese tramo y subimos sobre una loma llena de piedras que iba directo a la cima. La líder decidió que era el mejor lugar para descansar. Nos sentamos para comer algo. Desde donde estábamos se podía ver todo el bosque, la falda de jade; más abajo, a lo lejos, estaba la ciudad de Tlaxcala; el horizonte era un manto de nubes blancas que brillaban por los rayos del sol.

Uly se sentó a mi lado y le di un pedazo de bocadillo que cogió de mi mano.

—Ya vamos a empezar —dijo Raquel—. Una cosa es el pedacito de galleta que le diste hace rato y otra muy diferente es darle del bocadillo.

—Es un pequeño premio por llegar hasta acá.

—En Nepal hacía lo mismo —les dijo a los otros—. El guía y todos les tenían miedo a los perros por aquello de que matan lobos y eso. Y Jorge no paraba de darles de comer. Hubo uno que nos siguió todo un día porque no paraba de darle galletas.

—Pues ahora este se va a venir a la cumbre —dijo Veytia—. Ya le diste, ahora va a querer más.

—Es un cliente que va a subir gratis Deporte6am —dije—. Podría ser el título de un cuento: *Una española, un mestizo y un perro*.

—Y el perro nos ganó a todos —dijo riendo.

—Pero yo tarareé Bach. Y ahí les gané yo.

—En eso nos ganas a todos.

—Parece que la cumbre se despeja —dije, viendo cómo a la nube que minutos antes se había posado sobre lo más alto ahora se la llevaba el aire.

—Pues ahora es cuando —dijo Fabiola—. Guarden todo y vamos a atacar, chicos.

Subimos por la loma durante varios minutos. En el suelo comenzaron a aparecer rocas de gran tamaño. Pudimos ver a nuestra derecha, hacia abajo, como el bosque rodeaba todo el volcán. Conforme más nos acercábamos a la cima mejor se veían las enormes protuberancias rocosas que obstruían el camino.

—Ahora tiene algo de truco —dijo Fabiola—. Algunas de esas piedras se pueden subir y otras se tienen que esquivar. Estén muy atentos por si hubiera algún desprendimiento. Puede ser peligroso. Me parece que no vamos a encontrar mucho hielo, pero si ven algún pedacito, no lo pisen. Parece que estamos cerca pero aún nos falta.

El terreno fue perdiendo su inclinación. Llegamos al final de la loma y empezamos a caminar por encima de las rocas. Mis ojos estaban clavados en el suelo, pues tuve miedo al imaginar que mi pierna caía en una grieta y se partía por la mitad. Sentí un golpe en el ojo que me desorientó y vi caer mis gafas al suelo. Raquel se giró preocupada.

—¡Lo siento! Cariño, ¿estás bien?

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde están mis gafas?

—He tropezado y no he puesto bien el bastón en el suelo y se me ha ido hacia atrás. ¿Dónde te he dado?

—En el ojo. En el ojo izquierdo. Se me ha clavado la gafa.

—Aquí están —dijo Veytia recogiéndolas del suelo—. Por suerte no se cayeron en el agujero ese, porque de ahí sí habría estado cabrón sacarlas.

—Sí te di fuerte —dijo Raquel examinándome—. Te va a salir un morado en el párpado. ¿Te duele?

—Estoy bien. Creo que me protegieron las gafas.

—¿Puedes seguir? —preguntó Fabiola.

—Puedo.

—Entonces vamos.

El terreno era irregular, con subidas y bajadas poco pronunciadas, pero haciéndonos ganar altitud, no obstante. El camino rodeaba una roca gigante, de unos cuatro metros de altura que tenía musgo en su base.

—Hay vida hasta acá arriba —dije.

—Sí —respondió Veytia—, esta piedra se ve verde. De esto ya me acuerdo más. Ahora es pasar y subir por el caminito hasta una ladera en la que hay un montón de piedras pequeñas pero sueltas. Después de eso la cumbre. ¿Verdad, Fabi?

—Sí —contestó—, ahí arribita hay que salirse del camino y escalar un poquito, luego ya sólo es subir unos metros y listo.

Seguimos un poco más y luego paró. Se detuvo delante de una pequeña pared de roca a nuestra izquierda.

—Aquí es —dijo—. Aquí vamos a salir del camino. A ver chicos, son poco menos de dos metros que hay que escalar. No es nada, pero no quiero que se vayan a caer. Miren dónde pongo las manos y los pies y suban por ahí.

Como una araña, subió el primer pie y el segundo dejó el suelo. Dio otro paso y estiró la mano para apoyarse y subir a lo alto del escalón. Uly llegó hasta arriba de un salto. Raquel, más alta que la guía, subió el primer pie y su mano ya llegaba a donde Fabiola necesitó dos pasos para llegar. Escaló sin dificultad. Subí detrás de ella. A Veytia le costó un poco más.

—Ya estamos, chicos. De aquí ya lo fácil hasta la cumbre. Son unos metros y listo. Nada más tengan cuidado porque, como dijo Fer, las piedras están sueltas y si se deslizan podemos tener un accidente. Usen las manos y los pies si lo necesitan.

El camino no era claro. Avanzábamos en diagonal por una pendiente con rocas de tamaño considerable. Era la pared exterior de un cono, o eso me parecía. Estábamos en la pared del cráter y no podíamos estar demasiado lejos de nuestro objetivo. Caminábamos entre las nubes.

Con prisa fuimos hacia arriba. Una nube colisionó con la cumbre y nos quitó visibilidad. No me di cuenta, pero en un santiamén me encontré con Raquel y Fabiola quietas, sin más montaña que subir. El terreno, cubierto de rocas, era plano en ese par de metros cuadrados. El aire era blanco. Uly estaba de pie sobre una roca observando hacia el fondo de un barranco.

—Felicidades, chicos, bienvenidos a la cumbre.

Veytia llegó unos segundos después. Me puso una mano en el hombro y sonrió. Sacó su cámara y le hizo una foto a Raquel.

—Llevas tres de tres —le dijo.

ESTUVIMOS SENTADOS EN LA CUMBRE durante veinte minutos. Las nubes jamás se nos quitaron de encima. Desde donde estábamos se alcanzaba a ver el cráter del volcán, hacia abajo en una caída de casi noventa grados. Todo era blanco a nuestro alrededor. El viento soplaba con tan poca fuerza que era como estar en una habitación en silencio. Los cuatro humanos comíamos algo y el perro deseaba comer. Fabiola se levantó y se puso de pie sobre dos rocas justo en el borde del precipicio.

—Ya te cansaste de descansar —le dije.

—Soy muy inquieta. Tengo que estar moviéndome o me desespero.

—Es muy intensa —dijo Veytia—. Y ahora ya se calmó un poco. Hace unos años sí te pusiste como loca.

—¿Cuándo dices? ¿Hace dos años?

—Sí, estabas en el Izta todos los días.

—Fue cuando estaba intentando hacer mi récord.

—¿Era por eso? Nunca supe. ¿Récord de qué, de velocidad?

—Claro, récord de ascenso. Estaba viendo qué tan rápido podía subir. Sí me volví loca, porque subía y bajaba. Llegué a subir varias veces en un día.

—¿Y de cuánto fue tu récord? —le pregunté.

—No, no es mi récord, es *el* récord. Nadie ha subido más rápido que yo. Mujeres, hombres… nadie. Yo tengo el récord de ascenso al Iztaccíhuatl.

—Ay, sí, no manches —dijo Veytia—. ¿De cuánto es tu récord?

—Una hora y cincuentaicinco minutos. De La Joya a la cumbre.

—No manches. ¿Menos de dos horas? Yo cuando era más joven juraba que era súper rápido porque subía en menos de cuatro. Menos de dos está cabrón.

—Me costó muchísimo. Por eso estaba como una loca. Ya de eso no lo pude bajar. Pero nadie ha podido hacerlo en menos.

—Se me hace que si se lo dices a Tijerina ese güey sí es capaz de bajártelo.

—Por eso no se lo digo. Se me hace que ya lo sabe, pero no se lo digo. Ahora me voy a volver loca otra vez. Hay otro récord que me interesa.

—¿Cuál?

—No te lo voy a decir.

—Ah, ¿y por qué no?

—Porque lo vas a ir contando por ahí y me lo van a ganar.

—No le digo a nadie. Si tú me lo dices, yo me lo callo.

—No te lo digo. Tienes demasiados amigos.

—Por lo menos dinos en qué pico —dije.

—No. A ti tampoco te lo digo, no lo vayas a escribir en algún lado. De por sí, si digo mucho lo del Izta a alguno se le va a ocurrir.

—Bueno, pero así tiene más gracia —dije—. Además, incluso si Tijerina lo intentara, me cuesta creer que otra mujer te lo pudiera quitar.

Veytia empezó a reír.

—A menos que se enteren algunas mujeres vascas y vengan a quitártelo —dijo.

—Que lo intenten.

Muchas de las rocas en el suelo tenían inscripciones. Mensajes de amor, citas, groserías. Alguien había dejado un peluche de Pluto, el perro de Mickey Mouse. Una pequeña estructura de metal estaba anclada al suelo en un punto.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Ahí había una cruz —explicó Fabiola—. Alguien la quitó o se la llevó el aire. Hace ya varios años que no está. Nadie se ha tomado la molestia de reemplazarla.

La guía se volvió a sentar. Se quitó el casco y sacó lo que quedaba de su bocadillo de dentro de la mochila. Le dio dos mordiscos y le regaló el resto a Uly. Se quedó callada, observándonos, y vi su rostro moreno, con pecas negras, su pelo negro recogido con un paliacate. Hay una profundidad en sus ojos que contagia seguridad, serenidad y paciencia. Eran los ojos de alguien que había nacido para subir montañas. Quizá Malinche se parecía a ella, pensé.

—No me imagino cómo sonaría un violín aquí arriba —le dijo Veytia a Raquel.

—No sonaría tan bien —dijo Raquel mirando a su alrededor—. El viento cambia mucho y en este espacio abierto se llevaría el sonido. Me da más curiosidad saber cómo sonaría más abajo, haciendo eco con las rocas.

—Pues lo tenemos que subir.

—No, hombre, no. Ya subo yo, que no debería. Sólo me falta subir el violín.

—Un concierto de Bach en la montaña. Oye, pero subes bien. Dices que no has hecho ejercicio, pero te veo fuerte, estás entera.

—En el Izta también subió bien —dijo Fabiola.

—Eso es raro.

—Raquel es como las cabras —dije— y cuando ve monte tira parriba. Yo sólo voy detrás. En los Pirineos siempre subía por los lugares más complicados y ahí iba yo siguiendo. En Nepal lo mismo, los guías me decían que yo era la esposa y ella el marido.

—Ya sé qué es eso —dijo Veytia—. Eso es el *Bach power*. Vas subiendo y entonces invocas el *Bach power* y metes el turbo.

—Para el Pico de Orizaba me parece que no va a bastar con el *Bach power*. Para ese sí que voy a tener que ponerme a hacer ejercicio.

—¿Entonces van a hacer el Pico? Mírala a la española, no se le va a ir ninguno. Cuando me digan les aparto su lugar, para que Raquel complete la reconquista.

—Yo creo que ya tenemos que ir bajando —dijo Fabiola—. En el Izta le hacía igual a

Raquel. No te pares, no te pares, le decía. Ahora igual. Les tengo que estar diciendo que sigamos porque se entretienen platicando.

—Si no llega a ser por ti, no subo —dijo Raquel—. Dejamos a Jorge ahí perdido. Yo te seguí y ya no lo volví a ver.

La líder se puso de pie, guardó sus cosas y se puso el casco. Seguimos su ejemplo y nos alistamos. Veytia revisó su reloj.

—Es buena hora —dijo—. Y total que los rusos no han llegado.

—¿Crees que suban? —pregunté.

—Sin duda. Les queda mucho tiempo.

—Oh —exclamó Fabiola—, me acabo de dar cuenta de que se me olvidó activar mi reloj. No le di al botoncito antes de empezar a subir.

—Órale —dije—, es bueno tu reloj.

—Es reloj y altímetro. Es un regalo de los de *Salomon*, que me patrocinan. Yo no lo podría comprar. Está padre porque le doy al botón y registra tiempos y alturas. Me sale una gráfica en la computadora con lo que subimos y bajamos y en qué tiempo.

Empezamos a desandar el camino y a bajar.

—No te preocupes, Raquel, porque tenemos tiempo —dijo Fabiola—. Igual que en el Izta, bajamos despacito para que no le pase nada a tus manos, ¿vale?

Eso dijo, pero fue un descenso veloz. Pronto llegamos hasta el escalón, que des escalamos de un salto, y minutos después a la enorme roca que partía el camino. Ahí encontramos a los rusos, que subían detrás de Charlie, su guía, con mucha calma. Una vez más nos detuvimos y Fabiola y él intercambiaron impresiones.

—Ya vienen bajando y nosotros apenas vamos —dijo el hombre—. Se van adaptando apenas para intentar el Pico el jueves.

Los perros que se habían quedado con ellos seguían a su lado. Uno de los dos era apenas un cachorro y, tras mirar hacia arriba y hacia abajo un par de veces, decidió bajar con nosotros.

—Adelántense un momento —dijo Veytia—. Quédense con Fabiola. Voy a hablar con este hombre para ver si intercambiamos contactos.

Seguimos bajando y unos minutos más tarde el empresario me alcanzó.

—Ya vamos para abajo, Capot —me dijo—. Aunque tú estás aquí subiendo montañas como Krakauer.

—Pero Krakauer sí era alpinista. A mí esto me genera más amor intelectual que físico, el hombre contra los elementos, el enfrentamiento con la naturaleza. Raquel no lo piensa tanto, por eso sube mejor que yo.

—Bueno, para mí también es un amor intelectual —dijo confesándose—. Mira cómo suben los otros. No me puedo comparar con Fabiola o Tijerina. A mí siempre me llamó la naturaleza. Acampar, la bici de montaña, esquiar… Me apasiona, sólo que no puedo hacerlo como ellos.

—Alguien que sube el Izta en menos de dos horas es excepcional.

—Sin duda. Pero bueno, he luchado para que las cosas funcionen bien con eso. Yo pongo lo que mejor sé hacer y ellos ponen de lo suyo. Por eso funciona.

—Parece que llegamos al bosque —dije—. Qué rápido hemos bajado.

CUANDO NOS APROXIMÁBAMOS AL LÍMITE DEL BOSQUE, Raquel y Fabiola nos sacaban una distancia de más de cien metros. A pesar de ello no nos sentimos en la necesidad de alcanzarlas. En cuanto los árboles estuvieron cerca, Veytia se quitó el casco y adoptó un paso más relajado aún.

—¿Cuántos años tienes, Jorge? —me dijo.

—Veintiocho.

—¡Veintiocho!

—Soy unos meses más joven que Raquel.

—Entonces son millennials al cien por cien. Me imaginaba que eran más grandes.

—Millennials totales —dije—, aunque no estoy seguro de que el término nos aplique. Sé que lo usan para referirse a gente que nació entre tal y tal fecha, pero siempre que leo sobre los millennials dicen que no leen, que están desmotivados, que no creen en la monogamia. La verdad que en eso ni Raquel ni yo somos millennials.

—Pero también dicen que son desaprendidos y que no se mueren por mantener sus relaciones familiares y que no les importa vivir donde sea.

—A ver, la familia nos importa, pero es verdad que nunca ha sido algo a considerar al elegir un lugar en el que vivir.

—¿Extraña a su familia Raquel?

—Claro. Por supuesto. Pero no le quita el sueño. Lo mismo conmigo. Estuve siete años en España y casi no vine de visita a México. Estamos muy conectados en estos tiempos con los teléfonos.

—Eso es algo muy millennial.

—Pero es que, además, es muy difícil atribuir defectos y virtudes a todos sólo porque nacimos en tal año.

—No, claro. Yo mismo tengo mucho de eso que le atribuyen a los millennials. Creo que todo este desmadre de las montañas es un poco millennial hoy en día. Depende. Obviamente que para Tijerina o cuates así, no. Para ellos es una profesión. Deporte6am nació por pasión más que por vocación profesional. Quiero decir que algunos nunca han tenido otra cosa además de las montañas y para mí más bien son como un escape.

—Las ganas de escapar. Eso dicen que es millennial. Y puede ser. Cuando Raquel y yo empezamos a salir me dijo que no quería vivir en España, que quería irse lejos.

—Pues es exactamente lo mismo. A Fabi y a ellos les gustan los récords y esas cosas, a mí me gusta la sensación de libertad más que otra cosa. Nunca hice esto por competir. ¿Y sabes qué veo? Que mucha gente es así. Ven las fotos en Facebook y nunca han subido una montaña y quieren ir a experimentarlo. Esa es la esencia de la empresa, yo

creo, introducir a la gente común a las montañas de México.

—Por eso es tu empresa.

—Es mi empresa porque no podría haber hecho otra cosa. En mi familia me tildaban un poco de loco, porque no se puede ganar dinero. Y realmente, para lo que es mi círculo, no creas que gano demasiado. Pero me da igual. Me siento un tipo exitoso porque mucha gente me dijo que no iba a poder vivir de esto. Y aquí estamos. La verdad que ha sido muy difícil. Pero estoy casado, tengo hijos y salimos adelante. De que hay algo millennial en mí, lo hay. Te voy a contar por ejemplo mi último proyecto.

—A ver.

—Casas. Casas que se pueden mover y que puedes llevar a vivir a la naturaleza. Pero no una casa rodante, porque esas no entran en cualquier lado. Una casa perfectamente funcional pero que puedes establecer donde quieras y que, cuando estés harto, te puedes llevar a otro lado. Estarían pensadas para vivir en la naturaleza. ¿Y sabes cómo se me ocurrió? Me puse a hacer una con mis propias manos al lado del Pico de Orizaba. Pensaba que era una pendejada, pero la hice y me salió. Ya hemos llevado gente a dormir y comer y vivir y perfecto, funcional. Con una buena camioneta y un remolque, me la puedo llevar al Izta si quiero. La prueba de que funciona es que al Pico subían la mitad de los clientes y desde que usamos la casa apenas se quedan uno o dos sin subir.

—Un buen aumento en el porcentaje de éxito.

—¡A huevo! Me vino la idea porque me dejaron una casa en herencia. Y yo creo que soy muy afortunado pero, la verdad, en cuanto me dejaron la casa sentí que me dieron más preocupaciones en lugar de hacerme un favor. Necesitamos un lugar para vivir, con un techo y calor y comida pero, por lo menos en mi medio, la gente se concentra más en acumular riqueza que en vivir la vida.

—El otro día leí en algún lado que mucha gente que se compraba casas en Acapulco empezaba a odiar la playa.

—Claro, porque ahora están obligados a ir. Se compraron un departamento y ahora no pueden ir a otro lado. Al final, aunque te dé tranquilidad, un inmueble es un ancla.

—Entonces eso es más o menos el espíritu de Deporte6am.

—Ese es todo su espíritu. Siempre lo he pensado así. Y ahora soy feliz porque hago lo que me gusta. Incluso si me canso de hacer trabajo de oficina, pues aquí estoy con ustedes. Esta fue la cuarta excursión que nos han pedido esta semana. Tenemos gente para el Izta, para el Nevado al día siguiente y para el Pico el viernes. Me parece que a alguien le vamos a decir que no, porque sí es mucha chamba y, sobre todo, mucha responsabilidad. Esto es lo que me gusta, pero sí trabajamos bastante.

Llegamos a donde los árboles muertos y el cauce del río seco se lo recordó:

—Oye, dijiste que fueron a nadar al río —dijo—. ¿A dónde?

—A las Estacas, cerca de Cuernavaca.

—Lo conozco, he ido. Es increíble. De verdad, fui una vez y me impresionó.

—Fuimos a nadar un kilómetro contracorriente. No muy bien, pero a nadarlo.

—Este país es increíble. ¿Te imaginas que en París o en Madrid pudiera la gente subirse al coche e ir a un río en el que pudieran nadar, a una montaña en la que pudieran escalar, a una playa con clima tropical, todos los días del año? Hoy puedes estar en la cumbre del Pico de Orizaba en la nieve y mañana bañándote en Veracruz en las aguas del Golfo bebiéndote una cerveza. Yo tengo la teoría de que ese río de las Estacas viene del Izta. ¿No te pareció que olía un poco a azufre? El río está muy cerca del Izta y del Popo.

—Puede ser. Es verdad que olía a azufre.

—Claro, las Estacas tiene su contra por ser privado. Pero como con todo en este país, dónde no hay trabajo del particular, no hay trabajo del gobierno. Las Estacas cuestan una lana, pero no sé si estaría así si el gobierno tuviera que cuidarlo. Así nos pasa a nosotros con esto de la montaña. Con sólo decirte que nos hemos organizado todas las empresas que suben gente a las montañas para ir a limpiar y a recoger basura durante la Semana Santa...

—Esta es la montaña más limpia a la que hemos subido.

—La Malinche es diferente en eso. El bosque es zona protegida y te multan si te ven tirando basura, pero si te fijas, el Nevado está muy sucio, y el Izta va en esa dirección. La gente no lo respeta demasiado. Muchos de los carteles que ves de no tirar basura, los hemos puesto nosotros.

—Parece que nos esperan en el bosque —dije percatándome de que Raquel y Fabiola descansaban y tomaban agua mientras nos veían adentrándonos en el bosque. Los perros estaban echados en el suelo a un lado de ellas.

—Nos quedamos bien atrás.

Llegamos hasta ellas.

—¿Mucha charla? —preguntó Raquel.

—Largo y tendido —dijo Veytia—. Ahora ya queda lo que no le gusta a Fabi, bajar por el bosque y cruzar el camino varias veces hasta llegar al coche.

—Ya de aquí al coche no paramos —dijo Fabiola.

Antes de que terminase de beber agua, los dos guías siguieron bajando y yo me quedé a solas con Raquel, varios metros detrás de ellos.

EL OLOR DE LAS FALDAS DE JADE era hipnotizante. Aun en el bosque debíamos mirar por dónde pisábamos por la inclinación del terreno, pero nos sentíamos libres de todo peligro. Nuestro ritmo decrecía con cada metro que avanzábamos y, a pesar de ello, sentíamos que no faltaba gran cosa para llegar hasta el estacionamiento. El bosque seguía húmedo. De vez en cuando se filtraba algún rayo de sol por entre las nubes y lo pintaba todo de verde chocando contra las hojas de los árboles.

—No me he recuperado del tobillo —dijo Raquel—. Lo debo tener débil en algún punto y estaré compensando con la otra pierna. Creo que estoy pisando mal porque me

duele la rodilla y la cadera de la otra pierna.

—Es posible —dije observándola—. ¿Te duele al apoyar el pie del tobillo malo?

—No me duele, más bien lo siento flojo. No confío en él. Pero ya ha pasado mucho tiempo.

—A lo mejor tienes que ir al fisio, o al doctor.

—A lo mejor. Te tengo que confesar que esta montaña en algunos ratos me ha costado más. Si sigo así no voy a poder con el Pico. No puedo seguir sin hacer ejercicio si vamos a subir al otro. Esto no debería costarme porque no es nada comparado con el otro.

—Bueno, pues entonces busca el tiempo y haz ejercicio. De todas formas no te he visto subir tan mal.

—Joder, pues en algún lugar me ha costado. Oye, diles que esperen porque necesito ir al baño. No me ven desde donde están, pero aun así vigila que no venga nadie.

Les grité para informarles.

—Dicen que esperarán un poco más abajo. Tienes campo libre.

Cuando Raquel estuvo lista seguimos bajando y llegamos hasta ellos, que esperaban en el punto en el que la ruta se cruzaba con el camino asfaltado por primera vez. Raquel les contó sobre sus dolores y ambos guías comenzaron a hablar sobre sus experiencias:

—A mí lo que me funciona es el fisioterapeuta —dijo Fabiola—. Si luego ya veo que no mejoro, ya busco otras opciones. Pero la verdad que con la terapia del fisio muchas veces es suficiente.

—Yo algunas veces que no he podido parar he ido al doctor y me ha mandado inyecciones de cortisona y de volada me curo —dijo Veytia.

—A mí la cortisona no me sirve porque me hincho y acumulo agua y es más de lo mismo, porque así no puedo subir.

—Bueno —le dijo Veytia a Raquel—, obviamente lo de la cortisona es para casos extremos. Ahora ya no lo haría. Yo creo que tú con el fisioterapeuta estarías bien. Y a veces hasta con un quiropráctico.

—Eso a mí me ha servido —dijo Fabiola—, el quiropráctico. A mí me ayudó mucho una vez porque había un dolor en la cadera que no se me quitaba. El cuate este me dijo que tenía una mala postura en la espalda y que de ahí venía mi dolor. No le creía, pero con los masajes que me dio y los consejos, se me quitó todo.

—Ahí está el camino otra vez —dijo Veytia—. Prepárense, porque es la segunda. ¿Cuántas veces dirían que lo hemos cruzado al subir?

—¿Cuatro? —dijo Raquel.

—No las vamos a contar —dijo Veytia—, porque sería torturarnos, pero al final me dirás si te parece que son cuatro.

Fue como si al decirlo nos hubiera hechizado. El bosque parecía otro de repente. ¿Habíamos visto este tipo de planta? ¿Habíamos tenido que saltar este tronco al subir? ¿Todo esto habíamos subido? Nos empezábamos a quedar sin temas sobre los que

hablar, y la ruta por la que bajábamos no paraba de cruzarse con el camino. De no ser porque íbamos cuesta abajo, habría jurado que caminábamos en círculos.

—¿Qué tal? —dijo Veytia—. A lo mejor es mágico este bosque y por algún motivo inexplicable es más largo al bajar que al subir. El otro día leí que hay muchos científicos que creen que vivimos en una especie de realidad virtual, que lo que consideramos la realidad, es una mentira, como una simulación. Decían que si estamos tan cerca de crear inteligencia artificial y programas de simulación tan creíbles, que las posibilidades de que la nuestra fuera una simulación eran mayores por mucho a que no lo fuera.

—Yo también lo leí —dije—. Otro argumento me pareció convincente. Primero creíamos que la Tierra era el centro del universo, después que el sol era el centro del universo, después que nuestra galaxia. Cada vez que creemos que algo de lo que determina nuestra existencia es central en el funcionamiento del cosmos, resulta que no lo es. ¿Por qué habría de ser esto a lo que llamamos realidad, la realidad, o la única realidad?

—La realidad ahora es que ya estoy harta —dijo Fabiola y Raquel rio.

—Ya —dijo Veytia—, este es el final. Ya no más. Ahora es bajar por la carretera y ya llegamos al coche. Ahí abajo está.

—Por fin —dijo Raquel.

Llegamos al vehículo y deprisa lo guardamos todo. Fernando dejó caer las bolsas con los cascos, los arneses y los microspikes en el interior del maletero, se cambió las botas por unos zapatos más cómodos y se sentó en el asiento del copiloto. Una pelea estalló entre los perros. Uly fue perseguido por cuatro o cinco perros que lo acorralaron contra un árbol y le mordieron las patas. Fabiola los ahuyentó con un grito.

—Se metieron con nuestro amigo —dijo Veytia—. Me imagino que le olieron el hocico a comida y que les dio envidia. Fabi, te va a tocar conducir un rato.

—No manches, ¿sí?

—Un ratito. Me tocó de venida, te toca de regreso.

—Está bien.

Se puso cómoda. Se quitó el paliacate y se amarró los cabellos negros detrás de la cabeza. Se limpió un poco la cara y se sentó al volante.

—Pobre Uly —dije—. Ese fue su premio por subir.

—Seguros que no quieren echar sus chamarras atrás —nos preguntó Veytia, girándose.

—No —dije antes de que pudiera contestar Raquel.

—Vámonos entonces.

Doble las chamarras de tal manera que fueran una buena almohada y le di la suya a Raquel para que se durmiera.

—Muy bien —me dijo—. Muy buena idea.

La camioneta avanzó por la carretera de curvas montaña abajo hasta que salió del bosque. Entramos a un camino de tierra que Veytia dijo conocer. Después de un tiempo

pudimos ver la montaña completa, desde su base hasta su cima.

—Es como un Izta chiquito —dijo Fabiola—. Tiene hasta la misma forma.

Un gato estaba acostado en medio del camino y, aunque observaba la camioneta avanzando hacia él, no se quitó.

—¡Muévete, gato! —exclamó Fabiola—. ¡Quítate!

—He ahí la diferencia entre perros y gatos —dijo Veytia.

—A mí me chocan. El perro me lo podría llevar a mi casa, pero jamás podría vivir con un gato. Probablemente porque son como yo.

El felino se movió y Fabiola, el gato, aceleró, alejándose de la montaña y metiéndonos en un pueblito tlaxcalteca.

POR FIN PUDE DORMIR en el transcurso de vuelta. De vez en cuando me despertaba sólo para encontrarlo todo en silencio y un largo camino por recorrer. Iba siendo consciente de nuestro progreso de vuelta a la Ciudad de México por cortos espacios temporales. Entonces escuché la voz de Veytia que le pidió a Fabiola que parásemos para comprar algo de comer. Se giró y nos dijo algo que no alcancé a comprender.

La camioneta se detuvo y bajé para estirar las piernas. Raquel, muerta de cansancio, bajó conmigo. Estábamos en la cafetería de una gasolinera a un lado de la carretera. Veytia nos preguntó si queríamos algo, a lo que respondimos en negativo meneando la cabeza.

—¿Qué volcán es ese? —dijo Raquel—. Del otro lado de la carretera, mira. ¿Es la Malinche? Es enorme, no puede ser.

Sacó la cámara para hacerle fotos. Cubría el horizonte entero y se alzaba gigante hacia el sol. Su cima estaba cubierta de nieve.

—¡Fernando! —grité—. ¿Qué volcán es ese?

—Iztaccíhuatl.

—No recordaba que fuera tan grande —me dijo Raquel disparando con la cámara.

—Vámonos, jóvenes —dijo Veytia saliendo de la cafetería.

Fabiola iba detrás de él.

—Compré brownies y no creo que me los acabe —dijo cuando estuvimos dentro del coche—. Si alguien quiere, puede comer con toda confianza.

Dio un mordisco que le llenó la boca de chocolate.

—Oigan, ¿y ustedes no van a tener hijos? —dijo.

Raquel y yo nos miramos.

—En dos o tres años —dije.

—Pues miren, en orden de dificultad —dijo Veytia marcando los niveles con la palma de la mano extendida hacia abajo—: Nevado aquí abajo, luego Malinche, Iztaccíhuatl —iba subiendo la mano—, aquí arriba Pico de Orizaba, luego Everest y Everest multiplicado por ocho, hasta acá arriba, tener hijos. Así que mucha suerte.

Fabiola se subió al coche y preguntó, como si continuara una conversación que estaban teniendo en la cafetería:

—¿Entonces no vas a ir al Nevado este sábado?

—No. Me voy a quedar en casa con los hijos.

—Te vas a quedar en casa subiendo el Everest —dije.

—Multiplicado por ocho —contestó riendo.

Luego, cuando ya estábamos de vuelta en la carretera, Veytia dijo:

—No voy a ir al Nevado, ¿pero sabes qué? Le voy a hablar a Nacho y le voy a pasar a los clientes para no quedarles mal. No ganamos nada, pero por lo menos queda completo el servicio. Y vamos a hacerlo todo, Izta, Nevado y Pico, cuatro en una semana si contamos este.

Llamó por teléfono e hizo todos los arreglos. Después miró a Fabiola y le preguntó:

—¿Tú vas al Izta? Perfecto. ¿Tijerina dónde crees que esté? Me gustaría que estuviera en el Izta, pero si está en el Pico no sé si se va a cambiar. Mejor le digo que se quede ahí en Pico y que trabaje con Nacho.

Levantó el teléfono y marcó. No llamó a la güera:

—Kenia, hola —dijo—. Oye, ¿dónde está Fer ahora? ¿En el Pico? Le he pasado unos clientes a Nacho. ¿Le podrías decir a Fer que se quede ahí en el Pico y que trabaje con Nacho?

Sonreí y miré a Raquel. A ese no lo controla, le dije con la mirada. Me regresó la sonrisa.

Terminó la llamada.

—¿Sabes qué se me ocurre para el Pico? —le preguntó a Fabiola—. Voy a hacer una experiencia con carne asada incluida. En lugar de salir el sábado por la madrugada y mal dormir para luego subir el domingo, salir el viernes por la tarde, dormir bien del viernes al sábado, aclimatar el sábado y hacer la carne asada y bien descansados subir el domingo. Subieron la vez pasada después de descansar en la casita y sólo dos no llegaron. Se me hace que si les damos más tiempo de aclimatación y mejor descanso suben todos.

—Estaría padre —se limitó a decir Fabiola.

Entramos en la ciudad y nos preguntaron si había algún lugar en el que nos pudieran dejar y que nos quedara bien para llegar a casa. Cuando estuvimos allí, Veytia bajó para despedirse de nosotros y nos dijo:

—¿Entonces van a hacer el Pico pronto?

—En mayo —le dije—. Para mayo lo hacemos, pero queremos plan de viernes y sábado de carne asada.

—¡Ja! Ibas escuchando. Pues cuando gusten nos mandan un mensaje y lo acordamos.

Raquel volvió dentro de la camioneta para despedirse de Fabiola con un beso. Yo hice lo mismo. Le di un apretón de manos y un abrazo a Veytia, que luego abrazó a Raquel con efusividad.

—Una más —le dijo—, ya sólo te queda una más.

Citlaltépetl, monte de la estrella

5636 msnm
16 de mayo del 2017

LAS LUCES BLANCAS DEL TECHO me hicieron cerrar los ojos de nuevo cuando desperté. Estaba totalmente solo en la habitación y salvo por el zumbido de las luces, todo era silencio. La vía con suero estaba conectada a la vena de mi mano izquierda. Había tirado demasiado de la sábana blanca de la camilla y tenía los pies descubiertos. Sentía frío. Cuando tuve cubiertos los pies y me dispuse a dormir de nuevo, entró el doctor.

—Jorge, ¿cómo te sientes? Ya tenemos los resultados de tus análisis. Estás bien. Tienes alguna anomalía, pero eso es parte de la intoxicación alimenticia que sufres. Eso con las medicinas se te va a quitar. En el ultrasonido salieron bien tus riñones y por eso hicimos la radiografía, para ver si tienes algún otro problema. El dolor que tienes en la espalda es muscular y me preocupa, por eso he mandado traer al ortopedista. Él te va a ayudar y te va a explicar lo que tienes. En un momento vendrá.

Salió y me dejó a solas otra vez con el zumbido de las luces. Me volví a quedar dormido, hasta que el rechinar de la puerta me despertó.

—¡Don Jorge! —exclamó otro doctor, presumiblemente, el ortopedista—. ¡Qué te estás haciendo a ti mismo, Don Jorge!

Era un hombre alto, regordete. Entró por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. Su cabeza calva, rosada, y sus dientes chuecos y amarillos contrastaban con la blancura y pulcritud de su bata. Tenía una voz gruesa y cantarina. Le gustaba reír y hacer reír.

—¿Cómo estás, cabrón? —me dijo—. ¿Ya te está dando hambre o si te pido de comer me lo vas a vomitar?

Negué con la cabeza.

—¿Y la sed? ¿Ya se te quitó? Ya llevas un litro de suero, cabrón. Me dijo el otro doctor que ya estás recuperando el color, que parecías un zombi cuando llegaste. Te van a poner ahora otro líquido que sirve para que se te vayan las náuseas y las ganas de vomitar y puedas comer. ¿Qué te parece?

Asentí con la cabeza.

—Eso es, cabrón —dijo dándome una palmada en el hombro—, qué bueno que ya estés mejor. Ahora que te pongan la cosa esa vengo y hablamos de tus radiografías. Tenemos que discutirlas. ¡Qué te estás haciendo, Don Jorge! —exclamó mientras salía de la habitación.

Entró la enfermera con otro bote de líquidos y lo enganchó al tubo junto al suero y luego lo conectó a mi vía.

—Este es para controlarle las náuseas y las ganas de vomitar —dijo—. Ahorita viene el doctor.

Vibró el teléfono, que estaba junto a mí en la camilla.

Raquel: Tenemos un problema. 12, 13 y 14 de mayo, concierto con Horacio Franco. ¿Cuándo es lo de Orizaba?

Jorge: 14 de mayo.

R: No jodas. ¿Y entonces? Comprenderás que no lo puedo cancelar.

J: Entonces voy yo solo.

R: Estoy preguntando a Deporte6am las fechas de junio. Espera a que me contesten. (Más tarde) todavía no hay fecha en junio. ¿Qué hacemos?

J: Puedo ir yo solo.

R: Sí, claro. Espera.

J: ¿Que espere a qué?

R: Dicen que el 15 nos llevan por el mismo precio a nosotros solos. Que nos conocen y bla bla bla. Que nos llevan el 15. ¿Se lo reservo?

J: Sí. Está bien.

R: Piénsalo, porque no puedo estarles cambiando la fecha.

J: Resérvalo.

Volvió el doctor.

—¿Ya te sientes mejor, Don Jorge? Eso es, chingá. Ya. Esto ya se acaba. Ahora que te sientas bien te me vas para tu casa. Pero antes tenemos que discutir estas radiografías. No te veo bien, Don Jorge. De alguna manera la libraste porque no tienes problemas de riñones, pero tienes la espalda muy jodida. Además, veo en tus análisis de sangre que traes el colesterol bajísimo, el malo y el bueno. ¿Qué estás haciendo, Don Jorge? ¿Estás corriendo maratón o qué?

—No me gusta correr —dije.

—Vaya, ya hablaste. Estás recuperando el buen humor. ¿Te pedimos algo de comer?

Asentí. Dio un grito para pedir que me trajeran la comida.

—No estás haciendo maratón, pero algo estás haciendo. ¿Haces ejercicio?

—Todos los días.

—Pues por ahí va la cosa. Fíjate en lo que te voy a mostrar —dijo sacando las radiografías de un sobre amarillo enorme—. Mira, aquí tenemos tu espalda, de frente y de lado. Quiero que mires tu columna en esta de frente. Baja recta, bien, bien, hasta aquí. ¿Lo ves? Esta vértebra la tienes desviada hacia la derecha. Y eso es lo que está

provocando el dolor. Si te fijas bien, hasta se puede ver la contractura, aquí de este lado. Eso es lo que te duele. Pero ahí no acaba la cosa. Ahora vamos a mirarla de lado. Aquí viene bajando, haciendo su curva natural y de repente mira. Justo la vértebra que tienes desviada hacia la derecha, también la tienes haciendo una curva poco natural hacia adentro. ¿Lo ves? Si sigues haciendo lo que estás haciendo, te vas a producir una hernia y te van a tener que operar. Ya de entrada, así como estás, habría varios locos a los que no les importaría operarte. A ver, dime, ¿para qué estás haciendo ejercicio?

Le expliqué lo de las montañas y que era por eso que estaba en forma. Le dije que me faltaba una y que ya había adelantado la mitad del pago.

—No lo puedo cancelar —dije.

—¿Dentro de cuánto es lo de la montaña?

—Tres semanas.

—Pues necesito que no hagas nada en estas tres semanas. Fisioterapia y nada más. Estirar, comer bien… Tienes que comer mejor, tienes que comer más.

Curioso que lo dijera pues, en ese momento, entró la enfermera con mi comida.

—Necesitamos que comas bien —dijo—, que estés sano, sin actividad. Es la única forma de recuperar la espalda. Veo, Don Jorge, que estás llevando una vida que no te corresponde. Lo que sea que estés haciendo, tu cuerpo no lo resiste demasiado bien. Así que te recomiendo que pares.

Le dije que este era el último, que después lo dejaría.

—Pues esto es lo que vas a hacer. Quietecito dos semanas. Con fisioterapia todo el tiempo. Después, lo que diga la fisioterapeuta. Deja que ella te recomiende si debes volver o no, que ella vea cómo va progresando tu espalda. Pero así como me dices que es aquello, yo te recomiendo que no hagas nada, que vayas al Pico de Orizaba y que si subes, bien, si no, igual. A la primera molestia, media vuelta y vamos para abajo. Te lo digo porque si no, vas a terminar aquí y te vamos a tener que operar.

Asentí por última vez.

—Muy bien, Don Jorge. Te voy a dejar para que comas, te voy a traer tu receta que, además de lo del estómago, tendrá relajantes para la espalda y después, listo, a tu casa.

Me dio otra palmada en el hombro y se fue.

Miré mi comida y luego desistí. Me dejé caer sobre el respaldo de la camilla y clavé los ojos en el techo. No hacer nada, pensé. No hacer nada, subir al Pico y a la primera molestia, para abajo. Para abajo.

SERÍAN CERCA DE LAS DIEZ DE LA NOCHE del último domingo de abril cuando Raquel se acercó a mí mientras yo leía en el ordenador. Había sido uno de esos domingos en los que, ansioso por desconectar, no había sacado el teléfono de mi bolsillo, ni siquiera para leer los mensajes o las noticias. Así que cuando mi mujer se acercó para hablar conmigo, me encontró atónito frente a la luz de la pantalla.

—¿Vas a cenar? —dijo—. ¿Te has tomado ya las pastillas para la espalda?

—Se ha muerto —le contesté—. Joder. Se ha muerto.

—¿Quién? ¿Quién se ha muerto?

—Ueli Steck.

—¡Qué! ¡Cómo!

—Dicen que en el Campo II del Everest, pero que no están muy seguros. No lo puedo creer.

—Joder, no…

—Cuarenta años.

—Joder.

El silencio se apoderó de nosotros, una tristeza extraña, por alguien a quien ni siquiera conocíamos en persona, de quien habíamos escuchado hablar por primera vez apenas un par de años atrás. Al cabo de unos minutos hablé:

—El perro, ¿lo recuerdas? Al perro de la Malinche lo llamamos Uly en su honor. Por algún motivo siempre pensé que Ueli era inmortal. A cualquiera le podría pasar algo, pero no a él. Este deporte es algo tremendo. En este deporte no existen los juegos.

EN ESTE DEPORTE NO EXISTEN LOS JUEGOS, me dije a mí mismo cuando la montaña apareció en la distancia. Más de tres horas estuve mirando por la ventana del coche mientras avanzábamos hacia la frontera entre los estados de Puebla y Veracruz. Cuando por fin la niebla dio tregua y la vi, su enorme figura cónica en el horizonte, le di una palmada en el hombro a Raquel, que se asomó para verla y abrió los ojos de par en par en un gesto de incredulidad. Es gigantesca, le dije. Su punta nevada brillaba por el reflejo de la luz del sol.

Habíamos salido aquella mañana de lunes desde la casa de Fernando Veytia en el Pedregal. Cuando llegamos, poco antes de las seis, lo encontramos cargando el equipo en la parte trasera de su camioneta. Llevaba unos jeans viejos y no parecía en absoluto preparado para hacer el viaje con nosotros. Nos saludó con alegría, nos preguntó qué tal nos iba con la escritura y el violín y sacó su teléfono y llamó.

—Ya vienen —dijo en cuanto terminó la llamada—. Me imagino que van a llegar en cinco minutos. Van a ir con Kenia y con Fer Tijerina, ya los conocen.

»Todavía no he leído los libros que me recomendaste —me dijo, cambiando el tema —, pero los voy a leer. Hace unos días volví a ver la peli de Everest y una de las cosas que más me molestan de esa película es que nunca te importa cuando la gente se va muriendo. En el libro de Krakauer casi lloras cuando lees que se mueren ¡y es la misma historia! Como que leerlo te ayuda a entenderlos y a crear una relación con ellos. Aunque no sean perfectos, aprendes a quererlos.

En ese instante apareció a gran velocidad una camioneta Jeep azul con el logotipo de Deporte6am debajo del espejo lateral. Se detuvo con un frenazo que hizo rechinar las

ruedas en su fricción con el asfalto. Bajaron con prisa y con mochila en mano Kenia, que iba al volante, y Tijerina. Ella nos saludó con un abrazo, recordando que ya nos habíamos visto en el Nevado de Toluca; él nos dio la mano como si fuera la primera vez que nos veía, muy probablemente porque, al no recordarnos, creía que de hecho era la primera vez. Sin más, nos despedimos de Veytia y nos subimos en la camioneta.

Tijerina nos contó que el día anterior habían estado en la cumbre del Pico de Orizaba. Nos dijo que las condiciones habían sido perfectas y que, aunque algunos de los que fueron se quejaron mucho, todos habían logrado subir.

—Eran militares —dijo—, dos del ejército y tres de la armada. Una era mujer, que iba quejándose y quejándose, ¿verdad? —le pregunto a Kenia, al volante, que se limitó a asentir moviendo la cabeza—. Pero al final llegó. Nos tocó un pinche calorón a la bajada. Vamos a ver qué tal está ahora.

Él hablaba y yo no podía dejar de mirarlo y sentir extrañeza. Ahí estaba sentado, la güera, protagonista de tantas historias, el mismo personaje que apareció como un héroe de acción en el campamento del Iztaccíhuatl. Esta vez, sin embargo, el tipo no parecía gran cosa, vestido con una camisa y un chaleco de pluma, con los pelos largos sueltos y recién peinados. No era mucho más alto que yo, unos tres o cuatro centímetros, ni más ancho. Sus brazos no parecían ni más grandes ni más fuertes que los míos. Pero era él.

—Yo creo que el clima va a estar igual de chingón que ayer —dijo—. Vamos a subir bien.

Las calles estaban libres de tráfico y la camioneta se aproximaba rápidamente a la salida de la ciudad que lleva a la carretera México-Puebla. La preocupación que había tenido toda la semana me vino de nuevo a la cabeza y le pregunté:

—¿La carretera qué tal está? Con esto que se dice de los huachicoleros…

Huachicolero se le llama a la persona que se dedica al robo y venta ilegal de combustible en México. Extraen el combustible —al que le dicen huachicol— directamente de los oleoductos de Pemex, haciendo perforaciones e instalando válvulas provisionales, con una técnica a la que se le conoce comúnmente como «ordeña de ductos». Desde finales del año pasado, el gobierno está liberalizando el mercado de los combustibles fósiles como paso necesario para la apertura del petróleo a la inversión privada y eso ha generado enormes alzas en los precios de la gasolina, lo que ha vuelto muy jugoso el negocio de los huachicoleros. Como consecuencia, se ha desatado un enfrentamiento abierto entre los comerciantes ilegales de combustible y el gobierno, que dice querer acabar con ellos. En el marco de esta guerra hubo un altercado entre militares y traficantes de huachicol en los primeros días de mayo, en la carretera Puebla-Orizaba, que le dio la vuelta al mundo, apareciendo en los titulares de los grandes medios de comunicación; diez personas murieron en ese incidente. Tres días antes de aquel suceso, había aparecido también en los medios la historia de una familia que fue asaltada en la México-Puebla: ocho sujetos los detuvieron para robarles la camioneta en la que viajaban y violaron a la madre y a la hija de catorce años y asesinaron a un bebé

de dos. Las autoridades locales dijeron que esas camionetas se utilizan para transportar combustible robado y que seguramente los hechos habían sido perpetrados por huachicoleros; no se volvió a informar sobre el tema.

Los cuerpos de seguridad de Puebla y Veracruz han alertado a la población y han pedido precaución extrema al circular por la carretera que va de la Ciudad de México a Puebla y de Puebla a Orizaba, justo el camino que íbamos a transitar hacia la montaña.

—Nah, eso es todo mentira —dijo Tijerina—. Ayer vimos algunos retenes de militares en el camino de vuelta, pero es una estupidez. Ahí no hay huachicoleros. En el pueblito al que vamos a ir ahora sí hay. Todos los conocen y saben quiénes son y nadie les hace nada. No hay policías ni militares ni nada de eso. Si de verdad quisieran frenar el negocio del huachicol irían ahí. ¿Por qué no van? Yo creo que eso de los retenes lo hacen para justificar gastos. Es puro show. Los huachicoleros son como héroes porque en estos lugares hay un chingo de gente pobre que no podría acceder al combustible si no fuera por ellos. Por eso ni se preocupen, vamos a ver militares que van y vienen, pero a nosotros no nos va a pasar nada.

Después de eso, hubo silencio. Kenia puso su atención en la carretera y Tijerina en su teléfono. Raquel dormía. De vez en cuando la guía hacía algún comentario al que no recibía respuesta. Qué bueno es desayunar pizza, fue lo primero que dijo, mientras mordía un pedazo que había sacado de un *tupper* que llevaba sobre las piernas; conducía la camioneta con los pies descalzos.

—¿Ya viste qué bonito se ve el sol? —dijo cuando pasábamos por las curvas que entre los árboles suben hacia Puebla. El sol salía enorme y naranja en el horizonte.

Tijerina no dijo nada. Ni siquiera levantó los ojos para mirar el sol. Qué significa otro amanecer para alguien que habrá visto miles, pensé. Al poco tiempo apareció Iztaccíhuatl a nuestra derecha, imponente, casi nevada del todo, un manto blanco cubriendo la figura de la mujer dormida, el sol pintándola de naranja. Ni siquiera giró la cabeza para verla. El Popocatépetl apareció más tarde a lo lejos, cuando el sol golpeaba con más fuerza; tampoco lo miró. Horas más tarde, junto a la Malinche, ocurrió lo mismo. Conoce cada piedra de estas montañas, me dije extrañado, supongo que no necesita verlas cada vez que se las cruza.

Una vez que dejamos atrás la Malinche, nos desviamos por una carretera angosta de dos carriles, uno de ida y uno de vuelta. Coches y camiones iban y venían, adelantándose con temeridad, lo que impidió que Raquel, que se había despertado minutos antes, pudiera volver a dormirse. El horizonte estaba opaco por la niebla. Yo oteaba la lejanía y fue en ese momento cuando apareció ante mi vista el Pico de Orizaba.

—¿Ya vieron el objetivo? —preguntó Kenia, notando que observábamos con asombro.

Tijerina rio.

Al fin salimos de la carretera y nos adentramos en un camino estrecho que nos llevó a la entrada de un pueblo que, como casi todos los de la zona, tenía un arco colorido

anunciando su nombre. Era grande y de color amarillo y decía *Bienvenidos a Tlachichuca, Pue*. El Pico ocupaba todo el horizonte en ese momento, era visible desde su punta hasta su base. Raquel intentó hacer una foto a través del parabrisas.

—No te preocupes —dijo Tijerina—, desde donde vamos a estar se ve poca madre. Desde ahí puedes hacer una foto chingona.

Tlachichuca me pareció un pueblo bastante gris en ese momento. A las paredes de las casas se les había pelado la pintura y no había gente por la calle. El terreno entre las construcciones era amplio y casi todo estaba dedicado al cultivo, en las etapas tempranas de la siembra, por lo que no había vegetación que diera color al lugar. Aun así, no parecía un pueblo con demasiada escasez, por lo menos no la de la gente a los pies del Nevado de Toluca. Las calles estaban asfaltadas y señalizadas y había semáforos en las esquinas, dispositivos que no se encuentran en muchos pueblos de México. Más raro aún es encontrar una avenida tan ancha como aquella por la que avanzábamos.

Seguimos hasta la parte más profunda de Tlachichuca, donde las calles se volvieron más angostas, las casitas más precarias y la vegetación más abundante. Era el extremo del pueblo más cercano a la montaña. El camino estaba ligeramente cuesta arriba. A lo lejos se veía un bosque y en el horizonte el Pico, llamándonos.

—Ya llegamos —anunció Kenia, parando el coche.

Era un hotelito casi a las afueras del pueblo, entre el límite de éste y el inicio del bosque. La entrada, grande y de madera, tenía un logotipo que decía *OMG Orizaba Mountain Guides*. No se alcanzaba a ver el interior, detrás de esa puerta y de unos muros altos pintados de color beige. Tijerina bajó de un salto para tocar la campana que hacía de timbre. Bajamos y, en cuanto se abrieron las puertas, dijo:

—Adelante, pasen. Bienvenidos.

El hotel aún no estaba terminado. Una cuarta parte eran muros de ladrillo a medio construir. Lo demás, completamente acabado, tenía un diseño colonial y colorido, muy vistoso, con paredes amarillas decoradas con artesanías mexicanas. La puerta daba entrada a un patio central, que el sol llenaba de luz y calor, desde el que se veían las habitaciones en las dos plantas que tenía el edificio. Era una casona de la colonia convertida en hotel, o un hotel que copiaba el diseño de las construcciones coloniales.

—¿Qué les parece? —nos preguntó Tijerina.

—Es precioso —dijo Raquel.

—Esto es otra cosa —dije—, esto es un hotel. La pinche noche que pasamos en el Izta… Aquí vamos a dormir bien.

Rio.

—Por eso lo tenemos aquí —dijo—. Desde que seguimos este sistema de venir a dormir aquí y por la noche irnos allí en coche, casi todos llegan hasta arriba. Acampar es criminal. Ahorita les vamos a dar una habitación para que pongan sus cosas. Si quieren pasen al comedor, siéntanse como en casa y ahora desayunamos algo. Después haremos una pequeña caminata para aclimatar, ¿sale?

Nos mostró con la mano la puerta del comedor que era quizá más bonito que el exterior del hotel, con largas mesas de madera oscura, con manteles de colores, y con las cuatro paredes decoradas con objetos, cuadros y fotografías; a la derecha, en una esquina, estaba la cocina, separada del comedor por un medio muro. Raquel inmediatamente notó un violín que colgaba de la pared y que estaba construido de una forma muy rudimentaria. Lo descolgó y lo examinó. Un hombre alto y robusto, de piel morena, entró al comedor en ese momento. Se presentó con el nombre de Roberto y con el apodo de «el oso», presumiblemente por su barba cerrada, sus cejas tupidas y sus brazos peludos.

—Cogí el violín de la pared, ¿está bien? —preguntó Raquel—. ¿Puedo?

—¡Claro! —exclamó el oso—, estás en tu casa. Ese violín me lo trajo un amigo que es guía en Barrancas del Cobre, en Chihuahua. Está construido por los indios Tarahumaras. Yo obviamente no sé tocar el violín, pero ese güey jura que esos cuates podían tocarlo.

Raquel lo afinó un poco y tocó con suavidad para no reventar las cuerdas.

—¡Ja! ¿Ya ves? Ahorita les vamos a hacer su desayuno. Siéntense donde quieran.

Dijo el oso y salió de la habitación.

LOS CUATRO NOS SENTAMOS A LA MESA y dos mujeres nos sirvieron el desayuno. Eran platos de fruta, con papaya y melón, además de varios platitos al centro en los que había yogurt y granola. Después sacaron platos con huevos revueltos y frijoles, además de tortillas. De beber nos dieron zumo de naranja.

—¡Qué rico el desayunito! —exclamó Tijerina, untando los frijoles en una tortilla.

—Muy rico —dijo Raquel—. Con esto aumentan las posibilidades de subir porque en el Izta tampoco comimos muy bien.

—¡Claro! Al rato, después de la caminata, vamos a comer y ya vas a ver qué rico.

—Me imagino que con esto vendrán más extranjeros —dijo Raquel—. ¿O es igual que en los otros y vienen puros mexicanos?

—Al revés. Aquí viene puro extranjero. Ahora con Deporte6am ya vienen más mexicanos, porque Veytia maneja muy bien el público local. Pero aquí más bien puro extranjero. ¿Verdad, oso?

Le dijo al oso, que estaba sentado con las dos mujeres en la cocina.

—Uy, aquí puro güey de fuera —dijo.

—¿Qué es lo que más viene? —preguntó Raquel.

El oso subió los ojos e hizo recuento.

—Pues yo creo que gringos —dijo.

—Gringos vienen un chingo —dijo Tijerina.

—Sí —dijo el oso—, gringos lo que más. Tenemos también bastantes franceses e italianos. Algunos españoles.

—¿Y vienen a subir el Pico y ya?

—En realidad lo usan para aclimatarse —explicó Tijerina—. La mayoría van a Sudamérica. Casi todos van a Aconcagua. Vienen aquí antes y suben el Pico y se aclimatan para luego subir Aconcagua. Van por pasos porque algunos suben antes Izta, luego Pico y luego se van. Aunque ahora viene más gente sólo para subirlo. ¿Conocen el desafío de las siete cimas? Pues alguien ha hecho el mismo desafío, pero de volcanes. Volcanic Seven Summits, le dicen. Y Orizaba es una de las siete.

—¿Lleva ya mucho tiempo abierto el hotel?

—Llevamos… —dijo el oso calculando— ya cuatro temporadas con esta.

—¿Cuatro años?

—Les decimos temporadas porque viene más gente en invierno que en ninguna otra fecha —explicó otra vez Tijerina—. Aconcagua se puede subir en enero, febrero y algunos días de marzo, es cuando es verano allá. En esas fechas viene más gente porque es cuando se preparan para subir.

—De diciembre a marzo lo tenemos todo lleno —dijo el oso—. Le acabo de reservar a una expedición de franceses para enero. Ya para esas fechas casi no queda lugar.

—Antes de que estuviera el hotel ya existía la empresa —dijo Tijerina—. Aquí el oso tiene su fama y ya hace casi treinta años que sube gente.

—Orizaba Mountain Guides —dije.

—Sí, pero lo llamaban un chingo de todos lados, siempre subiendo gente. Hasta que se decidió a hacerlo chido, bien puesto el negocio. En esta empresa empecé yo a trabajar. ¿Verdad que sí, oso?

—Así es, mi estimado.

Después de eso intercambiamos algunas opiniones sobre las otras montañas. Les hablamos sobre nuestras otras expediciones. Rieron cuando imitamos a algunos de los otros guías, como la voz serena de Paco o la rasposa de Mauricio con su muletilla de te lo juro por dios. Tijerina en particular reía descontroladamente.

—Ese pinche Mauricio me cae re bien —dijo riendo—. Ya le voy a decir la escoba para siempre.

—Ahí me barrió en el Izta, el güey —dije—. Me estaba congelando. Menos mal que no había nieve.

—¿No les ha tocado nieve en ninguna?

—En ninguna —dijo Raquel—. Nunca nos toca. Fuimos al Nevado y nevó una semana después. Fuimos a la Malinche y nevó dos días después.

—Todas les han tocado pelonas —dijo Kenia—. Pero en el Nevado nieva y se derrite todo bien rápido. Y cuando nieva cae bien poquito. Ya de Nevado no le queda nada.

—Ayer estaba nevado el Pico —dijo Tijerina—. Lo que pasa es que ha hecho mucho calor y no sé cómo esté ahora. Lo que sí, seguro, en el glaciar hay nieve. Hasta arriba siempre hay. Probablemente haya menos que ayer, pero habrá. De todas formas este ha sido un año muy seco. Normalmente caen tres nevadas muy fuertes a lo largo del año, una en enero, otra en febrero y otra en marzo. Y las de este año no han sido gran cosa.

Hace unos años estábamos subiendo a unos pinches gringos aquí al Pico y empezó a nevar bien cabrón. Un chingo de nieve. No, hombre, les dije: vámonos para abajo, cabrones. Estaba tan cabrón que nos tuvimos que meter en el refugio a esperar. Vamos a esperar a que pase y nos vamos. Un día, dos días, ¡tres pinches días estuvimos ahí metidos en los que nunca dejó de nevar! Ya se imaginan, sin comida, sin baño… Y los pinches gringos ahí cagados de frío. Uno de los guías ya no quería ir al baño ahí dentro y salió. Ahorita está calmado, dijo, pues apretó en lo que salió el güey. ¡Se le voló el techo de la letrina! Pinche güey volvió cagándose de frío, todo lleno de nieve y de meados. Y todos cagándonos de la risa. Luego dejamos de reírnos porque se reventó un pedazo de la pared del refugio. Estuvimos ahí horas buscando cómo tapar el agujero. Y cuando al fin pudimos salir, la pinche nieve nos llegaba hasta las axilas. Ahí íbamos los guías abriendo huella, empujando, turnándonos para abrir camino entre la nieve. Pinches gringos diciendo que se la estaban pasando poca madre. ¡Pues claro, los cabrones no tenían que luchar y empujar! Así ya hace años que no me toca.

—Yo quisiera que nos tocara así —dijo Raquel.

—Con este clima nunca se sabe. Hace dos años vinieron unos chavos de Monterrey. Se cerró el clima encima de la montaña y les dije que así no subíamos. Pero querían ir y querían ir y después de un par de días esperando hicimos el intento. El clima cerradísimo y no nevó ni un poquito. Estábamos sobre el glaciar y no había visibilidad, un metro como mucho. Allá íbamos subiendo y esos güeyes preguntando si ya íbamos a llegar. Ay, güey, pues no lo sé, no mames, no se ve nada. Dimos media vuelta antes de llegar, a unos cincuenta metros de la cumbre. No aguantaron. Y te cagas ahí, porque sobre el glaciar hay unas grietas bien cabronas. Pero fíjate, el clima cerrado y no nevó.

Los platos quedaron limpios. La comida desapareció. En cuanto hubo silencio nos pusimos de pie y Kenia nos dio instrucciones:

—Ahora vayan a su habitación, asiéntense, descansen y como a las once y media nos vamos a hacer la caminata de aclimatación. Seguramente nos va a tocar calor, así que no se preocupen por llevar ropa para abrigarse. Vamos a ir aquí cerca para caminar por el bosque, a un lugar muy bonito que conocemos. Si quieren, también, pueden subir a la azotea y hacer fotos ahora que se ve bien la montaña.

Las mujeres aparecieron para llevarse los platos y les dimos las gracias.

Subimos a la azotea durante algunos minutos antes de entrar a nuestra habitación para tomarle fotos al volcán, que se veía con claridad. Pocas nubes viajaban alrededor de su cumbre y su base brillaba con un color verde intenso por las copas de los árboles. Su figura cónica se veía entera, desde las rocas negras cerca del bosque, hasta la punta blanca nevada. Hacía mucho calor. Desde el terreno de al lado del hotel llegaba el sonido de unas gallinas cloqueando y de una cabra balando. Los rayos del sol nos obligaron a bajar pronto.

LA HABITACIÓN QUE NOS DIERON era bastante grande y tenía su propio baño. Había cuatro camas distribuidas en dos literas de madera con colchones cómodos, mantas y dos almohadas. El baño tenía ducha propia. Empezamos a vaciar las mochilas y a acomodar las cosas separando lo que nos serviría para la montaña y lo que se quedaría en la habitación. Kenia tocó la puerta y dijo que pronto nos iríamos.

Subimos a la camioneta y nos adentramos en un camino de tierra que tras unos minutos nos condujo al bosque. Los árboles eran altos y poco frondosos. El sol golpeaba con fuerza sobre el lugar y la tierra humeaba de calor. El color de la tierra, húmeda en algunos puntos, evidenciaba que aquel era un sitio de contrastes. Durante un instante quedó a la vista el volcán y el pico adyacente que lo acompaña, que al lado del Citlaltépetl no parece gran cosa.

—¿Ven ese pico de ahí? —preguntó Tijerina—. Se llama Sierra Negra. ¿Y ven lo que tiene en la cima, esa bola blanca? Es un telescopio. Es el segundo telescopio más alto del mundo. El primero está en Chile. Sierra Negra es un poquito más alto que la Malinche, pero nadie la toma en cuenta para escalar porque le dieron en la madre con eso del telescopio. Lo arruinaron. Se puede llegar hasta arriba en coche. Pero está chido ir. Yo ya fui una vez, nomás para asomarme. Creo que hay excursiones desde Puebla en las que te llevan y te dan un tour y te explican cómo funciona el telescopio. De hecho, si subes te dejan entrar sin problema. Yo entré, pero obvio no fui como parte del tour. Y obviamente no entendí nada, porque no es de esos telescopios en los que te asomas y ves las estrellas. Es un radiotelescopio o algo así. Ahí abajo hay unas placas que detectan no sé qué chingados. Pero está padre.

»Hubo muchos problemas con ese telescopio —continuó—. Lo inauguraron tres veces. Cuando se suponía que iba a estar listo había unas partes que debían ser de metal que eran de madera pintada. La segunda vez que lo inauguraron ya habían traído las placas de metal, que supuestamente tenían que ser especiales, y las pusieron mal. Lo inauguraron otra vez, pero la chingadera seguía sin servir. Al final tuvieron que traer a un equipo de franceses que ya supo qué hacer y entonces sí, tercera inauguración. Y entre cada inauguración pasaron años, no crean que unos días.

El suelo era bastante irregular y la camioneta avanzaba con dificultad. Dando muchas curvas, el camino se adentraba en un bosque con una pendiente constante. Las ruedas levantaban la tierra con cada acelerón que Kenia pegaba. Pronto estacionó el vehículo a un lado del sendero y salimos. El lugar era seco y el polvo que se levantaba tenía un color entre rojizo y marrón que había pintado la camioneta. Por fortuna, los árboles nos protegían del sol.

Desde el principio tuvimos la sensación de que para nuestros guías no era placentero estar ahí después de haber llevado clientes al lugar dos días atrás. Los dos estaban serios y actuaban con prisa. Apenas pusimos los pies en el suelo y Tijerina nos dio los bastones y nos instó a avanzar y a seguir a Kenia. Ella guio durante todo el trayecto y él hizo alguna que otra fotografía.

Raquel se echó la mochila a la espalda y la cámara al hombro, liberándome de tener que cargar peso.

—Vamos a ver cómo responde tu espalda —me dijo.

En el camino, dentro del bosque, encontramos un gran número de pastores con ovejas, pastando en los pocos lugares en los que había vegetación verde. El antiguo cauce de un río bajaba desde lo alto y nosotros avanzamos por su orilla hacia arriba, en una inclinación de entre veinte y treinta grados.

—¿Ya no corre agua por aquí? —pregunté.

—Corría —dijo Kenia—. A veces cuando ha caído mucha nieve en el Pico y después hace calor sí corre. Había un río, pero lo entubaron. Mira, aquí se ve un poco del tubo, o de uno de los tubos. Según vayamos subiendo vas a ver más tubos. Ahí más arriba hay uno roto y desde ahí sí cae agua.

—Les cuesta encontrar comida para las ovejas a los pastores —dije—. Pronto van a necesitar huachicoleros de agua. Agualeros.

Seguimos subiendo y encontramos, justo en el centro del antiguo cauce, un altar de color rosa a la Virgen de Guadalupe. La estatua de la virgen en el centro del altar, decorada con flores y frutos. A unos metros, un pastor sentado en la sombra, la observaba mientras sus ovejas iban y venían descontroladas. Nuestras pisadas se sumaban a los sonidos naturales del bosque.

—Es curioso —dijo Kenia—, en todos los pueblos hay altarcitos así de colores.

—Aquí está bastante alto y dentro del bosque —dijo Raquel—. ¿Cómo se les habrá ocurrido ponerlo aquí arriba?

Avanzábamos y se empezaba a escuchar a lo lejos una cascada, el golpe del agua contra las rocas. Cruzamos el tramo en el que el tubo roto dejaba salir el agua, aunque éste había sido arreglado con pedazos de tela y alambre. La tierra seguía húmeda.

—Arreglo made in México —dijo Tijerina.

—Aquí también vamos a tener que traer a los franceses para que reparen —dije.

Apareció la cascada a lo lejos, de unos seis metros de altura. Era un pequeño caudal que caía desde lo alto de una pared de rocas negras sobre una pequeña laguna que, tras bajar un poco pendiente abajo, desaparecía en el inicio del tubo. Un poco de brisa se levantaba con el golpe del agua, volviendo fresco al lugar y acentuando el olor de los árboles.

—¿Qué les parece, chavos? —preguntó él—. ¿Padre, no?

—¿Quieren la ruta fácil o la peligrosa? —preguntó Kenia señalando un tramo en el que la bajada del agua era angosta y se podía cruzar de un salto, y un tronco caído por el que se tendría que cruzar haciendo equilibrio.

—La peligrosa —dijo Raquel, adelantándome—. Siempre la peligrosa. Vamos a cruzar como el francés ese que cruzó la cuerda floja de una de las Torres Gemelas a la otra. ¿Cómo se llamaba ese hombre? Era un francés.

—Philippe Petit —dije.

—Pues unos franceses vinieron hace unos meses a medir el cráter del Pico —dijo Tijerina—. Quieren poner un cable de un extremo a otro y cruzarlo haciendo la cuerda floja. Tomaron medidas y todo.

Cruzamos por el árbol caído y nos acercamos a la laguna. Caminé hasta la pequeña cascada y toqué el agua, fría, directa de la montaña. Nos dieron unos minutos para caminar con libertad por el lugar. Los dos se alejaron un poco para discutir algunas cosas. Tijerina le mostraba la pantalla del teléfono a Kenia y parecía hacer cuentas con los dedos de las manos. Ella escuchaba con atención y asentía. Raquel iba y venía tomando fotos. La pared tenía aquel pequeño rincón en sombra y no tardé en sentir frío.

—Va a ser duro —me dijo Raquel—. ¿Qué tal la espalda? ¿Te duele?

—Sentí un ligero dolor cuando empezamos a andar, pero me duró como tres minutos. Se me quitó cuando entramos en calor. Si quieres puedo llevar yo la mochila a la vuelta.

—No nos arriesguemos, no te vayas a fastidiar ahora antes de subir. He estado pensando y creo que debemos cambiar de estrategia en esta ocasión. Siempre voy yo detrás del guía y tú detrás de mí. Hay que cambiar el orden. Como Tijerina va muy rápido, lo mejor es que tú te pongas detrás de él y que yo me ponga detrás de ti. También, vamos a cambiarnos las mochilas, porque la mía es más ligera que la tuya. Y vamos a dejar la cámara en la habitación, es demasiado pesada. Así, como sólo subimos nosotros dos con ellos, Tijerina tendrá que adaptarse a tu paso; no podrá correr. No te quedarás atrás.

—Es buena idea. Iremos muy compactos, además. Tijerina no se despegará de mí, ni tú de Kenia. Iremos los cuatro muy juntitos en fila.

—¿Hacemos eso, entonces? Vale. Y ahora, en lugar de cuidar tú de mí, yo cuidaré de ti.

Tijerina hizo un gesto con la mano para que nos fuéramos.

—Vamos, chicos, vamos de regreso. Vemos lo del equipo y comemos.

Kenia y Raquel empezaron a bajar a gran velocidad y yo me quedé atrás con Fernando. Imité la voz de Mauricio mientras bajábamos:

—Güey, te juro por Dios que odio bajar.

Soltó una carcajada.

—Tranquilo, Jorge —dije imitando la voz de Paco—. Utiliza el bastón, pisa bien, conserva la calma.

—¡Jaja! El buen Paco.

—El maestro —le dije—. Él me fue llevando en todo el camino del Izta. Fue muy raro, porque de muchos ratos de eso sólo recuerdo la luz en el suelo y su voz en la oscuridad.

—A huevo, así es Paco, siempre tranquilo. Él fue mi maestro, con él empecé a escalar. Me enseñó casi todo lo que sé. Y tuvimos unas aventuras bien cabronas. En una nos perdimos durante días en la montaña, pero el güey nunca pierde la calma, siempre tranquilo aunque la cosa se ponga de miedo.

Pronto estuvimos de vuelta en el coche y tras quince minutos llegamos al hotel.

ABRIÓ EL MALETERO de la camioneta y sacó el equipo, que luego dejó caer al suelo. Hizo dos montoncitos que fue separando poco a poco.

—A ver, un casco para cada uno, el arnés, cada uno su bastón y el piolet. Ah, y los crampones. Al rato o mañana por la mañana les damos su lámpara para el casco. Pongan el equipo ahí junto a la puerta de su habitación y ahora les decimos cómo está la cosa. Tranquilos, tomen algo, refrésquense y ahora lo vemos. Luego comemos y listo, a dormir.

Nos tomó unos minutos desembarazarnos del calor. Kenia tocó la puerta de la habitación y salimos. Ella se quedó callada y él explicó todo:

—No les voy a decir lo que ya saben porque sería perder el tiempo. Les voy a contar cómo van a ser los tiempos. A las once de la noche los vamos a despertar. Se levantan tranquilos y sin demasiadas prisas se ponen el equipo: botas, pantalones y su primera capa. Como a las once y veinte vamos a desayunar. Si quieren llevar los arneses puestos, adelante. Bien, pues acabando de desayunar van a pasar por nosotros, alrededor de las doce. Para esa hora ya tenemos que estar listos, ¿sale? Equipados con todo. Déjenme ver sus capas de ropa.

Entré en la habitación y salí con el nórdico, que sería la primera, la chamarra ligera de plumas que sería la segunda y la chamarra gruesa.

—Okey —dijo analizándolas—. Estas chamarras gruesas no son de montaña, ¿verdad?

—Son más para deportes náuticos que de montaña —dije.

—Lo que no sé es qué tal transpiren, pero de todas formas están bien. Son muy buenas. Esto es lo que van a hacer: la segunda capa, la chamarra de plumas, la van a llevar en su mochila, ¿sale? Va a haber grandes cambios de temperatura ahí arriba y si salen con las tres capas desde el principio van a pasar calor. Y es muy muy importante que no pasemos nada de calor. Entonces vamos a llevar al principio la primera capa y la tercera. Cuando lleguemos al glaciar sí va a hacer frío y ahí nos ponemos la segunda capa.

»Esto seguramente ya lo saben porque ya me conocen —continuó—. Esto es ochenta por ciento mental y veinte por ciento físico. Es muy importante entender esto porque tienen que cuidar sus fuerzas y su calma. Si ahí arriba se desesperan, se acabó. La camioneta nos va a llevar desde aquí a la base y vamos a tardar una hora. A la una o así deberíamos empezar a subir, ¿okey? Del inicio al glaciar es veinticinco por ciento del recorrido; del glaciar a la cumbre es el otro veinticinco y de la cumbre a la base es el otro cincuenta. Lo digo porque, de nuevo, si no cuidan su estado mental, no van a llegar. A mucha gente le pasa que cuando llegamos a la base del glaciar lo ven pequeño, pero sobre el glaciar vamos a estar entre tres y cuatro horas. Mentalmente es difícil porque desde que empezamos a subir el hielo se ve la cumbre. Y caminas y caminas y caminas y empiezas a sentir que no te acercas y ahí quedaste. Así que, no se desesperen. Ustedes sigan su ritmo, sigan al que traen delante y ya llegaremos. Guarden sus fuerzas para bajar.

»Eso me lleva al equipo —dijo tomando un piolet del suelo—. El arnés ya saben cómo

ponérselo. A ver, pónganselo y déjennos ver qué tal lo hacen. Perfecto. Muy bien. Ajusta un poco más en la pierna. Tiene que quedar encima de la cintura del pantalón, bien ajustado, sin que sea incómodo, y encima de la primera capa. Si la primera capa estorba, es más difícil que nos amarremos. Que quede a la mano el mosquetón. Perfecto.

Después nos recordaron cómo ponernos los crampones.

—Tienen que estar bien ajustados. Si a alguien se le suelta un crampón ahí arriba, vamos a estar en problemas. Ahora que terminemos, quiero que lo practiquen un par de veces, ¿sale? Bueno, del casco ya saben, muy importante, nos los ponemos al bajar de la camioneta y nos los quitamos cuando estemos de vuelta. Es muy importante para estar seguros.

»Vamos a pasar a esto —dijo mostrándonos la herramienta que tenía en la mano—. ¿Habían usado alguna vez un piolet? ¿No? Okey, primero voy a decirles las partes para que las conozcan.

Nunca habíamos usado un piolet, aunque habíamos visto muchos. Existen dos tipos, los técnicos, cuyo mango oscila entre los cuarenta y los sesenta centímetros, y los de travesía, que miden entre ochenta y noventa centímetros de largo. Los técnicos se utilizan para la escalada vertical en hielo y se suelen llevar a pares, uno en cada mano; los de travesía, como el que nos estaba mostrando Tijerina y de los que se suele llevar sólo uno por escalador, sirven principalmente para prevenir accidentes en los glaciares. Son más largos porque también se usan como apoyo, aunque su principal función es hacer de freno en caso de un deslizamiento incontrolado. Fue el instrumento que se utilizó para asesinar al revolucionario ruso León Trotsky, aunque en su época parecían más una herramienta para la minería que para el alpinismo.

Un piolet de travesía consta de seis componentes. La cabeza (1), desde la que sale un pico (2) en una dirección y una pala (3) en la otra; el mango (4), que en este tipo de piolet llega, con el brazo estirado, desde la mano hasta el suelo; el regatón (5), que es una punta de acero en la parte inferior del mango y que sirve para dar estabilidad al caminar, clavándolo en el hielo o en la nieve; y la dragonera (6), que es una correa que sirve para asegurar la herramienta a la mano o al arnés.

—La parte larga de donde lo tengo agarrado ahora —continuó explicando el guía— es el mango. Este piolet es de travesía y por eso tiene el mango muy largo. El mango termina en esta punta de abajo que se llama regatón. Nos va a servir de apoyo cuando estemos en el glaciar. Ustedes van a llevar el piolet en una mano y el bastón en la otra. De acuerdo, en la parte de arriba está esto, que de un lado lleva el pico y del otro la pala. Lo que más nos interesa es esta punta, el pico. Dos formas hay de agarrarlo: los europeos ponen la mano encima y dejan que el mango salga hacia abajo entre los dedos índice y medio; los gringos ponen la mano entera sobre el pico y dejan la pala hacia adelante, saliendo entre el índice y el pulgar. Nosotros vamos a usar la forma europea, ¿sale? El glaciar tiene una pendiente muy inclinada, por lo que siempre vamos a subir en diagonal, en zigzag. Bien, pues el pico del piolet siempre va a ir apuntando hacia la

pendiente, hacia el hielo. Si vamos subiendo en diagonal y la pendiente, o sea la cima, queda a mi izquierda, llevo el piolet en la mano izquierda con el pico apuntando hacia la pendiente, hacia arriba, y en la otra mano el bastón. Cuando llego al punto en el que hacemos cambio de dirección, cambiamos el piolet y el bastón de mano y seguimos. ¿Por qué es esto así? Si me caigo y empiezo a deslizarme hacia abajo, con el pico apuntando hacia la pendiente, lo único que tengo que hacer es soltar el bastón y agarrar la base del mango del piolet con la mano que me queda libre. Llevo el piolet a mi pecho y clavo el pico en el hielo, echando todo mi peso sobre el mango boca abajo. Así no tengo ni siquiera que cambiarlo de mano. De nuevo: me caigo, suelto el bastón, piolet al pecho y pico al hielo y eso frena mi caída. ¿Sale? ¿Se entiende? Bien. La dragonera, que es esta banda que sale del mango, hay dos formas de ponérsela. Puede ir directo al mosquetón del arnés o en la muñeca. Les sugiero que se la amarren a la muñeca porque he visto que muchos se confunden cuando la llevan en el arnés a la hora de hacer los cambios. Ahora que tengan un tiempo familiarícense con su piolet porque ahí arriba va a ser su mejor apoyo.

»Creo que ya no hace falta que les diga lo del juego con las capas. Eso ya se lo saben, primero el gorro y así… En la mochila, crampones hasta abajo, la segunda capa encima de los crampones y hasta arriba el agua y la comida. Normalmente subimos con dos litros de agua.

—Trajimos suero —dijo Raquel—, Electrolit. ¿Está bien?

—¿De cuánto es, de un litro?

—Es de seiscientos.

Kenia intervino:

—Entre los seiscientos de suero, los trescientos de Coca Cola y la botella de agua, suman dos litros de líquido —dijo.

—Cierto —dijo Tijerina—, con eso es más que suficiente. ¿Se me olvida algo?

Kenia dijo lo de las medicinas y después no quedó nada más que decir.

—Perfecto, pues eso es todo en cuanto al equipo y los tiempos. Espero que quede claro. Ahora familiarícense un rato con los piolets, practiquen un par de veces cómo ponerse los crampones y les avisaremos cuando sea hora de comer. Aunque… ahora que lo pienso… hay algo que les quiero mostrar porque estoy seguro de que les va a gustar. Practiquen un momento y vengan acá, a la puerta que está al lado del comedor.

Entramos a la habitación y, tras unos minutos de práctica, empezamos a acomodar el equipo en un rincón.

—Tengo dudas —dije alzando los pies para quitarme el arnés—. Mi cerebro no se decide. A veces me digo a mí mismo que esto va a ser más fácil de lo que imagino y a veces creo que va a ser dificilísimo.

—Tú sólo lleva cuidado y no te mates.

—Tengo que llegar arriba —dije—. No se me puede ir. Tengo que llegar arriba.

RAQUEL TODAVÍA SE ESTABA QUITANDO LOS CRAMPONES cuando la voz de Tijerina nos pidió que fuéramos con él; la puerta estaba abierta. Su voz sonaba ansiosa y no tardó demasiado en volver a llamar. Un poco después se asomó al interior de la habitación.

—Vengan, les voy a mostrar la salita que tenemos aquí.

—Adelántate —me dijo Raquel mientras se quitaba el crampón apresuradamente.

Salí y lo encontré ahí de pie, en la puerta que nos había dicho, sonriendo. Abrió la puerta.

—Adelante, pasa —dijo y esperó a mi mujer, que ya entraba detrás de mí.

—Wow, qué bonito —dijo Raquel.

—¿Verdad? Esta es nuestra salita. Nuestro lugar del desmadre. Hace unas semanas vinieron unos rusos que no sé de dónde chingados sacaron mariguana y montaron un desmadre aquí.

Era un cuarto amplio, con un par de sofás y sillones y varias mesitas con juegos de mesa. Las paredes estaban tapizadas de fotografías y posters de montañas y de alpinistas. De una pared a la otra, clavadas al techo, cruzaban las banderas de oración de Nepal, pequeños cuadrados de tela de colores con el patrón tradicional: azul, blanco, rojo, verde, amarillo. Tijerina caminó hacia la primera fotografía, que era del Pico de Orizaba, puso el dedo en un punto y empezó a recorrerlo hacia arriba.

—Por aquí vamos a subir nosotros. Es una cara norte y es la más fría. Antes se subía por aquí, por la cara oeste, pero es horrible, muy aburrida. Prefiero esta, la que vamos a usar. Vamos a subir por aquí, por aquí, por aquí hasta llegar al glaciar. Ahí ya quedamos totalmente desprotegidos y nos va a pegar bien cabrón el airecito. Vamos a pasar frío.

—Mira —me dijo Raquel—, la información dice que mide 5700 metros, no 5636.

—Está mal —dijo Tijerina—. Bueno, está mal ahora; en ese entonces estaba bien. Antes el glaciar llegaba hasta la cumbre y eso hacía que fuera más alta. Ahora el glaciar ya no llega hasta arriba y eso ha hecho que la altura disminuya. Son 5636.

—Ahí está el mero mero —dije señalando otra fotografía que decía en letras rojas Reinhold Messner y en la que estaba su cara sonriendo, con la barba llena de hielo.

—Ahí está Messner, sí. Tengo ahí un libro de cartas en las que Messner le dice a Kukuczka que es el mejor escalador de la historia. No me acuerdo exactamente de las palabras, pero a Messner le avergonzaba que lo consideraran mejor sólo porque Kukuczka no tenía patrocinios. Así está más cabrón subir a la montaña, cuando nadie te da apoyos de ningún tipo.

—¿Y era mejor Kukuczka que Messner? —pregunté.

—Pues es muy difícil decir quién era mejor. Pero sí es verdad que Messner tenía muchos apoyos, o por lo menos mucha fama. Kukuczka muchas veces no sabía siquiera si iba a subir o no. Eso está cabrón.

—Aconcagua —dijo Raquel leyendo el título de la fotografía en la que salía la montaña.

—La cara sur —dijo Tijerina—. Es el ascenso más cabrón. Miren todo ese hielo que se acumula, los seracs. Se desprende una de esas madres y ya valiste. Si yo pudiera subirlo, subiría por ahí.

—¿Nunca has ido? —preguntó Raquel.

—He ido a picos de Perú, Ecuador, Chile y Argentina, pero no al Aconcagua. Por la vía normal, la verdad es que no me llama mucho. No es difícil y más allá de la altura no tiene mucho chiste. Me gustaría subir por esta cara sur, pero para subir te piden un depósito de un chingo de dinero, por si te das en la madre. Es demasiado caro. Piensa en el depósito, en lo que cuesta la entrada al parque y en lo que cuesta el boleto de avión… Preferiría ir a Europa a escalar.

—¿Y ya has ido a Europa?

—Jeje… Tampoco. Nunca he saltado el charco. Es demasiado caro. Cuando he tenido dinero lo he usado para otros picos de Sudamérica. Como este —dijo acercándose a otra foto—. Chimborazo. Este también es un volcán, ahí en Ecuador. No es más alto que el Everest, pero como está en el ecuador, su cumbre es el punto más alejado del centro de la Tierra y, por eso mismo, es el punto del planeta más cercano al sol. Ahí abrimos varias rutas.

»Este también lo escalamos —dijo caminando hacia el siguiente cuadro—, Ranrapalca. Y este me gustaría escalarlo —dijo yendo al siguiente—, el Fitz Roy. Mucha gente lo considera el pico más bonito del mundo.

—¿Este de aquí es… Ama Dablam? —pregunté.

—No —dijo—, es el Pumori.

—Cerca de donde se murió Ueli Steck.

—¡Sí, caray! Se nos fue el mejor. Se murió en el Nuptse. Primero habían dicho que en el Everest, pero fue en el Nuptse. Desde el Campo II del Everest lo vieron caer. Así pasa con esto de la montaña. Pensaba hacer lo que nunca se había hecho, pasar del Everest al Lhotse y así, aclimatando en el Nuptse, se cayó. Nada está bajo nuestro control, por mucho que lo intentemos. A Messner lo vieron una vez con el tobillo roto y, cuando le preguntaron, resultó que se lo había roto en su casa, bueno, en su castillo. El tipo se subió a una silla, se cayó y se rompió el tobillo. Y en las montañas nunca le pasó nada. Por una tontería.

—¿Y esta foto? —preguntó Raquel—. Este es…

—Ese es el oso, el cuate que conocieron esta mañana. Está ahí en la cima del Aconcagua. Al oso le ha ido bien. Pero miren qué fea es la cima del Aconcagua. Mejor por la cara sur.

—¿Y el Everest? —pregunté.

—Más de lo mismo. Es carísimo. Setenta, ochenta mil dólares para irte a formar detrás de ochocientos cabrones. No le veo mucho chiste. Y luego no es tanto la altura de un pico lo que cuenta, sino su dificultad. Muchos hay que suben los ochomiles pero no porque sean grandes escaladores, sino porque son buenos caminadores. Ueli sí que era

un escalador, lo que le pusieras delante, roca, hielo, altura…

—Pero lo subirías…

—Si tuviera ese dinero, pensaría muy bien dónde gastarlo. La verdad es que como estoy pues no tengo demasiadas opciones, pero no sé si el Everest estaría entre mis prioridades. La falta de recursos dificulta las cosas. Tiene uno que buscarse la vida como puede.

—Me gusta mucho este lugar —dijo Raquel.

Hubo silencio.

—Bueno, ¿vamos a comer? Yo creo que ya es hora —dijo Tijerina.

EN EL COMEDOR estaba la mesa puesta y el primer plato servido, una sopa de fideos con tomate. No eran aún las tres de la tarde y no teníamos demasiada hambre, pero hicimos el esfuerzo. Kenia y Tijerina se sentaron y atacaron la sopa con voracidad. Una jarra con agua de sabor estaba en el centro de la mesa.

—Mmm… qué rico. Coman, coman. Kenia, ¿de qué sabor es el agua?

—Es… creo… me sabe a piña, pero a lo mejor lleva algo más. ¿Guayaba?

—¿Cómo lo ven? —nos dijo Tijerina a Raquel y a mí—. ¿Cómo se sienten? Esto es muy diferente al Izta. Comer bien, dormir bien.

—Aumentan las probabilidades de éxito. Vamos a subir —dije.

—¡Eso! A huevo. He estado hablando con Fer Veytia. No sé si sepan, pero el güey tiene una hacienda en Cocoyoc. Y es así como un hotelito, con alberca y habitaciones y un clima poca madre. Le he dicho que deberíamos usarla para los ascensos al Izta. Irnos desde el viernes, llegar ahí, dormir bien. Al día siguiente podemos hacer una carne asada, y estar en la alberquita. Chingón. Y ya la noche del sábado, la madrugada del domingo, subir. El pedo es que está muy lejos del Izta, por lo que tendríamos que salir más temprano. Y todavía no se me ocurre dónde haríamos la caminata de aclimatación.

—Ya nos había dicho que se le ocurría algo parecido para el Pico —dije—, venir aquí desde el viernes y pasar dos días.

—Es que yo creo que eso es lo que más afecta a los que vienen a subir. Aquí muchas veces tenemos mayor porcentaje de éxito que en el Izta y no es porque sea más fácil, sino porque se aclimata mejor, se descansa más y sobre todo eso, se duerme a menos altura.

—La altura para dormir en el Izta nos afectó mucho —dijo Raquel—. A todos. Había gente vomitando y todo.

—Es que cuando estás en altura da igual que estés acostado o durmiendo. Tu cuerpo sigue trabajando. A los europeos que vienen aquí y no pasan antes por el Izta se les sigue dificultando esta altura para dormir.

—¿Aquí a cuánto estamos?

—Tres mil. Puede que un poquito más, pero tres mil. En el Izta se duerme a tres mil

novecientos y pico, casi a cuatro mil. Y el refugio del Izta debe estar entre los cuatro mil cuatrocientos y cuatro mil quinientos. Odio dormir ahí.

—Oye, ¿y españoles no vienen? —preguntó Raquel.

—Siempre hay un español. No sé cómo le hacen, pero siempre hay un español.

—Uno de los guías aquí es español —dijo Kenia—. No sé si lo conozcan, se llama Patxi. Es muy cagado porque a veces se pone a explicarle a los clientes y a los mexicanos se les hace raro porque los españoles hacen esto de ser redundantes al hablar. «Vamos a subir para arriba» y «vamos a bajar para abajo».

—Mira cómo se ríe Raquel —dije—. Se identifica en eso que dices.

—Sí —continuó Kenia—. Cuando se va a dormir dice «venga, que me subo para arriba». Es gracioso porque no lo entienden como una redundancia.

—Raquel lo hace hasta con el perro. «¡Salte afuera, ya!».

—A mí me interesan mucho esas cosas —dijo Kenia—. En la universidad estudio eso, idiomas. Traducción e interpretación. Y esas diferencias me parecen muy curiosas. Luego vienen aquí escaladores de muchas partes del mundo y yo quiero practicar idiomas, porque no es lo mismo hablar con nativos que con compañeros de clase. Pero los europeos hacen un esfuerzo de adaptación e intentan hablar español. Y yo les digo «no, no te esfuerces». Luego vamos bajando de la montaña y oigo a algunos hablando alemán y me les pego, para ver si me hablan y podemos intercambiar algunas palabras.

—Eres la acosadora de la montaña —le dije.

—¡Ja! Sí. Soy una stalker de los idiomas.

—¿Quiénes hacen el mayor esfuerzo por hablar español? —pregunté.

—A mí me sorprenden los italianos —dijo Tijerina—. Cada día que pasan aquí hablan mejor y mejor. Los que menos esfuerzo hacen son los gringos. A esos les gusta que les hablen en inglés y ya. Los franceses depende, porque hay algunos mamones que no salen del francés, pero otros que sí.

—¿Y los que mejor escalan?

—Pufff… Pues varía. A veces unos y a veces otros. Lo que sí se ve es que los que más saben muchas veces son españoles. Como que son más técnicos. A lo mejor por las montañas que tienen. Vienen unos vascos que saben un chingo y creo que tiene que ver con que sus montañas son bajas y eso les ayuda a estudiarlas. Vienen italianos y suizos y franceses que han subido picos importantes de los Alpes, pero al poco que te pones a hablar con ellos, descubres que subieron por rutas fáciles, no muy técnicas. Puedes haber subido a muchos sitios, pero hay diferencias entre escalar y caminar. O sea, se puede pensar en una montaña, pero más bien se tiene que pensar en sus rutas. No llegaste arriba y ya, listo. Así hay muchos, que coleccionan cumbres. No, llegaste pero por dónde. Y luego bajas y buscas otro camino para volver a subir. Así conoces una montaña de verdad.

—Nosotros hemos visto españoles que se van a una montaña y se quedan días ahí explorando —dije—. Cuando a nosotros nos picó el bicho de la montaña empezamos a

ir a picos muy fáciles de los Pirineos, picos que la gente utiliza para esquiar. Nosotros nos íbamos a subirlos a pie. No teníamos ni equipo ni nada. Nos poníamos bolsas del súper dentro de las botas para que no se nos mojaran los calcetines con la nieve. Fuimos varias veces a La Tosa. Es para esquiar, obviamente, y hay carritos que suben a los esquiadores. Nosotros nos fuimos así en plan demente. En la subida se nos acabó el agua. Llegamos a la cumbre como en cuatro o cinco horas, sedientos. Cuando llegamos vi unas tuberías y le dije a Raquel, «a ver si hay por ahí algún grifo del que salga agua». Caminé un poco, bajé unos metros por el otro lado y me encontré un edificio. Entro y ahí, súper bien montado, un bar. ¡Un bar! Como en un cliché de película, la barista detrás de la barra secando un vaso. Descubrimos que no éramos los únicos que íbamos a explorar por ahí. Muchos iban y se quedaban debajo del bar durante días, donde había un albergue, y exploraban la montaña. Le dijimos a la barista, así medio muertos de cansancio, que habíamos subido a pie desde las vías del tren. Esperábamos que pensara que éramos unos chingones y en lugar de eso nos miró como diciendo «pendejos, ¿y por qué no subieron en los carritos?»

Las dos mujeres de la cocina trajeron los segundos platos, que eran unos filetes de res gigantescos —corte desconocido— y un acompañamiento de verdura: nopal con pimiento. Raquel abrió los ojos con asombro.

—Qué tal —dijo Tijerina—. Esto sí es comida, ¿eh? Riquísimo.

Trajeron también tortillas. A todo le echaron grandes cantidades de sal nuestros dos guías.

—Entonces sí irías a escalar a España —dije llevándome un pedazo a la boca.

—¡Puta, claro! Ya le dije a Patxi que cuando tenga dinero iremos y escalaremos el Naranjo de Bulnes. ¿Pero ves, a eso me refiero? El buen Patxi siempre está hablando de rutas y de dificultades y demás. Sabe un chingo. Eso se nota.

La acción de cortar y comer nos tuvo distraídos durante algunos minutos.

—¿Si tuvieras que escoger entre el Izta y el Pico, cuál escalarías? —le pregunté.

—Uy, no lo sé. Son diferentes. Escojo los dos.

—No, a ver. Vengo del más allá y te digo que te queda un pico, uno solo. ¿Cuál escoges?

—Yo creo que este —dijo pensándolo—. Este tiene un encanto muy particular. En temporada alta casi que vivo aquí durante meses. Si no pudiera volver a escalar creo que extrañaría más al Pico que al Izta.

—¿Y tú, Kenia?

—A mí me gusta el Nevado, jaja.

—A mí también —dije soltando una ligera risa—. Ahí sí soy bueno.

Poco tardamos en acabárnoslo todo. Recogimos los platos de la mesa y los llevamos a la cocina. Tijerina dijo que era hora de descansar y que durmiéramos todo lo posible. Ellos se fueron a su habitación y Raquel y yo subimos una vez más a la azotea para ver el volcán. Una nube negra y enorme lo cubría casi entero. El clima se cerraba y el cielo

oscurecía. En lo más alto del pico se alcanzaba a ver algún relámpago.

—Ya sabes qué pasará si no bajamos a tiempo —me dijo Raquel.

PREPARÁNDONOS PARA DORMIR nos inquietó descubrir que la ventana apenas tenía una cortinita y que ésta no impedía que la habitación se llenara de luz. Sabíamos que pasar una buena noche aumentaría nuestras probabilidades de éxito, así que empezamos a buscar la forma de tapar la ventana y oscurecer el cuarto. No encontrábamos la manera. Tras un rato pensándolo, fue Raquel la que tuvo la idea de crear una cortina para nuestra cama, dejando caer dos mantas desde la cama superior de la litera, aislando la cama inferior.

—Mira —dijo—, asómate ahí dentro. Oscuridad total, ¿a que sí? Vamos a estar un poco apretados en la misma cama, pero no tanto. Son bastante anchas y cabemos los dos. Y tengo algo de sueño. Creo que hasta podré dormir.

Nos metimos dentro de aquel pequeño refugio y nos acurrucamos sobre el colchón que, para nuestra sorpresa, era bastante cómodo.

—La clave está en no desesperarse —dije—. Si no te duermes, no te preocupes, busca una posición cómoda y descansa. Ni siquiera hace falta que cierres los ojos. Si no puedes dormir pero estás tranquila, al final te dormirás.

—Mhm…

—No tiene gran ciencia. Antes que dormir, lo más importante es descansar. He apagado mi teléfono para que nadie nos moleste.

—Mhm…

—Es pasar un rato contigo misma. ¿Raquel?

Se había quedado dormida.

Apoyé mi espalda contra la suya y cerré los ojos. No tardé en quedarme dormido yo también.

Cuando desperté tenía un ligerísimo dolor de cabeza y el pulso acelerado, aunque esta vez no sé si por la altura o por los nervios que me provocaba tener que enfrentarme a la montaña al día siguiente. No sabía cuánto tiempo había pasado, aunque parecía que no demasiado. Recosté la cabeza sobre la almohada y me dije a mí mismo que me daba igual. No tenía que dormir. Mientras estuviera descansando y tan cómodo, no tenía que dormir. No podía.

Empecé a pensar en otras cosas, en nimiedades y estupideces: primero en el orden de los muebles de nuestra habitación en casa y en cómo podría cambiarlos de ubicación para ganar más espacio; luego en los últimos resultados de fútbol; y por último en política. Todo ello sin la intención de llegar a ninguna conclusión importante, sin solucionar los problemas de espacio de nuestra habitación, sin saber quién iba a ganar la Liga y sin descifrar qué demonios ocurriría con Trump y sus escándalos con Rusia. Todo al mismo tiempo que quizá, en otro plano de mi mente, reflexionaba sobre nuestra

aventura dentro de unas horas.

Así, mirando al techo, me encontró Raquel que, en cuanto despertó, me dijo:

—No puedes dormir.

Se puso bocarriba y observó el techo también.

—No —dije—, pero se está muy bien aquí. Tengo un pequeñísimo dolor de cabeza, pero estando así tranquilo no me molesta. Ya se me pasará.

—Creo que, a pesar de todo, esto sí es una gran altura. No como en el Izta, pero sí me está costando digerir la comida. Siento que no pasa el filete. Era demasiado grande.

—En la mochila hay un digestivo. Te dejé la mochila a un lado de la cama. Saca la mano por debajo de la cortina esta que te has inventado y busca con la mano. Está en el bolsillo de fuera. Al lado he dejado el agua.

—Has pensado en todo —dijo sacando la mano.

Se tomó la pastilla.

Estuvimos en silencio durante unos minutos.

—Son una pareja rara esos dos —dije.

—¿Quiénes? ¿Tijerina y Kenia?

—Sí. Son una pareja rara.

—Es curioso —dijo reflexionando—. Justo en eso estaba pensando. Hay algo raro en ellos, pero no sé qué es. Ni siquiera sé si la palabra correcta es «raro».

—No sé. Parece que más allá de la montaña no tienen demasiado en común.

—Es que él mismo es algo raro, ¿no crees? Es un tipo extraño.

—Me cuesta creer que él sea la güera. Pero es el mismo del Izta. Casi no lo reconocí cuando lo vimos esta mañana.

—Ya sé. No se ve ni más grande ni más fuerte que tú. A lo mejor es tan bueno en la montaña por lo que ha trabajado en su cabeza. Ya ves que dice que esto es veinte por ciento físico y ochenta por ciento mental. A lo mejor sus virtudes como escalador están en su cabeza y no en su cuerpo.

—Aunque, al mismo tiempo… Esto de subir montañas es en sí una actividad extraña. No tiene mucho sentido. Creo que para muchos es un medio de evasión. Por eso digo que no tienen demasiado en común. Kenia es de otro corte. Es más reflexiva y creo que es más culta. Está yendo a la universidad y habla idiomas. Sus horizontes son más amplios. A veces hasta me parece que le aburre hablar de montaña, montaña, montaña.

»Tengo la sensación —continué— de que él ni siquiera sabe conducir. Y por algún motivo, lo veo y parece como si fuera otra persona. Pienso en el guía del Izta y es como si fuera otro. Cuando ha empezado a explicarnos lo del equipo he captado un pequeño destello del guía del Izta, pero muy tenue. A lo mejor las montañas son un medio para no tener que vivir una vida mediocre, como la de todo el mundo. Aquí es donde es bueno. Y ni siquiera aquí, sino cuando está allá arriba.

—Y ella ha visto de lo que es capaz y por eso le gusta. Se le nota que lo admira. Cuando sube, él es el mejor y el líder y el más fuerte. Kenia ha visto lo que puede hacer y

eso le gusta. Seguramente hasta le dé igual que no sepa conducir o que no sepa nada de otras cosas. De vez en cuando lo ve convertirse en la güera y entonces está con un tío seguro y capaz, con el mejor de todos. No puede conducir un coche de México a Tlachichuca, pero puede llevar a un grupo de gente a la cima del Pico de Orizaba. O puede incluso salvarles la vida.

—Las montañas son su vida porque, aunque en nuestro mundo puede que no sea alguien especial, ahí arriba es el mejor. Por todo lo que ha subido y cómo, creo que el tipo es buenazo. Está desaprovechado, también. Si tuviera más fondos y más patrocinadores podría hacer más cosas. Si hubiera más alpinismo en este país este güey sería uno de sus referentes.

»Tiene algo de adictivo este deporte. Es como una droga. Siempre que subimos decimos que no lo vamos a volver a hacer y dos días después ya estamos pensando en subir a otro lado. Y no paro de pensar en lo que nos dijo Veytia, aquello de que es más difícil criar a los hijos que subir al Everest.

—Se puede conformar con lo que ha conseguido y no seguir subiendo y subiendo porque en su vida hay otras cosas.

—Exacto. El otro Fernando, el tocayo, dijo en el Nevado que las montañas son su vida. Aun así, no tiene nada de malo. No son adictos a la heroína o al alcohol. Y lo que hacen es cultura.

—Es un sentimiento complicado, una mezcla de admiración y pena.

—Va oscilando entre los dos sentimientos —dije soltando una ligera risa—, porque al mismo tiempo nosotros sólo somos unos inútiles turistas que no podemos hacer otra cosa más que observarlos. Salvo por el dinero que les pagamos para que nos suban, no hay nada en lo que podamos ayudar. Si acaso, les complicamos más las cosas.

—Deben pensar que somos unos estorbos. Siempre quejándonos y siempre con problemas. No debe ser fácil para ellos.

Salió de nuestro refugio.

—¿Baño?

—Sí —susurró—. Baño.

—¿Hay mucha luz ahí afuera?

—Menos que antes, se nota que está oscureciendo.

Volvió y seguimos conversando un rato hasta que se hizo el silencio. Sentía el latido de mi corazón contra el colchón pero lo ignoré. Seguí respirando y conservé la calma. Dejé que mis pensamientos navegaran a la deriva, que el viento de mi imaginación los llevara a donde quisiera. Estaba de pronto listo para subir, con el equipo puesto y la luz de mi casco brillando. Estaba a los pies de la montaña, que no se alcanzaba a ver en la distancia. Caminé sobre un terreno rocoso hasta que encontré un montón de gente haciendo barullo en lo que parecía una especie de cuartel militar, techado tan solo con una carpa verde e iluminado con bombillas de luz blanca. Ahí estaba la güera con otras personas, haciéndome un gesto con la mano para que me acercara a ellos. Nos dijo que

era la hora, que esta vez no había juegos, que era todo o nada. No es un pico cualquiera y no es como los otros. La gente viaja a México para subir aquí y hay que estar a la altura de las circunstancias. No esperen respeto de esta montaña porque no se los va a dar. ¿Quieren subir bien? No le pidan nada a la montaña y pongan todo lo que llevan dentro. Pongan todo lo necesario para poder subir. Así, mientras terminaba de hablar y un montón de gente equipada iba y venía, comenzó la güera a caminar hacia la base del pico. La carpa que techaba el cuartel se extendía formando un pasillo por el que la gente caminaba y nos deseaba suerte en nuestro intento de ascenso. Se escuchó un estruendo y entonces vi la montaña, a lo lejos. Acababa de hacer erupción y una enorme fumarola se alzaba kilómetros en el cielo a la vez que rayos morados viajaban entre sus cenizas. Esto apenas va a empezar. Entonces, alguien tocó la puerta.

—Chicos —dijo la voz de Tijerina—. Chicos.

—¡Sí! —exclamó Raquel despertando.

—Ya es hora. Levántense y vístanse. Tómense su tiempo. En veinte minutos nos vemos para desayunar.

Me erguí, salí del mini refugio y empecé a vestirme. No me dolía la cabeza.

—¿Cómo estás? —me preguntó Raquel.

—Bien. He dormido increíblemente bien.

EN EL COMEDOR ESTABAN LOS DOS, sirviendo el desayuno en la mesa: zumo, café, leche, avena, pan tostado y mermelada. La luz amarilla rebotaba contra las paredes y volvía cálido el lugar. Nos dieron los buenos días con una voz apagada; ambos tenían ojeras.

—Hemos dormido muy bien —dijo Raquel—. Bueno, hemos dormido, que ya es algo.

Tijerina comió su desayuno de pie; Kenia se sentó con nosotros. Cuando hubimos terminado, él hizo un pequeño recuento y advirtió:

—Sin lentes oscuros y sin crema solar no podemos subir. No se les olvide.

En ese momento sonó la campana. Abrió las puertas y una camioneta Ford cuatro por cuatro, vieja y enorme y de color rojo oxidado se metió en reversa ocupando todo el espacio. La puerta no se podía cerrar porque el vehículo ni siquiera entraba del todo en el patio central del hotel. Volvimos a la habitación y sacamos el equipo y las mochilas y lo echamos en el maletero. El conductor, un hombre bajito y regordete, bajó a ayudar y se presentó con el nombre de Juan. Tijerina volvió a hacer recuento y cerró el maletero.

—Listo —dijo—, vámonos. ¿Kenia, quieres ir adelante?

Directamente saltó al frente y se sentó junto a Juan. Era uno de esos asientos continuos y sin reposacabezas que tenían los coches antes de la década de los ochenta. La palanca de velocidades se estiraba larga desde el suelo. Me metí detrás en el medio, entre Raquel y Tijerina.

—¿Ya estuvo, Fer? —le preguntó a Tijerina.

—Ya estuvo. Vámonos.

Echó a andar la camioneta, que se movía con lo que parecía un enorme esfuerzo. El motor rugía y tardaba en responder a cada cambio de marcha que hacía Juan. Avanzábamos exactamente por el mismo camino que habíamos recorrido para hacer la caminata de reconocimiento, sólo que esta vez no se veían más que unos metros de camino delante de nosotros.

—¿Va a haber gente en la montaña? —preguntó Tijerina—. ¿Has visto a alguien?

—A nadie. Ya sabes que en lunes esto anda muerto. A lo mejor se quedó alguien ayer en el refugio, pero no estoy seguro. Ah, pero el güey ese que subió ayer, el cuate ese que nadie encontraba… ¿Sabes a qué hora volvió? A las diez de la noche lo vieron llegando al refugio.

—No mames. ¿A las diez?

—Te lo juro. Pinche cabrón debió de llegar azul y empapado, porque ayer sí llovió, a pesar del calor. Y ya a esa hora hace pinche frío. A saber a dónde se habrá ido.

—No mames, sí está cabrón.

—A ver si logras que se mueva poco la camioneta para que me pueda dormir —dijo Kenia bromeando; las irregularidades del terreno hacían que el vehículo se tambaleara de un lado al otro. Su comentario lo hizo reír.

—Oye, Juan —dijo Tijerina—. ¿Y qué te parece la nueva camioneta? Ya me dijeron que está bien chingona.

—Pues sí está chingona, pero prefiero esta.

—¿A poco?

—Sí, ya está viejita, pero aguanta bien este pinche caminito. Parece que se lo sabe de memoria.

Algo en nuestra entrada al bosque, ya sea el polvo que se levantaba por las ruedas o algún polen me hizo estornudar.

—¿Y sí vas a tener trabajo esta semana?

—Pues ya sabes cómo es esto, mi Fer. Yo creo que hasta el fin de semana ya nada. El fin de semana sí hay gente que va a venir, pero durante la semana nada de nada.

Estornudé otra vez.

Aparecieron unos faros a lo lejos sobre el camino, faros de otro vehículo. Venían hacia nosotros. Su aparición hizo que nuestro conductor guardara silencio y adoptara una actitud seria. Era una camioneta de carga, no tan vieja como la nuestra, pero con peor aspecto. La pintura se había ido cayendo y la parte de carga, hecha de madera, parecía dañada. Juan hizo a un lado nuestra camioneta, todo lo que lo permitió el ancho del terreno, y disminuyó la velocidad. Los otros también aminoraron y nos observaron. Después desaparecieron.

—Los huachis —dijo Juan al cabo de unos segundos.

—¿Esos? —preguntó Tijerina—. ¿A poco? ¿Esos eran huachicoleros?

—Sí, tienen su ordeña de ductos allá arriba. Van subiendo durante la noche. Tienen

como diez camionetas y van subiendo y bajando, van y vienen. Cuando iba por ustedes me los crucé subiendo. Ahora ya vienen de vuelta. Viaje redondo. Y así van a estar toda la noche.

—Les decía cuando veníamos que eso de los retenes en la carretera es una pendejada. ¿Qué andarán haciendo ahí en la carretera de Puebla si todo el mundo sabe dónde viven? ¿A poco no?

—Uy, aquí todos sabemos quiénes son y que carros llevan —dijo, a la vez que pasábamos la curva en la que Kenia había estacionado la camioneta de Veytia el día anterior para la caminata—. Los del gobierno todos se hacen pendejos, porque de sobra saben quiénes son y dónde viven. Están todos arreglados. Nomás que sí hay que tener cuidado con ellos. Hace poco hubo un chavo que se metió en problemas con ellos. Ya lo sabíamos en el pueblo. Y yo lo vi subir una noche yendo por aquí. No sé si le haría falta o qué, pero subió al tubo por huachicol. En la noche lo vi ir y luego lo vi volver. A lo lejos vi las luces de su camioneta y cómo venía por el camino y, de repente, desapareció. «¿Dónde está? ¿Dónde está?» Me lo iba a tener que cruzar en algún punto, pero nunca lo vi. Luego ya se supo que se lo habían llevado al bosque y ahí lo habían desaparecido. Nunca volvimos a saber de él.

Estornudé otra vez.

Subíamos por un camino que ya se antojaba imposible sin un vehículo como en el que viajábamos. A lo lejos aparecieron otros faros y las dos manos de Raquel estrujaron mi brazo.

—Ahí vienen otros —dijo Juan, viendo que nos íbamos a cruzar con otros huachicoleros.

Era una camioneta de similar descripción a la otra. Guardamos todos silencio y ni siquiera los miramos cuando pasaron junto a nosotros.

—Lo bueno —dijo Juan cuando se hubieron ido— es que los conocemos a ellos y ellos nos conocen a nosotros. Ya conocen estas camionetas y saben a qué nos dedicamos y a dónde vamos. Como saben que vamos a la montaña no se meten con nosotros. Siempre que no nos metamos en sus cosas, no nos van a hacer nada.

Durante un largo rato avanzamos en silencio en la oscuridad. Después, el camino se bifurcó en dos y Juan enfiló la camioneta hacia la derecha. Se detuvo y dijo:

—Camino de huachis, camino de alpinistas —señalando a un lado y al otro.

—Adiós, huachis —le susurré a Raquel con alivio, y estornudé, estornudé, estornudé.

—Uy, ya andas malo. ¿Nos vamos de vuelta? —me preguntó Juan, haciéndonos reír a todos y distendiendo el ambiente.

Pude notar que ganábamos altura. A ratos el camino se inclinaba considerablemente. Llegamos a una caseta con una barrera, abierta, que en el costado decía «Parque Nacional Pico de Orizaba». En un árbol al otro lado del camino había un letrero que decía «No tire basura».

Desde ese punto pude notar, a pesar de la oscuridad de la noche, que el bosque se

volvía menos frondoso. Pronto íbamos a llegar. A lo lejos, entre los árboles se podía ver una luz. Era una luz amarrilla que brillaba con intensidad. Supuse que marcaba nuestro destino.

—¿Eso es otro coche? —preguntó Kenia—. ¿Qué es esa luz que se ve ahí a lo lejos?

Juan contestó:

—Es la luna.

Y en ese instante el semblante de Tijerina cambió. Se puso serio y comenzó a respirar. Se quitó algunas cosas de encima y se puso la braga para el cuello, que se probó como cubre bocas varias veces, subiéndosela y ajustándosela a la nariz y boca para que le estuviera cómoda. Empezó a hacerse ajustes en la ropa, en las botas, en las muñecas de la chamarra. Ajustó sus bolsillos. Cuando terminó, sus ojos se clavaron al frente; respiraba y respiraba. Se acabó el bosque y la camioneta subió por un camino de tierra que nos llevó hasta el refugio. Juan avisó con un «llegamos».

Bajamos y rápidamente nos pusimos las chamarras, los cascos y los guantes y nos echamos las mochilas a la espalda. Kenia le acomodó el piolet en la mochila a Raquel y la güera hizo lo propio con el mío. La luz de la luna aún golpeaba de canto y no se alcanzaba a ver nada; no alcanzaba a apreciar el lugar y mucho menos la montaña que teníamos delante. Juan, que había ido a revisar el albergue, volvió corriendo.

—Nadie —dijo—, la montaña para ustedes solitos.

La güera sacó las radios, se las dio a Juan y a Kenia y las probaron.

—Perfecto, Fer —dijo Juan—. Como a las once o doce estaré por aquí. Estamos en contacto.

—De acuerdo, Juan, te estaremos hablando durante el descenso. Nos ha tocado muy buen clima, vamos a aprovecharlo.

Le dio un beso a Kenia en los labios y, sin más, empezamos a subir.

—DESPACIO. AL PRINCIPIO HAY QUE IR DESPACIO —dijo la güera—. Conforme vayamos entrando en calor iremos ganando ritmo. Después pararemos y cuando volvamos a empezar lo haremos otra vez muy muy despacio.

Él iba adelante y yo intentaba seguirlo con inteligencia, respirando y colocando los pies justo donde él los había puesto. Detrás de mí venía Raquel y detrás de ella cerraba la fila Kenia. Era un camino fácil, con una inclinación poco pronunciada. La tierra estaba húmeda y las botas se adherían al suelo sin dificultad.

La luz de mi casco iluminaba los pies del líder y una nueva huella aparecía cada vez que sus botas se levantaban del suelo para dar otro paso. La luna empezaba a subir en el cielo y pude observar que avanzábamos por un camino hundido entre dos grandes lomas, altas y con gran pendiente. Su contorno contrastaba, oscuro, contra un cielo azul plateado en el que había pocas estrellas y ninguna nube. Era un espacio a resguardo del viento.

Todo en mi cuerpo respondía a las exigencias de la subida. No tenía dolor en la espalda y mis pulmones absorbían el oxígeno con eficiencia. Dejaba entrar el aire por la nariz y hacía que mis piernas se cargaran de energía con cada exhalación de dióxido de carbono que escapaba por mi boca. Había un silencio sepulcral y las pisadas de los cuatro se escuchaban con claridad.

Nuestro líder nunca daba un traspié ni mostraba síntomas de duda. Podía sentir que aumentaba el ritmo. Pensé que podría subir esta montaña con los ojos cerrados si se lo propusiera. Por primera vez se hizo visible la punta del volcán, brillando en color azul. Con cada pasó que dábamos quedaba menos a la vista, ocultándose tras la subida del terreno que estaba por venir.

Pude sentir que ganábamos velocidad. Pude sentirlo. Tenía calor. Me desabroché el casco, me quité el gorro y lo guardé en un bolsillo. Después me quité los guantes y me abrí la chamarra.

—No hace nada de frío —dije, pero no obtuve respuesta.

El camino se inclinaba más y más, sin volverse difícil. Las rocas formaban un escalón natural. La güera empezó a nombrar los tramos de la ruta. «Esto es el primer acueducto», «esto es el segundo acueducto», «esto se llama púlpito del diablo». Cuando llegamos a un punto en el que el terreno se tornó plano, paró:

—Los primeros nidos —dijo—. Esto se llama los primeros nidos. Aquí vamos a parar un ratito. Esto lo usan algunos para acampar. Ajusten sus capas, tomen agua, respiren… Recupérense.

Nos chocó la mano uno por uno.

—Vamos muy bien —dijo—. Muy bien. ¿Cómo se encuentran?

—Bien —dije, jadeando ligeramente—. Excelente, muy fuerte.

—Perfecto —dijo—. Eso es.

—Yo me siento extraña —dijo Raquel—. No me está costando, pero tengo una sensación muy rara. Tengo sueño. Tengo mucho sueño.

—Azúcar —dijo Kenia—. Toma azúcar.

—Es la melatonina —dijo la güera—. Tu cuerpo aún no ha entendido que es momento de despertar. Toma algo con azúcar y dale un traguito a esto, es café. ¿Tomaste café en el desayuno?

—Dos tazas.

—A lo mejor has desarrollado inmunidad —dijo Kenia—. Dijiste ayer que te gusta y que tomas mucho. A lo mejor es eso.

—Puede ser —dijo la güera—. Vamos a esperar. Con un poco de azúcar y con la actividad de la montaña se te debería pasar. Procura sentir frío. No vayas demasiado abrigada.

Hice algunos ajustes en mi ropa, abriéndome del todo la chamarra y manteniéndola cerrada sólo con las tiras de velcro que tiene junto a la cremallera. Guardé, en el bolsillo interior, una bolsa de gominolas, abierta y acomodada para tener buen acceso a ellas.

Me quité los guantes y me despejé el cuello todo lo que pude. La temperatura había bajado ligeramente, pero la ausencia de viento restaba sensación de frío.

Le di un par de tragos al suero rehidratante, otros tantos a la botella de agua, me comí una barrita y me eché la mochila a la espalda.

—¿Listos? —preguntó la güera—. Vamos a seguir.

De nuevo emprendió el camino montaña arriba. Las rocas en el suelo obligaban a dar zancadas más grandes y, por lo tanto, a gastar más energía. Debieron pasar entre quince o veinte minutos cuando sentí, por primera vez, que mis fuerzas cedían. Metí la mano entre las tiras de velcro y saqué una gominola que me llevé a la boca. La apreté con fuerza entre mis dientes mientras respiraba por la nariz, dejando que se disolviera poco a poco; enseguida recuperé el brío. Metí la mano de nuevo en la bolsa de las gominolas y saqué otra que, estirando la mano hacia atrás, le di a Raquel.

Dijo algo que no alcancé a comprender.

—Esta es la piedra del paracaidista —dijo la güera, sin disminuir el ritmo de la subida —. Se llama así porque alguien, nadie sabe quién, le hizo un dibujo de un paracaidista.

Era una enorme roca, de quizá dos metros de altura, que la luz de mi lámpara no alcanzaba a iluminar.

Ya subíamos a gran velocidad. Mi respiración, mis pasos, mi corazón, todo estaba coordinado para poder seguirle el ritmo a la güera. Mucho de mi subconsciente seguía dominando mis pensamientos y, aunque sabía que no era así, nos imaginaba dando saltos gigantes, casi volando. Esta vez, sin embargo, a diferencia de lo que pasó en Iztaccíhuatl, sentía que mi cuerpo tenía la fuerza para seguirle los pasos al líder que, hasta que volvimos a parar, no miró atrás para preocuparse por nuestro estado.

El terreno ya nos obligaba a utilizar las manos para subir, haciéndonos cambiar de lado el bastón con frecuencia. Cuando las tenía libres, me llevaba otra gominola a la boca y le daba una más a Raquel.

—Yo llevo las mías —pude entender que me decía, aunque no me las rechazó.

Pasamos lo que la güera dijo que se llamaban los segundos nidos y, cuando estuvimos cerca de otro tramo que le llaman el brinco, volvimos a parar.

—Excelente —dijo—. Vamos muy bien. Muy buen tiempo. ¿Cómo se sienten?

—Sigo teniendo sueño. Sigo teniendo mucho sueño.

EL PICO DE ORIZABA es, con sus 5636 metros, la montaña más alta de México, la tercera más alta de América del Norte, sólo por detrás del Denali y el Monte Logan, y la séptima más prominente del mundo. Es también el volcán más alto de Norteamérica.

Existen discrepancias sobre el origen de su nombre prehispánico. Sabido es que, antes que Citlaltépetl, se le llamaba Poyautécatl, que significa 'el que está donde adelgaza la neblina', aunque fue más conocido por su segunda denominación. En náhuatl, *citlalli* significa estrella y *tepetl* monte o montaña. Algunos creen que se le puso ese nombre

porque su casquete nevado brilla intensamente durante las noches de luna y, en días despejados, es visible desde muchos kilómetros a la redonda. Otros creen que lo obtuvo por un fenómeno astronómico: sugieren que, visto desde ciertos puntos, Venus, cuando está en el cielo, llega a alinearse con su cráter.

Ambos supuestos orígenes me resultaban difíciles de creer.

Estábamos ahí de pie, sin embargo, y en cuanto levanté la cabeza mientras bebía agua, pude ver una estrella justo encima del cráter del volcán. Por su brillo intenso supuse que se trataba de Venus o Júpiter; por la hora, seguramente fuera el segundo. No había duda, fuera el planeta que fuera, de que coronaba a la montaña y que parecía que estaban a punto de tocarse. Formaban una unidad, como si el Pico de Orizaba fuera una escalera hacia aquella estrella brillante. Citlaltépetl hace honor a su nombre, pensé.

Hay una leyenda que se cuenta en la ciudad veracruzana de Orizaba, que dice que mucho antes de la llegada de los españoles, en la época de la civilización Olmeca, había una guerrera llamada Nahuani, que siempre llevaba consigo a un águila pescadora, su más fiel compañera, de nombre Ahuilizapan. En la última de miles de batallas que lidió, la guerrera fue derrotada, por lo que su águila se elevó hasta lo más alto del cielo y se dejó caer a la tierra, donde poco a poco se fue formando una montaña hasta convertirse en un volcán. De vez en cuando, Ahuilizapan se acordaba se Nahuani y hacía estallar su furia, haciendo erupción y llenando los pueblos vecinos de lava y ceniza. Los habitantes de aquellos lugares debían subir hasta lo más alto del volcán para rendir tributo a la guerrera, para apaciguar la furia de su eterna amiga.

—Vamos a movernos —dijo la güera—. Vamos a seguir. Ahora se va a poner un poco más difícil. De nuevo, vamos a empezar despacito e iremos ganando ritmo.

Como lo había dicho, no avanzábamos rápido, pero la inclinación del camino obligaba a dar zancadas largas. Enormes rocas requerían, no sólo que utilizáramos las manos, sino que hiciéramos equilibrio para cruzar de algún punto a otro. En varios momentos tuvimos que rodear piedras sin plantar los pies más que en un pequeño borde. La inclinación aumentaba tan considerablemente que, desde ese punto, perdimos de vista la cima durante más de una hora.

—A esta parte le llaman el laberinto —dijo la güera.

Haciendo honor a su nombre, durante un rato nos obligó a caminar cambiando de orientación, rodeando grandes formaciones rocosas. Nuestro líder jamás titubeó, demostrando que el laberinto estaba tan incrustado en su memoria como el resto del trayecto.

Ganamos altura muy rápido y se notó de golpe que salíamos de la protección de las lomas a nuestros lados. En un segundo se me entumecieron las manos y se me congeló la nariz. El lugar fue invadido por fuertes corrientes de aire. Me puse los guantes y me cerré la chamarra.

Mi respiración se agitaba más y más y tuve el primer síntoma de desesperación. Veía la cabeza de la güera, buscando en el suelo un lugar en el que pisar y empecé a

preguntarme cuándo pararía. Empecé a desearlo. Lo único que hacía, no obstante, era aumentar el ritmo. La montaña ofrecía su primer desafío serio. Cada vez íbamos más deprisa y cada vez luchábamos contra una mayor inclinación del terreno. Yo comía una gominola tras otra a la vez que estiraba la mano para ofrecérselas a Raquel.

La luna ya estaba en lo alto del cielo y, cuando aparecieron los primeros parches de nieve, los empezó a pintar de color azul. Contrastaban éstos con lo oscuro del suelo y me distrajeron durante un rato; me hicieron tener esperanzas en que pronto pararíamos.

—Esta es la piedra volada —dijo—. Ahora no pueden ver por qué le dicen así, pero a la vuelta lo verán.

Lo agitado de mi respiración y lo vertiginoso de la velocidad a la que subíamos no me permitieron girar la cabeza para observar la piedra.

—Ya casi —continuó—. Ya casi estamos. Aquí arribita vamos a parar y nos vamos a poner la segunda capa. Nos vamos a equipar porque allá arriba no podremos hacerlo porque está soplando mucho aire.

Como si sus palabras lo hubieran invocado, en cuanto lo dijo, el viento arreció. De mis fosas nasales empezó a escurrir agüilla y mis ojos lagrimeaban sin parar. Nuestro ritmo seguía en aumento. Ya, dije en mi cabeza, ya no más. ¡Por Dios, alto! ¡Alto!

La güera paró.

—Aquí —dijo, casi gritando, subiendo la voz para que se le oyera—. Aquí nos vamos a alistar. Procuren ser rápidos. No se enfríen. Ahora sí coman, coman mucho. Desde aquí ya es muy poco hasta la base del glaciar y entonces sí empieza lo difícil. Beban, coman y abríguense. Ah, y vayan al baño, porque ahí arriba ya está muy difícil.

—Ufff… —le dije a Raquel, jadeando—. Ese tramo… Ese tramo ya estuvo más duro.

No contestaba. Estaba seria, como molesta.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—No logro despertarme —dijo en voz alta, gritando para que los guías la escucharan —. Me he ido abofeteando durante el camino, pero no logro despertarme. He dado varias cabezadas. Si no logro espabilar me voy a matar, me voy a ir de bruces.

Kenia se puso delante de ella.

—Mira hacia mi luz —le dijo—. Mira hacia mi luz durante un rato.

Pero ese rato no podía ser demasiado largo. Ella y la güera parecían tener mucho equipo que preparar; se cambiaron casi toda la ropa. Raquel y yo, en el acto de quitarnos la tercera capa para colocarnos la segunda debajo, nos quedamos petrificados de frío. Me quité el arnés y me puse otra capa de pantalones.

—Mierda —dijo mi mujer—, no siento las putas manos. Se me han entumecido.

—Muévelas —dijo Kenia—. Ponte los guantes y muévelas. Abrir, cerrar, abrir, cerrar.

Mis manos estaban igualmente entumecidas, pero preferí seguir utilizándolas para comer y beber que cubrírmelas.

—Vamos a seguir una ruta un poco diferente —gritó la güera—. Vamos a estar demasiado expuestos si seguimos por esta cara norte. Vamos a subir un poco más y

vamos a utilizar este lado alto de la montaña para refugiarnos del viento. Hay demasiado aire. Si cuando estemos ahí arriba no se ha calmado, subiremos por el otro lado, por la antigua ruta. Terminen de alistarse.

Nos pusimos guantes, gorros y mochilas y el guía indicó:

—¡Vámonos!

Pude notar que ahora sí levantaba la cabeza, improvisando el camino, buscando protegernos. Miraba hacia arriba y hacia abajo. Parecía que se comunicaba con la montaña. El aire soplaba y él ajustaba nuestro camino. El suelo se cubrió de blanco y entonces apareció, inmenso a nuestra izquierda, el glaciar de Jamapa. Era una sábana blanca que se estiraba desde nuestros pies hasta la cima del volcán. No se pintaba ésta de azul como los pequeños parches de nieve de la ruta. Al contrario, la luz plateada la hacía relucir de blancura. Una ilusión óptica extraña ocurría pues, aunque era un blanco que parecía infinito, daba la sensación de que la cumbre se podía tocar estirando la mano.

Encontró la güera un espacio en el que el viento no era tan agresivo. Ahí se detuvo.

—¡Uh! —exclamó—. ¿Qué les parece?

—Esto es increíble. Es indescriptible.

De repente estábamos en un lugar lleno de paz. Nos veíamos los unos a los otros y no podíamos evitar sonreír y mirar hacia arriba. Todos nos mirábamos salvo Raquel, que tan pronto como llegamos se sentó en una piedra que sobresalía entre tanta blancura.

—Raquel —dijo la güera—, ¿cómo te encuentras?

—De la verga.

Reaccionaron los dos guías con sorpresa ante la palabrota.

—¿Tan mal estás? —preguntó él.

—No sé qué me pasa. No lo consigo. No logro reaccionar. Melatonina de mierda.

—Ahí quédate sentada un rato. Nosotros tenemos mucho equipo que preparar. Ahí quédate un momento y ahora te pones los crampones. Kenia, quítale el caso que se ponga la luz en la cara. Que así se quede un rato. Jorge, tú sí ve poniéndote los crampones.

Raquel se echaba la luz a los ojos con frustración mientras los otros dos comenzaban a sacar la cuerda de sus mochilas.

—Íbamos a ir los cuatro amarrados —le dijo la güera a Kenia—. Vamos a cambiar de estrategia. Me voy a ir yo amarrado con él y tú vas a ir detrás con ella. La tienes que cuidar. Ya sabes qué hacer. Jorge, ¿tienes listos ya los crampones? Perfecto. Te voy a amarrar a mí.

Saqué un pañuelo, una palestina, que me amarré al cuello para cubrirme la boca.

—Te voy a hacer una propuesta que no te va a gustar —me dijo Raquel.

—¿Qué?

—Vamos a cortar la palestina por la mitad, para que yo tenga algo con lo qué cubrirme la boca.

—¿Y cómo la vamos a cortar?

—Usa el pico del piolet.

—Imposible. Eso no corta.

La güera, escuchando nuestra conversación, sacó unas tijeras de su mochila y cortó.

—De acuerdo, Jorge. Nos vamos a ir tú y yo y ellas vendrán detrás.

—Raquel —dijo Kenia—, es mejor bajar bien que subir mal. Si no te sientes en condiciones de subir, mejor no insistas. Vamos a avanzar poco a poco, pero si no te sientes bien, damos media vuelta.

—Vas a subir —le dijo la güera—. En cuanto salga el sol recuperarás todas tus fuerzas. Vas a subir.

—Chingada madre —dijo ella.

—Raquel —dije—. Serénate. Recupera el control.

Guardó silencio.

—Vámonos, Jorge —dijo la güera, ya atado a mí con una cuerda morada.

—Cariño —dije—, nos vemos arriba.

Empezamos a andar.

—No está bien, Raquel —me dijo.

—Cuando se desespera se pone soltar improperios.

—¿Tú cómo te sientes?

—Es increíble —dije—. Me siento con fuerzas. Me siento invencible.

—Eso es lo que quería oír.

—TE VOY A EXPLICAR CÓMO FUNCIONA LA CUERDA —dijo mientras andábamos—. Tiene que estar tensa siempre. Busca la distancia en la que se mantiene tensa y consérvala así. Paso que doy yo, paso que das tú. Si la cuerda no estuviera tensa y te cayeras, me harías caer a mí también y estaríamos en problemas. Es una cuestión de ritmo. Escucha el sonido de mis crampones contra el suelo y sigue el mismo ritmo. Si acelero yo, aceleras tú. Kenia y Raquel van a venir detrás. Pisa justo donde he pisado yo, para que luego ellas tengan una huella que seguir. Si no pisas en el mismo lugar les dificultarás las cosas y también será más difícil para ti. ¿Entendido?

—Entendido —dije.

—Recuerda bien lo que hablamos del piolet. Mira, ahora avanzamos y la pendiente del glaciar está a nuestra izquierda. Entonces, el piolet debe ir en mano izquierda y el pico mirando a la pendiente. Así vamos a subir, en zigzag. Cuando llegue el momento de cambiar de dirección, tendrás que cambiarlo de mano. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Y una cosa más. No podemos estar parando. Si paramos nos enfriaremos y ya no podremos seguir. Si sientes que vamos demasiado rápido, me lo tienes que decir para que bajemos la velocidad. Pero no hay que parar. Esto es todo psicológico. No te

desesperes. Concéntrate en los pasos, en la cuerda y en el piolet y ya llegaremos. El viento nos está dando tregua y hay que aprovecharlo.

No dijo nada más durante las siguientes dos horas. Desde que empezamos a subir por el glaciar me encargué de conservar el metro y medio de cuerda que nos unía lo más tensa posible. Era lo que se llevaba casi toda mi atención. No solamente tenía que dar los pasos cuando él los daba, sino tan largos como los daba. Eran, en realidad, pasos muy cortos. Casi parecía que marchábamos. Era algo muy rítmico. El hielo crujía cada vez que los crampones se clavaban y el piolet, penetrando con fuerza con el regatón, hacía un ruido más seco y contundente. A cada dos pisadas le seguía el golpe del piolet: crush, crush, ruk, crush, crush, ruk, crush, crush, ruk… En mi otra mano, la punta del bastón completaba la secuencia raspando cada vez que lo arrastraba para dar un paso: crrrrrck, crrrrrck, crrrrrck, crrrrrck, crrrrrck…

Había una fina capa de nieve sobre el glaciar que me permitía ver dónde había clavado los pies. Las entradas de la punta de sus crampones se veían con asombrosa claridad y me permitían empatar mi pisada con su huella. En la oscuridad de la noche la luz del casco se desparramaba hacia adelante sobre el hielo y nos permitía ver lo que venía varios metros por delante. Hacia arriba el terreno se deformaba como una ola en alta mar. Contrastaba con la oscura profundidad del cielo y hacía parecer que caminábamos sobre un enorme yin yang. Nuestro objetivo, la frontera en la que el blanco y lo negro se juntaban, estaba tan cerca y tan lejos a la vez.

Al cabo de un rato pude apreciar que la ruta por la que habían subido dos días atrás seguía marcada sobre la nieve. No era por donde íbamos. La güera avanzaba, abriendo camino con cada nueva huella, mirando hacia arriba y buscando la forma de llegar al camino que habían dejado marcado. De repente hacía cambios de dirección muy cortos y bruscos, lo que dificultaba la subida porque nos hacía enfrentarnos más a la pendiente. De esta manera, reducía la distancia y nos acercaba más y más a donde quería llegar. Tanto cambio me hizo adaptarme rápidamente al piolet que ya se había convertido en mi principal punto de apoyo.

Al fin llegamos al camino que habían dejado marcado dos días antes y pude ver que había una gran distancia entre cada cambio de dirección. Para no desgastarnos luchando contra la pendiente, caminaríamos largos tramos en diagonal. Viendo hacia arriba parecía que no habíamos avanzado gran cosa; hacia abajo, vi las dos lucecitas diminutas en la distancia que eran Raquel y Kenia. Llegar hasta allí había mermado mis fuerzas, pero ver las huellas delante de nosotros me llenó de aliento. Íbamos, sin nada que nos detuviese, rumbo a la cumbre.

Es difícil calcular el tiempo que pasó. Mi cuerpo empezaba a pedir descanso. Mi ritmo cardiaco estaba acelerado y mi respiración comenzó a ser errática. Sin abrir la boca, la güera me indicó que recuperara el control, respirando profundamente y haciéndome un gesto con la mano para que tuviera calma. Pude sentir que disminuía la velocidad.

Sincronicé mi respiración con el ritmo de nuestras pisadas y seguimos adelante. El cielo perdió su oscuridad y poco a poco se fue tiñendo de azul. Cuando la cumbre quedaba a nuestra derecha, se podía ver al frente la línea del horizonte, que viajaba recta hasta chocar con la línea de la pendiente que subíamos. Eran dos líneas que luchaban, la que dibujaban el cielo y la tierra y la que delimitaba el hielo de todo lo demás.

Empecé a sentir desesperación. La monotonía, el cansancio y, poco después, el dolor. Dolor en los pies, en las rodillas, en los muslos, en la cadera y, sobre todo, en la espalda. Miré hacia abajo. Kenia y Raquel aún estaban lejos. No hay vuelta atrás, me dije. No podemos volver. Hicimos otro cambio de dirección y mis movimientos fueron más torpes al cambiar de lado el piolet y el bastón. Fue cuando la güera volvió a hablar por primera vez:

—La cuerda —dijo—. La cuerda tensa.

—Perdón. Está bien. Está bien.

Dejé que diera un par de pasos, pero eso hizo que se tensara demasiado y me diera un tirón.

—Tensa, pero no te quedes atrás —me dijo—, que no se rompa el ritmo.

Otros cuantos minutos avanzamos hasta que vino otro cambio de dirección.

—Estás haciendo mal el cambio. Sigue mis pisadas. Si quieres recortar por ahí lo único que haces es cansarte porque tu zancada tiene que ser más larga. Sigue mis huellas.

—De acuerdo —dije.

En ese punto ya jadeaba descontroladamente.

—La respiración. Controla la respiración. Recupera el control.

Inhalé por la nariz y exhalé por la boca. Sentí que recuperaba algo de fuerza. En ese momento, aun así, todo ritmo o armonía se había perdido. Crrrrrck, ruk, crush, ruk, crrrrrck, ruk, ruk, sonaban crampones, bastón y piolet, cada uno por su lado y sin ningún orden.

—Jorge —dijo—, estás pisando por todas partes. Ya no estás siguiendo mi huella. Si sigues así les vas a dificultar las cosas a ellas cuando lleguen aquí. Tenemos que trabajar en equipo. Cálmate, recupera el control y vuelve a como estabas. Respirar, pisar, piolet y la cuerda tensa.

Llegamos a otro cambio de dirección y se detuvo.

—Clava los pies de lado. Sepáralos un poco más. Abre más el compás. Mira cómo lo hago yo. Eso. Abre más las piernas y clava los pies de lado. Así, muy bien. Si no te pones así, no descansas. En pendiente nos cansamos incluso si estamos quietos. Así como estás te cansas menos. Ahora respira. Recupera. Saca tu Coca Cola de la mochila y dale un trago. Déjatela a la mano, en un bolsillo.

Le di un buen trago y miré hacia abajo. Kenia y Raquel nos habían recortado algo de distancia. Luego miré hacia arriba y vi que todavía quedaba un largo camino por subir.

—El cielo se está poniendo azul —dijo—. Pronto empezará a haber luz. ¿Alcanzas a

ver esa piedra allá arriba? Hasta allá, a la izquierda. ¿La ves? Hacia allá vamos. Ese es nuestro objetivo. ¿Cómo te sientes? ¿Cómo lo ves?

—Bien —dije jadeando—. Lejos todavía. Pero voy bien.

—Eso es. Vamos a seguir.

POCO MÁS DE DOS HORAS LLEVÁBAMOS SOBRE EL GLACIAR y en mi cabeza todo era ruido. El viento había comenzado a soplar con fuerza y hacía un frío infernal. Me costaba levantar las rodillas, lo que me hacía arrastrar los pies y, con ello, cansarme más. Me palpitaban los muslos. El aire me quemaba la garganta con cada bocanada que daba. Aun, a pesar de todo, la cuerda se mantenía tensa.

No me puedo rendir, me dije. No puedo. Tengo que subir y no hay otra opción. Si logro mantener el control de mi estado de ánimo, por lo menos llegaré a la cumbre por obstinación. Perseveraré.

Íbamos a llegar a un cambio de dirección y me alegré al pensar que pararíamos para descansar aunque fuera un momento. Pero la güera hizo el cambio y seguimos caminando. Miré hacia abajo y vi que Kenia y Raquel casi nos habían dado alcance. La luz de su casco se estiraba por el hielo casi hasta nosotros.

—Pronto va a amanecer —dijo la güera intentando darme ánimos.

Fue el punto más crítico de la subida. La falta de oxígeno provocó que me mareara y que me inclinara hacia atrás, obligándolo a él a tirar de mí. Algo en mi cabeza se negaba a rendirse. Algo en mi cabeza se resistía a olvidar el objetivo. De algún lugar desconocido sacaba fuerzas para dar el siguiente paso. La cuerda, el piolet, sus huellas… nada me importaba ya. Sólo quedaba seguir.

La línea del horizonte se llenó de colores y me dio esperanza. No tenía más remedio que subir y lo único que podía indicarme cuánto faltaba era la hora del día. Cuando estuviéramos en la cubre habría sol y, si éste estaba por salir, entonces faltaba poco. La roca que la güera me había dado como orientación aún estaba demasiado lejos.

Llegó el cambio de dirección y dije:

—Espera. Espera.

Se detuvo. Me dio un minuto para recomponerme.

—Vámonos. El sol va a salir. Eso te dará fuerzas. Vamos.

Arrastraba mi cuerpo montaña arriba con lo que podía. El juego con la cuerda se había perdido del todo. Cuando no estaba floja, estaba demasiado tensa y obligaba a la güera a tirar de mí hacia arriba.

—Vamos —decía con desesperación—. La cuerda, la cuerda. Tensa. Vamos.

Llegó otro cambio de dirección.

—Espera —dije—. Espera, por favor.

Suspiró con frustración.

—Bebe. Respira. Apóyate bien o te vas a cansar mientras estás ahí parado. Ya hay

suficiente luz. Apaga la lámpara del casco. Ya no la necesitamos. Vamos a seguir.

Dimos cuatro pasos y volví a hablar:

—Espera —dije—. Espera. Se me salió un crampón.

—No mames. Chingada madre. No te muevas. No des un solo paso. Quédate quieto.

En cuestión de segundos hizo toda una maniobra: clavó su piolet, apoyándose en él para que se hundiera hasta que sólo quedaran fuera del hielo el pico y la pala; pasó la cuerda por su mosquetón y luego la amarró a su piolet; después clavó el mío de la misma manera y amarró la cuerda a ese también. Así, quedamos los dos amarrados con la misma cuerda a los dos piolets. Se acercó hasta mi pie, deshizo el nudo del crampón y me lo volvió a colocar. Me lo amarró con tal fuerza que sentí el apretón dentro de la bota. Luego soltó el crampón del otro pie y lo volvió a amarrar, apretándolo con la misma fuerza. Tan rápido como había clavado los piolets y nos había amarrado, los soltó, regresándonos a la formación para subir.

—Seguimos —dijo—. Vamos.

Con eso tuve tiempo para disfrutar de un pequeño descanso que no me sirvió de nada. Kenia y Raquel venían atrás a muy pocos metros, tan pocos que la güera pudo observarlas.

—Kenia —le gritó—. Quítale cuerda porque no viene tensa. Va muy pegada a ti. Si lleva muy buen ritmo, en lugar de aumentarlo tú, reduce la longitud de la cuerda.

Con la aparición de la luz natural, estaba claro que Raquel había recuperado todo su vigor. Aun así, se detuvieron para descansar.

—Seguimos, Jorge. Vamos. No te detengas.

Ya no quedaba nada en mí, salvo voluntad. Todo en mi cuerpo era dolor y nada en mi mente era claridad. Empujar y empujar y empujar. No quedaba nada más. Mis ojos iban clavados en la nieve y ya no sabía ni dónde pisaba ni hacia dónde apuntaba el pico de mi piolet ni nada. Jadeaba y no hacía ningún esfuerzo por controlar mi respiración. Voy a ignorar, me dije, todo lo que me diga mi cuerpo.

Dimos un par de cambios de dirección más. El tiempo ya no significaba nada para mí. La güera tiraba de la cuerda para que siguiera. Mi misión era subir, la suya era subirme. Sin que me diera cuenta se hizo de día.

—Lentes oscuros —me dijo—. Ponte los lentes oscuros.

Obedecí.

Me dio un tirón y me obligó a seguir.

—Vamos. Vamos. No paremos más. Vamos.

No sentía el control de nada, ni de mis ideas, ni de mi cuerpo, ni de mis deseos. Ya no puedo más, me dije. Ya no puedo más. Se lo voy a decir. Aunque me muera de vergüenza se lo voy a decir. Este es el final. Se acabó. Pero antes de que pudiera yo abrir la boca, él habló:

—Ahora sí —dijo—. Mira la roca. Ya está aquí cerca. Mira.

Se empezó a reír.

—Ahora sí ya te chingaste —continuó—, porque este ya es el punto sin retorno. Si ya llegaste hasta aquí, ya llegaste hasta arriba.

Soltó un grito y levantó los brazos en señal de victoria. Le gritó a las chicas y las alentó:

—¡Ya estamos! ¡Este es el final!

Cambió su tono por un momento y se convirtió en Tijerina. Sacó su teléfono y me apuntó con la cámara.

—Te voy a hacer una foto. Chingona. Ahí estás, en el glaciar, el amanecer, México. Poca madre. Ya lo lograste cabrón, ya estamos ahí. Muy bien, cabrón. Muy bien.

Me apoyé sobre el bastón para descansar la espalda.

—Vamos —dijo—. Último esfuerzo. ¡Vamos! —les gritó a ellas.

Puse todo lo que quedaba en mí. ¿Cuánto pasó? ¿Cuánto subimos? A unos metros apareció la piedra que desde horas atrás se había convertido en mi obsesión. Dábamos los últimos pasos y, en cuanto llegamos, descubrí que no era una piedra sino una protuberancia en el labio del cráter. Con torpeza superé los dos últimos metros de nieve que se desparramaban hacia abajo y me quedé sin más espacio para poder subir. Estábamos arriba.

Me tiré al suelo de rodillas y descansé.

—A huevo —dijo la güera—. Ya estamos. La cumbre está ahí, rodeando el cráter. Son cinco o diez minutitos. Ya llegaste.

El cráter era impresionante, lejos de cualquier cosa que hubiera podido imaginar, de tal profundidad que era imposible verle el fondo, de un diámetro entre los cincuenta y los cien metros. Sus paredes, escarpadas y filosas, estaban dibujadas con las líneas de la nieve que se derretía hacia su interior y con las del magma que siglos atrás había salido proyectado hacia el cielo. El glaciar por el que habíamos subido terminaba ahí; unos metros más adelante todo era tierra.

—¿Qué te parece, cabrón? Llegaste.

—Creo que estoy llorando —dije—. Me cuesta controlar mis emociones.

—Chilla, cabrón. Llora. Aquí la gente viene a llorar. Llegar aquí cuesta lágrimas.

Me puse de pie. Raquel y Kenia estaban a unos metros.

—¡Vamos! —les gritó la güera—. ¡Ya están aquí!

—¡Tienes que ver esto, Raquel! —grité.

Llegaron hasta nosotros y la abracé. Luego abracé a Kenia.

—A huevo, cabrón. A huevo.

Me acerqué a Tijerina, le choqué la mano y lo abracé. Me colgué de él, más bien. Le puse los brazos alrededor de los hombros y dejé caer mi peso.

—Muy bien. Muy bien.

—Te la debo —dije—. Te la debo. Estoy aquí gracias a ti.

—Subiste hasta acá tu solo, cabrón —me contestó—. Yo sólo te he mostrado el camino.

NO ESTÁBAMOS EN LA CIMA AÚN, pero nos invadió una sensación de victoria. No podíamos parar de reír. Lo estábamos celebrando. El aire soplaba con fuerza ahí arriba, aunque el sol de la mañana comenzaba a calentar. Mi estado, físico y mental, no era óptimo; me costaba controlar mis movimientos, y mis emociones iban y venían como en una montaña rusa, llorando a ratos y riendo en otros. Tijerina lo notó enseguida:

—Jorge —dijo—, no te acerques demasiado al borde del cráter. Ese pedazo blanco que se ve ahí sigue siendo el glaciar. Se podría desprender y podrías caer. Y no pises la cuerda tampoco, ten cuidado, la podrías romper con el crampón. Tranquilízate un poco. Come algo. Bebe. Aquí recuperamos, nos ponemos crema solar y nos vamos a la cumbre.

Por el labio del cráter subimos durante diez o quince minutos que me parecieron unos segundos. Sentía que corríamos y que mis fuerzas habían vuelto del todo. Era como estar en un sueño. No más dolor, no más desesperación. Los cuatro subíamos en fila con un júbilo que hacía olvidar todo lo demás. Apareció la cruz de metal que corona la cumbre y Tijerina se detuvo. Desató la cuerda que nos unía y, como si hubiéramos llegado a su casa, señalando el camino con la mano abierta, dijo:

—Adelante. Pasen por favor.

Di diez pasos hasta la cruz y la toqué. Detrás de mí venía Raquel. Los cuatro nos abrazamos.

—A huevo —dijo el líder—. Muchas felicidades.

Aún alguna lágrima se me escapaba.

—No sientas vergüenza —me dijo—. Cuesta mucho llegar hasta aquí. Me ha tocado gente que no lo logra hasta el tercero o cuarto intento. He traído deportistas profesionales, militares, ¡hasta luchadores! Y muchos de ellos han llorado al llegar. ¿Tú cómo estás, Raquel?

—Muy bien. No lo puedo creer. Por un momento pensé que no lo iba a lograr, pero salió el sol y como si fuera otra. Hasta diría que sentí fácil el último tramo ya que me quité de encima la desesperación de no poder despertar.

Kenia permanecía callada, sonriendo. No respiraba con dificultad, aunque se notaba en la postura de su cuerpo que para ella no había sido tan fácil como para Tijerina volver a subir dos días después. Su cara reflejaba alivio.

—Hagan fotos, caminen un poquito por aquí, coman algo y en quince minutitos nos vamos. ¿Sale? Jorge, no te acerques demasiado al borde.

Después de un rato nos sentamos en el suelo junto a la cruz y comimos algo. El agua se había convertido en hielo. No tenía nada de hambre y sentía que hacía un gran esfuerzo incluso para masticar.

Algo extraño ocurrió en la atmósfera y una capa blanca colapsó hacia la tierra, dejando un cielo azul totalmente limpio y un suelo en el que no se lograba apreciar nada. La línea del horizonte estaba más definida de lo que nunca antes la había visto:

—¿Por qué coño se ve todo así? —preguntó Raquel—. Qué cosa tan extraña.

—¿Verdad? —dijo Kenia—. Nunca había visto el horizonte así. Azul arriba y blanco abajo. Y no se ve nada. ¿Habías visto esto así, Fer?

—Alguna vez —dijo Tijerina—, pero es algo poco común. No van a poder ver nada. Miren, por allá se deberían ver el Popo y el Izta. Hacia allá está la ciudad de Puebla y hacia allá Veracruz. Yo creo que tiene que ver con la temperatura. Calienta demasiado rápido y eso provoca que se forme esa capa de niebla o de lo que sea. Parece un mar blanco.

Me sobrevino una intensa sensación de sueño y me invadió el miedo. Me puse de pie tan rápido como pude. Empecé a pensar que había hecho un sacrificio demasiado grande, que había puesto el objetivo de subir por encima de mi estado físico y mental. Sólo pensar en que teníamos que desandar todo lo andado llenó mi cuerpo de dolor.

Era hartazgo. Ya no quería estar ahí y tampoco quería bajar.

—Me quiero ir —le dije a Raquel.

Guardé todas mis cosas y me eché la mochila a la espalda. Tijerina me vio.

—¿Nos vamos? —dijo—. Pónganse un poco más de crema. Ahora el sistema va a ser diferente. Para subir nos amarramos y nosotros íbamos delante y ustedes detrás. Ahora es al revés. Van a ir ustedes delante y nosotros atrás de ustedes cuidándolos. De nuevo, la cuerda va a ir tensa, pero no se preocupen demasiado porque esta vez nosotros iremos detrás y la iremos tensando. Vamos a bajar por donde subimos pero en línea recta. Lo más importante de la bajada es pisar con confianza. Si van con miedo y flexionando las rodillas se van a cansar y se van a caer. Pasos naturales, como caminarían normalmente. No se dejen impresionar por la pendiente. Si pisan con normalidad les aseguro que no se van a caer.

Kenia hizo el ademán de querer amarrarse a mí, pero Tijerina le dijo que no. Igual que en la subida, que había habido un cambio de estrategia por Raquel, ahora el líder hacía un cambio sabiendo que yo no estaba del todo bien.

—Vamos a ir nosotros delante —dijo amarrando la cuerda a mi mosquetón—. Tú no te preocupes, Jorge, yo te iré diciendo cuál es el camino. Podemos bajar con mucha calma. Cuando todo estuvo listo, me señaló el camino. En lugar de volver por el labio del volcán, empezaríamos a bajar casi desde dónde nos encontrábamos. El glaciar por el que habíamos subido rodeaba la parte más alta del cono, casi cubriendo todo lo alto del volcán. A lo lejos se veía el inicio del hielo y por ahí empezamos a caminar. Rodeamos el cráter por fuera hasta que llegamos al camino que habían dejado marcado dos días atrás para la bajada.

—Por ahí vamos a bajar —me dijo.

Desde donde estábamos, la cuesta se veía mucho más inclinada que cuando subimos. La sábana blanca ahora brillaba por el reflejo de la luz solar y parecía no tener fin. Me temblaban las piernas.

Me detuve en seco y notó que sentía miedo.

—No te preocupes —me dijo—. Pasos naturales. Yo aquí te tengo. Si bajamos bien,

podemos desescalar todo el glaciar en veinte o treinta minutos. Pasos naturales y te vas apoyando con el piolet y el bastón. Sin miedo.

Empecé a bajar. El tirón de la cuerda hacia atrás me dio confianza. La sensación térmica, no obstante, dificultaba el descenso. Del suelo subía aire helado mientras que, de arriba, bajaba un calor abrasador que me recalentaba la cabeza. Estaba sudando a pesar de tener frío.

Entre diez y veinte pasos había dado cuando tuve que parar para tomar aire. La espalda y la cadera me estaban torturando. Cada zancada hacia abajo era una explosión de dolor.

—Tranquilo, Jorge. Deja que tu cuerpo baje solo. La capa de nieve se va deslizando hacia abajo. Pisadas largas y naturales. Relaja tu cuerpo.

Chasss, chasss, sonaba la nieve con cada paso. Chasss, chasss…

—Eso es, así mejor.

Miré hacia arriba para ver lo que habíamos bajado. Metros y metros habían quedado atrás hacia la cima; me di ánimos.

—Vamos rápido —le dije—. Vamos bajando rápido.

—Claro, cada paso nos da unos metros.

Kenia y Raquel estaban muy atrás pero bajaban muy rápido.

—Nos van a alcanzar —dije.

—No te preocupes por ellas. A tu ritmo.

De nuevo paré a descansar. Mis rodillas se movían como un par de maracas.

—Salte del camino —me dijo—, salte del camino de las huellas, a tu izquierda. Clava bien los crampones. Eso es. Ahora siéntate. Sí, ahí donde estás, siéntate. Bien. Ahora no tengas miedo. Vamos a bajar. En cuanto te diga, levanta los pies.

Los crampones eran lo único que evitaba que empezara a deslizarme hacia abajo. La cuerda, que al principio estuvo tensa, cedió; dejé de sentir la tensión en el arnés. No sabía qué demonios estaba tramando.

—Bien. Tienes que confiar en mí. En cuanto te diga, levantas los pies y llevas las manos al pecho. Recuéstate hacia atrás. Bien. ¡Ahora! Levanta los pies.

Puse los pies en alto y empecé a deslizarme. La cuerda se tensó y pude oír las pisadas de Tijerina, corriendo montaña abajo. Chasss chasss chasss chasss chasss… No pude evitar soltar una carcajada. Eran incómodo por la presión que ejercía el arnés contra mis ingles. Después de un minuto paramos. Giré mi cuerpo, acostado sobre el hielo, y miré hacia arriba; me había bajado unos sesenta metros.

—Eres el puto amo —dije riéndome. Él también se reía.

—Ya levántate, ándale. Ya falta menos.

Seguimos avanzando. Conforme más nos acercábamos a la base del glaciar menos pronunciada era la inclinación del terreno. Paraba para descansar, aun así, cada diez o quince pasos. Bajaba tan despacio por mi propio pie que Kenia y Raquel nos dieron alcance.

—Alguien está haciendo trampa —me dijo mi mujer.

—Tijerina —dije—, se le ha hecho muy fácil y ahora está haciendo trampas para que le sea más difícil.

—Ya, ya… No sabéis cuántas veces me ha dicho que conquistar una montaña es subirla y bajarla. Pero tú no la estás bajando, te están bajando.

—Siéntate ahí otra vez, Jorge —me dijo Tijerina—. Cuando te diga levantas los pies.

Me senté en el hielo.

—Adiós, chicas —dije.

—¡Levántalos! —exclamó y empezó a correr montaña abajo durante otro minuto.

Chasss chasss chasss chasss chasss chasss…

Se detuvo y durante un momento mi risa fue lo único que se escuchó sobre la montaña.

—Ya aquí no es tan marcada la pendiente y ya no bajamos tan rápido. Ya te toca caminar hasta el final —me dijo.

Raquel y Kenia eran dos puntitos de colores en la inmensidad blanca, aunque no tardaron en alcanzarnos otra vez.

—Y a pesar de todo te voy a ganar —me dijo Raquel.

—Los últimos serán los primeros —le dije.

Cinco minutos tardamos en llegar a la base del glaciar. Al fin, Tijerina deshizo el nudo que nos ataba.

—No parece gran cosa desde aquí, el cabrón glaciar —dije mirando hacia arriba—, pero cómo me costó pasarlo.

—Ya está —dijo Tijerina—, se ha terminado lo más difícil.

EN LA ALTITUD A LA QUE NOS ENCONTRÁBAMOS al fin sentía que podía respirar. Nos sentamos otra vez para descansar y nos quitamos los crampones. El glaciar brillaba por el golpe de la luz del sol. Estábamos en la frontera entre dos mundos. De un lado estaba la blancura brillante del glaciar y del otro un panorama de roca rojiza y estéril. La frontera entre ambos se extendía por el suelo casi en línea recta. Con un paso se pasaba del hielo a la tierra y de la tierra al hielo.

—Ahora vamos a bajar hasta los primeros nidos —dijo Tijerina—, donde paramos la primera vez en la subida. Es un largo camino, pero mantengan la calma. Ahí estaremos una media hora para descansar bien y luego nos vamos hasta el campamento.

Diez minutos estuvimos en aquel lugar descansando antes de comenzar a movernos. Aquel paisaje de ensueño que era el glaciar de Jamapa nos despidió con su majestuosidad blanca. Tijerina y Kenia empezaron a bajar sin volver la vista atrás, mientras que Raquel y yo lo observábamos de vez en vez con nostalgia, ignorando si lo volveríamos a ver. El aire que soplaba en la cumbre levantaba la capa de nieve que lo cubría como si fuera azúcar glas. No quedaba más que seguir bajando.

Cuando llegamos a la piedra volada casi no se veía nada de lo más alto del volcán.

—Esta es la piedra —dijo Kenia—. De noche no se podía, pero ahora sí pueden ver por qué le dicen «volada». Si se dan cuenta, la roca está apoyada sobre otra por apenas unos centímetros. Parece que el aire la va a tirar con un poco que sople.

Tres metros de alto tendría la roca, de color rojizo con líneas negras, con forma de un huevo que se mantenía de pie por su lado más angosto. Era, en efecto, en una punta diminuta en la que mantenía todo su apoyo.

—Aunque debe pesar unas cuantas toneladas. Seguro que nos ponemos veinte a empujarla y no la movemos ni un milímetro —dije.

—Miren —dijo Tijerina—. ¿Ven cómo están rayadas las piedras de aquí? Fíjense, todas estas piedras tienen rayas. Todas. Es porque el glaciar solía llegar hasta aquí. Un glaciar siempre se está moviendo. Cuando se desliza va rayando todas las piedras que tiene debajo. Todas estas piedras, las que se erosionan y se mueven por el deslizamiento de un glaciar se llaman morrena. Como se derritió, todo esto ha quedado expuesto. Vamos a bajar y bajar y van a ver que las piedras siguen rayadas. Para que se hagan una idea de hasta dónde llegaba antes. Este camino por el que hemos subido lo creó el glaciar. Si ven, está entre dos puntos altos, como dos espinazos. En realidad es todo lo que ha erosionado el hielo.

—En ese entonces habría sido mucho glaciar por subir —dije—. Qué frustración.

—Cuando Paco era joven todavía llegaba hasta aquí el hielo. Eso es lo que cuenta, al menos.

—En ese entonces si se podría escalar el Popocatépetl.

—Paco lo ha escalado muchas veces. Se sabe todas las rutas.

—Es el único que se le va a escapar a Raquel.

—A mí también se me ha escapado —dijo.

—¿Nunca te has acercado? —le pregunté—. ¿Ni siquiera para ver si se puede?

—Una vez. Tengo un amigo que dice que sabe de vulcanismo y no sé qué chingados. Nos dijo que no había pedo, que él sabía cuándo había más actividad sísmica y cuándo echaba más material y que ese fin de semana no iba a hacer erupción. Pues ahí íbamos subiendo, ya cerca del cráter y de repente soltó una pinche fumarola que se levantó kilómetros en el cielo, enorme. Como una bomba. Hasta escuchamos el estruendo. En chinga bajamos corriendo. Eso es lo más que me le he acercado.

»Vamos a apurarnos a bajar.

Los parches de nieve que habíamos visto durante el ascenso se habían derretido por el sol y ahora humedecían las rocas en la bajada. El agua que se había estancado en las zonas que estaban a la sombra se había convertido en hielo. Y como el sol cambiaba de posición, a veces encontrábamos capas de hielo a las que el agua les corría por debajo. Todo eso hacía el terreno muy resbaladizo.

Raquel, viendo lo peligroso del camino, aminoró el paso. En ese tramo, donde en la subida habíamos tenido que dar grandes zancadas para subir las rocas, ahora teníamos

que dar saltos para bajarlas. Ella se sentaba y apoyaba las manos con cuidado y se deslizaba poco a poco, arriesgándose a rasgarse los pantalones. Tijerina iba adelante y comenzaba a sacarnos distancia; yo intentaba darle aliento a Raquel, a quien pasé y a quien empezaba a dejar más y más atrás. Kenia iba la última, intentando decirle dónde pisar.

Tijerina empezó a ir y venir, inspeccionando el terreno y diciéndome por dónde debía ir y dónde debía pisar.

—Vamos demasiado lentos —dijo—. Mientras más tardemos, más se va a derretir la nieve y más húmedo va a estar el terreno. Pronto las nubes van a cubrir el sol y entonces va a bajar la temperatura. Si tardamos más en bajar nos vamos a encontrar todo esto lleno de hielo y entonces sí que va a ser peligroso.

Cerca de ahí se podía escuchar el sonido de un riachuelo que se precipitaba montaña abajo. Estábamos en una carrera contra el agua.

Pero nuestro ritmo no aumentaba. Las dudas y la inseguridad invadían la cabeza de Raquel con cada paso que debía dar.

—Si me caigo no podré tocar —le decía a Kenia.

—No te preocupes —le contestaba ésta—. Tranquila. Mira, pisa allí. Ahora pisa allá.

Tijerina avanzaba unos pasos y luego se detenía a esperar. Comenzaba a desesperarse.

—Por aquí, Jorge —me decía, señalando con el bastón—. Pisa aquí, luego aquí, después abres las piernas y pisas hasta allá y luego ahí. Cuidado porque esa piedra está húmeda. Baja e indícale a Raquel el camino. Si lo hacemos en equipo iremos más rápido.

Al fin, después de una hora o más, tiempo que pareció una eternidad, llegamos a un tramo más seco. Señaló Tijerina los primeros nidos y dijo que llegaríamos pronto. Quince minutos más tarde estábamos ahí. La humedad había desaparecido y el panorama se tornó marciano. Estábamos inmersos en un océano de rocas y todo era de ese color entre rojizo y anaranjado. El suelo de los nidos era plano y las piernas lo agradecían, pudiendo al fin salir del terreno inclinado.

Paramos a descansar.

—Me duele la cabeza —dijo Raquel.

Le pregunté al líder si debía tomarse algo.

—Nada —dijo—. Ahora que bajemos un poco más se le quitará.

Ahí en los primeros nidos había unas piedras apiladas formando un semicírculo y delimitando el lugar para la acampada. No encontré las fuerzas para comer. Hice, en cambio, un pequeño techito con las chamarras ayudándome con las piedras apiladas, debajo del cual me recosté con mi mujer.

—No se vayan a dormir —dijo Tijerina—. De verdad, no se vayan a dormir.

—No nos vamos a dormir —dije—. Morirnos, no sé. Dormir, definitivamente no.

Sonó su radio:

—Adelante, Fer. Cambio —dijo la voz de Juan, que retumbó haciendo eco en las paredes de la montaña.

—Hola, Juan. Ya vamos de bajada. Estamos en los primeros nidos. Cambio.

—¿Como cuánto calculas? Cambio.

—Una horita, más o menos. Ahora estamos descansando aquí, pero ya en un ratito nos vamos. Oye, pensé que estábamos solos. Acabo de ver a dos batos subiendo por el espinazo. ¿Has visto algún coche por ahí abajo? Cambio.

Saqué la cabeza de mi refugio para buscar a los dos individuos que acababa de mencionar Tijerina. No vi nada.

—Negativo, Fer. ¿Eran alpinistas? ¿Iban con equipo o eran dos guarros?

Reímos. Parecía que hablaba con la montaña y que era ésta la que preguntaba sobre la clase de personas que tenía encima.

—Se me hace que eran guarros, güey. Creo que estaban en el primer acueducto y de ahí se treparon al espinazo e iban para arriba.

—Ni idea, Fer. Por aquí ha habido muy poca actividad. Me sorprende que no estén solos ahí arriba.

—Bueno, güey. Yo le calculo que en una hora estaremos por ahí.

—De acuerdo, Fer. Ya voy saliendo para allá. Ahí los espero.

—Mierda —dijo Kenia—. Me soné los mocos ahí abajo con mi frazada. Y como pensé que estábamos solos, la dejé ahí para recogerla en la bajada. A ver si no se la llevaron.

—Con tus mocos, no lo creo —dijo Tijerina riendo.

Unos minutos después ya estábamos otra vez bajando. El camino fue más fácil desde ese punto, pero el cansancio volvió a afectar mi ritmo. Raquel no quiso adelantarme para poder seguir observando dónde pisaba y así evitar caerse. Kenia recuperó su frazada con mocos. El sol golpeaba con fuerza y el camino parecía infinito. Sólo se escuchaba el golpe de nuestros pasos sobre la piedra. Después de un rato apareció el refugio en la distancia y la camioneta de Juan estacionada junto a él. Aún estaba lejísimos.

Tijerina, mirando la pared que teníamos a la izquierda, se detuvo.

—Por aquí subió ese inútil el otro día —dijo—. Mira, Kenia, todavía está ahí clavado el mosquetón.

Podía ver la anilla a la que se refería, brillando en el marrón de la pared por el golpe del sol.

—Desde aquí no lo veo —contestó ésta, varios metros detrás de nosotros.

—Subió por aquí, por aquí. Usó línea acá, pasó para allá y luego subió. Ahí dejó su recuerdo el baboso. Tuvimos que venir a bajarlo.

Me detuve y las dos mujeres se detuvieron detrás de mí.

—Qué pendejo —continuó Tijerina—. Se pone a subir por aquí y ¿para qué? Por lo menos se enteró de quién vino a salvarlo.

Después volteó a vernos y nos miró ahí de pie.

—No se paren —nos dijo—, sigan bajando.

—No creas que paramos para descansar —dije retomando el paso—. Estábamos escuchando tu explicación.

—Ah, ¿sí? —dijo riéndose—. Pues escuchando y caminando.

Una hora le dijo a Juan que tardaríamos y casi dos horas después fue cuando llegamos. Fui el último en llegar. Tijerina me estaba esperando junto a la camioneta. Me abrazó y me felicitó.

—Te la debo —le dije—. Seguro que con otro no subo. Te la debo.

Juan me quitó la mochila de la espalda y la echó en el maletero.

—Juan —le dije—, ¿qué pasó? Te estuvimos esperando ahí en la base del glaciar pero no llegaste para subir con nosotros.

—La próxima vez sí me voy con ustedes —dijo riendo.

Sentía que habían pasado semanas desde la primera vez que lo vimos. Estaba feliz de estar de vuelta. Pude observar el refugio, mucho menos rudimentario que el del Izta, con paredes de cemento pintadas de rojo. El camino de piedras marcianas subía desde ahí entre las dos lomas hasta llegar al glaciar. Podía ver la cumbre y todo lo que habíamos subido y me sentí feliz. Estábamos a salvo.

EN EL CAMINO DE VUELTA AL HOTEL fuimos hablando de los otros guías y las otras montañas. Tijerina me pedía que imitara a uno de ellos y luego reía cuando lo hacía. Me preguntaba qué diría cualquiera de ellos en esa situación y yo lo imitaba con voz y frases.

—Son personajes como de cuento —decía—. Alguien tendría que escribirlos o algo. ¿Ya oíste Kenia? Para todos tienen apodos.

—Ya lo sé —dijo—. Pero si lo escribieran no me gustaría, porque para todos tienen apodos menos para mí.

—Es que eres difícil de apodar —le dije—. Eres la sustituta perfecta de todos. En el Nevado hiciste de líder, eras la güera. Aquí hiciste de Mauricio, eras la escoba. Barriste a Raquel hacia arriba para que llegara. Se me hace que sin ti se cae todo el tinglado.

—Difícil apodo —dijo Tijerina.

No encontramos más huachicoleros en la vuelta. A la luz del día no trabajan. Se hizo silencio y Kenia y Tijerina se empezaron a quedar dormidos. El movimiento de la camioneta hizo que ella se diera un cabezazo contra la ventanilla. Minutos después le ocurrió a él.

—¿Qué pasó, muchachos? Me van a reventar un cristal —dijo Juan—. Los voy a obligar a llevar el casco dentro de la camioneta.

Raquel intentaba dormir apoyándose en mi hombro pero no lo conseguía. En un determinado momento Kenia, sentada delante junto a Juan, se quedó tan profundamente dormida que medio cuerpo le empezó a colgar de lado, sin que la brusquedad de los movimientos la despertara. Le hice un gesto de pánico a Raquel y Tijerina, que me vio

hacer el gesto, le enderezó la cabeza. Cuando llegamos al hotel le pude susurrar a Raquel:

—Kenia tiene que conducir cuatro horas hasta la ciudad y no la veo en condiciones.

Deprisa y corriendo nos cambiamos de ropa, guardamos todo y lo echamos en el maletero de la camioneta de Veytia. Todo era dolor y malestar. Raquel lloraba un poco por lo mal que se sentía. La acomodé en su lugar en la camioneta, le di una aspirina, le coloqué una almohada y la dejé durmiendo. Me despedí de Juan, de las mujeres que nos habían servido la comida y del oso. Kenia salió de su habitación fresca como una lechuga y se puso al volante.

—¿Nos vamos? —me preguntó Tijerina.

Me coloqué en mi sitio y minutos más tarde estábamos abandonando Tlachichuca. Atrás quedaba el Pico de Orizaba, que en ese momento luchaba contra las nubes que se le posaban encima. La cumbre estaba completamente cubierta y sólo se alcanzaba a ver la base del glaciar.

Paramos a repostar en una gasolinera cerca de la salida del pueblo y después continuamos camino. Raquel estaba profundamente dormida. Apoyé la cabeza contra el cristal creyendo que no podría dormir como ella; cuando desperté, estábamos en el tramo de la carretera Puebla-México que entra en la ciudad. Y entonces, sentí que no quería llegar a casa.

Estaba todo cumplido; la misión había terminado. No quedaban más volcanes mexicanos que escalar. Deporte6am crea todo su programa para que, al final, sus clientes sean capaces de coronar el Pico de Orizaba. No hay un siguiente objetivo después de dar ese paso, no con esta empresa o en este país.

Entramos en la ciudad y le pedí a Kenia que se desviara un poco de su ruta para dejarnos cerca de casa. Así lo hizo.

No hay actividad más ociosa y absurda que escalar montañas, pensé. Subir para llegar a un determinado punto y después bajar. «Pagar por sufrir», diría mi madre. Ahí estábamos, sin embargo, recién llegados a una de las ciudades más grandes del mundo y lo absurdo parecía aquella locura. Todos yendo y viniendo, estresados por el trabajo y el tiempo y la vida que se les escapa, siguiendo el dictamen que la masa les ha impuesto para tener una sensación de progreso y avance. Mucho más falso, quizá, que la sensación de éxito cuando se corona un pico.

La montaña nos obliga a cambiar la forma en la que percibimos el mundo.

En el glaciar me prometí a mí mismo que no lo volvería a hacer y unas horas después no podía creer que se hubiera acabado.

Kenia detuvo la camioneta a un lado de la calle, donde no estorbaba. Abrió la puerta, se bajó y nos dio un abrazo. Tijerina abrió el maletero y nos dio nuestras mochilas. Qué pequeño es, pensé. Nadie aquí sabe lo que es capaz de hacer. Nos despedimos, se subieron en la camioneta y se marcharon. Los vimos irse sin saber si algún día los volveríamos a ver. En la distancia se perdieron entre los millones de personas que

transitan la ciudad.

Epílogo, Ciudad de México

2249 msnm
unos meses después

EN LA PÁGINA 86 DE *Lacrónica*, Martín Caparrós dice:

> «Cuando empiezo a trabajar para una crónica —cuando empiezo eso que algunos llaman investigar, otros reportear, que yo no sé llamar con una palabra que me satisfaga— pienso qué necesito para el texto que preparo: informarme sobre tal problema, hablar con tal y tal y cual, conseguir tales datos, tales cifras, alguien que me cuente tal historia. Y, casi desde el principio, empiezo a imaginar cómo será ese texto, y lo consigno en esa guía ordenada: con qué tema o personaje o situación podría empezar, con cuál seguir a cada paso. Al principio, el guión es breve y está hecho de hipótesis; con el paso de los días y el trabajo, se va abultando y detallando y volviendo más real —y, por supuesto, cambia.»

Confieso que, aunque su libro y sus clases en la universidad fueron mi inspiración inicial, no hay parecido alguno entre lo que hace él al escribir sus crónicas y lo que yo he hecho en este libro. Especialmente porque Caparrós, cuando comienza a trabajar en un texto, sabe de antemano qué es lo que quiere contar y busca la información y las anécdotas que le permiten contarlo. En la siguiente página continúa diciendo:

> «Y entonces cada tarde, cada noche, reviso —o repienso— el material de la jornada para ver qué tengo y qué no tengo: cada tarde, cada noche, reformulo el guión. Dónde debería poner lo nuevo que conseguí, qué me falta, qué necesidades imprevistas fueron apareciendo. No conozco mejor manera de definir qué debo ir a buscar al día siguiente. Pocas herramientas me resultan más útiles que el dichoso guión, sus revisiones —siempre dispuesto a que algo inesperado voltee todo el mecanismo.»

La esencia de su trabajo se halla en el acto de *buscar* una historia; el cronista vislumbra lo que quiere contar antes de salir a buscarlo y luego entrevista y experimenta para poder asegurar que lo que tiene en la cabeza es verdad. Si en algún caso no fuera verdad, su concepción equivocada serviría igualmente como punto de partida.

En mi caso jamás hubo un guión y jamás hubo una búsqueda. Hubo, mejor dicho, un encuentro; la historia me encontró a mí y yo la narré tal y como me ocurrió. No quiero decir con esto que no hubo una planeación, que no elegí las palabras que quedarían plasmadas sobre el papel, o que no continué subiendo una vez que descubrí que había algo que contar. Diré, no obstante, que fue un proceso mucho más espontáneo que el de Caparrós. Fue en el descenso del Iztaccíhuatl cuando pensé por primera vez que había algo que contar y, más importante aún, que había unos personajes de los que merecía la pena hablar y a los que nadie había escuchado. Me gusta pensar que lo mismo le ocurrió a Truman Capote en el relato *Un día de trabajo*, de *Música para camaleones*. Me gusta imaginármelo descubriendo todo lo que se puede contar tras pasar un día con una inmigrante chicana que limpia casas para ganarse la vida.

También, he de decir, no existe la posibilidad de elaborar un guión cuando se narra sobre escalar montañas. Caparrós puede ir en búsqueda de personajes y anécdotas porque se encuentra en un territorio que, en mayor o menor medida, le permite cambiar sus planteamientos y sus itinerarios. Escalando un volcán esto es imposible. Existe una misión que es subir y existen los personajes que lo logran y los que no lo logran. En ese sentido, he narrado lo que mi cuerpo y mi mente me han permitido vivir, así haya sido hasta las rodillas del Iztaccíhuatl o hasta la cumbre del Citlaltépetl. Es precisamente por ese motivo por el que digo que la historia me encontró a mí —me he limitado a narrar lo que me ha sucedido y hasta donde el límite de mis fuerzas me ha permitido llegar.

He complementado el hilo central de la narración con indagaciones más allá de los mismos hechos, ya sea informando sobre los nombres de los volcanes, o reportando mis descubrimientos en cuanto a su historia, o contando lo que había leído preparándome para subir (como con el caso de Wim Hof). Pero estos *complementos*, de la misma forma, no han sido parte de un guion y sí parte de mi experiencia al enfrentarme a la realidad. Antes de cada escalada, Raquel y yo leíamos todo lo que había en internet sobre el volcán que íbamos a subir, y en cada escalada la información me acompañó mientras ocurrían los hechos. No incluirlo en la narración hubiera sido, en mi forma de ver, una traición a la verdad. Las coincidencias que ocurrieron, como que estaba leyendo a Capote cuando Caparrós lo nombró, o que Raquel subiera la mujer dormida sin haber dormido, o que descubriera al Iceman antes de subir al hombre desnudo, son sólo eso, coincidencias. Fueron una herramienta más que la realidad me brindó para poder narrar.

Si hubo algo en lo que puse especial atención, fue en los protagonistas. Y éstos no eran sólo los escaladores y los clientes, sino los volcanes mismos. La historia de cómo subimos y bajamos no fue sino una excusa para plasmarlos en el papel. Cada volcán, con sus mitos y sus nombres y sus características tiene su propia personalidad, igual que cada escalador y su participación dentro de Deporte6am. La historia que me encontré bajando del Iztaccíhuatl fue esa, la de personas que viven en las sombras, en un país que tiene demasiados problemas como para dedicarle su atención o sus recursos a las montañas y a la gente cuya vida gira alrededor de ellas. No obstante, hay en México unos picos

dignos de ser tomados en cuenta por el resto del mundo y unos escaladores que, aunque desconocidos, son capaces de enormes proezas que no trascienden más allá de su pequeño círculo. Digo que me encontré la historia porque yo mismo, cegado por mis prejuicios y mi ignorancia, no fui capaz de apreciarlos hasta que los tuve delante. Quizá esa fijación que tenemos los mexicanos en los graves problemas del país es, al mismo tiempo, su origen. Ahí tenemos a individuos que, siendo deportistas de élite, no gozan ni con el apoyo ni con el reconocimiento de nadie, y volcanes de los que la mayoría de los mexicanos ignora su existencia. Ambos —montaña y escalador— son una semilla de cultura que no logrará germinar si el mundo no se fija en ellos.

Hace unos meses leí la noticia de que se había instalado la primera escalera eléctrica en el Estado de Tlaxcala. Es algo que, si bien no es un reflejo de toda la realidad mexicana, es una muestra de los atrasos económicos y tecnológicos que sufren muchas zonas del país. Mucho hay que decir sobre México, sobre la miseria, la violencia, la insalubridad. Es un país con problemas que requieren atención inmediata. Sin embargo, debajo de este sol inclemente que golpea las tierras de México, hay que saber mirar más allá. Es crucial apreciar y cuidar las maravillas del país, en su población y en su geografía. A mí el montañismo me obligó a cambiar la mirada, a mirarlo todo bajo otra luz, a salir unas horas de debajo del sol y caminar con ellos en la oscuridad. He contado todo esto porque he podido verlos a la luz de la luna.

Índice

Prefacio, Ciudad Condal 9

Iztaccíhuatl, mujer dormida 17

Xinantécatl, hombre desnudo 103

Matlalcueitl, falda azul 151

Citlaltépetl, monte de la estrella 203

Epílogo, Ciudad de México 279